PREMIO DE NOVELA
FERNANDO LARA 2024

AE&I

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

1. La isla

2. Un regalo inesperado

3. El furtivo

4. Elvira

5. El aire del muerto

6. Disputas y secretos

7. Un paseo por la playa

8. El fardo

9. «¿Chocolate o "fariña"?»

10. «Son muchos dineros»

11. Los actos y sus consecuencias

12. El martillo

13. La última oportunidad de arreglar las cosas

14. Un cementerio abandonado

15. Montescos y Capuletos

16. Siguiendo la luz

17. Una conversación amistosa

18. Un problema grave

19. Deudas pendientes

20. Las cartas sobre la mesa

21. Las raíces profundas del odio

22. El repetidor

23. Erundina

24. El banco del carpintero

25. «Tú no cabes, pero yo sí»

26. El Cucorno

27. Antía

28. Helena

29. Rodeado de agua por todas partes

30. Te están viendo

31. El Agujero del Infierno

32. Algo excepcional

33. El despertar

34. Hay un monstruo entre nosotros

35. Tan cerca, tan lejos

36. El gran problema de Roberto Lobeira

37. La planeadora

38. El asedio

39. La confesión

40. La emboscada

41. «Todo es por tu culpa»

42. Roberto tiene un plan

43. El incendio

44. Hagamos un trato

45. Siempre hay otra salida

46. Una verdad difícil de digerir

47. «No es lo que parece»

48. Justo a tiempo

49. El valor de las cosas

50. «El bueno, el feo y el malo»

51. Noche de tormenta

52. Los finales felices solo suceden en el cine

Nota del autor

Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Atrapado en Ons, una pequeña isla de la costa atlántica gallega, Roberto Lobeira no tiene posibilidad alguna de llegar a tierra firme ni de comunicarse con el exterior debido a una tormenta que parece ser el preludio de una tragedia. Cuando descubre un fardo que las olas han llevado hasta la orilla, su contenido provoca que los pocos habitantes que viven en la isla den rienda suelta a décadas de rencor, celos, viejas cuentas que saldar y sed de venganza. Y, por si fuera poco, una presencia misteriosa y acechante deja una ofrenda sangrienta en la puerta de su casa, como si se tratara de un enigmático mensaje que no puede comprender. Inmerso en un torbellino de odio, secretos inconfesables y ambición desmedida, Lobeira tendrá que sobrevivir en la isla… hasta que la tormenta pase.

Cuando la tormenta pase

Premio de Novela Fernando Lara 2024

Manel Loureiro

Editorial Planeta convoca
el Premio de Novela Fernando Lara,
fiel a su objetivo de estimular la creación literaria
y contribuir a su difusión.

Esta novela obtuvo el XXIX Premio de Novela
Fernando Lara, concedido por el siguiente jurado:
Ana María Ruiz-Tagle, Clara Sánchez,
Nativel Preciado, Pere Gimferrer y
Emili Rosales, que actuó a la vez como secretario
con voto.

El Premio de Novela Fernando Lara
cuenta con el patrocinio de
la Fundación Axa.

Este libro está dedicado a Antonia Kerrigan, por supuesto.
No hay palabras para explicar el hueco tan enorme que deja su ausencia.

1

La isla

Isla de Ons. Enero, en la actualidad

Poco a poco, el muelle fue cogiendo forma.

Era un largo espigón de cemento lastimosamente estrecho y sin más protección frente a la furia del mar de invierno que la propia mole de la isla, así que las olas impactaban con fuerza contra él y de vez en cuando saltaban de un lado a otro, barriendo toda su superficie.

El barco que se acercaba al muelle, cabeceando de manera fatigosa, era un pesquero panzudo y de pintura descascarillada que oscilaba cada vez que las ondas lo levantaban como si fuese el juguete de un niño. Aquel barquito, con el nombre de *Punta Suido* escrito en letras rojas sobre una placa de bronce atornillada en el frente de la cabina, sin duda había visto tiempos mejores.

Acodado en la proa, el único pasajero, ajeno al trabajo de la tripulación, contemplaba la silueta agreste y alargada de la isla, dominada por un monte en el que se erguía un enorme faro de color blanco y tejado rojo oscuro. Al lado de la isla principal, el inaccesible islote de Onza, solo habitado por aves marinas, destacaba entre montañas de rugiente espuma que rompían contra sus acantilados.

Cuando una ola escoró el barco, los nudillos del hombre palidecieron al aferrar la borda. Y no es que Roberto Lobeira rehuyera el peligro, precisamente.

El único problema era que odiaba el mar con todo su ser.

Y aun así, estaba allí. Porque *tenía* que llegar a aquella isla.

Roberto reparó en la mirada de intensa concentración del capitán, un tipo fibroso, de barba rala y mirada dura, envuelto en un chubasquero amarillo, a medida que se aproximaban y ajustaba la maniobra con pequeños acelerones y golpes de timón. Al partir de

Bueu ya le habían avisado de que, con aquel mar invernal, atracar en el muelle quedaba del todo descartado y solo podrían acercarse un instante para que él pudiese saltar al espigón.

Cuando estaban a tan solo un par de metros del muelle, el hombre ya había roto a sudar. La tensión se mascaba mientras los marineros lanzaban defensas por el costado del buque para amortiguar un posible impacto. El estado del mar había empeorado de forma notable durante el viaje y el muelle subía y bajaba como un caballo embravecido.

—¡Todo el mundo preparado! —gritó el capitán, asomando la cabeza por un lateral de la cabina—. ¡Solo tenemos una oportunidad!

El motor rugió con un acelerón cuando una ola especialmente fuerte escoró el barco y el *Punta Suido* estuvo a unos centímetros de chocar contra el cemento agrietado del espigón. Uno de los neumáticos colgados de la borda emitió un quejido agudo cuando se rascó contra el hormigón del muelle, dejando una larga cicatriz de caucho negro que el agua barrió de inmediato.

—¡Ahora! —rugió el capitán—. ¡Salte al muelle! ¡Salte!

Roberto contempló el borde del espigón, a apenas un metro de distancia, aunque en aquel momento le parecía a un millón de kilómetros. Una estrecha franja de agua negra espumeaba furiosa entre el costado del pesquero y el cemento, como el fondo de una boca hambrienta. Si caía en aquel hueco, que no paraba de cambiar de tamaño a cada golpe de mar, quedaría estrujado igual que una uva en una prensa.

—¡No sé si es una buena idea! —gritó, girando la cabeza—. ¡Creo que vamos a...!

—¡Déjese de pamplinas! —bramó el capitán, con una lluvia de escupitajos—. ¡Salte de una vez, me cago en mis muertos!

No hizo falta que se lo repitiesen. Roberto lanzó su equipaje y él mismo saltó sobre la borda, justo en el instante en que las defensas chocaban con el espigón con un crujido ominoso. Antes de que pudiese darse cuenta había aterrizado sobre el cemento del muelle y la ola que había empujado al barco rompía con fuerza, transformándose en una catarata de agua gélida.

Por un segundo tuvo que luchar para mantenerse en pie. Aterrizó junto a su mochila y, antes de que pudiese secarse el agua salada de los ojos, el pesquero ya se había alejado del muelle con un potente

golpe de motor. En un visto y no visto, estaba a casi veinte metros y ya giraba sobre sí mismo, enfilando la proa hacia el horizonte.

—¡Nos vemos dentro de un mes! ¡Cuídese mucho! —gritó el capitán desde la popa, antes de añadir algo que dejó perplejo a Roberto—: ¡Y evite los problemas!

Envuelto en una nube negra de humo de diésel, el barco comenzó a trepar a duras penas sobre las olas que, en aquel momento, ya eran el doble de altas que cuando zarparon de Bueu.

«La tormenta llega antes de lo previsto», pensó Roberto.

Otro golpe de agua le sacó de sus ensoñaciones y le animó a ponerse en marcha. Con toda seguridad, un muelle batido por las olas no era el sitio más prudente en el que quedarse. Arrastró su mochila hasta el final del espigón y se detuvo unos instantes para valorar sus siguientes pasos lejos del oleaje.

Miró a su alrededor. A su espalda, la caseta de recepción de visitantes, donde se acumulaban cientos de turistas en verano, estaba cerrada a cal y canto.

«Bienvenido al paraíso», se dijo con sarcasmo.

La isla de Ons, como había tenido la oportunidad de averiguar, formaba parte de un parque nacional, y las visitas estaban estrictamente reguladas. Aun así, en los meses estivales era un lugar bullicioso, lleno de turistas, visitantes y campistas que se alojaban en la zona de acampada situada en uno de los pocos sitios llanos y con agua de la isla. Los transbordadores llegaban cada pocas horas, vomitando hordas de viajeros y recogiéndolos al final del día, tostados por el sol y ahítos de vida agreste a tan solo una hora de tierra firme.

Pero en invierno la cosa era muy distinta.

Al llegar el mes de octubre, el tráfico de viajeros cesaba por completo y la isla quedaba casi desierta y en silencio. Los ferris que llevaban a los turistas se amarraban en sus puertos, a la espera del siguiente verano, y Ons hibernaba en su madriguera de roca, viento y salitre junto con los poco más de treinta habitantes que se quedaban allí todo el año.

Por eso había tenido que contratar a un pesquero para que le llevase hasta allí. Ons estaría totalmente aislada hasta la llegada del buen tiempo.

Y eso era justo lo que necesitaba.

Algo desconcertado, giró la cabeza buscando alguna indicación

de por dónde ir. Justo a su derecha, una empinada cuesta subía hacia un pequeño núcleo de casas, el único lugar que merecía el nombre de pueblo en aquella isla.

Con manos ateridas, sacó de su bolsillo los permisos y volvió a mirar a su alrededor. Se suponía que allí tendría que haber alguien para recibirle, comprobar que todo estaba en orden y darle la bienvenida a la isla junto con las llaves de la casa que había alquilado, pero no se veía un alma, y solo podía oír el romper de las olas, el zumbido del viento entre las ramas de los árboles y el graznido de las gaviotas que le sobrevolaban planeando sin batir las alas.

Aquel lugar estaba desierto.

Le asaltó la inquietante idea de que tendría que pasarse solo el siguiente mes, como una versión moderna de Robinson Crusoe, pero la descartó casi de inmediato. Tenía que haber alguien por allí.

Fue entonces cuando oyó unas voces que parecían venir desde lo alto de la cuesta.

Hizo amago de colgarse la pesada mochila al hombro, pero tras echar un nuevo vistazo a la pendiente, la dejó allí. De lo único de lo que podía estar seguro era de que nadie se iba a acercar a robar su equipaje en aquel lugar desolado. A medio camino se dio cuenta de lo acertado de su decisión, ya que la cuesta era mucho más empinada de lo que parecía en un principio y, aunque se mantenía en forma, al llegar arriba del todo notó la respiración acelerada.

Descubrió entonces el origen de las voces.

Dos figuras estaban en medio del camino, ajenas a su presencia.

Una de ellas era un hombre alto, fornido, en los cuarenta y tantos. Tenía el rostro redondo, adornado por una barba espesa en la que ya lucían unas cuantas hebras blancas. Iba ataviado con un chubasquero negro, un pantalón impermeable y unas pesadas botas de agua, como si acabase de salir de algún lugar particularmente húmedo. Frente a él, un chico de unos catorce o quince años, la tez muy pálida, el pelo alborotado de color pajizo y ojos verdes brillantes que temblaban de la emoción y la furia.

El hombre sostenía una caja de cartón sobre su cabeza, fuera del alcance del muchacho, mucho más bajo. El chico saltaba, intentando arrebatársela, pero cada vez que lo hacía, el otro se limitaba a retroceder un paso, alejándola de él.

—¡Dámela! —La voz del muchacho sonaba aguda, teñida de

angustia—. ¡Son míos!

—¿Los quieres? —dijo el hombre—. ¡Pues cógelos!

Metió la mano en la caja y sacó algo pequeño, que arrojó a los pies del muchacho. Cuando este se agachó a recogerlo, el hombre aprovechó para darle un fuerte empujón en el costado que le tumbó en el suelo. El crío se levantó, manchado de barro y enrojecido por el esfuerzo, y volvió a saltar, en vano, para arrebatar la caja de manos de su oponente, que ya arrojaba otra de aquellas cosas al suelo y repetía la maniobra entre carcajadas.

—Venga, mierdecilla, cógelos, que tú puedes —se burlaba.

Roberto ni siquiera fue consciente de que avanzaba a toda velocidad hacia la pareja, acortando la distancia que le separaba de ellos. Un latido perturbador le golpeaba las sienes, empujado por algo que no podía explicar.

Jamás había soportado a los abusones, ni siquiera cuando era un niño. Quizá en otro momento se habría limitado a afear la conducta del hombre o a amenazar con llamar a la policía, como la mayoría de la gente. Pero el policía más cercano estaba en tierra firme, a más de una hora de viaje. Además, le dolía todo el cuerpo, estaba empapado, cansado y de mal humor. Una mala combinación que le empujaba hacia delante como el fuego chisporroteante de una caldera.

Hay gente que es capaz de mantener la calma en cualquier circunstancia, suceda lo que suceda. Otros, sin embargo, tienen arrebatos de furia, voraces como un incendio, cortos pero intensos y al rojo vivo. Y luego hay gente como Roberto, que por norma son del primer grupo pero que, de cuando en cuando, pierden el control. A él no le gustaba cuando sucedía, porque empezaban a ocurrir cosas muy deprisa a su alrededor.

Aun así, no lo podía evitar.

Un par de años antes había compartido trinchera con un destacamento de soldados en un pueblo perdido del este de Europa, mientras escribía una serie de artículos sobre las miserias de la guerra. En otra ocasión había estado a punto de acabar en un hoyo mientras se documentaba para un reportaje en el incierto terreno del Cártel del Golfo.

No, desde luego nadie podría decir que Roberto Lobeira era un cobarde.

Le dio un empujón al hombre sin pararse a pensarlo. El barbudo

se tambaleó desprevenido y tropezó con sus propios pies, los ojos muy abiertos por la sorpresa. La caja salió volando por los aires y al caer al suelo derramó todo su contenido. Thor y Iron Man le observaron desde el barro, en una pose congelada.

«Son juguetes» —registró una parte de su cabeza que parecía estar tomando nota de todo lo que pasaba de forma aséptica—. *Son muñecos de superhéroes.*

—¡Eh! Pero ¿qué coño haces? —bramó el tipo, que de repente se le quedó mirando, extrañado—. ¿Quién eres tú?

—Deja en paz al crío. —La voz de Roberto sonó ajena en sus propios oídos.

—¿A este retrasado? —El barbudo lanzó una mirada de reojo al chiquillo, que se afanaba en recoger las figuritas desperdigadas por el suelo, sin prestarles atención—. ¿Y quién me va a obligar? ¿Tú?

—Si es necesario, sí.

El hombre le miró de nuevo, con una sonrisa torva. Roberto se imaginó lo que veía aquel tipo, a un forastero de metro ochenta, delgado y fibroso, con el pelo negro empapado pegado a la cabeza y una mirada cansada en un rostro de facciones angulosas. El hombre era al menos diez centímetros más alto que Roberto y debía de pesar quince kilos más que él. Además, debajo de las mangas de su chubasquero se adivinaban unos músculos duros ganados a base de trabajo en el mar. En su mirada se veía a las claras que había echado esas cuentas y que sabía que su rival había llegado a la misma conclusión. Pero ya era demasiado tarde.

La sonrisa del lugareño se amplió mientras se quitaba el chubasquero y lo dejaba a un lado, para tener más libertad de movimiento. Roberto ladeó un poco la cabeza y avanzó otro paso con la sangre rugiendo en sus oídos. Fue quizá entonces cuando el barbudo se percató de la expresión de su oponente, del vacío de sus ojos. De la determinación férrea y algo antinatural que se ocultaba bajo su rostro tenso. Y entonces, por primera vez, dudó.

—Vale —gruñó—. Tampoco es necesario que...

—¡Luis! ¡Para de inmediato!

A pocos metros de ellos se hallaba una mujer de unos cuarenta años, vestida con una gastada sudadera azul marino y unos jeans con cien lavados, embutidos en unas feas botas de goma negra. Era delgada y fibrosa y tenía un rostro desigual, con una nariz demasiado

larga entre unos pómulos de revista, bonita pero no guapa. En la mano izquierda sostenía un largo azadón rematado en una hoja de hierro afilado y se apoyaba en el mango con ligereza, pero algo en su postura gritaba que, en las manos adecuadas, aquel chisme destinado a abrir surcos en la tierra también podía hacerlos en cabezas ajenas. Y a Roberto no le cupo la menor duda de que aquellas manos eran las indicadas.

—*Vai ó carallo* —gruñó el hombretón—. No te metas en esto, Antía.

—Has empezado tú. —Ella meneó la cabeza en dirección al chiquillo, que se había escondido tras sus piernas como un cachorro apaleado, sin apartar la mirada de su interlocutor—. ¿O me equivoco?

—Esto no es asunto tuyo.

—Claro que lo es. —Algo destelló en los ojos de la mujer—. ¿Lo dudas?

—No tengo por qué hacerte caso.

—A mí puede que no. —Se encogió de hombros y señaló con la barbilla hacia una de las casas cercanas—. Pero a lo mejor a él sí.

Roberto y el tal Luis miraron a la vez en aquella dirección. En un balcón, asomado casi sobre ellos, un anciano de unos ochenta años y poblada barba blanca fumaba parsimoniosamente un cigarrillo, mientras contemplaba la escena. El hombre negó despacio con la cabeza antes de darse media vuelta y entrar de nuevo en la vivienda sin pronunciar ni una sola palabra.

El gigantón barbudo enseñó los dientes, pero toda su determinación parecía haberse desvanecido, aunque un destello fugaz de alivio brillaba en sus pupilas. Se agachó a recoger su chubasquero del suelo, le sacudió unas pellas de barro y pasó al lado de Roberto, rozándole con el hombro.

—Ya nos volveremos a ver —musitó retador, de todas formas—. Esta isla es muy pequeña.

Cuando el tipo se alejó, camino arriba, Roberto dejó escapar todo el aire de sus pulmones. La sensación de furia que le había invadido un rato antes se había disipado y en su lugar tan solo quedaba la adrenalina. Aún sentía el pulso acelerado y hundió las manos en los bolsillos, tratando de calmarse.

Se acercó a la mujer, que había dejado caer el azadón y abrazaba al muchacho, que una vez que todo había terminado lloraba

desconsolado contra su hombro.

—Creo que tengo que darte las gracias —dijo Roberto—. Si no llegas a aparecer, esto se habría puesto muy feo.

—Soy yo quien tiene que dártelas. Por defender a Diego. El pobre no sabe cómo salir de estas situaciones.

Roberto observó mejor al muchacho: le había tomado por un chiquillo, pero en realidad era un joven de dieciséis o diecisiete años, que le miraba con sus enormes ojos verdes anegados en lágrimas y gesto de gratitud. Un cuerpo enjuto y fibroso y su baja estatura le daban el aspecto casi infantil que le había confundido.

—Hola, soy Roberto. —Le tendió la mano al chico, que se quedó mirándola un instante, como si no supiese muy bien qué hacer.

En vez de estrechársela, Diego se incorporó y le dio un abrazo que casi le tumba.

—Yo soy Diego —dijo el chico, con una sonrisa deslumbrante—. Y ahora somos amigos. Amigos para siempre, ¿verdad? ¡Amigos, amigos, amigos!

—Para siempre es mucho tiempo. —Roberto le devolvió una sonrisa—. Pero podemos empezar por serlo hoy.

—¿Eres un agente secreto? —siguió en tromba el muchacho.

—¿Cómo dices?

—Has venido a la isla en invierno porque eres un agente secreto en una operación especial, ¿a que sí?

—No es un agente secreto, Diego —le rescató la joven—. Él es Roberto Lobeira, el escritor que viene a pasar unas semanas en la casa de los Escudero.

—Vaya, las noticias vuelan —se sorprendió él.

—Es una isla pequeña —contestó ella, encogiéndose de hombros —, las novedades corren como la pólvora. Más aún si un famoso autor visita nuestras tierras.

A Roberto le pareció detectar una chispa de ironía en aquella frase.

—¿Y tú eres...?

—Antía Freire. —Le estrechó la mano con una sacudida firme y con un tono algo cortante—. La hermana de Diego y la persona que tiene las llaves de la casa que has alquilado.

—¿Y quién era el idiota con el que casi me parto la cara?

—Luis Docampo. —Torció el gesto al pronunciar el nombre,

como si tuviese algo con un regusto amargo en la boca—. Es hijo de Ramón Docampo, el caballero que se asomó al balcón.

—Déjame adivinar: os lleváis un poco mal con él.

—«Llevarse mal» no es la expresión adecuada. —A Roberto le sorprendió la dureza repentina en el tono de Antía—. Digamos que los Freire y los Docampo tenemos unas cuantas diferencias que vienen de lejos.

—¿Por eso estaba metiéndose con Diego?

Ella negó con la cabeza, con una sonrisa triste.

—No, eso es porque Luis es un gilipollas integral —suspiró—. Pero todo ayuda. ¿Cuándo has llegado?

—Hace menos de diez minutos —respondió Roberto, mientras se sorprendía de lo idénticos que eran el pelo de color dorado y los ojos de color verde tormentoso de los hermanos—. Mi equipaje sigue tirado en el muelle.

—Entonces deberías sacarlo de ahí cuanto antes. —Antía echó a andar hacia el malecón con paso ligero—. La predicción meteorológica avisa de una tormenta de las grandes. Supongo que no querrás que una ola se lleve tus cosas.

—No, claro que no —dijo él, sobresaltado.

Ella le dedicó una mirada algo incrédula, como preguntándose quién podía cometer un error de principiante como aquel.

—¡Pues apura! —dijo resuelta—. ¡Puede que ya se lo haya tragado el mar!

Roberto dio un respingo y bajó la cuesta a la carrera. A mitad de camino soltó un suspiro de alivio al comprobar que su mochila continuaba donde la había dejado, apoyada contra la caseta de recepción de visitantes y aún lejos del creciente oleaje. La recogió y se la echó a la espalda con un gruñido de esfuerzo. Antía observó el equipaje con mirada crítica.

—Espero que hayas traído lo suficiente para el tiempo que vayas a pasar aquí. Seguramente los buques de reabastecimiento tarden bastante en llegar si el mar empeora.

—He traído comida de sobra para un mes, no te preocupes —dijo sin dejar de sonreír—. Sé que este lugar no está preparado para las visitas en invierno.

Antía rezongó algo ininteligible, pero no pudo evitar que un brillo de alivio aflorase en sus ojos por un segundo.

Recogieron el equipaje de Roberto y a continuación los dos Freire le ayudaron a subir la cuesta con él. Mientras ascendían de nuevo hacia las casas comprobó que la mujer estaba en lo cierto y el mar rompía contra el espigón con mucha más fuerza. No era un experto en la materia, pero hasta él se daba cuenta de que la maniobra de atraque habría sido mucho más difícil con aquellas condiciones.

—¿A qué distancia queda la casa que he alquilado? —preguntó.

—Más o menos a unos veinte minutos andando desde aquí —contestó Antía—. Solo hay un par de cuestas complicadas. Con mucha pendiente y tierra suelta.

—¿Y si vamos en coche?

Ella habló sin mirarle.

—Para estar tan informado sobre la isla, me sorprende que no sepas eso: en Ons no hay ni un solo metro de carretera asfaltada, Roberto Lobeira. Esto no es el continente. Solo unas cuantas de las pistas principales son de cemento; el resto son caminos de tierra, algunos en bastante mal estado. Por eso tampoco hay vehículos a motor. Están prohibidos.

—¿Prohibidos? —repitió impactado con aquella información que le caía encima.

—Te recuerdo que estamos en un parque nacional. Aquí se va a casi todas partes a pie.

—Nada de coches. Fantástico. —La expresión de Roberto se tornó fúnebre.

—He dicho que se va a pie a *casi* todas partes —replicó ella—. Pero en realidad sí que hay algunos transportes. Los fareros tienen una *pick-up*; la zona de acampada, que ahora está cerrada, también tiene una furgoneta, y los vigilantes del parque tienen un todoterreno.

—¿Y alguien nos querrá llevar?

—Los fareros van a su aire, en la zona de acampada no habrá nadie hasta el verano y hoy no hay vigilantes de ronda en la isla. Ons no es un sitio muy frecuentado en esta época, ¿sabes?

—No pasa nada, me las apañaré —resopló Roberto, imaginándose el camino hasta la casa. Si aquel trozo ya le había resultado agotador, no quería pensar cómo sería hacer un kilómetro más, subiendo cuestas «complicadas».

—No te agobies —dijo al fin Antía, con una media sonrisa—. El todoterreno del parque está aparcado aquí cerca, detrás de la iglesia,

junto al generador, y da la casualidad de que yo tengo una copia de las llaves.

—Te lo agradezco. —Roberto meneó la cabeza—. Si tengo que hacer todo el camino con esta mochila a la espalda, se me va a hacer largo.

—No será un problema —replicó Antía—. Venga, dame un minuto para ir a por el coche.

Antía se fue, dejando a Roberto a solas con Diego. Aprovechó que el muchacho estaba concentrado en limpiar los restos de barro de sus juguetes para observarlo con atención. A primera vista no se apreciaba nada peculiar en él, pero pequeños detalles de su lenguaje corporal y de sus tics faciales revelaban que era distinto. No era algo muy marcado, solo se notaba que era... diferente. Algún tipo leve de autismo, quizá. No sabía lo suficiente de trastornos mentales como para acotarlo con mayor precisión, pero no cabía duda de que, en aquel momento, el joven ya había olvidado el incidente con Luis Docampo y estaba tremendamente feliz, envuelto en un mundo de fantasía con sus muñecos al que nadie más que él tenía acceso.

—¿Vives aquí, en la isla? —preguntó para romper el hielo.

—Mmm —fue toda la contestación que obtuvo.

—¿Todo el año?

—A veces voy al continente con Antía cuando tengo que ir al médico. No me gusta el médico —añadió sin apartar la mirada de sus juguetes.

—¿Y no te aburres?

—En verano hay mucha gente. —Negó con la cabeza—. Ahora en invierno es peor.

—Porque no hay demasiado que hacer, claro.

El chico parpadeó un par de veces. Fue un parpadeo lento, que en cualquier otra persona habría quedado afectado y ridículo, pero que, en su caso, resultaba natural.

—No, no es por eso... En verano, con tanta gente, *él* se esconde. Pero en invierno siempre sale y hace cosas. Cosas feas.

Roberto sintió un cosquilleo helado en la espalda. Por el tono cargado de aprensión en que lo había dicho, estaba casi seguro de que no se refería al abusón de antes.

—¿A quién te refieres?

Pero la conversación se interrumpió cuando los faros de un

automóvil los iluminaron. Era un pesado todoterreno de color blanco con el emblema de Parques Nacionales pintado en las puertas y Antía les hacía señales desde detrás del volante. Subieron su equipaje y dieron la vuelta en la pequeña plazoleta antes de arrancar por la pista de cemento.

En el último segundo, Roberto echó un vistazo por la ventanilla y pudo ver que el viejo Ramón Docampo había vuelto a asomarse al balcón y los observaba sin pestañear, con un cigarrillo entre los dedos. Las nubes habían oscurecido el cielo como si ya hubiese caído la noche, y en la penumbra Roberto no pudo ver su expresión, pero sintió un latigazo de congoja en el pecho al comprender algo que ensombreció de nuevo su estado de ánimo.

«Evite los problemas», le había dicho el capitán del *Punta Suido*, una frase que no había entendido entonces.

Y a los diez minutos de pisar tierra, ya se había metido en líos y, probablemente, enemistado con la mitad de la población de la isla.

2

Un regalo inesperado

La pista de cemento se terminó en poco más cien metros y el todoterreno se lanzó a toda velocidad por un estrechísimo sendero de tierra con profundas zanjas de drenaje a los costados. De vez en cuando dejaban atrás alguna casa a oscuras y cerrada a conciencia.

—En verano, casi todas las viviendas están ocupadas por sus dueños o por turistas —le explicó Antía, sin apartar la vista de la calzada—. Pero ahora, contándote a ti, no llegamos a treinta personas en toda la isla. Puedes pasar un día entero sin cruzarte con nadie, si es lo que quieres.

El todoterreno dio una sacudida cuando empezaron a trepar por una pendiente empinada. Había comenzado a llover de nuevo y los limpiaparabrisas volaban sobre el cristal delantero.

—¿Has traído suficiente comida? —insistió ella.

—Sí, ya me avisaron de que debía llevar conmigo todo lo necesario. No creo que sea capaz de acabarme todo lo que hay en esa mochila.

Antía asintió, circunspecta.

—Mejor. Hay una tienda y unos cuantos restaurantes que solo funcionan en verano, pero ahora están cerrados. El bar de los Docampo, el que está junto al muelle, abre de vez en cuando en invierno, pero solo para atender a algún barco de pesca que fondee en el muelle. No creo que te sirvan nada, pero puedes probar, si quieres.

—Creo que he empezado con mal pie con los Docampo.

—Puede ser, aunque no deberías dejar que nuestros problemas te afecten a ti —respiró profundamente—. Que mi madre no me oiga decir esto, pero creo que deberías ir allí en algún momento, al bar, para limar asperezas.

—¿Me estás recomendando que haga las paces con el tipo con quien casi acabo a golpes nada más llegar? —La miró intrigado. No

era la reacción que se esperaba.

—Te estoy recomendando que no dejes que nuestras rencillas te afecten —repitió con una sonrisa triste—. Es... complicado. Mira, ya hemos llegado.

Con un último bandazo, el todoterreno se detuvo junto a algo que al principio le pareció un montón de maleza oculto en la negrura. En cuanto se apearon del todoterreno, descubrió que se trataba de una coqueta casa de una planta, de paredes de piedras irregulares y tejas cubiertas de liquen. Junto a la puerta había una vieja higuera retorcida por el viento que debía de dar una fantástica sombra en verano, pero en aquel instante parecía salida de una película de miedo.

Caminaron hasta allí bajo una lluvia cada vez más intensa que hacía rebosar de agua cantarina el canalón de la vivienda. Roberto cogió la llave que le tendió Antía y la giró en la cerradura para franquear la entrada. Al cruzar el umbral, palpó la pared hasta dar con el interruptor de la luz, pero nada sucedió al presionarlo.

—Vaya, creo que no... —Un chasquido le interrumpió.

Antía alumbraba el interior de la casa con una larga linterna de aspecto profesional.

—La electricidad en Ons está racionada —le explicó—. Hay un generador en el pueblo que suministra a toda la isla, pero solo funciona durante unas horas al día.

—¿Y el resto del tiempo?

—Vivimos sin electricidad. —Ella se encogió de hombros—. No es tan difícil cuando te acostumbras. Pero no te preocupes, durante el primer tramo de noche hay corriente. Debería conectarse en un rato. Diego, cariño, busca un farol, anda.

El chico corrió a la cocina y enseguida volvió con un quinqué de gas en la mano y un gesto de triunfo. La mujer giró la espita, apretó el pulsador y, con un leve siseo, el suave resplandor de la luz de gas alumbró la estancia.

—Esta casa tiene un depósito de agua, como casi todas las de la isla, pero es bastante pequeño y tarda en rellenarse, así que puedes olvidarte de las largas duchas de tierra firme. Ah, y el calentador tiene tendencia a fallar. Si ves que el piloto se pone rojo, tienes que presionar el botón de encendido unos segundos para reiniciarlo.

—¿Cómo es que sabes tanto de esta casa?

—Es mi trabajo en la temporada estival. —Antía le dedicó una sonrisa—. Alquilo las casas a los turistas, les soluciono problemas y hablo con los dueños. La mayoría de ellos no ha pisado la isla en años. Lo que no es habitual es que llegue un inquilino fuera de temporada.

—Procuraré no dar problemas —suspiró él.

Roberto recorrió la vivienda con la mirada. Tan solo era una amplia estancia con un sofá, una mesa con cuatro sillas y una cocina minúscula en la que un viejo frigorífico apagado bostezaba con la puerta abierta. Al otro lado, se abría el diminuto baño y una habitación con una cama de matrimonio que parecía sacada de un anticuario.

—No es muy grande, pero está muy bien orientada y es cálida —le decía ella—. Y en cuanto escampe un poco tendrás unas vistas espectaculares sobre el mar.

—Es más que suficiente para mí.

—La nevera solo funcionará a ratos, pero si no la abres muy a menudo, debería poder conservar bastante bien lo que metas dentro. En la puerta está pegado un mapa de la isla, por si quieres dar un paseo. —Señaló con la mano—. Seguro que nos vemos durante estos días.

Roberto contempló la silueta de la mujer recortada contra la puerta. Una vez más le sorprendió la fluidez de sus movimientos, aunque resultaba algo nerviosa, como si estuviese en constante alerta. En su lenguaje corporal se notaba que, aunque quería ser cortés, estaba deseando irse de allí cuanto antes. Como si la idea de tener que hacer el camino de vuelta con la inminente tormenta a punto de desatarse sobre su cabeza la angustiase.

Roberto sacó el móvil del bolsillo, porque acababa de caer en algo.

—No hay electricidad, pero sí cobertura —murmuró él—. Qué curioso.

—Es por los turistas —le explicó Antía—. En verano se quejaban de que no podían colgar cosas en Instagram y al final colocaron una antena repetidora en lo alto de la isla, cerca del faro. Son los dos únicos puntos que tienen generadores propios y corriente eléctrica las veinticuatro horas.

—Está bien saberlo.

—No deberías tener ningún problema. —Ella le volvió a dedicar

aquella media sonrisa extraña, casi una mueca—. Ahora, debemos irnos. Diego, despídete de tu amigo.

El muchacho le dio otro abrazo asfixiante que cogió a Roberto por sorpresa. Diego Freire olía a hierba húmeda, colonia infantil y algo más que no pudo identificar. Por su parte, Antía se despidió con un nuevo apretón de manos vigoroso.

—Una última cosa. —Se giró ya al otro lado del umbral—. La isla puede ser peligrosa de noche, sobre todo en invierno. Ten cuidado si sales a pasear.

—¿Peligrosa? —replicó Roberto, extrañado—. ¿A qué te refieres?

—No es nada del otro mundo, no temas —añadió con un encogimiento de hombros—. Sencillamente, los caminos no están iluminados y hay muchos desniveles. En el mejor de los casos, una mala caída podría dejarte con algún hueso roto. No es para tomárselo a broma.

—No entra en mis planes hacer senderismo de noche —le aseguró.

—¿No le vas a hablar de *él*? ¿Del Tangaraño? —Diego se removía inquieto detrás de su hermana. Volvía a tener clavada en Roberto aquella mirada turbadora, de parpadeos lentos.

—¿A qué se refiere?

—A nada. —Antía fue cortante—. Son tonterías de Diego. Fantasías suyas. No le hagas caso o te volverá tarumba con sus historias, como a todos. En fin, hasta mañana, Roberto Lobeira. Ha sido un placer conocerte.

Al cabo de un rato el rugido del todoterreno se perdió en la penumbra de la isla y, por primera vez desde que había llegado a aquel lugar, Roberto sintió sobre sus hombros el peso aplastante de la soledad.

Alumbrado por el quinqué, miró a su alrededor. El lugar, que un momento antes le había parecido cálido y acogedor como la casa de un hobbit, ahora le resultaba frío y desangelado, e iba a ser su prisión durante un largo mes. Un mes metido en aquella isla, sin posibilidad de volver a su casa. Sin posibilidad de pedir un taxi, un Uber o subirse a un tren. Ni siquiera la opción de volver andando, por supuesto.

Se había encarcelado a sí mismo y había tirado la llave al mar.

Suspiró. Siempre había sido partidario de no cerrarse a las nuevas experiencias, pero no le estaba resultando fácil. Al menos esperaba

que, en aquel encierro monacal, el manuscrito de su novela avanzase a buen ritmo. A fin de cuentas, era lo que le había llevado hasta allí.

Repartir sus bártulos por la pequeña vivienda, picar algo y prepararse un buen rincón de trabajo le llevó el resto de la tarde. Cuando estaba terminando, la lámpara del techo emitió un par de tenues zumbidos y de golpe la vivienda se llenó de luz. Tal y como había prometido Antía Freire.

En cuanto enchufó la nevera a la red y conectó los radiadores eléctricos, la casa se caldeó en un instante y se empezó a sentir de mejor humor. El lugar volvía a tener un aspecto agradable e incluso la terrible alfombra persa de imitación del suelo le daba un toque elegante al conjunto. Los cuadros que colgaban de las paredes eran litografías baratas compradas en alguna cadena de decoración, aunque al menos pegaban con el resto de la estancia. En cuanto al sofá, ya se hundía un poco en el centro, pero aún no había llegado a ese punto en el que se convertiría en un potro de tortura.

Todo iba mejor. Hasta la lluvia, que no había dejado de caer en todo el día, había dado una tregua en aquel instante y la oscuridad del anochecer no parecía tan amenazadora.

Sintió la necesidad de recorrer sus nuevos dominios, aunque solo fuese con un breve paseo. No pensaba alejarse demasiado. Ya tendría la oportunidad a lo largo de los días siguientes de recorrer de cabo a rabo la isla. Tampoco es que hubiese muchas más cosas que hacer allí.

Se puso la parka y cogió el candil de gas. Subió la intensidad de la luz con un giro de la espita y se vio reflejado por un segundo en un espejo leproso que colgaba junto a la puerta. Con la capucha puesta y aquel quinqué no pudo evitar verse como un personaje del siglo XIX. Salió de la vivienda con el farol en alto en la mano derecha.

El jardín era frondoso y a todas luces necesitaba la mano experta de un jardinero. Los helechos y las zarzas habían saltado el murete bajo de piedra que rodeaba la vivienda y ya se extendían como una mancha verde y marrón, reptando sobre un césped moribundo. Con la tenue luz de lámpara en su mano, rodeó toda la casa, pero, aparte de una leñera que se caía a pedazos, el depósito de agua y un gallinero abandonado desde hacía décadas, no encontró nada que despertase su interés.

Se alejó unos metros hasta llegar al camino principal. Era de tierra compactada, pero la abundante lluvia de invierno lo había

lavado en muchos lugares y aquí y allá asomaban largas grietas rellenas de cascotes y gravilla. Con sumo cuidado para no torcerse un tobillo, tomó el ramal que ascendía hacia lo alto. Tan solo iría hasta la siguiente curva y enseguida volvería a la confortable calidez de su nuevo hogar.

De súbito, una sombra alargada se movió entre los arbustos, a su derecha.

Roberto dio un respingo, pero aunque alumbró con el farol no pudo ver nada más allá de unos árboles bajos y retorcidos por el viento y un mar de maleza. Al cabo de un segundo, otro fogonazo de luz a su espalda destelló durante un momento y atisbó de nuevo el movimiento.

Una risa de alivio brotó desde su garganta. No era más que su propia sombra.

Un nuevo destello alumbró con un flash gigantesco todo lo que le rodeaba. Intrigado, miró a su alrededor, buscando el origen de aquella luz. Entonces, muy poco después, otro haz de luz. Enseguida entendió de qué se trataba. El faro, en lo alto de la isla, había comenzado a destellar como todas las noches, y el reflejo de su potente proyector barría aquel rincón en concreto del camino.

Contó lentamente en la oscuridad después del siguiente fogonazo. Al llegar a veinticuatro segundos, se repitió: un patrón de tres destellos largos, una pausa y vuelta a empezar. Se preguntó si aquella luz también alcanzaría su casa.

Se estremeció por el frío. Ya era suficiente por una noche y además otra vez estaba chispeando. Deshizo el camino hasta regresar al jardín invadido de maleza que rodeaba su casa, pero a veinte pasos se frenó en seco.

Alguien había estado allí.

No tenía la menor duda. Cuando salió de la vivienda había dejado la puerta cerrada, pero ahora estaba entreabierta y la luz amarillenta del interior se filtraba por el quicio, dibujando una larga línea sobre el césped empapado. Pero eso no era lo más extraño.

Había algo apoyado en el peldaño de piedra de la entrada.

Se acercó despacio y, a medida que el halo de luz de la lámpara iluminaba aquel objeto, sintió una bola de hielo creciendo en su estómago.

Era la cabeza cercenada de un conejo, apoyada sobre unas

ramitas.

Miró a su alrededor, en guardia.

—¿Quién está ahí? —gritó—. ¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

Solo el rumor del viento y el ruido de la lluvia le respondieron. Hasta la isla parecía contener el aliento.

Se agachó para observar el macabro regalo. El pobre animal le observaba desde un ojo acuoso y sin vida, con los dientes a la vista y cara de sorpresa, como si él tampoco entendiese nada. La cabeza estaba seccionada con un tajo limpio a la altura del cuello, pero apenas sangraba. La tocó con el dorso de la mano. Aún estaba tibia. Aquel bicho llevaba muerto pocos minutos.

Una parte de su cerebro registró que las ramas sobre las que estaba apoyada la cabeza parecían seguir un dibujo regular, pero no se detuvo a inspeccionarlo. En vez de eso, entró en la vivienda, apuntando con el farol a todas partes, como si fuese un arma.

El interior estaba desierto. Tardó solo unos segundos en recorrer todas las estancias, pero no había nadie a la vista y era imposible esconderse allí dentro. Revisó sus pertenencias: todo estaba tal y como él lo había dejado. Desconcertado, sacó un paquete de su bolsillo y se encendió un cigarro.

Hizo memoria. Había cerrado la puerta, estaba seguro, pero no había pasado la llave, así que cualquiera podría haber girado el pomo y entrado en la casa. Sin embargo, no había rastro de ningún visitante.

No había nada que demostrase que alguien hubiese estado allí.

Excepto la cabeza de conejo cercenada en la entrada, claro está. Porque aquella liebre sin cuerpo no podía haber llegado sola hasta la puerta de su casa.

Con una profunda calada, su mirada se perdió en la negrura, mientras se preguntaba qué otras sorpresas le aguardaban en aquella condenada isla.

Algo le decía que no le iban a gustar.

3

El furtivo

La noche fue muy larga y casi no pegó ojo.

Los fantasmas del pasado, que era incapaz de dejar atrás, habían hecho acto de presencia para acompañarlo. Siempre era el mismo patrón: recuerdos de una noche oscura rodeado de gritos y olas, que le asaltaban sin cesar y le obligaban a salir de la cama empapado en sudor. Era habitual desde hacía casi cuatro años. Cada vez que los daba por enterrados se agolpaban de improviso en su mente, como invitados inesperados en una fiesta que se acababa de arruinar.

Por enésima vez revisó a conciencia ventanas y puerta, la atrancó por dentro con una silla y se metió en el lecho intentando conciliar el sueño, pero aun así, cada pocos minutos se desvelaba, alerta ante el más mínimo ruido. En cada una de las ocasiones se trataba simplemente del viento o del agua de lluvia gorgoteando en los canalones de la casa. No era nada y era todo a la vez.

Todo estaba dentro de su cabeza, lo sabía. Pero una cosa era pensarlo y otra muy distinta estar convencido de ello. La ansiedad y el miedo son dos bichos escurridizos, complicados de dominar cuando han salido de su jaula.

Cuando el sol asomó por fin por el horizonte, apenas había dormido un par de horas.

Tras pelear un rato con los mandos de una cocina de gas que tenía pinta de llevar allí tanto tiempo como la propia isla, Roberto preparó una cafetera bien cargada. Mientras el aroma de café recién hecho invadía la estancia aprovechó para darse una ducha que arrastrase las últimas hebras de sueño. Solo pudo conseguir un hilo de agua tibia que le hizo ducharse entre escalofríos. Sin embargo, una vez vestido y con la taza de café en la mano, se empezó a sentir mejor.

Hasta que abrió la puerta de la nevera. Allí, en la balda superior, metida dentro de una bolsa de plástico, reposaba la cabeza de conejo,

la prueba tangible de que lo sucedido la noche anterior no había sido una pesadilla.

Cerró la nevera con suavidad y salió fuera. El sol se asomaba de vez en cuando entre las nubes, que corrían a gran velocidad hacia tierra firme, empujadas por un viento que mecía las copas de los árboles. Sentado a una mesa de piedra cubierta de musgo en medio del jardín, repasó todos los acontecimientos, mientras sorbía lentamente su café.

Aplicó el mismo razonamiento analítico que usaba cuando construía las tramas de sus novelas: sacó de un bolsillo la libreta de tapas de cuero que siempre llevaba consigo y comenzó a escribir con decisión.

Para empezar, sabía que en toda la isla había poco más de treinta personas y ninguna de ellas vivía cerca de donde él estaba. Y para continuar, nadie se había desplazado hasta allí en un vehículo, porque habría oído el rumor del motor mucho antes de que llegase. Por otra parte, si alguien hubiese llegado caminando, ¿no habría visto el resplandor de su linterna o lo que fuera que utilizase para alumbrar su camino?

Era verdad que él no conocía el terreno como los isleños, pero dudaba mucho de que nadie pudiese caminar por aquellas pistas destrozadas sin un poco de luz. Y había recorrido los alrededores de la vivienda antes de salir a dar su paseo, así que la posibilidad de que alguien hubiese estado agazapado, esperando a que llevase a cabo su incursión nocturna, también quedaba descartada.

Tachó una detrás de otra todas las líneas que había escrito. Desvió la mirada hacia la bolsa de plástico con la cabeza de conejo que reposaba sobre la mesa, junto al paquete de cigarrillos. Ahora que la veía con más claridad a la luz del sol, lo que la noche anterior había tomado por un corte limpio le parecía en este momento algo más irregular, casi desgarrado en uno de los bordes.

Suspiró con frustración mientras se mesaba el cabello. Las cosas no estaban saliendo como él se había imaginado cuando tomó la decisión de escaparse a aquel lugar remoto.

«Te estás sugestionando tú solo. Lo más probable es que algún depredador cazase a este pobre bicho y se dejase un trozo en tu puerta».

Aquello tenía más sentido. El bolígrafo rasgó con furia el papel

mientras le daba forma a la idea. Con toda seguridad, algún zorro, una comadreja o algún pequeño depredador habría dado buena cuenta del conejo y lo habría arrastrado hasta allí mientras él estaba fuera. Sorprendido por su regreso, el cazador habría abandonado la cabeza de su presa en su huida. En cuanto a la puerta, quizá no la había dejado bien cerrada y, sencillamente, el viento la había abierto mientras él no estaba. El cerrojo era antiguo y tenía suficiente holgura como para saltar si la llave no estaba pasada. Desde luego, tenía mucho más sentido que todas las ideas absurdas a las que estaba dando vueltas y que no eran más que eso: ideas calenturientas.

«Claro que eso no explica la ausencia de sangre —insistía en recordarle una vocecilla—. Si algún animal se hubiese comido el conejo en tu escalón, parecería un quirófano de guerra y sin embargo está limpio».

—No —negó con convicción mientras rodeaba con un óvalo lo que acababa de escribir—. Esto es lo único que tiene sentido.

Aquel conejo había sido cazado y devorado, como otras docenas de animalitos que sin duda habrían corrido la misma suerte aquella noche, en el perpetuo juego del cazador y la presa. Su depredador llevaba la cabeza en las fauces, para rematar el festín en un lugar más tranquilo y había acabado en la puerta de su casa, sobre unas ramas arrastradas por el viento. Fin de la historia.

Llegar a aquella conclusión tuvo un efecto liberador en él. De golpe, todos los miedos y preocupaciones que le habían dominado durante la noche se evaporaron, como el rocío bajo el sol.

Todo iba a salir bien. Escribiría un manuscrito maravilloso, su agente quedaría satisfecha y el mundo le daría un respiro durante una buena temporada. Nada podía salir mal.

Qué fácil parecía todo a la luz del día.

Recogió la casa y solo entonces se dio cuenta de que la noche anterior, con todo lo que había sucedido, había olvidado dejar enchufada la batería del portátil. El icono de la carga parpadeaba con una ridícula línea roja en su parte inferior, como si se riese de sus infladas expectativas. Y, por supuesto, ya no había corriente eléctrica.

Roberto no permitió que aquello arruinase su buen pálpito. Dejaría el equipo enchufado a la red y, en cuanto volviese el suministro eléctrico, se empezaría a cargar. Además, él era de hábitos nocturnos a la hora de escribir, así que tampoco supondría un drama.

En vez de eso, aprovecharía para dar un paseo y conocer un poco mejor los escenarios de su novela, a la luz del día.

Con eso en mente, abandonó la vivienda tomando, esta vez sí, la precaución de cerrar con llave. Además, en una medida adicional, se arrancó un cabello y lo colocó con delicadeza en una esquina del marco de la puerta. Era casi invisible, pero si la abrían, el cabello caería y podría saber si alguien había entrado en su ausencia. Había aprendido aquel truco muchos años atrás, de un sicario del Cártel del Golfo, en Tamaulipas: le había explicado que aquella precaución evitaba que un emboscado le pudiese coser a balazos en cuanto cruzara el umbral. Estaba seguro de que nada de eso le iba a suceder allí, en aquel rincón agreste de Galicia, en una diminuta isla en la boca de la ría de Pontevedra, pero tampoco estaba de más ser precavido.

Al llegar a la pista de tierra tomó la dirección que llevaba hacia el pueblo. Quería explorarlo con calma y, si era posible, dar un paseo por las playas de la isla: tenía previsto arrancar la novela en una de ellas.

El camino de bajada resultó mucho más agradable que el de subida. Bajo la incierta luz de invierno que se colaba entre las nubes negras que empezaban a preñar el cielo, el estrecho sendero por el que había trepado la mañana anterior con el todoterreno conducido por Antía resultaba un paseo bucólico. Comenzó a comprender por qué motivo los veraneantes tomaban aquel lugar un verano tras otro.

El mar rielaba en el horizonte, mientras bandadas de aves marinas sobrevolaban su cabeza y el sendero serpenteaba entre masas de densa vegetación compuesta de enebros y helechos. De vez en cuando atravesaba bosquecillos de árboles que se levantaban como esculturas atormentadas en una tierra azotada por el viento marino cargado de sal. Aquellos escasos parches creaban espacios de sombra, aunque eran la excepción. Casi toda la isla era una enorme extensión de floresta baja, pero incluso eso era relativo, pues en algunos lugares la maleza se elevaba por encima de la altura de su cabeza.

La isla había estado densamente poblada en algún momento del pasado, pero el transcurso del tiempo y la emigración habían hecho que la naturaleza reclamase de nuevo casi todos los espacios. De vez en cuando Roberto podía adivinar las ruinas de piedra de alguna antigua vivienda de pescadores, casi devorada por la vegetación e

invisible entre las malas hierbas. No le costaba imaginarse todos aquellos terrenos que le rodeaban convertidos en campos de cultivo, muchos siglos atrás.

Pero de aquello ya nada quedaba, excepto recuerdos y muros caídos.

El suelo de gravilla crujía bajo sus pies y reflejaba la luz de la mañana con una blancura cegadora. Se dio cuenta de que lo que estaba pisando era en realidad una capa de cientos de miles de conchas de berberechos, almejas y otros moluscos trituradas y dispuestas sobre el camino como pavimento. Seguramente habría decenas de caminos como aquel repartidos por toda la isla. No pudo evitar preguntarse cuántas décadas habría supuesto crear aquel sendero por el que, de repente, se le acercaba otra persona.

Lo sorprendente de su aparición le puso en alerta.

Era un hombre, de eso no cabía la menor duda, pero no imaginaba de dónde podía haber salido. En una mano sujetaba una bolsa de aspecto abultado y se apoyaba en un cayado rematado en una punta de metal plana salpicada de óxido. El desconocido parecía igual de confundido que él ante el encuentro, pero ya era demasiado tarde como para hacer que no se habían visto.

Poco a poco se fueron aproximando. Era un tipo de unos cincuenta años, alto y fuerte, con expresivos ojos marrones que bullían sin cesar, observando todo con atención. Su barba necesitaba un arreglo urgente y tampoco le habría venido mal un buen corte de pelo, aunque lo llevaba cuidadosamente peinado hacia atrás de forma presumida, dejando caer un puñado de rizos sobre sus orejas. La ropa, gastada pero práctica, parecía la de alguien que estaba acostumbrado al trabajo duro.

Ambos se miraron durante unos segundos, con una mezcla de desconfianza y desconcierto. El tipo por fin rompió el silencio.

—Buenos días —gruñó con un tono de voz monocorde.

—Buenos días —respondió Roberto.

—A ti no te conozco. ¿Eres vigilante del parque? —Había cierta hostilidad en su voz—. Se supone que tenéis que ir uniformados. No puedes sancionarme si estás de permiso, *¿non si?*

Roberto le observó desconcertado, hasta que se fijó en que el hombre hacía un inútil intento de ocultar a su espalda la pesada bolsa que llevaba en la mano, algo de todo punto imposible, y de golpe

creyó entender de qué iba aquello.

—Tranquilo, no tengo nada que ver con el parque. —Alzó ambas manos, apaciguador—. Y lo que lleves en esa bolsa no es asunto mío.

El otro miró la bolsa que llevaba en la mano como si reparase en ella por primera vez y murmuró algo para sí, pero pareció relajarse un poco.

—Solo son unas centollas —reconoció al fin, con un acento cerrado difícil de comprender—. Tengo permiso para cogerlas. En serio. ¡Y además, están en talla de captura!

—Claro que sí —asintió Roberto, sin creerse ni una sola palabra —. Por supuesto.

No le cabía la menor duda de que aquel hombre era un mariscador furtivo. A poca distancia, a un lado del camino cubierto de conchas trituradas, se veía el sendero abierto entre la maleza por el que el otro había llegado hasta allí y que terminaba en uno de los acantilados rocosos de la costa.

—Me llamo Roberto Lobeira. —Tendió la mano hacia el hombre, que no hizo el más mínimo ademán de devolverle el saludo—. Estoy pasando unos días en la isla.

—Aún no es la temporada de verano —replicó el furtivo, que no parecía dispuesto a revelar su nombre.

Roberto bajó la mano y suspiró.

—Es complicado de explicar —dijo, y ante el silencio tenso de su interlocutor se dio por vencido—. En fin, que tengas un buen día.

El tipo asintió con la cabeza en un gesto hosco. Se lo pensó durante un instante y, al cabo, metió la mano en la bolsa y sacó una de las centollas más monstruosas que Roberto había visto en su vida.

—Toma, esta es tuya —se la ofreció—, pero no le digas a nadie que me has visto por aquí.

—No hace falta. —Roberto negó con la cabeza sin desviar la mirada del bicho, que no paraba de chasquear las pinzas—. Y por lo que a mí respecta, no nos hemos encontrado nunca.

El furtivo gruñó y devolvió la centolla a la bolsa, en la que se adivinaba un remolino de patas y caparazones plagados de algas.

—Me llamo Víctor Pampín —dijo mientras hacía un gesto con la cabeza en dirección al otro lado de la isla—. Y vivo cerca de Punta Xubenco. Si necesitas algo de marisco o pescado, ven a verme. No tiene pérdida.

—¿Vives aquí todo el año?

El hombre se encogió de hombros, en un gesto ambiguo que podía significar cualquier cosa.

—Eres la primera persona a la que conozco desde que llegué que no pertenece al clan Freire o al Docampo —continuó Roberto, ignorando el silencio hosco del furtivo—. Me habían dicho que todos los habitantes que se quedaban en invierno en la isla eran de alguna de esas dos familias.

—Son la mayoría, sí —reconoció Pampín—. Aunque también hay dos o tres isleños que no tenemos nada que ver con ellos. Y los fareros, claro.

—Aun así resulta extraño, ¿no crees?

—¿Extraño?

—Quiero decir, sé que este sitio es bastante remoto en invierno y que puede ser incluso inhóspito por la falta de luz eléctrica y de comunicación con tierra, en pleno siglo XXI. —Roberto abrió los brazos —. Es normal que la mayoría de los isleños se vayan a tierra firme durante estos meses, así que no entiendo muy bien qué impulsa a alguien a quedarse.

—Mi casa está aquí —dijo el furtivo, como si no fuese necesaria más explicación—. Siempre he vivido en la isla y espero morirme en ella, dentro de muchos años. Otros se quedan porque no tienen ningún lugar al que ir en tierra, y otros porque tienen aquí su reino y lo quieren bien controlado.

—¿Sí? ¿A qué te refieres?

—¿No has visto que en la isla hay un montón de casas turísticas? —replicó Pampín, a quien parecía que se le estaba aflojando la lengua —. ¿Y un par de restaurantes y un supermercado? Este sitio se convierte en un parque temático en verano. Y todo lo manejan los mismos.

—Los Freire y los Docampo —aventuró Roberto.

—Exacto, los putos Freire y los putos Docampo. —El rostro de Pampín se retorció de rabia—. Son los amos de la isla, o por lo menos de la parte habitada, y se comportan como si todo lo que no llevase su nombre también les perteneciese por derecho divino.

—No te llevas bien con ellos, está claro.

—Son unos cabrones acaparadores, todos ellos. Tienen tratos con el parque, con los dueños de los ferris que traen a los turistas y hasta

con las autoridades, estoy seguro. —Pampín lanzó un escupitajo al suelo—. Sabe Dios qué clase de chanchullos se traen entre manos.

—¿Cómo se hicieron con todas esas propiedades? —Roberto miró a su alrededor—. Tenía entendido que este lugar fue poco más que un pueblo marinero aislado hasta los años setenta. ¿De dónde sacaron el dinero?

—Eso tendrás que preguntárselo a ellos. —La expresión de Pampín se transformó en otra, mucho más opaca—. No quiero problemas, ya me entiendes, y creo que ya he hablado de más.

—No te preocupes, no diré nada —le aseguró Roberto.

Era evidente que la isla, como casi todas las pequeñas sociedades rurales algo remotas, tenía su particular colección de historias, rivalidades y celos. Pero su viejo espíritu de reportero se agitaba inquieto ante aquel misterio. ¿Cómo se las habían apañado dos familias de pescadores para amasar una fortuna y quedarse, de facto, con toda la isla, mientras el resto no había tenido más remedio que emigrar?

Anotó aquel enigma en la larga lista pendiente que no paraba de crecer.

Mientras hablaban, habían empezado a caminar de forma inconsciente, siguiendo el camino que bajaba hacia la villa. El viento se había calmado un poco y aunque no había comenzado todavía a llover, una nube baja se había encajado entre las laderas y lo bañaba todo con una suave neblina que empapaba las hojas y dotaba a la atmósfera de un halo fantasmal.

—¿Y para qué es eso? —Roberto señaló el cayado con la cabeza de metal que sujetaba el hombre.

—¿Esto? —Lo agitó frente a él—. Es una rasqueta. Sirve para arrancar los percebes de las rocas. Si no has probado los percebes de Ons, deberías hacerlo. Son los mejores del mundo.

—Eres percebeiro, entonces.

Pampín murmuró algo ininteligible mientras bajaba la mirada al suelo. Roberto se hubiese jugado el cuello a que aquel hombre no había visto una licencia de marisqueo en su vida. Decidió cambiar el enfoque.

—¿Y de qué vives aquí, en Ons? —preguntó.

—Del mar, por supuesto —replicó el furtivo—. En verano voy a tierra firme y vendo lo que apaño; en invierno el mar me da de comer.

Pulpo, marisco, *peixe*... Con eso y una huerta, voy tirando.

—¿No te aburres?

—*Non, ho* —rio el otro—. Siempre hay que hacer. Yo no me meto en la vida de los demás y procuro que no se metan en la mía.

—Sobre todo los guardias del parque —aventuró Roberto, zumbón.

—Sí, sobre todo esos —replicó Pampín, con un nuevo gruñido irritado, antes de frenar en seco.

—¿Qué sucede? —preguntó Roberto, maldiciendo por dentro su tendencia incontrolable a la ironía. No debería haber insinuado que...

Pero el furtivo no le contestó y en vez de eso caminó hacia un lateral del sendero. Allí la pendiente se empinaba de forma suave hasta perderse detrás de un viejo muro semiderruido. El espacio estaba cubierto por la densa mezcla de vegetación baja de la isla, que parecía impenetrable excepto para la fauna local. El hombre señaló hacia un punto indistinguible de la ladera.

—Allí —dijo—. Eso no estaba hace dos días.

Roberto miró en la dirección que le indicaba Pampín, intentando descubrir a qué se refería, pero la masa vegetal formaba un todo indistinguible a sus ojos. Entonces, casi de refilón, adivinó una especie de trocha irregular que se abría entre los helechos y las zarzas. Apenas eran un par de plantas aplastadas aquí y allá y jamás habría reparado en ello de no ser por el furtivo.

—Alguien ha pasado por ahí hace poco. —Pampín se relamió los labios, nervioso.

—Habrá sido algún animal —aventuró Roberto—. Quizá un conejo o un tejón.

—Aquí no hay nada tan grande como para abrir ese camino. —Negó con la cabeza—. Tiene que ser otra cosa.

Ambos se acercaron con cautela al inicio de la senda. Pampín apoyó la bolsa con sus capturas en el suelo y sujetó su extraño cayado con las dos manos, delante de él. Parecía inquieto. Con la punta plana metálica apartó las hojas machacadas como si temiese algo. Con deliberada lentitud, levantó los restos de helecho aplastados.

Debajo tan solo había tierra revuelta y excrementos de algún pequeño roedor. El hombre suspiró aliviado y se enderezó, pero su momentánea tranquilidad la hizo añicos Roberto.

—¿Qué es eso?

Pampín miró en la dirección que él indicaba. Sobre una de las frondas de un helecho brillaba un diminuto punto marrón oxidado, con forma de salpicadura. Ambos se inclinaron a la vez sobre la planta, conteniendo el aliento.

Era una gota de sangre reseca, no cabía la menor duda. Y un poco más allá, siguiendo la vereda abierta entre la maleza, había otra más. Y otra.

Una vez que uno sabía lo que tenía que buscar, el rastro de sangre era más que evidente. Las gotas habían caído sobre la vegetación a medida que lo que fuera que se hubiese adentrado en aquel camino se había abierto paso entre los helechos. Seguían una ruta que subía hacia lo alto de la loma y se perdía de vista.

—Vamos a ver adónde lleva —dijo Roberto.

—Será una broma —contestó Pampín, con los ojos muy abiertos —. Yo no subo ahí ni por todo el oro del mundo.

Roberto no le contestó. Aquel rastro de sangre, en medio de un camino solitario envuelto en la niebla, tiraba de su espíritu de reportero con la fuerza de un remolcador.

Seguido de un renuente Papín, se internó entre la maleza. Cada pocos metros había una gota de sangre, que como las migas de pan del cuento infantil los llevaba hacia su destino. Por fin alcanzaron lo alto de la colina y se detuvieron al otro lado del murete de piedra.

—Ay, Dios mío —musitó el furtivo, mientras se persignaba—. *¡Isto é cousa do demo!*

Junto a las piedras derruidas del muro, alguien había montado una pequeña estructura de ramas entrecruzadas, clavadas firmemente en el suelo. Atado a las ramas con hilo de bramante, el cuerpo descuartizado de un conejo desfigurado lucía como el remedo macabro de una crucifixión. Quien fuera que hubiese hecho aquello había abierto con delicadeza el vientre del animal para sacarle las tripas como si fuesen serpentinas de colores y las había distribuido alrededor del mismo siguiendo un complicado patrón imposible de descifrar.

—No tiene cabeza —murmuró Pampín, con angustia—. ¿Dónde está su cabeza?

«En mi nevera, metida en una bolsa».

—Eso da igual. —Roberto se acuclilló junto al cuerpo despiezado del animal en busca de pistas—. ¿Tienes idea de quién puede haberlo

hecho?

—Ni lo sé ni me importa. —Pampín hizo un signo contra el mal del ojo y retrocedió un paso—. Esto es *cousa do demo*, te lo digo yo. Cuanto antes nos vayamos de aquí, mejor.

Roberto le lanzó una mirada inquisitiva. Le llamaba la atención el terror genuino del hombre. Un tipo duro, alguien que se jugaba la vida a diario en los acantilados, frente a las olas salvajes del Atlántico, temblando como un niño frente a aquel animalito decapitado.

—¿Habías visto antes algo así?

Pero Pampín no se dignó a responder y se dio la vuelta, de regreso al camino. Roberto desbloqueó su móvil y sacó un par de fotos del conejo antes de seguir al furtivo. En su cabeza se agolpaban mil ideas, pero una brillaba con fuerza sobre todas.

Lo de la noche anterior no había sido cosa de un animal, ni un accidente casual. Alguien, fuera quien fuese, le había dejado un mensaje a él, en su propia puerta. Y, sin saber qué le había querido decir, estaba seguro de que no le gustaba.

Pampín ya había recogido su bolsa y hacía ademán de marcharse de allí.

—¡Espera un momento! —le gritó Roberto—. ¿Seguro que no habías visto antes algo así?

Por toda respuesta, Pampín se persignó una vez más y comenzó a bajar por la cuesta a toda velocidad. En el último instante giró la cabeza y le miró.

—¡Habla con Elvira! —dijo—. Ella te lo explicará mejor que yo.

—¿Elvira? ¿Quién es Elvira? ¿Dónde puedo encontrarla?

—Elvira Couto, la vieja que vive junto a la playa de Melide, al final de la isla —voceó el furtivo sobre su hombro—. ¡Ella sabe de estas cosas! ¡Dile que Pampín te ha enviado!

Y sin decir una palabra más, se alejó por el camino, casi a la carrera, dejando a Roberto Lobeira plantado junto a la maleza, con más preguntas pendientes que respuestas.

4

Elvira

La niebla se cerraba con decisión a su alrededor. Roberto vaciló, pero al fin meneó la cabeza y sacó de su bolsillo el mapa de Ons que llevaba cuidadosamente doblado en su parka. La playa de Melide estaba en el extremo noreste de la isla, lejos del núcleo habitado. Sin duda era un lugar remoto y no parecía que ningún camino en condiciones llegase hasta allí, pero pensó que no estaría tan lejos.

Una vez que tomó la decisión, comenzó a caminar al encuentro de Elvira Couto y, esperaba, la respuesta a aquel enigma.

Había calculado que tardaría poco más de un cuarto de hora, pero pronto se dio cuenta de que había estimado mal las distancias y la orografía. El único camino que conducía en aquella dirección era un estrecho sendero de tierra, del ancho de dos personas, que zigzagueaba de manera errática, siguiendo los contornos de la ribera isleña. El sendero subía y bajaba, siempre pegado al mar, que rugía con fuerza en los acantilados que espumeaban más abajo. Salirse del camino era imposible, ya que las paredes de maleza y vegetación a los lados formaban un muro tupido, interrumpido solo por las ocasionales madrigueras que se abrían cada pocos metros.

De vez en cuando, al doblar una curva, un par de conejos salían espantados, correteando como si les fuese la vida en ello, pero aparte de eso y las sempiternas gaviotas y cormoranes que le sobrevolaban, no había ningún otro signo de vida.

Era como si fuese el último hombre sobre la faz de la tierra.

Al cabo de más de media hora, con los tobillos doloridos, el camino giró a la derecha y trazó una suave bajada. Al final de la misma se abría un breve tramo de escaleras de cemento cuarteado, en las que mucho tiempo atrás alguien había pintado con una preciosa caligrafía un cartel de PLAYA NUDISTA, con letras ya desvaídas.

Miró a su alrededor. Sin duda, en verano aquel lugar sería genial

para bañarse en pelotas, pero en aquel momento, con el viento frío y húmedo tratando de colarse bajo su carísima parka, desnudarse era lo último que le pasaba por la cabeza.

La playa superaba sus expectativas. Era una preciosa extensión solitaria de arena de un blanco cegador y fina como el polvo triturado que se abría en todo su esplendor hasta perderse de vista. El mar rompía en fuertes ondas en la orilla, lanzando capas de agua cubiertas de espuma que resbalaban sobre la arena húmeda, reflejando el cielo nublado. Era una de las estampas más bonitas que había visto nunca.

Pero ni rastro de aquella tal Elvira Couto, por supuesto.

—Tal y como me la describió Pampín, dudo que esté tomando el sol en la playa —le dijo a una gaviota que le miraba sorprendida, a pocos metros—. Veamos si encuentro su casa.

Caminó por la arena, intentando seguir la parte endurecida por el mar pero sin mojarse los pies. Era una labor ardua, pues la marea estaba subiendo y, cada vez que una de las olas rompía, la lámina de agua llegaba más arriba. Tuvo que cruzar toda la playa antes de descubrir un estrecho sendero que se perdía montaña arriba entre la vegetación de la orilla.

Después de semanas de invierno, aquella trocha empinada parecía una invitación para torcerse un tobillo, pero dado que no tenía muchas más alternativas, decidió seguirla. Se vio obligado incluso a gatear en algunos tramos y al cabo de un rato jadeaba por el esfuerzo.

Cinco minutos más tarde accedió a un camino un poco más ancho y suspiró aliviado. Seguro que había una manera algo más fácil de llegar hasta allí, pero su desconocimiento de los senderos de la isla jugaba en su contra. Algo más animado, caminó un buen trecho, tratando de descubrir cualquier lugar en la cercanía que pudiese ser la casa de Elvira Couto.

Estaba tan oculta entre la maleza que casi le pasó desapercibida. Las matas de aulaga y silvas eran tan altas que tapaban en gran parte la casita que se levantaba en una hondonada a su derecha. Tan solo el color terroso de las tejas se adivinaba en un estrecho hueco de la vegetación. Desanduvo parte del camino hasta encontrar el sendero que llevaba a aquella vivienda. No había ningún otro signo de presencia humana en la cercanía, así que a la fuerza tenía que ser allí.

Al cabo de unos metros se topó con un cartel de madera en el que alguien, con letras rojas desiguales, había escrito un poco hospitalario

PROPIEDAZ PRIBADA, NO PASAR. Dejando aparte las peleas con el diccionario del dueño de aquel cartel, estaba claro que no le gustaban demasiado las visitas. Haciendo caso omiso, continuó por el sendero hasta llegar a la casa.

Era una vivienda baja de piedra, con un par de ventanas que eran poco más que aspilleras, un tejado cubierto de musgo que pedía a gritos una reparación y un depósito de agua a su espalda que parecía sacado de una película antigua. Por lo demás, el jardín delantero aparentaba estar cuidado, con un montón de plantas que no supo identificar cultivadas en ordenadas hileras.

Del alero del tejado colgaban pequeñas figuras que se sacudían con el viento. Se acercó a ellas y un escalofrío le recorrió la espalda. Muchas de ellas eran siluetas humanoides hechas con ramas, de las que pendían conchas y pedazos de cristal que tintineaban al capricho del aire. Otras eran trozos de madera con extraños símbolos trazados sobre ellas con algún líquido de color marrón de origen incierto. En conjunto parecería la casa de una hechicera si no fuese por la cantidad casi infinita de basura de todo tipo que alfombraba el exterior de la vivienda, un batiburrillo de maderas, viejos sacos de plástico, palés cubiertos de musgo y kilos de chatarra que se pudrían lentamente a la intemperie, devorados por la herrumbre.

Un sentimiento irracional de temor le impulsaba a darse la vuelta y salir de allí sin perder un segundo. El silencio, la soledad y la niebla le sugestionaban de tal manera que estuvo tentado a hacerlo, pero su curiosidad se impuso.

Algo extraño estaba pasando en aquella isla, algo que tenía relación con él —o que al menos había puesto sus ojos sobre su persona—, y la mujer que vivía allí quizá tuviera las respuestas que necesitaba. Así que se aproximó a la puerta de madera, cubierta de pintura descascarillada, y golpeó un par de veces.

Al principio no ocurrió nada. Por un momento se le pasó por la cabeza que no había nadie en casa y le invadió una sensación de alivio, pero de repente oyó el sonido de un cerrojo que giraba al otro lado y la puerta se abrió con un chirrido.

Una mujer menuda y anciana le observaba sin un parpadeo desde el umbral. Roberto, incapaz de calcular su edad, pensó que jamás había visto un rostro tan sucio y cubierto de arrugas. La dueña de la casa no debía de levantar más de metro y medio del suelo y estaba

encorvada de una forma poco natural. Vestía totalmente de negro, con una pañoleta gris como toda concesión al color, que le tapaba casi por completo el cabello, de donde solo se escapaban algunos mechones blancos. Sus manos, nudosas y retorcidas por la artritis, sujetaban un paño, y solo el brillo intenso y feroz de sus ojos la dotaba de algún atisbo de vitalidad.

—¿Qué quiere? —dijo con una voz que sonaba como cristales triturados.

—Hola, buscaba a... —balbuceó Roberto, inseguro de cómo presentarse—. ¿Es usted Elvira Couto?

—¿Y qué, si lo soy? —replicó ella con desconfianza.

—Quería hablar con usted. Hacerle unas preguntas...

—No tengo tiempo. —Hizo amago de cerrar la puerta—. Estoy muy ocupada. Váyase.

—¡Espere! —la urgió Roberto—. ¡Me manda Víctor Pampín! ¡Dijo que usted tendría respuestas!

—Pampín habla demasiado. No tiene nada que hacer aquí. ¡Largo! —gruñó ella, malhumorada, justo antes de cerrar en sus narices de un portazo.

Los cerrojos rechinaron de nuevo, en son de burla. Roberto se quedó de pie, ante la puerta. Había esperado muchas reacciones, pero no una tan decididamente hostil. Frustrado, estuvo a punto de girar sobre sus talones y marcharse, pero decidió hacer un último intento.

—¡Es por los animales sacrificados! —gritó a la puerta cerrada—. ¡Ha aparecido una cabeza de conejo en el escalón de entrada de mi casa! ¡He visto el resto del cuerpo! ¡Necesito respuestas!

Durante un rato que le pareció interminable, nada sucedió y llegó a pensar que la mujer iba a ignorar sus palabras, pero entonces el cerrojo volvió a girar y la puerta se abrió de nuevo. Elvira, en el umbral, le observaba con una expresión indescifrable.

—Lo que necesita no son respuestas —dijo con tono seco—, sino ayuda. Protección.

—¿Ayuda? ¿Protección? ¿De qué habla?

—¿Se va a quedar ahí plantado preguntando cosas absurdas o va a pasar? —le interpeló la mujer, con el mismo tono desabrido de antes —. No tengo todo el día... y usted se está quedando sin tiempo.

Aquello, más que ninguna otra cosa, fue lo que decidió a Roberto, que cruzó el umbral de la vivienda con la sensación ominosa de que

quizá no fuese la mejor idea.

5

El aire del muerto

El interior estaba oscuro y se vio envuelto en penumbra hasta que sus ojos se acostumbraron al claroscuro de la estancia. Lo primero que le asaltó fue el olor ocre que emanaba de todas partes, una mezcla de sudor rancio, comida y habitación poco ventilada, pero sobre toda esa mezcla se extendía un aroma sutil, vegetal, que no podía identificar. La casa constaba de una única estancia, atiborrada de las cosas más diversas que cupiera imaginar. En una esquina, separada del resto de la habitación por una cortina roñosa, podía adivinar una cama igual de sucia, el lugar donde sin duda dormía aquella mujer. Cada centímetro cuadrado de las paredes estaba cubierto de estantes donde se apilaban botes, plantas secas, piedras, trozos de madera y algunas otras cosas que prefería no saber qué eran. La mujer apartó un montón de periódicos viejos de una banqueta de madera y le hizo un gesto con la cabeza para que se sentase allí. Roberto obedeció.

—Vale, cuénteme todo lo que le ha pasado —gruñó ella, secándose las manos con el paño mugriento—. Sin omitir ningún detalle, por favor.

«Qué narices. No puede pasar nada malo».

Roberto le contó todo lo que había sucedido desde el instante en el que había tropezado con la cabeza de conejo en su zaguán. La mujer solo le interrumpía de vez en cuando para pedirle que se extendiese sobre algún detalle de una manera metódica y profesional que le sorprendió. Cuando terminó de narrar su historia, se enderezó en la banqueta y miró a la anciana, expectante.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Tiene alguna explicación para todo esto?

—Oh, claro que la tengo —replicó ella con una risa amarga que sonaba como un camión descargando grava—. Pero no le va a gustar. Le han echado un *meigallo*.

—¿Un qué?

—Un *meigallo*. Un hechizo —repitió con paciencia, como si estuviese hablando con un niño—. Una maldición, por decir así. El aire del muerto.

Roberto arqueó las cejas, escéptico.

—No puede estar hablando en serio.

—¿Le parece que estoy de broma?

—¿El aire del muerto? —Tragó saliva, aún incrédulo—. ¿Qué es eso?

—Un hechizo poderoso —musitó la mujer—. Le irá secando la vida, poco a poco. Cada vez se sentirá más débil, con menos energía. Primero dejará de comer, le costará conciliar el sueño y, por fin, acabará muriendo.

—No suena muy apetecible. —Negó con la cabeza.

Roberto era una persona racional. A lo largo de su vida, y con su experiencia, había visto el mal encarnado en más de una ocasión, pero en todas y cada una de ellas siempre había un denominador común: la oscuridad del alma humana. El odio fratricida, la sed de venganza, el pillaje desatado. Había visto asesinar a bebés de pecho, mujeres violadas por guerrilleros sin control, fosas llenas de cadáveres. El horror siempre salía de algún corazón negro, pero tenía formas identificables. Lo que le decía aquella anciana le sonaba a leyendas para asustar a los niños. No podía ser verdad, aunque la expresión de Elvira Couto era solemne.

—Verá, no creo en esas cosas. —Se encogió de hombros—. Una cabeza de conejo es solo eso..., una cabeza. No me puede hacer daño.

—Ah, pero no hace falta que usted crea —le rebatió ella, con un brillo peligroso en los ojos—. El mal existe sin su consentimiento.

—En eso estamos de acuerdo —suspiró él—. ¿Y no tiene idea de quién puede haber hecho ese... aire del muerto?

—Hay fuerzas oscuras en esta isla —musitó ella, retorciéndose las manos—. Algo llegó a Ons hace muchos años, y se quedó aquí, con nosotros.

Había tenido la esperanza de que aquella mujer le diese una respuesta clara, del estilo «es una broma que les gastamos a los turistas» o «es una costumbre local algo sangrienta y macabra para pasar el rato. Estamos en una isla en mitad de ninguna parte y hacemos cosas raras. Ya sabe». Pero desde luego no se esperaba tropezar de bruces con una supuesta maldición.

—Vale. ¿Qué se supone que tengo que hacer para deshacerme de esa maldición? —se impacientó—. ¿Bailar bajo la lluvia? ¿Lanzar sal sobre el hombro? ¿Pasar por debajo de una escalera?

—No debería reírse de estas cosas, ¿sabe?

—No me estoy riendo.

—Sí que lo hace. —Ella le fulminó con la mirada—. Lo hace.

Roberto levantó las manos, en son de paz. Aquello era una pérdida de tiempo.

—De acuerdo, no se enfade. ¿Qué tengo que hacer, entonces?

Pero Elvira le había dado la espalda y revolvía furiosa en un montón de cachivaches amontonados en una esquina. Finalmente lanzó un gañido victorioso y le mostró un haz de ramas resecas de alguna planta, atado con un elaborado nudo de hilo rojo.

—¿Qué es eso? —preguntó Roberto—. ¿Para qué lo...? ¡Ay! ¡Pero ¿qué demonios está haciendo?!

La mujer le había azotado el rostro con el haz de ramas mientras murmuraba algo entre dientes. Antes de que Roberto pudiese impedírselo, le había vuelto a azotar tres veces más en rápida sucesión, mientras murmuraba por lo bajo unas palabras.

—*Defuntos de todos cantos hai enterrados nesta terra, de fóra e de dentro, de mares e terra, de fontes e de montes...*

El resto era una jerigonza incomprensible que Roberto no pudo descifrar. Con paciencia soportó que la mujer le siguiese azotando, hasta nueve veces, a la espera de que aquel ridículo ritual terminase.

—Ahora debe saltar sobre el fuego. —La mujer le señaló la chimenea que ardía en una esquina, donde las llamas casi habían consumido toda la leña y apenas quedaban unas brasas—. Tres veces.

—¿Cómo pretende que salte ahí? —contestó Roberto, con la paciencia al límite—. ¿Quiere que me meta dentro de la chimenea?

Por toda respuesta, ella se acercó al hogar y les dio una patada a las brasas, que quedaron esparcidas por el suelo de piedra de la vivienda. Una de ellas rodó hasta una esquina y estuvo a punto de prender el mantel que cubría una vieja mesa camilla, pero Elvira la aplastó de un pisotón.

—Salte —ordenó, de forma tajante—. Salte, si quiere salvarse. Tres veces, ni una más ni una menos.

Roberto estuvo tentado de salir por la puerta, pero al final exhaló un gemido y se puso de pie. Sintiéndose ridículo, saltó tres veces sobre

las pavesas extendidas por el suelo, mientras Elvira le observaba con mirada clínica, pendiente del menor fallo en el ritual. Por fin, pareció quedar satisfecha.

—Ya casi está. —Se inclinó sobre él y Roberto arrugó la nariz ante el aroma acre que exudaba—. Guárdese esto en el bolsillo, le protegerá.

Se trataba de un trozo de sedal, enrollado con delicadeza, que envolvía unas hojas resecas de fragante olor. Sin ganas de discutir, se lo metió en el bolsillo.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Ya está?

—Eso depende de la fuerza del *meigallo* —contestó ella, mientras recogía las pavesas del suelo con las manos desnudas y las volvía a arrojar a la chimenea como si no quemasen—. Pero en principio, sí, está limpio.

—¿No tiene la menor idea de quién puede haberlo hecho, de verdad? —insistió Roberto.

—Esto es cosa del Tangaraño —murmuró la mujer con un gesto contra el mal de ojo—. Siempre es él.

—¿Quién es ese Tangaraño? No es la primera vez que alguien me lo menciona, pero no tengo la menor idea de a qué se refiere.

—No le voy a decir nada más. —La mujer meneó la cabeza, obstinada—. El Tangaraño *es* y punto.

—¿Es un vecino? —preguntó—. Llegué ayer mismo a la isla y no he tenido oportunidad de enemistarme con nadie.

—¿Con quién ha estado?

—A ver —dijo él, enumerando con los dedos—. Con un puñado de Freires y de Docampos, con Víctor Pampín, que es quien me ha enviado aquí..., y con usted. No es una lista muy larga.

—Desconfíe de los Docampo y de los Freire —musitó ella, muy seria—. Las dos familias tienen cosas oscuras que ocultar. Y no se olvide de que, por muy amistosos que le puedan parecer, siempre querrán algo de usted, aunque no lo sepa.

«La misma advertencia que me hizo el furtivo —se dijo—. Serán poderosos en la isla, pero no son precisamente populares».

—¿Cosas oscuras? ¿A qué se refiere?

—No me corresponde a mí contárselo. —Le tendió una mano—. Ahora, mi pago.

Roberto se quedó mirando la palma extendida durante unos

segundos, hasta que comprendió que la mujer exigía que le abonase el ritual. Sintiéndose como un turista atrapado en un espectáculo barato, echó mano a la cartera sin dejar de preguntarse a cuántos incautos desplumaría aquella anciana cada verano, pero ella le interrumpió.

—No, no quiero dinero —siseó con tono ultrajado—. No me insulte.

—Entonces ¿qué quiere?

—Algo personal —replicó ella, con sencillez—. Algo que no sea valioso, pero que sea suyo. Algo que le importe *de verdad*.

Aquello le pilló desprevenido. Al fin y al cabo no se trataba de un timo para turistas.

Se palpó los bolsillos, buscando algo que llevase encima y que pudiese satisfacer las exigencias de aquella extraña mujer. Finalmente, en uno de ellos encontró su vieja estilográfica. No era una pluma cara, ni mucho menos, aunque le había acompañado a lo largo de muchos de sus viajes, desde el primero que hizo como corresponsal a Alepo. Esperaba que pudiese servir de pago.

Se la tendió a la mujer, que se la arrebató de las manos y la contempló con ojos brillantes. Por último emitió un gruñido de satisfacción y la arrojó como si nada dentro de un arcón, a unos pasos.

—Ya hemos acabado. —Le señaló la puerta—. Puede irse. Y recuerde lo que le he dicho: no se fíe de nadie en esta isla. Las apariencias pueden engañar.

Roberto salió de la casa, con expresión perpleja. Cuando la puerta se cerró de un portazo a su espalda y oyó cómo se volvía a correr el cerrojo, se estiró y respiró con fuerza. El aire cargado de sal era un contraste liberador frente a la atmósfera enrarecida del interior de la casa. Echó un último vistazo a su alrededor y meneó la cabeza.

«Menuda pérdida de tiempo».

Se alejó caminando, con la cabeza ya de vuelta en su novela. Quizá incluso pudiese aprovechar algo de todo aquello.

Al cabo de un rato estaba de nuevo en la playa, sentado en una roca, contemplando cómo las olas rompían contra la orilla. Una gaviota hambrienta, quizá la misma de antes, se le acercó dubitativa, atenta a la oportunidad de atrapar algún bocado gratis.

—Este sitio está lleno de chalados —masculló irritado a la

gaviota, mientras sacaba un cigarro—. Y me los estoy encontrando a todos, ¿sabes?

La gaviota abrió las alas y soltó un graznido sincopado que a Roberto le recordó una carcajada. Le arrojó un puñado de arena y el pájaro alzó el vuelo indignado.

Encendió el cigarrillo, peleando contra el viento, sacó la libreta y fue a echar mano a su estilográfica cuando cayó en que ya no la tenía. Guardó la libreta de nuevo.

En su cabeza no paraba de recrear toda la experiencia y, cuanto más pensaba en ella, más absurda le parecía. A Elvira Couto solo le faltaba la verruga en la nariz, un gato negro y una olla borboteante para ser un personaje de los hermanos Grimm. Y sin embargo, tras esa primera impresión, el hedor de la mujer, la mugre, la miseria, la mezcla de trastos viejos y basura contaban otra historia mucho más triste pero sin duda mucho más real. La de alguien en aprietos, posiblemente con algún tipo de trastorno mental.

No se creía ni una sola palabra de toda aquella extravagante historia del «aire del muerto», por supuesto, pero no le cabía la menor duda de que, quien fuera que hubiese hecho el ritual, ese misterioso Tangaraño, pretendía asustarle. La pregunta era «¿por qué a él?». Por más vueltas que le daba no encontraba ningún motivo, salvo que su presencia en la isla hubiese ocasionado alguna molestia imprevista a alguien. Y eso abría un abanico tan enorme de posibilidades que le dolía la cabeza solo de pensarlo.

Apagó la colilla en la arena, se la guardó en el bolsillo y sacó el paquete de cigarrillos para encenderse otro. Era un mal hábito ya abandonado y en el que había vuelto a recaer hacía poco. No se sentía orgulloso, pero en aquel instante necesitaba con urgencia dar una calada. Desistió al par de intentos. La lluvia se había intensificado y por más que lo intentara, el cilindro de papel empapado se deshacía en sus manos. Con un suspiro, emprendió el camino de vuelta hacia el pueblo.

El cambio de tiempo parecía haber espantado toda presencia animal. Hasta las gaviotas se habían tomado un respiro y ya no planeaban lanzando graznidos. Solo el rumor monótono de la lluvia sobre la maleza y el rugido de las olas contra las rocas cubiertas de percebes y mejillones de los acantilados le acompañaban en el camino, sumiéndole en una especie de estupor somnoliento. Por eso le

sobresaltó aquel timbrazo repentino.

Tardó un segundo en darse cuenta de que aquel sonido salía de su chaqueta. Se peleó con la cremallera hasta que logró sacar su teléfono móvil. En la pantalla brillaba el nombre de su agente editorial.

Carmen Gavín era su agente literaria desde que había aceptado aquel primer manuscrito de manos de ese tipo algo taciturno y de pocas palabras. Por aquel entonces, Roberto ya había conocido la fuerza de sus propios límites y había tomado la decisión de abandonar la vida azarosa y algo temeraria que había llevado hasta aquel momento, y veía en ella a alguien de confianza. Carmen era una mujer que cabalgaba hacia la jubilación, aunque tenía toda la intención de morir con las botas puestas detrás de su escritorio de la agencia en Barcelona; era pragmática, cariñosa como una abuela si hacía falta y dura como un sargento de instrucción cuando tocaba.

La mirada fugaz tendría que haber sido una de esas novelas que languidecen en las estanterías del fondo de las librerías, lejos de esas mesas atiborradas de ejemplares que las grandes firmas siempre colocan en la entrada. El debut literario de un periodista de sucesos, un reportero de guerra que había visto demasiada muerte, miseria y desolación como para llenar tres vidas. Una cómoda novela de detectives inquietos que resuelven crímenes gracias a su agudeza mental y su ingenio. La verdad, no había depositado grandes expectativas en aquel manuscrito cuando firmó el contrato con una pequeña editorial.

Pero las cosas habían sido muy distintas.

Porque entonces, todo explotó.

Dos semanas después de su lanzamiento, *La mirada fugaz* se había encaramado en la lista de los veinte títulos más vendidos, para su sorpresa y la de sus editores. El boca a boca hizo el resto y la popularidad del libro se fue expandiendo como ondas concéntricas sobre la superficie de un estanque. Las cosas se salieron definitivamente de madre cuando un conocido presentador le recomendó en un programa de televisión de máxima audiencia. Las ventas se dispararon y con la velocidad de un huracán se transformó en «el fenómeno editorial del año», como repetían los medios.

Pero entonces, el increíble manantial de ideas que era su cabeza, el mismo que le había permitido publicar *La mirada fugaz*, parecía

haberse secado. Y así había estado hasta que, unas semanas antes, la solución se le había presentado ante sus ojos.

Mientras se servía el segundo *gin tonic* delante de la televisión, apareció en la pantalla una isla verde, feraz, rodeada por acantilados batidos por un mar rugiente de olas blancas. Un puñado de casas desperdigadas, playas de arena blanca, vegetación baja, azotada por el viento, todo coronado por un enorme y solitario faro en la parte más alta de la isla.

La isla de Ons, un lugar paradisíaco y casi salvaje en la boca de la ría de Pontevedra. Un parche de tierra de apenas cinco kilómetros cuadrados, al que solo se podía acceder en barco.

En su cabeza habían empezado a fluir las ideas con rapidez, apelotonándose una detrás de otra. Se había pasado el resto de la noche en un estado casi febril, garabateando notas en uno de sus cuadernos: una historia de naufragios, marineros arrojados por las olas a la orilla, una tórrida y emocionante historia de amor. Todas las piezas encajaban a la perfección.

Solo había un problema.

No sabía nada de aquel lugar.

Necesitaba visitarlo, dejar que su instinto de reportero cubriese los huecos que le faltaban a la historia.

Por eso se encontraba allí, en pleno invierno, cuando la isla estaba casi desierta..., aunque las cosas no iban saliendo como se las había imaginado.

Roberto respiró hondo un par de veces antes de descolgar el teléfono.

—Hola, Carmen.

—¡Hola, Roberto! —La voz cantarina y siempre enérgica de Gavín sonó con claridad al otro lado de la línea—. ¿Cómo te va en tu retiro isleño? ¿Está siendo productivo?

—Bueno, sin duda está siendo una experiencia interesante —contestó él, sin dar respuesta a la pregunta.

—¿Ya te has instalado? ¿Estás a gusto?

—Sí, todo va bien. Creo que podré darle un buen acelerón a la novela a lo largo de los próximos días.

—¡Estupendo! —palmoteó Gavín, al otro lado del teléfono.

De fondo se oía el ruido del tráfico en el centro de Barcelona y el zumbido de colmena humana de la gran ciudad. Seguramente le

estaba llamando desde la calle, de camino a alguna reunión. Típico de Carmen.

Le asaltó una punzada de nostalgia. Aunque él estaba allí, atrapado en aquella burbuja de tiempo que era la isla de Ons, el mundo seguía girando a toda velocidad. De repente, en medio de aquel camino solitario, sintió una necesidad irracional de estar en Barcelona, Londres, Madrid o cualquier otra capital, paseando por una acera atestada de peatones, rumbo a un restaurante o una cafetería. El deseo de verse rodeado de gente atareada con sus propios asuntos, solitario y a la vez acompañado, era voraz. Deseaba volver a un mundo moderno, donde los conejos sacrificados de forma ritual, los racionamientos de electricidad, la brujería y los mariscadores furtivos tan solo eran notas pintorescas que veía en una película por la noche, al llegar a casa.

Pero Carmen estaba a más de mil kilómetros de distancia y, por lo que a Roberto le incumbía, en otra galaxia, porque no tendría forma de salir de aquella condenada isla hasta dentro de cuatro semanas, cuando el *Punta Suido* volviese a recogerle.

—¿Seguro que va todo bien, Roberto? Te noto algo... distante.

«Va todo estupendo. Casi acabo a palos con un tío y me han echado una maldición con una cabeza de conejo, pero una vieja hechicera que necesita una visita urgente de Servicios Sociales me ha quitado el mal de ojo. Y todo eso en solo veinticuatro horas».

—Sí, en serio —mintió—. Estoy mejor que nunca, deseando que leas lo que voy a escribir aquí. Seguro que será de primera.

—Si te pasa algo... —La voz de Gavín sonaba de repente preocupada—. Si tienes algún problema..., me llamarás, ¿verdad? Haré lo que sea necesario para que vayan a buscarte, te lo aseguro.

Aquella súbita muestra de preocupación le emocionó más de lo que quería reconocer.

—Todo va bien, Carmen, te lo prometo —dijo más firme ahora—. Gracias por cuidar tanto de mí. Oye, tengo que dejarte, me pillas en medio de un párrafo complicado y quiero acabarlo antes del mediodía.

—No te olvides de llamarme —le insistió—. Un beso muy grande, Roberto. Cuídate.

—Y tú también —contestó él antes de colgar.

Guardó el móvil en el bolsillo y exhaló aire muy despacio. «Un Misisipi, dos Misisipis, tres Misisipis...». Se miró las manos: tenía los

dedos algo manchados de sangre, seguramente de cuando había tocado al conejo crucificado.

Se las frotó de forma insistente contra los pantalones y comprobó el reloj. Ya casi era mediodía. Decidió que por aquella mañana ya era suficiente. Volvería a su casa e intentaría escribir unas cuantas horas, para alejar de su cabeza todo aquel remolino que le zarandeaba. Y, de paso, enterraría bien lejos aquella cabeza de conejo que le aguardaba en la balda superior de su nevera. Por si acaso.

Sin darle más vueltas, apuró el paso en el camino que llevaba a la pequeña vivienda.

Dios, qué bien le vendría una copa.

6

Disputas y secretos

Su segunda mañana en Ons no fue muy diferente de la primera, excepto porque aquella noche, por fin, durmió del tirón más de cinco horas, todo un récord para él, tras haber pasado buena parte de la tarde escribiendo un texto bastante decente. No fue un sueño reparador, en todo caso, porque las pesadillas recurrentes en las que se deslizaba Elvira Couto le despertaron en un par de ocasiones. Después de la ducha y el café matutino (y de revisar el zaguán de entrada por si habían aparecido nuevos regalos nocturnos), decidió bajar al pueblo en busca de alimentos frescos.

El camino era mucho más fácil en bajada, pero el estado del firme, sobre todo en las pendientes más empinadas y deshechas por la lluvia, dejaba bastante que desear. Cuando, treinta minutos más tarde, pisó la suave superficie de cemento de la pista principal ya notaba los tobillos maltrechos.

Había cesado de llover y, al contacto con el agua, el sol arrancaba destellos de los tejados rojos del núcleo de viviendas del pueblo. Avanzó a paso ligero y al dar la última curva se topó de frente con una imagen inesperada.

Dos mujeres estaban apoyadas en un pequeño murete que se levantaba frente a la iglesia del pueblo, con un amplio capacho de goma negra entre ambas. Estaban centradas en su charla, de forma que no le vieron llegar. Una de ellas estaba más cerca de los sesenta que de los cincuenta, con el pelo gris ensortijado y corto; era gruesa y baja y, pese a la baja temperatura, llevaba los brazos al descubierto, anchos y de aspecto fornido. La otra era una chica joven, que no debía de tener más allá de dieciocho o diecinueve años, muy diferente a la primera: delgada y de aspecto delicado, su cabeza estaba envuelta en una nube de pelo rubio desordenado. El rostro era armonioso, excepto por una nariz algo grande, y tenía los ojos del mismo tono verde

tormenta que Antía y su hermano. Roberto no era dado a apostar, pero se jugaría algo a que tenía que ser un miembro del clan Freire.

La más mayor sujetaba un cuchillo fino y de aspecto afilado en la mano derecha. Roberto observó con fascinación morbosa cómo metía con decisión la mano en el capacho y sacaba un pulpo inmenso de color oscuro. En un movimiento fluido, le dio la vuelta a la cabeza del animal, que aún agitaba los tentáculos, y clavó el cuchillo en el punto donde tenía la boca; luego giró la hoja y, con el gesto diestro de quien ha hecho eso mil veces, sacó las vísceras de una pieza, acompañadas de un sonido viscoso. Antes de que le hubiese dado tiempo a digerir lo que acababa de ver, la mujer ya estaba sacando el siguiente de la cesta.

En ese momento, la chica joven reparó en su presencia, se inclinó hacia la más mayor y le susurró de forma apresurada algo al oído. La mujer dejó caer el pulpo dentro del capacho con un sonoro chapoteo y se dio la vuelta para observarle.

Tenía los ojos del mismo color que la chica, pero su expresión era mucho más dura y las arrugas de su cara hablaban de toda una vida al aire libre. La mujer se limpió las manos en el delantal con parsimonia y guardó el cuchillo en la faltriquera, antes de dar un paso hacia él.

—Usted debe de ser el escritor, ¿verdad? —dijo con una voz que sonaba dura, acostumbrada a no encontrar réplica—. Antía me ha contado lo que hizo anteayer para proteger a Diego.

—No fue nada, de verdad.

—Ayudar a uno de los míos siempre significa algo para mí —contestó ella, muy seria, mientras le tendía la mano—. Soy Rosalía Freire, la madre de Antía. Esta es Helena, mi hija, la otra hermana de Diego.

—Una familia numerosa. —Roberto le estrechó la mano. Era dura y callosa, la de alguien habituado al trabajo manual duro.

—Salvo un par de personas, en esta isla o eres un Freire o eres un Docampo. —Helena se adelantó a su madre. En contraste, su voz era aterciopelada, con un *vibratto* grave de fondo algo desconcertante.

—Eso me parecía —dijo Roberto, de forma prudente.

Decidió omitir sus encuentros del día anterior con el furtivo y la hechicera de la otra punta de la isla. Algo le decía que cuanto menos información de sus movimientos tuviesen los dos clanes dominantes, mejor le iría.

—¿Viven todo el año en la isla? —Roberto cambió de tema, interpelando a la muchacha.

—Voy a tierra unas cuantas veces al año, pero me gusta estar aquí —susurró la muchacha, casi con un hilo de voz—. A todos nos gusta.

—Estamos en deuda con usted —intervino de nuevo Rosalía—. Esos Docampo son unas malas bestias, todos y cada uno de ellos. Si quiere un consejo, no se junte con ellos. Y si hay algo que necesite, dígamelo.

«Por muy amistosos que le puedan parecer, siempre querrán algo de usted, aunque no lo sepa». La advertencia que le había lanzado la vieja Elvira Couto resonó en su cabeza.

Roberto guardó silencio mientras la matriarca de los Freire le observaba sin pestañear. De alguna manera, lo que había empezado como un encuentro casual se había transformado en algo muy diferente, aunque no podía concretar de qué se trataba. Había una extraña tensión en la atmósfera, como si lo que fuese a decir a continuación tuviese mucha importancia, en algún complejo juego del que desconocía todas las reglas.

—No será necesario. —Negó con la cabeza, optando por la solución más prudente—. No tuvo importancia.

Rosalía Freire le escrutó unos segundos más con expresión pétrea, pero por fin se relajó y le obsequió con algo parecido a una sonrisa.

—Como quiera —dijo con aquella voz potente—. Pero si necesita algo, venga a vernos al Cucorno.

—¿El Cucorno? ¿Qué es eso?

—Es nuestra casa matriz, en lo alto de esa ladera. —Señaló hacia una enorme casa de piedra de ventanas rojas que parecía aferrarse a la colina—. Si necesita ayuda, nuestras puertas siempre están abiertas. Podría venir a visitarnos un día de estos.

—Se lo agradezco.

Un silencio incómodo siguió a estas palabras. Rosalía echó mano del afilado cuchillo y lo agitó frente al pecho de Roberto, un par de centímetros más cerca de lo que este consideraba adecuado, pero hizo un esfuerzo por no mover ni un músculo.

—Me cae usted bien, en serio —dijo la mujer, con una media sonrisa caída que podía significar aquello o precisamente todo lo contrario—. Y eso no me suele ocurrir con los visitantes. Tenga

cuidado cuando ande por ahí. Esta isla puede ser peligrosa si no se la conoce bien.

—Por los acantilados, supongo —replicó él, con cautela.

—Todos los veranos algún imprudente acaba con la cabeza abierta o una pierna rota por meterse donde no debe. Toda la cara oeste de Ons, la que da al océano Atlántico, es una sucesión de precipicios de decenas de metros que caen directamente al mar —replicó ella, encogiéndose de hombros—. Si resbalase por alguno de ellos, nadie encontraría su cuerpo. Jamás. Sobre todo, tenga cuidado con el Burato do Inferno.

—El... ¿qué?

—El Burato do Inferno, el Agujero del Infierno —le explicó la mujer—. Una grieta en la costa de más de cuarenta metros de profundidad. El fondo está conectado con el mar mediante un sistema de cuevas, pero la caída es mortal de necesidad. Si quiere verlo, no vaya solo. Alguno de mis muchachos le acompañará.

—Lo tendré en cuenta.

—Hasta pronto, señor Lobeira. —Rosalía se despidió de él a la vez que metía la mano en el capacho y sacaba otro pulpo, al que evisceró en un movimiento fluido de muñeca. Parte de las tripas del animal cayó a los pies de Roberto, pero este ni se inmutó, fascinado por la habilidad de la mujer—. Nos volveremos a ver.

—Adiós —añadió Helena de forma tímida, casi apocada, sin apenas levantar la vista.

Roberto se alejó de ellas, pensando que sin duda Rosalía, la matriarca, era de ese tipo de personas que es preferible no tener como enemigo.

Siguió caminando hasta llegar al final de la pista de cemento que desembocaba en el muelle. Los dos restaurantes que daban servicio a los visitantes veraniegos estaban cerrados, con los ventanales cubiertos por planchas de madera para protegerlos de los embates del tiempo. Las terrazas vacías tenían un aspecto desangelado y, en una esquina, un viejo cartel de helados descolorido por el sol anunciaba unos productos que no volverían a estar disponibles hasta dentro de muchos meses.

Sin embargo, observó que la puerta de uno de los locales estaba entreabierta. Roberto se acercó y golpeó con los nudillos.

—¡Ya va! —gritó una voz de mujer desde el interior—. ¡Espera

un momento!

Sin atreverse a entrar, Roberto miró a su alrededor. Había unas cuantas mesas de terraza apiladas bajo un cubierto, junto con una montaña de sillas polvorientas.

«Mejor pedir perdón que pedir permiso», se dijo. Arrastró una de las mesas hasta una zona despejada de la terraza y cogió una de las sillas, la que parecía menos cubierta de polvo. Después se sentó y se limitó a esperar.

Al cabo de un rato asomó una mujer de mediana edad, con los labios más finos y apretados que Roberto había contemplado jamás; en su pelo negro recogido en un moño tirante se adivinaban ya las primeras hebras blancas. La mujer se detuvo al verle, sorprendida.

—¿Quién es usted? —Frunció el ceño—. Pensaba que era mi hijo quien había llamado a la puerta.

—Soy Roberto Lobeira. —Se levantó para darle la mano a la mujer, que aún le observaba con desconfianza—. Estoy pasando unos días en la isla.

—Es el escritor, claro.

«Solo falta que me pongan un cartel en la espalda».

—Me preguntaba si podría tomar un café —dijo él—. Ya sé que están cerrados, pero...

—Está en la vieja casa de los Escudero. —La mujer no preguntaba, sino que afirmaba con aplomo—. Se la ha alquilado a los Freire, claro.

—Así es —contestó él, con cautela.

—Si quiere un consejo, no se fíe de esa gente. —Las palabras salían de su boca como cartuchos de escopeta—. Pueden parecer encantadores, pero son traicioneros. Hágame caso.

Roberto exhaló un suspiro. Una vez más, las intrincadas madejas de las rencillas seculares de la isla se cruzaban en su camino haciendo que cosas tan simples como tomarse un café se volviesen un tedioso cruce de palabras, reproches y explicaciones.

—Déjeme adivinar —dijo, con voz cansada—. Usted es de los Docampo.

—Lo soy.

—Y con respecto a ese café...

—La máquina está apagada. —Ella negó con la cabeza—. Y las neveras están vacías hasta el inicio de la temporada de verano. Si

quiere, le puedo ofrecer una cerveza. De eso nos queda *a esgalla*.

Roberto miró el reloj, dubitativo. Tan solo eran las once de la mañana. «Qué demonios», se dijo. Era muy temprano, pero en aquella terraza se estaba fenomenal bajo los tímidos rayos del sol que se colaban entre las nubes que corrían por el cielo. Y además, hacer cosas normales y corrientes, como tomarse una cerveza mirando el mar y disfrutando del día, le parecía un premio maravilloso y un contraste perfecto con la anterior jornada.

—Una cerveza estará genial, muchas gracias.

La mujer asintió y desapareció en las tripas del restaurante. Al cabo de un rato volvió con un botellín tibio de Estrella Galicia y un plato con cacahuetes algo resecos. Aun así, a Roberto le resultó un plan casi perfecto, con unas vistas que superaban a las de la terraza más elegante que se pudiera imaginar.

La tranquilidad le duró diez minutos. Estirado en la silla, con los ojos cerrados, sintió la presencia de una figura a su lado que proyectaba su sombra sobre él. Abrió los ojos, ya en guardia.

—Buenos días —resonó la voz profunda y nasal de Luis Docampo, el barbudo con el que había tenido el encontronazo a su llegada a la isla—. ¿Le importa si me siento?

Roberto vaciló apenas un segundo. El hombre no parecía venir con ganas de pelea, pese a lo violento de su anterior encuentro, y no ganaba nada siendo desagradable, así que asintió con un gesto cortés hacia la mesa. Docampo fue en busca de una silla, que arrastró con un chirrido sobre el suelo de terracota hasta la mesa. Dejó caer su corpachón en ella con un gemido de alivio.

—Creo que ya ha conocido a Amaia, mi mujer —dijo, mientras señalaba hacia la puerta entreabierta.

—Sí, ha sido muy... —Roberto iba a decir «amable», pero se corrigió sobre la marcha— hospitalaria. Y me ha ofrecido esta cerveza.

—¿Puedo acompañarle?

Roberto se encogió de hombros y Luis Docampo se lo tomó como una afirmación. Se giró de nuevo hacia la puerta y lanzó un silbido penetrante. Amaia asomó la cabeza y al cabo de un minuto estaba de vuelta, con otra cerveza templada para su marido.

—Ella me avisó de que estaba usted aquí —dijo el hombre—, así que he venido a verle. El otro día no empezamos con muy buen pie.

—Estaba torturando a un crío —replicó Roberto, con tono seco—.

Un chaval que además tiene algún tipo de discapacidad. Si pretende que me disculpe por haberlo evitado, me temo que pincha en hueso.

El hombre negó con la cabeza.

—No le estaba haciendo daño. Solo le estaba haciendo rabiar un rato. Le iba a devolver sus condenados muñecos.

—Aun así, eso no está bien.

—No tiene ni idea. —Docampo se inclinó sobre la mesa, que crujió bajo su peso—. Es usted como toda la gente de tierra, que llega aquí pensando que lo sabe todo y que somos unos paletos necesitados de educación. Ese chaval no es lo que parece.

—¿Ah, no? Explíquese.

—El puñetero crío siempre anda por medio, fisgando —dijo el otro, antes de darle un trago a su cerveza—. Se cuela en nuestras fincas, espía por las ventanas, pisa nuestros sembrados.

—Eso solo son chiquilladas.

—¿Chiquilladas? ¡Nada de eso! Hace unas semanas desaparecieron varias gallinas de mi corral, que luego encontré degolladas y sin cabeza. —Luis Docampo le observó de hito en hito antes de añadir, ominoso—: Estoy convencido de que fue él.

7

Un paseo por la playa

Roberto sintió que se le erizaba la piel de los brazos.

—¿Degolladas? ¿Cómo?

—¿Cómo va a ser? ¡Degolladas, hombre! —El otro descargó un puñetazo sobre la mesa que hizo tintinear las botellas—. Les arrancó la puñetera cabeza y las dejó tiradas en el camino. Le digo que ese chaval es un mal bicho. Yo solo estaba tratando de darle una lección, eso es todo. Hasta que apareció usted, claro.

Roberto dio un trago de cerveza, que le supo especialmente amarga. No pudo evitar preguntarse si el joven Freire habría sido el autor de la macabra escena del conejo en la puerta de su casa. Si era verdad lo que decía aquel hombre, no sería la primera vez que hacía algo parecido. Diego no parecía capacitado para saber lo que era una maldición y mucho menos para llevar a cabo ese tipo de ritual. Aun así, la duda estaba ahí.

—¿Está seguro de que fue él? Lo de las gallinas, quiero decir.

—¿Quién si no? —Docampo miró a su alrededor—. Escuche, aquí la vida es dura, sobre todo en invierno. Los turistas vienen en verano, se bajan del barco en ese muelle para tostarse al sol, sacan fotos, comen bien y se vuelven a su casa. Para ellos, esto es un oasis donde pasar el día, pero para mí, para nosotros... es nuestro hogar. Y si tengo que defenderlo de uno de esos condenados Freire, lo haré sin dudarlo.

«Ahí está», pensó Roberto. Por eso Luis Docampo había venido corriendo a su encuentro en cuanto le avisó su mujer. Una vez más, las viejas tensiones larvadas a lo largo de décadas amenazaban con enredarse en sus pies.

Para unos y otros, su presencia en la isla suponía la aparición de una nueva pieza en su enfermizo tablero de juego y todos intentaban hacerlo orbitar por su campo.

—Mire, no sé qué problemas tienen con los Freire, pero me

gustaría quedarme al margen —protestó Roberto—. Solo pretendo estar aquí unas semanas y después me iré.

—Nadie se puede quedar al margen —replicó Docampo—. No en invierno.

—¿Por qué?

—Ya lo sabrá a su tiempo —contestó Docampo, antes de darle otro trago a su cerveza—. Verá, sé que a lo mejor no me entiende. Su mundo y el nuestro son distintos.

—¿En qué?

—¡En todo! —gruñó—. Derechos del menor, derechos de los animales, políticas medioambientales, toda esa farfolla que tanto les gusta en las ciudades... Aquí se trata de sobrevivir. Es así de sencillo.

—Parece que me habla de otro país.

—¿Se ha fijado dónde estamos? —Señaló hacia la lejana costa de tierra—. Aquí no hay médicos, policía, ni nada de lo que se da por sentado en tierra. Tenemos que ser autosuficientes, aunque eso suponga hacer cosas que ofendan a ciertas sensibilidades. Aunque eso suponga putear un poco a un crío para darle una lección.

Roberto guardó silencio, intentando comprender el punto de vista de aquel hombre. No estaba de acuerdo con él, pero entendía sus motivos o, por lo menos, lo que le llevaba a pensar de aquella manera. Pero estaba dispuesto a sacarle partido a aquella charla. Si Docampo quería hablar, había otro tema de conversación que sí le interesaba.

—He oído mencionar algo sobre un tal Tangaraño, pero nadie ha querido explicarme de qué se trata... —apuntó con cautela.

—Bah, eso no es más que un cuento infantil —bufó Docampo, despectivo, aunque Roberto pudo advertir cómo hacía de forma disimulada un gesto contra el mal de ojo por debajo de la mesa—. ¿Le han dicho que lo de las gallinas es cosa suya? No, ha sido ese crío, estoy convencido.

Roberto no contestó y en lugar de eso se limitó a darle otro sorbo a la cerveza tibia.

—Ah, ahí está mi hijo Tristán. —Señaló a un muchacho que se acercaba a ellos.

Tristán Docampo era un joven de unos veinte años, alto y desgarbado, al que le asomaban unos rebeldes rizos acastañados por debajo de una gorra amarilla y azul de los Lakers. Tenía los ojos oscuros, como toda su familia, y una nariz respingona.

—Buenos días —saludó, educado, al llegar a su altura—. Padre, tenemos tarea.

—Ya lo sé, ya lo sé —gruñó mientras agarraba su cerveza. Roberto observó hipnotizado cómo la nuez del hombre subía y bajaba mientras el botellín se vaciaba en un santiamén. Docampo apoyó la cerveza vacía en la mesa con aire satisfecho—. Tu condenada madre es como un capataz. En fin, don Roberto, espero haber aclarado las cosas entre nosotros. Y si quiere un consejo, manténgase lejos de los Freire, sobre todo de ese crío raro y de la bruja de su hermana. Solo le traerán problemas. Por cierto, está invitado.

Con estas palabras se puso en pie y, acompañado de Tristán, se alejó por el camino, dejando a Roberto a solas en la mesa, aún más confundido que un rato antes.

Apuró otro trago de su cerveza, con la mirada perdida en las olas que rompían en forma de murallas de espuma contra el muelle de cemento.

Era de locos. Si hacía caso a todo lo que le decían unos y otros, lo mejor que podía hacer era encerrarse como un recluso en su cabaña y no volver a salir hasta el día en que viniese a buscarle el barco.

Pero, por otro lado, tenía claro que nadie le estaba contando toda la verdad. Algo le decía que esas decapitaciones de gallinas guardaban algún tipo de relación con el conejo de su primera noche en la isla. Todo ese asunto de la supuesta maldición, a la que no dejaba de dar vueltas. ¿Era todo cosa de Diego Freire? ¿Existía en realidad aquel misterioso Tangaraño, al que los habitantes de Ons parecían temer y del que nadie quería hablar? ¿O podía ser la mano de Elvira Couto, la extraña meiga de la punta de la isla, la que estaba detrás de aquella historia? ¿Se trataba de la obra de otra persona? ¿O era, simplemente, una broma pesada que le estaban gastando entre todos?

Apartó la cerveza, que de repente no le parecía nada atractiva.

—Al carajo con esta gente —gruñó—. Me voy a pasear por la playa.

Cuando se puso en pie descubrió que en el muelle, amarrada a uno de los noráis, una lancha se mecía con fuerza con el oleaje. Era una embarcación de fibra de vidrio, de unos cinco metros, con un par de potentes motores fueraborda Yamaha colgados de su parte trasera. Un desvaído emblema de Parques Nacionales, carcomido por el sol y el agua salada, era visible en la proa. Cada vez que las olas la

levantaban, su costado, cubierto de gruesas salchichas de plástico rígido, lanzaba un quejido agudo al chocar contra el muelle.

Supuso que alguno de los vigilantes del parque habría llegado a la isla aquella mañana para llevar a cabo alguna rutina. Al fin y al cabo, aquel lugar, aunque parcialmente habitado, no dejaba de ser una condenada reserva natural. Pero viendo las ondas cubiertas de espuma que se arremolinaban a lo lejos y que golpeaban la costa con fuerza creciente, era fácil deducir que aquella embarcación no permanecería amarrada a puerto mucho más tiempo.

Volvió sobre sus pasos y se encaminó hacia el norte. El camino era bastante llano, comparado con todo lo que había recorrido hasta entonces, y estaba bordeado de numerosas casas marineras restauradas con gusto, que aguardaban pacientemente la llegada de los turistas en primavera. Una vez más tuvo la desasosegante sensación de que algo desconocido acechaba agazapado, pero las espectaculares vistas que se abrían a su izquierda se llevaron con rapidez ese pensamiento: ese lado de la isla, orientado hacia el continente, era de una belleza sobrecogedora; una sucesión de playas blancas y prados verdes que invitaban al descanso y el relax, salpicados de vez en cuando por un puñado de viejas casitas de pescadores construidas con bloques irregulares de granito.

Una señal de madera algo torcida indicaba un desvío hacia una playa llamada Area dos Cans. Roberto cogió el sendero, que le acercaba hacia una franja de arena fina y del color de la nieve que, al lado de las aguas turquesas, generaba la ilusión de estar en algún rincón del Caribe. Claro que, en el mejor de los casos, la temperatura de aquellas aguas a duras penas superaría los once grados, se recordó con cautela.

Justo antes de tocar la arena, captó con el rabillo del ojo un movimiento entre los árboles. Roberto se giró, inquieto, y solo entonces dejó escapar un suspiro afligido.

—Déjate ver. Sé que estás ahí.

—No es verdad —contestó una voz que ya conocía bien.

—Te estoy viendo, Diego —replicó, con paciencia—. Anda, sal de ahí, que te vas a hacer daño.

El muchacho estaba oculto entre una mata revuelta de zarzas y helechos que dejaba a la vista una gastada camiseta celeste del Celta de Vigo, dos tallas más grandes que la suya, con el nombre de un

jugador bosnio que se había retirado por lo menos veinte años antes escrito en la espalda y con el dobladillo descosido. Roberto se preguntó de dónde habría sacado aquella reliquia.

—Para estar en una isla casi desierta, resulta muy difícil estar a solas, ¿sabes? —rezongó Roberto—. ¿Se puede saber qué haces aquí?

—Te estaba siguiendo —se justificó el chico, azorado, mientras salía al camino—. Quería saber adónde ibas.

—Estoy dando un paseo. —Estuvo tentado de añadir «a solas», pero se mordió la lengua. Aunque fuese casi un adulto, Diego seguía teniendo la mentalidad de un chiquillo. Para él, Roberto era una novedad fascinante, como un juguete nuevo en medio de la rutina cotidiana y aburrida de aquel lugar.

—¿Puedo ir contigo? —Los ojos de Diego brillaron alborozados —. ¿Puedo, puedo?

Roberto suspiró. Estaba claro que si lo que buscaba era soledad, tendría que encontrarla lejos del núcleo habitado de Ons.

—Venga, si no queda otro remedio, acompáñame. —Hizo un gesto con la cabeza—. Así puedes hacerme de guía.

Cuando por fin pisaron la arena, Diego brincaba como un cachorrillo a su alrededor. Muy metido en su papel de guía, señalaba sin cesar en todas direcciones, farfullando explicaciones atropelladas y algo confusas. A Roberto le costaba seguir el hilo del muchacho, y el hecho de que señalase aleatoriamente árboles, montones de algas arrastradas por la marea y cosas que solo él podía ver no ayudaba demasiado.

Le observó con atención. Sin duda, Diego distaba mucho de ser normal, o al menos lo que se solía entender por eso, pero por otro lado transmitía una sensación de curiosidad e inocencia absolutas. Roberto no tenía la menor duda de que pasaba la mayor parte de su tiempo fisgoneando por todas partes, incluso en los terrenos de los Docampo, pero por más que lo intentara, le costaba imaginárselo degollando a sangre fría a un puñado de gallinas.

Claro que la idea de que alguien dejase un bicho muerto en su puerta también le parecía descabellada hacía solo tres días. Como había dicho Docampo, aquel lugar era diferente. Quizá matar un animal, en aquel entorno rural y apartado, tampoco suponía gran cosa, incluso para Diego.

La playa era aún mejor de lo que había imaginado. Podía

entender el motivo por el cual, en verano, aquel sitio estaba atestado de sombrillas, toallas y docenas de cuerpos untados en bronceador tostándose al sol. Si no fuese por el viento helado que soplaba desde el mar, habría estado tentado de tumbarse un rato. Aunque, por supuesto, con un sobreexcitado muchacho dando cabriolas a su alrededor, aquello habría sido complicado.

—Dime una cosa, Diego —Roberto trató de interrumpir las cabriolas del chiquillo—, ¿de qué querías hablarme el otro día, en la casa?

El chico le miró como si no le entendiese. Intentó otra aproximación:

—Dijiste algo sobre «el Tangaraño». ¿A qué te referías?

La expresión de Diego Freire se ensombreció de inmediato, como si una nube oscura hubiese tapado el sol. En vez de responderle, agachó la cabeza y se concentró en hacer un agujero con los pies en la arena.

—No quiero hablar de eso.

—Me gustaría que me lo contases.

—Me da miedo —dijo casi en un susurro—. No me gusta.

—¿Son los Docampo? —Recordó su llegada, a Luis Docampo atormentando al chaval—. ¿Es uno de ellos? ¿Son ellos los que te dan miedo?

El chico negó con la cabeza, aún sumergido en su mutismo.

—Entonces... ¿Qué es lo que te asusta, Diego? Dímelo.

—El Tangaraño —susurró con un hilo de voz—. O las meigas.

Una sonrisa tierna acudió a los labios de Roberto. «No le hagas caso o te volverá tarumba con sus historias», había dicho Antía. Así que de aquello se trataba.

—¿Elvira Couto te da miedo?

Diego abrió mucho los ojos, con expresión de sorpresa.

—¡No, no, Elvira no! Ella es buena, no es una bruja.

—Las brujas no existen, Diego. Ni ese Tangaraño. No tienes por qué temerlos. No te pueden hacer daño.

La reacción del muchacho le sorprendió. Levantó la cabeza, con los ojos muy abiertos y un rictus crispado en el rostro.

—¡Sí que existe! —aulló—. En verano, el Tangaraño se esconde, pero en invierno, cuando estamos solos, aparece de nuevo. Siempre aparece.

—Son imaginaciones tuyas —intentó tranquilizarlo—. Te lo aseguro.

Entonces Diego habló aún más bajo, aunque las palabras impactaron en Roberto como si fuesen gritos.

—No es verdad. —Negaba con la cabeza—. Nunca le he visto, pero he visto lo que les hace a los animales. Les hace mucho daño. *Los mata*.

La imagen de la cabeza cercenada del conejo irrumpió con fuerza en su mente.

—¿Por qué los mata, Diego? —De repente, el día parecía más frío e inhóspito—. ¿Quién es ese Tangaraño? ¿Dónde vive? Cuéntamelo.

Pero fue imposible arrancar una sola palabra más del muchacho, que se encerró en un mutismo hermético. Roberto comprendió que presionarle no valdría de nada, así que lo dejó correr. Seguía sin creer una sola palabra de la fantasía de brujas y monstruos del muchacho, pero no podía negar que la coincidencia era, como mínimo, inquietante.

Continuaron caminando por la playa, en silencio. La arena resultaba tan fina que era como pisar sobre seda. En la orilla, las olas, cada vez más altas, rompían con fuerza, dejando un reguero de algas, madera de deriva y desperdicios variados.

Y entonces, su vida cambió para siempre.

8

El fardo

Fue apenas por una fracción de segundo. Más tarde se preguntaría qué habría sucedido si no hubiese girado la cabeza en aquel preciso instante. Lo diferente que habría sido todo. Lo distintas que serían las cosas. Pero cuando el destino echa a rodar los dados, no hay nada que se pueda hacer.

La vio con el rabillo del ojo, en el momento en que el frío y la humedad estaban a punto de hacerle dar la vuelta y buscar refugio en el interior de la isla. A unos veinte metros de la orilla, mecida por las olas, flotaba una boya naranja. Habría pasado desapercibida por completo si una ola especialmente grande no la hubiese levantado, haciendo que descollase sobre la espuma.

—¿Qué es eso? —preguntó en voz alta, mientras señalaba con el dedo.

Diego frunció los ojos, intentando divisar lo que le indicaba, pero la boya naranja había desaparecido, tragada de nuevo por las olas.

—No veo nada. —El muchacho se encogió de hombros—. Ah, espera... ¡Sí, ya la veo! Será una nasa que ha arrastrado el mar de fondo.

—¿Qué es una nasa?

Diego se enredó en una alambicada explicación para describir lo que Roberto entendió que era un arte de pesca para capturar marisco, pero ya no le prestaba atención. No muy lejos de la boya, a unos cinco metros, flotaba otra cosa, esta de un brillante color amarillo. El mismo amarillo de los impermeables de mal tiempo que había visto usar a muchos de los marineros del puerto de Bueu.

—¡Allí hay alguien! —gritó, nervioso—. ¡Tenemos que ayudarle!

—Hay mucho mar de fondo. —De repente Diego parecía dubitativo, mientras observaba las olas con gesto circunspecto—. Además, yo no sé nadar.

El chico tenía razón en lo del mar. Las olas habían aumentado su tamaño y cadencia y rompían contra la orilla en una sucesión de crestas de espuma sucia que arrastraban kilos de arena cada vez que se retiraban.

Roberto contempló las ondas, indeciso. Todos los fantasmas del pasado le asaltaron de nuevo, con más energía que la de aquellas olas, que le mantenían atenazado en la orilla, inmóvil, incapaz de mover un músculo. Se sentía mareado. Le costaba respirar.

Y aun así, su sentido del deber le obligaba a enfrentarse a la situación, aun cuando posiblemente ya era demasiado tarde para salvar a nadie. Miró a su alrededor, deseando ver a alguna otra persona, pero aparte de Diego y él mismo, en la larga playa no había más signo de vida que las gaviotas que escarbaban en la arena.

—Seguro que se ha ahogado —sentenció Diego, como queriendo corroborar sus temores—. No se mueve.

«Pero no puedes estar seguro de eso. —La vocecilla resonó con fuerza en su cabeza—. Sea quien sea necesita tu ayuda. No te puedes quedar de brazos cruzados».

Además, no era lo mismo que *aquella vez*. La orilla estaba justo al lado. Hasta un niño podría hacerlo.

—Son solo unos treinta metros —murmuró en voz alta para autoconvencerse, al tiempo que se sentaba en la arena y se quitaba los zapatos, la parka y el jersey de lana—. Algo más de la mitad de una piscina olímpica. Puedo hacerlo.

No era un gran nadador, pero el chubasquero amarillo flotaba tan cerca que le daba la sensación de que estirando el brazo podría tocarlo. El viento frío de enero le azotó la piel con crueldad y algo en su interior, algo que para su desgracia conocía muy bien, le gritó «no lo hagas» con tanta fuerza que estuvo a punto de abortar la idea. Pero si lo hacía, si en un momento como aquel dejaba que *aquello* tomase el control, entonces el resto de los días que pasase en la isla serían una pesadilla, devorado por sus demonios interiores. Debía hacerlo. *Tenía* que hacerlo.

—Esto es una idea lamentable —gruñó aun así.

Pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

En ropa interior, avanzó unos pasos hasta meter los pies entre las ondas. Soltó un resoplido al sentir el helado mordisco del agua en torno a sus tobillos. No debía de estar a más de siete u ocho grados, a

lo sumo.

Avanzó a pasos lentos, luchando contra la fuerza del oleaje. Cada vez que la resaca le arrastraba hacia las aguas, notaba cómo la arena de debajo de sus pies se escurría como si estuviese dotada de vida propia. Cuando el agua ya le llegaba por la cintura descubrió que le resultaba cada vez más difícil mantener el equilibrio.

Por eso, al ver que una ola más alta se acercaba rugiendo y cubierta de espuma, contuvo la respiración.

La ola rompió con fuerza sobre su cabeza, sepultándolo en un revoltijo de agua, algas, burbujas de aire y arena. Por un instante no pudo orientarse, pero con una patada asomó la cabeza e inhaló una larga bocanada.

El reflujo de la ola le había arrastrado unos tres o cuatro metros hacia el interior del mar y, ahora que estaba flotando, mantener la cabeza sobre las ondas resultaba más fácil, porque cada vez que una se acercaba, su cuerpo subía y bajaba con las ondulaciones salvajes del oleaje.

Comenzó a nadar hacia el chubasquero amarillo, intentando mantener la cabeza fuera del agua. De vez en cuando una ola se estampaba contra su cara y le obligaba a cerrar los ojos con fuerza. Un minuto después sentía que le ardían los globos oculares por culpa de la sal y ya había tragado suficiente líquido como para tener la garganta irritada.

Solo entonces fue consciente de su primer error.

O bien había calculado mal la distancia o su objetivo se estaba desplazando lejos de la orilla, porque tras cinco minutos de chapoteo incesante tenía la sensación de estar a la misma distancia que al principio. El abrazo gélido del agua entumecía sus miembros y sentía los brazos y las piernas cada vez más pesados.

El segundo error, como advirtió enseguida, fue pensar que nadar en aguas abiertas, en plena galerna del Atlántico, sería lo mismo que hacerlo en la plácida superficie de una piscina. Las olas le zarandeaban sin piedad y el esfuerzo extra que tenía que hacer estaba devorando sus fuerzas a marchas agigantadas. Se dio cuenta de que pronto se quedaría sin aliento, y el miedo, una sensación aún más heladora que el agua, empezó a desenroscarse dentro de él.

Pero entonces, casi por accidente, descubrió que si nadaba en diagonal, podía avanzar mucho más rápido que si lo hacía en línea

recta. Alguna corriente de fondo le empujaba y, en vez de luchar contra ella, podía simplemente aprovechar su fuerza para llegar a su objetivo.

Al cabo de un momento, Roberto comprobó con júbilo que la distancia se acortaba. El bulto amarillo ya estaba a menos de cinco metros y pronto podría tocarlo con sus dedos ateridos. El problema era que, con la cabeza a ras de agua, solo podía verlo durante unos breves instantes antes de que las olas se lo tragasen de nuevo, así que cada poco tiempo tenía que hacer una pausa para orientarse, consumiendo unas energías valiosas.

No se puede decir que llegase con estilo. Más bien el bulto le alcanzó a él con fuerza cuando la enésima onda le empujó sin piedad. Notó algo duro que chocaba contra su costado y durante unos segundos de pánico se quedó sin aliento. Al girarse vio una pincelada amarilla justo al lado y lanzó la mano derecha, esperando encontrar el tacto de un cuerpo debajo del plástico. Y entonces sucedieron dos cosas.

La primera de ellas fue descubrir que lo que aferraba era duro, muy duro, demasiado duro como para ser un cuerpo humano. Lo segundo, casi al mismo tiempo, fue notar que algo viscoso se enredaba en sus pies y le arrancaba un gemido de miedo. Pataleó con fuerza para soltarse, pero lo que estaba bajo el agua, fuera lo que fuese, se había enredado en su tobillo de forma firme.

La vocecilla de su cabeza cobró vida a la vez.

«No puedes hacer esto. Vas a morir y te lo tienes bien ganado. Deberías haberme hecho caso mientras podías».

Roberto lanzó un rugido de rabia teñido de terror. Echó la mano hacia su tobillo, en una contorsión que le obligó a tragar otra bocanada de agua y sus dedos se cerraron en torno al tacto áspero de una cuerda sintética. Pegó un tirón y consiguió deshacer el enredo que le tenía sujeto. Apurando sus últimas fuerzas, se aferró al bulto amarillo, que había pasado de rescatado a rescatador.

—Mierda. —Su voz sonaba ronca, le rascaba la garganta—. Oh, vamos, vamos. Joder.

En aquel intervalo, la corriente le había arrastrado cerca de las rompientes, que restallaban envueltas en espuma. Cuando el agua se retiraba podía ver las aristas puntiagudas de las rocas, cubiertas de moluscos, que apuntaban como cuchillos pétreos en su dirección.

Salidas de algún lugar desconocido, reunió las fuerzas que le quedaban y comenzó a patalear con ganas, usando el fardo como improvisado flotador. No se hacía demasiadas ilusiones de lo que le sucedería si las olas le golpeaban contra las rocas. En aquel choque, su cuerpo desnudo llevaba todas las de perder. Pero era una lucha desigual. La fuerza sumada de la corriente, el oleaje y la resaca le empujaban sin descanso y sus esfuerzos resultaban inútiles. La idea de que había llegado su final resplandeció de repente ante sus ojos con la potencia de un neón de cine. Una mezcla de terror primigenio e incredulidad le invadió, pero estaba demasiado cansado como para oponer resistencia. Una avalancha de agua le cubrió la cabeza y boqueó, angustiado.

Entonces sintió un fuerte tirón que le sacudía de lado. Cuando pudo asomar la cabeza por encima de las olas, no dio crédito a lo que vio.

Sobre una roca, a unos diez metros de distancia, Diego sujetaba el otro extremo de la cuerda, del que colgaba la boya naranja que había visto en primer lugar. Comprendió que el oleaje la había arrastrado hasta aquel punto y el crío, superando su miedo, se había arrastrado de alguna manera hasta allí, saltando sobre piedras resbaladizas y batidas por el mar, hasta agarrar el extremo del cabo.

—¡Aguanta! —El grito de Diego llegó apagado a sus oídos—. ¡Agárrate fuerte!

Era más fácil de decir que de hacer. El fardo estaba cubierto de plástico sin ningún tipo de asidero y se escurría entre sus manos. De pronto sus dedos tropezaron con los eslabones de una cadena y se sujetó con fuerza. La sensación de alivio fue tan intensa que casi se marea. Al menos, no se iba a ahogar.

Quedaba el asunto de las rompientes. Diego tiraba del cabo con toda el alma, pero el peso combinado de él y el fardo era demasiado para sus brazos delgados. Roberto podía ver los músculos tensos del cuello del muchacho y la mandíbula apretada con decisión, ajeno a cuanto le rodeaba. Sus pies estaban clavados en la roca, pero a apenas unos centímetros, una capa de algas oscuras de aspecto viscoso se mecía con el batir del mar. Si Diego daba el menor paso, resbalaría sobre ellas y acabaría en una situación igual que la suya. Peor, se corrigió. El muchacho no sabía nadar.

—¡Ten cuidado! —Tosió y escupió un chorro de agua a la vez que

gritaba y aquello sonó a algo más parecido a *gengguiado*.

Por suerte, las olas le habían llevado a un área más resguardada, donde la corriente ya no le succionaba con tanta fuerza. Palmo a palmo, el muchacho fue ganando cuerda y acercando a Roberto hasta un punto de aguas más tranquilas.

Cuando sus pies arañaron el fondo de algas, se sintió renacer. Comprobó que hacía pie, pero estaba tan débil que le costaba dar un paso hacia la salvación. Sin saber muy bien cómo, se desplomó sobre la confortable seguridad del peñasco.

Nunca una roca de granito le había parecido más preciosa. Sintió más que vio cómo Diego le agarraba de las axilas y de un último tirón le sacaba de las aguas hasta quedar tumbado boca arriba sobre la piedra, resollando como un buey. Todo su cuerpo temblaba debido al frío y a la descarga de adrenalina que le inundaba. A su lado, el muchacho, también al límite de sus fuerzas, se había dejado caer.

Tardó un buen par de minutos en abrir los ojos. El cielo encapotado se movía sobre su cabeza y unos cuantos cormoranes los contemplaban curiosos, desde las alturas, preguntándose sin duda a qué jugaban aquellas criaturas en medio de un mar tan feroz. Finalmente, se incorporó.

Había estado a punto de morir. Había faltado muy poco.

Pero, como comprendió al mirar a su alrededor, sus problemas estaban lejos de haber acabado.

9

«¿Chocolate o *fariña*?»

—Tenemos que volver a la playa. —Roberto jadeó al incorporarse—. Esto es peligroso.

El pecho de Diego subía y bajaba como el fuelle de una fragua.

—Sí. Playa, playa.

Aunque ya no estaba en el agua, su situación distaba mucho de ser segura. Se hallaban encaramados sobre una roca preocupantemente pequeña, batida por las olas, y estaba subiendo la marea. Si seguían allí durante mucho más tiempo, las olas acabarían por cubrir aquel islote de terreno firme y volverían a verse en una situación comprometida, aún más complicada que la que acababan de superar.

Apoyados el uno en el otro, como un par de tullidos, comenzaron a caminar con cautela sobre las rocas cubiertas de algas, ayudándose en los pasos más complicados. Roberto se maravilló al pensar cómo se las habría apañado Diego para llegar hasta la punta del bajío sin resbalar. Al chico le faltaría un hervor, usando una expresión poco amable, y quizá no tenía demasiada fuerza, pero poseía el valor de un león.

Cuando llegaron junto a su montón de ropa en la arena, se dejó caer, totalmente agotado. Solo en ese instante cayó en la cuenta de que Diego se las había ingeniado para enrollar el extremo de la boya en su cinturón y había ido acercando el fardo amarillo hasta la orilla, metro a metro, al tiempo que le ayudaba a él a ganar terreno seguro. Su respeto por el muchacho se multiplicó.

Sin dejar de temblar, se vistió de nuevo. Con cada capa de ropa que ponía sobre su cuerpo, sentía que el calor iba ganando terreno y la vida comenzaba a renacer dentro de él. Cuando cerró la cremallera de la parka, soltó un suspiro de satisfacción.

—¡Te dije que era peligroso! —El muchacho le clavó un dedo

huesudo en el pecho, acusador—. ¡Peligroso, peligroso, peligroso! ¡Tú no le haces caso a Diego!

—Tienes toda la razón. —Los dientes todavía le castañeteaban y le costó pronunciar cada sílaba—. He sido un estúpido. Lo siento mucho.

El muchacho le contempló, todavía enfurruñado. Una manga de su camiseta celeste se había desgarrado y ondeaba como una bandera en el brazo derecho.

—Me has salvado la vida, Diego. —Sacudió la cabeza al decirlo, aún atónito por lo cerca que había estado de morir ahogado—. Eres un héroe.

—¿Como Iron Man y Thor? —Un brillo ilusionado destelló en sus ojos.

—Muchísimo mejor que Iron Man y Thor, créeme, amigo. —Le revolvió el pelo—. Ellos no te llegan ni a la altura de los zapatos.

—¡Soy un superhéroe! —Diego dio un salto alborozado en la arena—. ¡Un superhéroe!

Roberto le contempló mientras el muchacho emitía una cascada de ruidos de explosiones y rayos láser que le envolvían en su imaginación. Sintió que le anegaba una oleada de cariño y gratitud hacia aquel muchacho.

Mientras Diego peleaba con hordas de invasores de otra dimensión, él se giró hacia la orilla y observó el mar rugiente. Había estado cerca, muy cerca. Las olas habían arrastrado el bulto amarillo hasta la orilla y lo habían dejado semienterrado en la arena. Tirando del extremo de la cuerda lo arrastró palmo a palmo fuera del alcance del mar.

Pesaba mucho y al contemplarlo de cerca, por primera vez, se preguntó qué diablos era aquello.

Era un fardo cuadrangular, de medio metro de lado por unos cuarenta centímetros de alto. Estaba envuelto en una gruesa capa de plástico amarillo y asegurado por unas cadenas de aspecto resistente. Las cadenas se unían mediante un candado monstruoso en la parte superior, justo en el lugar donde arrancaba la cuerda que terminaba en la boya naranja. Además, a los lados tenía sujetas un par de defensas hinchables de plástico rígido en forma de salchicha, como las que llevaban los barcos en los costados para proteger sus amuras. Aquellos trastos llenos de aire le daban flotabilidad al conjunto y lo

habían mantenido a flor de agua, pues de otro modo sin duda se habría ido al fondo.

Roberto lo hizo rodar de un empellón y calculó que aquel chisme debía de pesar sus buenos cincuenta kilos. Vio que por debajo, enganchado en las cadenas, había otra cuerda, la que se le había enredado en el pie, pero esta solo medía un par de metros y estaba desgarrada en su extremo.

Casi al instante entendió qué había sucedido. Seguramente, al final del cabo roto había habido un peso muerto, que mantendría fondeado el bulto en algún lugar, lejos de la costa. La boya asomaría a la superficie y el fardo nadaría entre dos aguas gracias a sus flotadores, a varios metros de profundidad, lejos de los posibles enganchones en el fondo y al mismo tiempo oculto a miradas indiscretas.

Era un sistema simple pero ingenioso. Y teniendo en cuenta que estaban en el corazón de las Rías Baixas, se dijo con un escalofrío, la ecuación resultaba fácil de resolver.

Aquel fardo había sido fondeado por contrabandistas o narcotraficantes, a la espera de que alguien fuese a recogerlo, pero el mar había roto la sujeción y las olas lo habían arrastrado cerca de la orilla, donde él lo divisó de pura casualidad. De no ser por aquella coincidencia, el fardo se habría estampado contra las rocas hasta destrozar los flotadores, y en aquel momento estaría en el fondo, con la única compañía de los peces.

Y sin embargo, allí estaba, a sus pies.

Aquello olía a problemas a kilómetros. La tentación de arrojarlo de nuevo al mar era casi irresistible, pero la curiosidad se impuso. Eso, y que casi había muerto para rescatarlo de las olas.

—¿Qué tiene dentro? —Diego, que le había visto inspeccionar el fardo, se había acercado a su espalda—. ¿Es fariña?

—No tengo ni idea, pero eso es lo de menos. —Al tacto, Roberto podía notar otra capa aún más dura debajo del plástico—. Tenemos que llevarlo al pueblo. Desde allí avisaremos a la Guardia Civil, para que se haga cargo.

—¿Y van a venir en halicóppp-tero? —Los ojos de Diego se abrieron mucho, por la emoción—. Este verano vino uno a recoger a un turista enfermo. ¡Me gustó mucho!

—Se dice «helicóptero» y no, no tengo ni idea de cómo van a

venir. —Le dio un coscorrón cariñoso al chico y frunció el ceño, mirando el horizonte—. Aunque viendo cómo se está poniendo el mar, no me extrañaría. Necesitamos ayuda, Diego.

—¡Ya voy yo! —El chico se levantó de un salto, lanzando un surtidor de arena, y antes de que Roberto pudiese decir nada más se alejó corriendo, dejando tras su estela una bandada de gaviotas indignadas.

Roberto se dejó caer en la arena una vez más. El calor iba volviendo poco a poco a sus extremidades, conforme el susto se iba disipando. Con manos temblorosas, sacó la cajetilla de tabaco y peleó durante un rato para encender un cigarrillo.

Exhaló una bocanada de humo, pensativo. Sin duda, de aquella experiencia sacaría una buena escena para su novela. O al menos una buena anécdota. «Eh, ¿os he contado alguna vez la historia de cuando casi me ahogo para rescatar un fardo de cincuenta kilos de coca? Os vais a morir de la risa».

Pero en aquel momento no tenía ganas de reír. Acababa de caer en la cuenta de la tonelada de burocracia engorrosa que le iba a llover encima una vez que llegasen las autoridades. Declaraciones, comparecencias y cosas así.

Y eso no era lo peor. Aquel fardo, sin ninguna duda, tenía un dueño. Un dueño muy enfadado, que lo estaría buscando.

Quizá en aquel mismo instante.

Echó una ojeada a su alrededor, pero no vio nada, aparte de un carrusel de olas que se abalanzaban cada vez con más fuerza contra la orilla.

«No se meta en problemas», le había dicho el capitán del *Punta Suido*.

«Joder, es que ni a propósito, Lobeira».

Al cabo de un buen rato, un grito le sacó de sus cavilaciones. A cincuenta metros, caminando por la playa, volvía Diego, dando botes excitados, acompañado de dos personas, que empujaban un carrito de aluminio de dos ruedas.

Le sorprendió comprobar que una de ellas era su hermana Helena, la muchacha que acompañaba a la matriarca del clan Freire, y que el otro era Tristán Docampo, el hijo de Luis. Quizá cuando se trataba de una emergencia los dos clanes aparcaban sus diferencias. O podía ser que desconfiasen tanto unos de otros que si sucedía algo

imprevisto mandasen una delegación conjunta, como en aquel instante. Fuera cual fuese la explicación, se alegraba de verlos. Ni en su mejor forma podría haber movido solo aquel fardo, y menos después de su experiencia cercana a la muerte.

Cuando llegaron a su altura, los chicos se quedaron boquiabiertos. Su mirada pasaba del fardo amarillo a Roberto y de nuevo al fardo amarillo, como si fuese un problema matemático de resolución imposible.

—Hola, chicos. —Saludó con la mano—. Diego y yo nos hemos encontrado con esto. ¿Nos echáis un cable?

—¿Dónde estaba? —preguntó Tristán, cuando por fin recuperó el habla.

—Flotando, cerca de la orilla. Lo hemos arrastrado hasta aquí.

Omitió la parte en la que casi se ahogan. Lo último que necesitaba era que le echasen una bronca por poner en riesgo la vida del muchacho. Ya habría tiempo después para explicar, con calma, cómo habían sucedido los acontecimientos.

—Puede ser un problema —murmuró Helena, queda.

—Siempre es un problema con estas cosas —asintió Tristán de una forma que daba a entender que no era la primera vez que ocurría algo así—. Un marrón de mil pares de narices.

—¿Qué crees que es? —preguntó ella—. ¿Chocolate o fariña?

—Eso no importa —los interrumpió Roberto, deseoso de alejarse de la playa de Area dos Cans cuanto antes—. Está claro que tiene que ver con algo turbio. Lo llevaremos al pueblo y luego llamaremos a la Guardia Civil para que venga a por él.

Los muchachos se miraron entre ellos, pero no dijeron nada.

—Lo vamos a entregar —repitió Roberto, con voz firme—. No hay otra alternativa. Venga, ayudadme a subirlo al carro.

Entre los cuatro fueron capaces de colocarlo en aquella carretilla. Una vez cargada, las ruedas se hundían en la arena blanda y avanzar con ella hasta la rampa de cemento costó más de diez minutos de empujones, resoplidos y juramentos variados. Cuando por fin llegaron a un terreno más firme, el avance fue mucho más rápido.

Al alcanzar el pueblo, ya se había congregado una pequeña multitud frente a la iglesia. Alguien los debía de haber visto desde el puerto y las llamadas telefónicas urgentes habían hecho el resto. Una docena de personas, entre Freires y Docampos, esperaban expectantes

pero sin mezclarse entre sí, en dos grupos bien separados. La tensión se mascaba cuando por fin, sudorosos, soltaron la carreta. Helena y Tristán orbitaron hacia sus grupos familiares de manera inconsciente, pero Diego permanecía a su lado, ajeno a todo.

—¿Dónde estaba eso? —preguntó Rosalía Freire—. ¿Quién lo ha sacado del agua?

Roberto meditó bien su respuesta. Había algo en el ambiente que no era capaz de definir y que le preocupaba.

—Yo lo he encontrado. —Apoyó una mano sobre el plástico amarillo—. En esa playa de aquí al lado.

—¿Qué tiene dentro? —Ramón Docampo era el que había hablado. El viejo repartía la mirada entre el fardo y su nieto Tristán con una expresión indescifrable en el rostro, como si el chico tuviese algo que ver con la aparición inesperada de aquel paquete.

—No tengo ni idea, pero da igual —repitió Roberto, exasperado —. Hay que avisar a las autoridades. Que se encarguen ellos.

Un silencio espeso acogió sus palabras, más elocuente que ninguna réplica.

—En la isla nos gusta resolver los problemas a nuestra manera. —Ramón Docampo chasqueó la lengua—. Veamos qué tiene dentro.

—Oh, venga ya —protestó Roberto—. No podemos abrirlo. Quizá sea la prueba de un crimen. No podemos manipularlo sin permiso. ¿Es que no os dais cuenta?

—A lo mejor no tiene nada de delictivo —apuntó otro Docampo, un tipo bajo y achaparrado—. Puede que solo sea un flotador de una red, o algo de algún aparejo de pesca.

—Es verdad —añadió Rosalía Freire, para su sorpresa—. ¿Y si solo es un trozo de basura a la deriva? Habríamos hecho venir a la Guardia Civil para nada y con este tiempo es probable que solo puedan llegar en helicóptero. Eso cuesta una fortuna.

—Seguro que no les gustaría nada. —Una sonrisa extraña había aparecido en el rostro de Ramón Docampo—. Se iban a enfadar mucho.

—Mucho, sí, señor.

Roberto miró a su alrededor, demudado, pero todos parecían estar de acuerdo. Tuvo que reconocer para sí que parte de razón no les faltaba. No se quería imaginar el papelón que sería si llamaban a las autoridades para abrir un fardo lleno de trapos viejos. Las

recriminaciones. Las risas. Lo que contarían después sobre aquellos isleños alarmados sin necesidad.

Tan solo Antía, a un paso de la matriarca de su clan, parecía compartir sus dudas, pero permanecía en silencio, con gesto preocupado. Roberto cruzó una mirada con ella. «No puedo hacer nada», parecía decir de forma muda.

—Está bien —suspiró—. Abramos este puñetero chisme, a ver qué hay dentro.

—¡Así se habla! —Luis Docampo le dio una formidable palmada en la espalda que casi le saca los pulmones por la boca—. Necesitamos herramientas.

Alguien fue corriendo a una de las casas y volvió al minuto con un hacha, un martillo y un escoplo. Se los entregó a Luis, pero este negó con la cabeza y señaló a Roberto.

—El que lo encuentra lo abre —dijo, con una sonrisa torcida en la cara—. Venga, escritor. Dale.

Roberto cogió el martillo y el escoplo y se montó a horcajadas sobre el bulto. Apoyó la punta del escoplo contra un eslabón de la cadena que lo cerraba y dio un fuerte golpe. Un tañido metálico resonó con claridad y el escoplo casi se le escapa de las manos al rebotar contra la anilla.

—Más fuerte, hombre —rezongó Docampo—. Que no tenemos todo el día.

Roberto apretó los dientes y volvió a golpear con fuerza. Al cabo de un momento había cogido la cadencia y machacaba aquella argolla con energía. A cada golpe, pequeñas limaduras de hierro salían volando por los aires y la mella en el eslabón se iba agrandando. Pronto empezó a sudar por el esfuerzo. Las manos le ardían y sentía los brazos pesados, pero eso no le detuvo.

Un clinc agudo le devolvió a la realidad. Con el último golpe la argolla se había partido y la cadena colgaba laxa, a punto de desmontarse.

—Toma. —Le pasó el martillo a Diego, sin mirarle—. Sujétame esto.

Apartó el resto de las cadenas y con la punta del escoplo fue rasgando la capa de plástico amarillo. Por debajo había otra capa de plástico transparente, más gruesa, como si alguien se hubiese tomado muchas molestias en envolver a conciencia el contenido de aquel

paquete. Eran capas superpuestas de celofán, que fue rajando una tras otra, mientras se abría camino.

Al fin abrió un hueco lo suficiente como para poder meter los dedos, apoyó el escoplo en el suelo y con las dos manos dio un fuerte tirón. El plástico se desgarró con un crujido y dejó a la vista un trozo de unos veinte centímetros de largo.

Solo quedaba una última capa de plástico negro. Conteniendo la respiración, Roberto lo arrancó de un golpe y entonces los ojos casi se le salen de las órbitas.

Por mucho que hubiese imaginado, aquello sí que no se lo esperaba.

—¿Y bien? —preguntó Docampo, impaciente, a su espalda—. ¿Qué hay dentro?

Por toda respuesta, Roberto metió la mano dentro del fardo, cogió algo y se giró con la misma cautela que si manejase dinamita.

Un murmullo contenido recorrió la multitud, disparando un mar de caras de sorpresa.

Sostenía en la mano un fajo de billetes de quinientos euros, de unos diez centímetros de alto, sujetos por una goma. Y debajo de aquel había más. Muchos, muchos más.

El fardo amarillo que casi le cuesta la vida estaba repleto de dinero.

De una auténtica fortuna.

10

«Son muchos dineros»

Rosalía Freire fue la primera en recuperar el habla.

—¿Eso es... dinero? —preguntó con voz estrangulada—. ¿Dinero de verdad?

—Eso parece —atinó a decir Roberto—. No estoy seguro, pero sí. Creo que sí.

—¿Cuánto hay?

—Solo hay una forma de averiguarlo. —Señaló hacia el fardo, resaltando algo evidente—: Tendríamos que contarlo.

—¿Y a qué esperamos? —El viejo Docampo avanzó un paso, impaciente—. Abridlo del todo.

—¡Un momento! —protestó Roberto—. ¡Esto es algo demasiado grande como para que sigamos enredando! Ya hemos averiguado de qué se trata. Ahora es cosa de la Guardia Civil.

—¿Cuánto calculáis que puede haber aquí? —Haciendo caso omiso de sus palabras, Luis Docampo se había inclinado sobre el boquete y había sacado otro fajo, que sostenía entre las manos con expresión pensativa.

—No lo toques. Dejarás los billetes cubiertos de huellas. Complicarás el trabajo de la policía.

—Llevo guantes, escritor —replicó Docampo, mientras se metía aquel fajo en el bolsillo de su parka—. Además, tú lo has tocado también.

Roberto miró el fajo que aún sostenía entre los dedos como si fuese la primera vez que lo veía y maldijo para sus adentros, antes de dejarlo caer al suelo.

—Ya se lo explicaremos a los agentes cuando lleguen —insistió tozudo—. Vamos a entregarlo.

Sería sencillo: tan solo una llamada a las autoridades y se plantarían allí en menos de una hora, por mar o por aire. No tenía ni

la más mínima duda de que se trataba de la decisión correcta. Su mano estaba a medio camino del bolsillo en el que guardaba el móvil, pero se detuvo al ver que el viejo Docampo levantaba el brazo, pidiendo atención.

—No tan rápido. Hay una alternativa.

—¿Cuál?

—¿Y si nos lo quedamos?

Un murmullo inquieto se extendió por todo el grupo, rápido como un incendio en un pajar. No hacía falta mirarlos a los ojos para adivinar que aquella idea les gustaba más. Mucho más.

—No puede estar hablando en serio.

—¿Y por qué no?

—Pues, para empezar, porque este dinero no es nuestro.

—¿Y de quién es? —El patriarca de los Docampo miró de forma teatral a su alrededor—. Yo no veo a nadie más por aquí. Lo que trae el mar a la orilla es de quien lo encuentra.

Un nuevo coro de asentimientos vibró a su alrededor. Roberto giró la cabeza, estupefacto.

—¡Venga, sed razonables! ¡Es una idea estúpida!

El alma se le cayó a los pies cuando comprobó que nadie secundaba sus palabras. Todos contemplaban el fajo de billetes del suelo con la expresión ávida de un perro de presa ante una liebre. Incluso Antía parecía dudosa.

—Este dinero es de alguien —trató de buscar otro enfoque—. Seguro que lo está buscando.

—No tiene cómo saber que ha acabado aquí —le cortó Luis—. Podría haber encallado en cualquier otro lugar de la ría.

—Escuchadme todos. —Intentó dotar de toda la autoridad posible a su voz—: Nadie fondea un fardo lleno de dinero si no es porque se trata de algo ilegal. No es como guardarlo en una hucha. Esta pasta tiene que estar relacionada con el narcotráfico.

—¿Y a nosotros qué más nos da?

—¡Pues que sus dueños lo estarán buscando, maldita sea! —explotó Roberto—. No es el tipo de gente con la que te apetece tener problemas, y tened por seguro que robarles es una buena manera de buscarlos. Debemos avisar a la Guardia Civil. Ya.

—No tan rápido —intervino Ramón Docampo—. Mi hijo tiene razón, nadie sabe que este dinero está aquí. Es como si no existiese, al

fin y al cabo.

Roberto los miró impotente. La codicia los había invadido, brillaba expectante en sus pupilas.

—¿Es que no entendéis que lo que proponéis es un delito? —insistió—. Podríamos acabar en la cárcel por quedarnos con dinero del narco. Pensadlo bien, por todos los santos.

—A lo mejor podemos quedarnos solo con una parte. —Era la primera vez que Antía hablaba desde que habían abierto el fardo y Roberto sintió un pellizco en el estómago al ver que incluso ella se lo estaba pensando—. Tan solo un puñado de fajos, unos cuantos miles. Luego avisamos a la Guardia Civil para que se lleve el resto y todos contentos.

—Se darían cuenta de que falta dinero. —Roberto negó con la cabeza—. Verían el hueco vacío de esos fajos en el paquete y solo tendrían que sumar dos más dos. Además, ¿qué creéis que va a pasar cuando empecéis a gastar dinero a espuertas unas cuantas semanas después de haber tropezado con un alijo del narco? ¿Pensáis que nadie va a notar que pasa algo raro?

—Por eso no podemos entregarlo. —Rosalía Freire negó con la cabeza, pensativa—. En cuanto salga en las noticias que ha aparecido el dinero, los narcos sabrán que nosotros lo encontramos. Y dará igual que nos quedemos una parte o no. Esa gente es desconfiada por naturaleza.

—¿Y qué?

—Darán por sentado que nos quedamos una parte y vendrán a Ons a ajustar cuentas —contestó ella, con voz lúgubre—. Tú no eres de aquí, no los conoces como nosotros. No importa lo que hagamos, para ellos seremos los culpables de haber perdido su dinero. Creerán que tenemos algo escondido. Tú mismo lo has dicho: no es el tipo de gente con la que te apetece tener problemas.

—No podemos contar nada a nadie, sobre todo a las autoridades —asintió Docampo en un raro momento de concordia con el otro clan —. Tenemos que repartirlo a partes iguales.

Un silencio de plomo siguió a esas palabras. Durante el lapso de tres latidos tan solo se oyó el graznido de las gaviotas y el silbido del viento en los árboles.

—Ni hablar. —Roberto negó con gesto decidido, mientras sacaba el móvil del bolsillo—. No pienso meterme en semejante lío.

—Para ti es fácil decirlo —le interrumpió Amaia, la mujer de Luis Docampo, con un deje amargo en la voz—. No vives aquí. En unas semanas te irás a tu casa, volverás a tu vida acomodada de escritor y nadie sabrá que has tenido algo que ver con esto. Nunca irán a por ti. Pero nosotros tendremos que pagar las consecuencias.

Roberto se detuvo sin atreverse a marcar. Había algo de verdad en lo que decía la mujer. Sin embargo, la mera idea de sacar partido a ese dinero le asqueaba. En México había visto muy de cerca sobre cuántas vidas rotas se construye el imperio del narco.

—Hagamos una cosa. —El viejo Ramón Docampo levantó las palmas de las manos, conciliador—. ¿Y si primero contamos el dinero para saber de qué estamos hablando exactamente? Quizá debajo de la primera capa de billetes haya otra cosa, o quizá no haya nada. Antes de tomar una decisión deberíamos tener todos los datos.

Aquel razonamiento era impecable. Hasta Roberto tuvo que reconocerlo.

—Está bien —concedió a regañadientes—. Pero que todo el mundo use guantes para tocar el dinero.

Fue como dar la salida a una estampida. De repente todos se abalanzaron sobre el fardo y comenzaron a desgarrar el envoltorio a tirones, haciendo que fajos de billetes se desparramasen sobre el suelo.

—¡Con calma, con calma! Hagámoslo despacio, por favor.

En un rato establecieron un orden: Roberto, Antía Freire y Luis Docampo, sentados en el suelo, iban contando fajos de billetes, que una vez fuera del fardo eran cuidadosamente apilados como piezas de un juego infantil en el carrito de aluminio. El resto de los isleños, mientras tanto, los contemplaban arremolinados a su alrededor, sin apartar la mirada.

Resultó más complicado de lo que parecía a simple vista. Debajo de la capa superior de fajos de quinientos euros había otra capa de gruesos ladrillos de billetes de cien, agrupados en tacos de doscientos cincuenta unidades. Al apartar esa capa, la familiar cara de Benjamin Franklin los saludó desde un montón de billetes de cien dólares y casi llegando al fondo aún aguardaba otra sorpresa.

—¿Y esto qué coño es? —Docampo sostenía un fajo de billetes alargados de color morado.

—Son francos suizos —respondió Roberto, deteniendo la cuenta por un instante—. Una divisa muy valiosa en el mercado

internacional.

—¿En serio?

—Sí. —Asintió con la cabeza—. Cada uno de esos billetes que tienes en la mano equivale a unos mil euros, más o menos.

—Pues parecen del Monopoly. —Docampo sonrió feliz, mientras le arrojaba el fajo en el regazo.

Roberto calló, porque una sospecha empezaba a rondarle.

Y no le gustaba nada.

Por fin, el último fajo salió de dentro del paquete y aterrizó en la carreta de aluminio. Había estado llevando la cuenta en su libreta de tapas de cuero y, cuando acabaron de sumar, repasó las columnas de números en silencio, mientras los demás le miraban impacientes.

—¿Y bien? ¿Cuánto hay ahí?

Roberto ignoró la pregunta y repitió las cuentas, incrédulo. No podía ser. Sin embargo, los números no engañaban.

—El tipo de cambio del dólar y del franco suizo varían todos los días, pero... —comenzó con voz débil.

—¡Déjate de vueltas! —gruñó Docampo—. ¿Cuánto hay?

Roberto levantó la cabeza muy despacio.

—Más o menos... unos setenta y cinco millones de euros.

Una vez más, todos quedaron sin habla, mientras cada uno rumiaba para sus adentros lo absurdo de aquella cifra en metálico, apilada delante de ellos, sobre la carreta, como vulgares ladrillos de papel.

Fue Diego quien rompió aquel momento de concentración.

—¿Eso son muchos dineros? —preguntó con voz dudosa.

—Sí, Diego, un montón de dinero. —Roberto le dio un apretón en el brazo, tratando de aparentar una jovialidad que no sentía—. Muchos, muchos dineros.

Aquel cruce de palabras fue liberador. De repente todos daban palmas, reían y se abrazaban entre ellos, sin mezclarse entre las dos familias ni por un segundo, por supuesto. Roberto se sentía como si fuese uno de esos periodistas que tienen que ir a cubrir en Navidad la administración de lotería donde ha caído el gordo. Solo faltaba alguien regando a la gente con champán. La euforia era absoluta.

Menos en él.

En un principio había tomado aquel fardo de dinero como el pago de una carga de droga que algún cártel hubiese introducido en

las rías. Pero si fuese así, estaría en euros o en dólares, nada más. No mezclado, y mucho menos con billetes de mil francos suizos repartidos como si fuesen cromos en el fondo del paquete.

No, aquello tenía pinta de ser otra cosa. Los ahorros de alguien, quizá. O la suma de los pagos de múltiples operaciones ilegales. Y eso era mucho peor, porque un cártel podría permitirse perder el importe de una operación. Era un riesgo con el que contaban y que sucedía con cierta frecuencia. Formaba parte del negocio.

Pero semejante fortuna en divisas fuertes, en billetes usados y no consecutivos, era otra cosa. Juntar ese tipo de divisa era algo que costaba tiempo y resultaba complicado de llevar a cabo sin levantar alertas en los bancos. Alguien se había tomado infinidad de molestias en preparar aquel envío tan específico y concreto, el sueño húmedo de cualquier criminal que se moviese en el mercado negro y quisiese blanquear sus ganancias.

Y si les había llevado tanto trabajo, dudaba mucho que dejasen correr su desaparición así como así.

Tenía que hacérselo entender, costara lo que costase. Aunque en aquel momento, borrachos de euforia, no le prestarían la más mínima atención. Solo Antía permanecía callada, como él, y con mirada pensativa. Roberto se inclinó hacia ella.

—Esto es una locura. Hay que pararlo ya.

La mujer guardó silencio durante un largo rato, tanto que Roberto pensó que no le había oído, pero finalmente soltó aire muy despacio y le clavó una mirada profunda y llena de pesar.

—Lo sé —replicó, con voz sosegada—, pero ahora mismo sería más fácil arrastrar esta isla a tierra firme que conseguir que nos presten atención.

—Quizá si hablas con tu madre...

—No serviría de nada. —Negó con la cabeza—. Mírala, cuando se le mete algo en la cabeza es implacable. Y además, todavía quedaría la tarea de convencer a los Docampo. Acaban de descubrir que están sentados encima de una mina de oro y no darán su brazo a torcer de ninguna forma.

—Y entonces, ¿qué hacemos?

—No lo sé —musitó ella—. No tengo ni idea.

—¡Bueno, bueno, ya es suficiente! —Ramón Docampo dio un par de fuertes palmadas para llamar la atención de todos, tiró la colilla al

suelo y la pisoteó con parsimonia, girando la bota una y otra vez, antes de hablar—: ¿Cómo vamos a hacer el reparto?

—Mitad y mitad, por supuesto —replicó Rosalía Freire, rauda—. A partes iguales entre los Freire y los Docampo.

—¿Y él? —Ramón apuntó con la barbilla en dirección a Roberto —. ¿Qué parte le toca? ¿Igual que a nosotros?

—Él solo es uno —protestó Luis, su hijo—, y nosotros somos muchos. No sería justo.

—Pero él es quien encontró el dinero. —Docampo lo observaba, pensativo, sin pestañear, con una expresión pétrea—. Me pregunto qué tiene que decir al respecto.

Las risas y el jolgorio se fueron apagando, mientras todas las miradas se concentraban en él.

Las sostuvo con aplomo, sin bajar la cabeza. Era consciente de que el reparto de piezas sobre el tablero de relaciones en la isla había cambiado por completo en cuestión de un parpadeo y todo el mundo se había dado cuenta. Ya no era el excéntrico visitante que había llegado a pasar unas semanas en la isla. De repente era alguien que podía reclamar una parte considerable del pastel para sí mismo, reduciendo la cuota de los demás. O, peor aún, si insistía en llamar a las autoridades, algo mucho más molesto.

Un problema.

Y nada les impedía, comprendió con angustiosa lucidez, eliminar aquel problema de forma expeditiva. Estaban a kilómetros de tierra firme y de la autoridad más cercana. No había más testigos que ellos. Ya se podía imaginar los titulares: «Trágica muerte de Roberto Lobeira en un absurdo accidente mientras daba un paseo», «El mundo de las letras llora su pérdida», «El talento perdido de su generación».

La cabeza le zumbaba a toda velocidad. No se atreverían. Estaba pensando en un *asesinato*, maldita sea. Esa era una línea demasiado roja como para cruzarla.

Pero algo en la expresión de Docampo le hizo entender que el viejo patriarca estaba echando las mismas cuentas. Y no parecía ser del tipo de persona que duda. Aquellas eran gentes de mar, gente dura. Despiadada, si hacía falta.

—Vamos a ver. —Levantó las manos, apaciguador, sintiendo la boca seca—. Ya he repetido una y mil veces que yo no quiero un céntimo de este dinero. Pero aun así, creo que deberíais...

—Viene alguien —le interrumpió la voz cantarina de Diego—. Por el camino.

11

Los actos y sus consecuencias

Todos giraron la cabeza al unísono, en un gesto que habría sido cómico en cualquier otra circunstancia. El muchacho señalaba hacia lo alto del camino, por el que se acercaba una silueta masculina a buen paso.

—Es el percebeiro —gruñó Luis Docampo, irritado—. ¿Qué se le ha perdido por aquí a ese chalado?

—Es Víctor Pampín —le susurró Antia, que no podía saber que Roberto ya había conocido al furtivo el día anterior—. Un ermitaño que vive en la punta noroeste de la isla. Un tipo algo extraño, pero buena gente. No suele meterse con nadie y anda casi siempre a su vida, mariscando en las rocas.

—¡Tapad ese dinero, rápido! —siseó Docampo—. ¡Que no lo vea!

Alguien hizo aparecer de alguna parte una lona azul de aspecto gastado y con un par de tirones la dejaron bien ajustada sobre la carreta. Debajo de ella solo se adivinaba un bulto informe que podía ser cualquier cosa.

Pampín, que venía apoyado en su cayado con la extraña punta plana de metal en su parte superior, por fin llegó a su altura y los miró con extrañeza.

—Buenos días. —El percebeiro llevaba un jersey beige lastrado de pelotillas y su barba necesitaba un buen recorte, pero en otras circunstancias habría pasado por un hombre apuesto—. A ver, ¿qué ocurre aquí?

—Aquí no ocurre nada, Víctor. —Docampo abrió los brazos y le ofreció una sonrisa que casi parecía sincera—. Estamos de parrafada, pasando la mañana, eso es todo.

Pampín resopló, mientras se apoyaba en su cayado.

—Los Freire y los Docampo charlando amigablemente una mañana de enero. —Hizo una mueca—. Claro que sí, Ramón, por

supuesto. Cuéntame otra, que esa no cuela.

—¿Acaso los vecinos no tienen el derecho de charlar un rato?

—Nunca os he visto juntos más de diez minutos sin que alguien intentase saltarles los dientes a los de enfrente. —Su mirada se detuvo en Roberto y frunció el ceño, desconcertado al verle allí, pero tuvo el buen tino de no demostrar que le reconocía.

—Bueno, Pampín —atajó Rosalía, impaciente—. ¿Y tú qué haces aquí? Es raro verte bajar al pueblo.

Por toda respuesta, Pampín miró la punta metálica de su bastón, como si acabase de caer en la cuenta de que estaba entre sus manos.

—Mira, me alegra que me hagas esa pregunta. —Su tono de voz se había endurecido—. Te imaginas el motivo por el que llevo esta rasqueta, *¿non si?*

—Habrás ido a mariscar percebes, supongo. —La matriarca se encogió de hombros—. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—¡No te hagas la inocente! —El abrupto estallido de ira del hombre los cogió por sorpresa—. ¡Sabes perfectamente lo que ha pasado! Esta mañana temprano vi a dos de tus sobrinos merodeando por el Con da Fervenza y cuando he bajado, un rato más tarde, alguien lo había arrasado a conciencia. ¡No quedaba ni un percebe! ¡Ni uno!

—No sé de qué me hablas —replicó Rosalía, cautelosa.

A espaldas de Pampín, dos de los hombres del clan Freire cruzaron una mirada culpable. Roberto resopló exasperado. Además de la puñetera casualidad que había traído al furtivo hasta el pueblo en ese preciso instante, la guinda del pastel. Justo lo que faltaba, una discusión entre mariscadores furtivos.

—¡No me tomes por idiota! —aulló Pampín, con el rostro enrojecido—. ¡Habíamos quedado en que el Con da Fervenza era mi territorio y que ahí solo mariscaba yo! ¡No teníais derecho a hacer eso!

—Te repito que no sé de qué me hablas. —La voz de Rosalía era glacial—. Mira, este no es un buen momento. Será mejor que lo hablemos más tarde.

—¡No quiero hablar más tarde! ¡Quiero explicaciones *ahora*! —gritó el hombre con voz ronca. Justo entonces su mirada se detuvo en el carrito cubierto con una lona y un rictus de desconfianza le ensombreció el rostro—. ¿Qué tenéis ahí?

—Nada de tu incumbencia, Víctor —intervino el patriarca de los

Docampo, lúgubre—. Hazle caso a Rosalía y márchate, por favor.

—¡Y una mierda! —resopló furioso—. ¡No voy a dejar que me toméis el pelo! Siempre actuáis como si toda la puñetera isla fuese vuestra, maldita sea. ¡Ya estoy harto!

—No sigas por ahí, te lo advierto —amenazó Ramón, pero el hombre, poseído por la ira, le ignoró.

—¡Estoy seguro de que ahí tenéis lo que me habéis robado! ¡Devolvédmelo ahora mismo!

Hay momentos en la vida que lo cambian todo.

Instantes fugaces en los que las cascadas de acontecimientos se suceden a tal velocidad que le dan la vuelta a la realidad como un calcetín. Más tarde Roberto se preguntaría cómo habrían sido las cosas si aquel hombre irritado no hubiese hecho el ademán de retirar la lona azul del carrito. Si se hubiese limitado a rezongar y soltar un par de bravatas.

Pero eso era algo que nunca sabría, porque Víctor Pampín sujetó un extremo de la lona, dispuesto a dejar su contenido a la luz y, con aquel gesto inocente, echó a rodar los terribles acontecimientos que iban a tener lugar a lo largo de los días venideros.

Todo sucedió muy rápido. Cuando Pampín agarró el extremo de la lona, Rosalía Freire, que era quien estaba más cerca de él, le sujetó el brazo para impedírselo. El hombre, rojo de furia, le dio un empellón para apartarla. Rosalía se tambaleó hacia atrás y uno de sus pies tropezó en una losa suelta del camino, que las lluvias del invierno habían levantado apenas un par de centímetros. Aquello bastó para hacerle perder el equilibrio. La mujer braceó en vano para tratar de mantener la vertical, pero comenzó a desplomarse de espaldas. Antía dio un paso hacia delante, con la intención de sujetar a su madre, aunque estaba demasiado lejos para llegar a tiempo. Su movimiento brusco, en un ángulo casi ciego para Pampín, sorprendió a este. Quizá el hombre estaba totalmente fuera de sí, quizá pensó que Antía tenía intención de atacarle. Quién sabe. Fuera como fuese, en un gesto reflejo alzó la rasqueta que aún sujetaba en la otra mano y propinó un fuerte golpe en el costado de Antía, que se dobló sobre sí misma con un gemido de dolor.

A partir de ahí, todo pareció suceder a cámara lenta. Con el rabillo del ojo, Roberto vio un borrón que se acercaba a toda velocidad. Tardó una fracción de segundo en comprender que era

Diego y otro más en adivinar lo que estaba a punto de pasar. En todo caso, demasiado tarde.

—¡Déjalas! —aullaba el muchacho, con los ojos desorbitados—. ¡No les hagas daño! ¡Hombre malo! ¡Malo, malo, malo!

Diego llevaba en la mano un martillo, el mismo que había usado Roberto para hacer saltar las cadenas. Con un gesto seco, lo descargó en la sien del percebeiro antes de que este pudiese defenderse.

El impacto resonó con un crac seco que le hizo estremecer. Pampín se tambaleó y dejó caer la rasqueta, mientras daba un par de pasos vacilantes hacia atrás. Un fino hilo de sangre de color rojo apagado comenzó a resbalar por su frente. El furtivo se echó la mano a la cabeza, incrédulo, y la retiró manchada de rojo. Por un momento se miró los dedos pringados, como si no fuese capaz de entender qué estaba sucediendo. Luego puso los ojos en blanco y se derrumbó en el suelo, como una marioneta a la que le cortan las cuerdas de golpe.

Y eso fue todo. No debían de haber pasado más de veinte segundos, pero Roberto tenía la sensación de que el tiempo se había detenido y que estaba atrapado en un mal sueño. Nadie movía un músculo, demasiado conmocionados como para decir nada.

Diego, que estaba de pie al lado del hombre caído, le miraba incapaz de procesar lo que había hecho. Su mirada saltaba del hombre al martillo que tenía en la mano, una y otra vez, intentando buscar la conexión que había entre ambas cosas. La comprensión alcanzó al muchacho como un rayo y de repente comenzó a temblar de manera incontrolable.

—¡Diego! —gimió Antía, aún doblada por el dolor—. ¡Diego, mi niño! Ay, Dios mío, ¿qué has hecho?

El muchacho temblaba como una hoja y su boca se abría y cerraba en silencio, con la expresión de un animal acorralado. Una mancha oscura se empezó a extender en su entrepierna y Roberto comprendió que el muchacho se acababa de orinar encima.

Rosalía Freire, todavía en el suelo, se había arrastrado hasta el furtivo caído y estaba examinando de forma frenética el pulso del hombre.

—No respira —musitaba—. Está muerto. ¡Está muerto!

—¡Me cago en la leche, el idiota se ha cargado a Víctor Pampín! —exclamó Luis Docampo, atónito, rompiendo el silencio—. ¡Quién iba a adivinar que este raquítico tenía huevos!

—¡Cállate la boca, Luis! —gritó Antía mientras abrazaba al muchacho, que lloraba desconsolado.

—Yo no quería..., yo no quería... —Miró a su hermana con los ojos claros anegados de agua—. Os estaba haciendo daño a las dos... Yo no quería... no, no, no, no...

—Chist, calla, cariño, calla. —Antía la enterró contra su pecho y el crío sollozó con hipidos que partían el alma—. No mires, corazón. No pasa nada, tranquilo.

Roberto se devanaba los sesos, tratando de asimilar la situación. En apenas un instante, las cosas se habían complicado más allá de lo imaginable. No solo tenían setenta y cinco millones de euros de origen incierto apilados a su lado, sino que ahora, además, también tenían a un muerto. Las cosas no podían estar peor. Se habían metido de lleno en un problema de dimensiones colosales.

Diego había reaccionado por impulso, empujado por el razonamiento limitado que tenía. Una persona con discapacidad que había intentado atajar lo que había tomado por una amenaza, sin ser consciente del alcance de sus actos. El resultado era el hombre muerto que yacía a sus pies y un crío destrozado al comprender la enormidad de lo que había hecho.

—Antía, Helena, llevaos al chico de aquí. —Su voz sonó más firme de lo que su ánimo presagiaba—. Ahora.

—¿Qué vamos a hacer?

—Por ahora, intentad que se calme. —Los engranajes de su mente iban a toda velocidad.

—No pienso dejar que se lo lleven a la cárcel. —El tono feroz de la voz de Antía, casi un gruñido de fiera, le sobresaltó—. Ha sido un accidente.

—Nadie se lo va a llevar —replicó Roberto, aunque sabía que aquello no era cierto—. Vete ahora. Nosotros nos encargamos de esto.

—Hablo en serio. No permitiré que le detengan.

—Y yo te prometo que no pasará nada. Por favor, llévatelo de aquí. Ahora.

Antía le miró dubitativa, hasta que por fin una expresión de alivio infinito le colmó los ojos. Musitó un «gracias» silencioso en su dirección y se alejó por el camino, llevando a Diego entre la joven Helena, Rosalía Freire y ella. El muchacho había entrado en una especie de estado catatónico y solo balanceaba la cabeza hacia delante

y atrás mientras emitía sonidos inconexos que resultaban escalofriantes.

—No me lo puedo creer. —Luis Docampo se había agachado para recoger el martillo manchado de sangre y lo miraba aún impactado—. Ha sido todo tan rápido...

—¿Qué le va a pasar? —preguntó Tristán Docampo, que hasta entonces no había abierto la boca—. ¿Es verdad lo que dice Antía? ¿Va a ir a la cárcel?

—No tengo ni idea. —Roberto negó con la cabeza—. No creo. Tendrán en cuenta sus circunstancias.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—No lo sé. —Se apretó las sienes, notando los primeros ramalazos de lo que parecía una prometedora migraña—. Necesitamos pensar.

—¿Ahora ya no tienes tantas ganas de llamar a la policía o qué? —se burló Luis Docampo—. Ah, *carallo*, cómo cambia la cosa.

Roberto estuvo tentado a responderle, pero no supo qué decir. El hombre, aunque cruel, estaba en lo cierto. Había sido un accidente, ante un montón de testigos que podían certificarlo. Pero eso sería lo de menos en cuanto empezasen a aparecer uniformes verdes por la isla. Quizá Diego no fuese a la cárcel, aunque sin duda acabaría en algún centro de menores o en una institución sanitaria, alejado de la isla y de su familia. Devorado por el sistema.

Un destino terriblemente cruel para un muchacho que solo había querido ayudar. Un muchacho que unas horas antes le había salvado la vida.

No podía hacerle eso.

Y, sin embargo, no había otra alternativa.

Antía y su familia le odiarían para siempre y él sería el responsable de todo lo malo que le sucediese al pobre Diego, pero por mucho que se esforzaba, no veía otro plan de acción.

Estaban metidos en un buen lío.

12

El martillo

El dolor de cabeza había aumentado un par de grados cuando el cielo se abrió sobre la isla. Una gota cayó en su mejilla y, en rápida sucesión, otras dos. Levantó la vista y se dio cuenta de que las nubes eran cada vez más negras y estaba empezando a llover.

—Tenemos que sacar el cuerpo de aquí. —El patriarca de los Docampo señaló a Pampín con la punta encendida de otro de aquellos cigarros—. Se va a empapar.

—No podemos moverlo hasta que lleguen las autoridades y el médico forense. Tendrán que hacer fotos y el levantamiento del cadáver y...

—Mire, Lobeira. —El anciano apoyó una de sus pesadas zarpas callosas sobre su hombro, en un gesto casi íntimo—. Es usted un hombre de mundo y sin duda sabe cómo funcionan las cosas de jueces y todo eso..., pero de esta isla no tiene ni puñetera idea.

—¿Qué quiere decir?

—Si empieza a llover, toda el agua que caiga desde allá arriba... —señaló las colinas repletas de casas cerradas— buscará la vía más fácil para llegar al mar. Y esa vía pasa precisamente por este camino. Si no sacamos el cuerpo de aquí, terminará empapado, quién sabe si arrastrado, como le dé por llover con fuerza. Tenemos que moverlo.

Roberto asintió. Comenzaba a sentirse sobrepasado por los acontecimientos.

—Está bien —aceptó, resignado—. ¿Y dónde le metemos?

—Nuestro pequeño supermercado está ahí mismo, a pocos metros. —Docampo señaló una puerta de aluminio cubierta de descoloridas pegatinas de refrescos—. Ahora mismo está vacío. Pueden dejarlo ahí, de momento.

Ramón Docampo metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de llaves que tendió a su hijo Luis. Cuando este se acercó a recogerlas, le

murmuró algo al oído y el barbudo asintió circunspecto.

—Mientras arreglamos este asunto, propongo que guardemos el dinero. —Hizo un gesto hacia la carreta, que por unos minutos había quedado olvidada—. No puede permanecer bajo la lluvia.

—¿En tu tienda de mierda, bajo llave? —Uno de los Freire escupió en el suelo, despectivo—. Olvídate, Docampo.

—¿Dónde, entonces? —restalló este—. ¿En una de vuestras casuchas de alquiler, para que lo vigiléis vosotros?

La tensión aumentó hasta volverse casi visible y por un segundo Roberto pensó que iban a llegar a las manos.

—¿No hay un terreno neutral, un sitio que valga para ambas familias? —Giró la cabeza y entonces su mirada se iluminó—. En la iglesia, por ejemplo.

La capilla se erguía a su espalda, un edificio de ladrillo relativamente moderno, adornado con el campanario más feo que se podía imaginar.

Tras un instante de pausa enfurruñada, todos asintieron.

—En la capilla, de acuerdo —dijo Ramón Docampo, con renuencia—. Nosotros nos encargamos. Usted y Luis háganse cargo de Pampín. ¡Venga, todo el mundo a moverse!

Aquellas palabras bastaron para que la pequeña multitud se pusiese en marcha. Mientras unos cuantos abrían de par en par las puertas de la capilla, los restantes se afanaron en levantar en el aire el carrito cargado de dinero, en una versión perversa de un paso penitencial, para salvar los escalones de la entrada del templo. Roberto vio cómo desaparecían en el interior, desde donde le llegaban sus voces quedas. No tenía manera de saber si estaban hablando del homicidio que acababa de tener lugar o de lo que harían con su parte del dinero. La sensación de irrealidad, de estar deslizándose a toda velocidad por una pendiente resbaladiza, se acentuaba por segundos, como su migraña.

—Venga, juntaletras —le dijo Luis Docampo, con aquella extraña sonrisa torcida—. Deja de soñar despierto y ayúdame a mover el cuerpo.

Roberto sujetó el cuerpo por los pies a la vez que Luis Docampo pasaba sus manos por debajo de las axilas del cadáver de Pampín. El hombre pesaba mucho más de lo que cabía suponer por su aspecto y mientras avanzaban tropezando y resoplando hacia el supermercado

sentía los músculos de los brazos doloridos por el esfuerzo. Las manos del furtivo se arrastraban por el suelo, inertes, en un bamboleo morboso que Roberto no podía evitar mirar de reojo.

Cuando llegaron a la puerta le apoyaron en el suelo para que Luis pudiese abrir la cerradura de la tienda. El interior estaba en penumbra y olía ligeramente a humedad. A la tenue luz que entraba desde su espalda pudo adivinar un largo mostrador detrás del cual se alzaban una serie de anaqueles que en verano estarían llenos de productos, pero que en aquel instante estaban medio vacíos. Las neveras de congelados, abiertas y desconectadas, parecían sarcófagos abandonados por una civilización perdida. Con un último esfuerzo, tendieron el cadáver sobre la larga barra de madera en la que hacían la compra los turistas veraniegos.

—¿Y ahora qué?

—Deberíamos meterlo en una de esas neveras, digo yo. —Docampo señaló hacia uno de los arcones, como si hubiese leído la mente de Roberto—. No podemos dejarlo sobre el mostrador, ¿verdad?

—¿No están desconectadas?

—¿Y eso qué más da? —Luis se encogió de hombros—. Le metemos ahí y...

Un gemido a sus espaldas interrumpió su cháchara de forma abrupta. Ambos se giraron a la velocidad del rayo hacia el mostrador, donde el cuerpo de Víctor Pampín se agitaba levemente.

—¡La madre que le parió! —gruñó Docampo—. ¡El muy cabrón sigue vivo!

Roberto no le prestó atención y se inclinó sobre el furtivo. El hombre había abierto los ojos, que tenían una expresión turbia y algo desconcertada. Su pecho subía y bajaba de una manera apenas perceptible y había abierto la boca, como si intentase hablar. Cuando consiguió enfocar su mirada en el rostro de Roberto, sujetó una de sus manos con la suya, en una muda petición de ayuda.

La ola de alivio que invadió a Roberto fue tan inmensa que sintió cómo se le aflojaban las piernas. Pampín no había muerto a causa del golpe, sino que tan solo había sufrido una fuerte conmoción. Continuaba desorientado y débil, pero no era nada que con los cuidados médicos adecuados no se pudiese remediar. Seguramente tendría alguna fractura craneal, pero comparado con la pesadilla de

un minuto antes, era una minucia.

Aún era un lío de mil pares de narices, pero nada que ver con un asesinato. Al comprender que el joven Diego no era un homicida, se permitió un suspiro.

Todo podría terminar bien, al fin y al cabo.

—A ver, hazme un sitio. —La figura de Luis Docampo se materializó a su lado—. Déjame ver.

Roberto se apartó un paso sin soltar la mano de Pampín, que ya jadeaba de forma más regular.

Y en ese momento, sin mediar palabra, Luis Docampo sacó el martillo que llevaba enganchado en el cinturón y lo descargó con fuerza en la cabeza del percebeiro.

Una, dos, tres veces.

Plac, plac, plac.

Con el último golpe, un reguero de sangre salió disparado y les salpicó la cara.

Roberto se tambaleó conmocionado. Todo el local había empezado a dar vueltas a su alrededor y le costaba respirar. Había sido una muestra de violencia pura, primigenia, carente de filtros, sin que en el rostro de Luis Docampo se manifestase la menor emoción.

—Hala, ahora sí que está muerto —masculló, con toda naturalidad.

Roberto era incapaz de articular ni una sola sílaba. Se aferró a un expositor cargado de postales amarillentas para evitar caerse al suelo, intentando procesar aquella espantosa escena.

—Pero ¿qué has hecho? —consiguió jadear con un hilo de voz—. Ese hombre estaba vivo. ¡Estaba vivo, maldita sea tu estampa!

Por toda respuesta, el gigantón se encogió de hombros mientras volvía a enfundar el martillo, que tenía restos de sangre y cabellos, en su cinturón.

—¡Le has matado! —Roberto le señaló acusador—. ¡Le has asesinado a sangre fría!

Luis Docampo abrió mucho los ojos y puso un gesto de sorpresa.

—¿Quién, yo? —Su sonrisa torcida se ensanchó—. Creo que te equivocas, juntaletras. Yo no he sido.

—¿Qué coño dices? ¡Lo he visto con mis propios ojos!

—No sé de qué me hablas. —Docampo se frotó una mota de sangre que había aterrizado en su mejilla—. Todo lo que sé es que ese

crío imbécil de los Freire atacó a este pobre diablo con un martillo, y que le mató. Tú mismo lo viste.

—¡Estaba vivo! ¡Aún estaba vivo! —replicó Roberto, con los pensamientos encallados en una jalea densa.

—De eso nada, estaba muerto y bien muerto. Hay un montón de testigos que dirán lo mismo.

—No te saldrás con la tuya. —Metió la mano en el bolsillo y sacó su móvil con gesto decidido—. Voy a llamar a la Guardia Civil ahora mismo y le contaré todo lo que ha pasado.

—¿Y qué vas a contar? —Docampo dio un paso hacia él y Roberto retrocedió, súbitamente consciente de que estaban a solas y que la puerta se hallaba demasiado lejos—. ¿Que le maté yo?

—Eso es.

—Te voy a decir cómo lo veo yo. —Suspiró y se apoyó en el mostrador, a apenas un palmo del cadáver, como si estuviese esperando su turno para comprar pan—. Desde mi punto de vista, tienes tres opciones. La primera es llamar a la Guardia Civil y mantener la versión de que fue el chico de los Freire quien se cargó a este idiota metomentodo.

—Ni hablar.

—La segunda —Docampo levantó dos de sus gruesos dedos— es confesar que estaba vivo cuando le trajimos hasta aquí, pero que *tú* lo mataste.

Roberto le miró sin parpadear.

—¿Qué... qué locura estás diciendo? Eso es una insensatez.

—No, para nada. —Luis frunció los labios y meneó la cabeza con pesar—. Yo mismo he visto cómo le rematabas a martillazos.

—Has perdido la cabeza. —Desbloqueó el móvil para hacer la llamada.

—Piénsalo bien —le advirtió Docampo, mientras daba unas palmaditas con la mano enguantada sobre el martillo—. Esta es el arma homicida y, hasta donde yo sé, solo tiene las huellas de Diego Freire... y las tuyas.

Roberto Lobeira miró horrorizado aquel martillo. El mismo que había empuñado para reventar las cadenas que rodeaban el maldito fardo lleno de dinero, un buen rato atrás, con las manos desnudas. El mismo martillo que, sin duda, estaba cubierto con sus huellas.

—Ahora, dime. —La voz de Docampo había adquirido un tono

suave, razonable, el de alguien que le explica lo evidente a un niño—. Si llamas a las autoridades y vienen hasta aquí..., ¿a quién piensas que van a creer? ¿A ti, con tu disparatada versión de un asesinato sin sentido..., o a mí, que además tendré el respaldo de alguno de mis parientes, que jurarán que al oír los gritos de Pampín vinieron corriendo y te vieron rematarlo a golpes? Por no hablar de tus huellas en el arma homicida, claro...

Roberto sintió los dientes del cepo cerrándose a su alrededor, inmisericordes, pero no tenía la más mínima opción de huida.

—Tenías un motivo para hacer algo así, por supuesto. —Docampo se estiró, con un crujido de su espalda que le debió de resultar satisfactorio—. Querías quedarte el dinero, pese a que nosotros no estábamos de acuerdo. Pampín amenazó con llamar a la policía y..., bueno, creo que no hay mucho más que explicar, ¿no es cierto?

Roberto había cerrado los ojos, como un niño que espera que así desaparezcan los monstruos que acechan desde el armario, pero era inútil.

Estaba jodido. Total, absoluta y definitivamente jodido.

—Tres opciones —susurró.

—¿Cómo?

—Has dicho que tenía tres opciones. —Le costaba articular las palabras—. ¿Cuál es la tercera?

Docampo dio un paso hacia él y le pasó un brazo sobre el hombro, como si fuesen dos viejos amigos.

—La tercera opción es la mejor —le susurró al oído—. Tú cierras la boca, no dices nada a las autoridades y aceptas que los Docampo y los Freire nos repartamos el dinero entre nosotros, a partes iguales. Renuncias a tu parte, porque ya le has explicado a todo el mundo que te parece inmoral, indecente y todas esas pamplinas. Después, te pasas los días que te queden en la isla encerrado en tu casita, escribiendo, haciéndote pajas o lo que te salga de los huevos y, al acabar, te vas. Así, todos podremos olvidarnos de este desagradable asunto. ¿Cómo lo ves, *compañeiro*? ¿A que es una buena salida?

—Te olvidas de un detalle. —Señaló hacia el cuerpo sin vida de Víctor Pampín—. De él. Alguien le echará en falta, tarde o temprano. Empezarán a hacer preguntas.

—No te preocupes por eso —replicó el otro, con calma—. Dentro

de unos cuantos días le arrojaremos por algún acantilado. Todo el mundo dará por sentado que resbaló o que le arrastró una ola mientras estaba mariscando percebes. Cuando las rocas y las gaviotas acaben con él estará tan desfigurado que nadie se fijará en los martillazos. *Tus* martillazos.

Una certeza aterradora le invadió de forma gélida. Luis Docampo, el mismo con el que había estado compartiendo unas cervezas esa misma mañana, le tenía en sus manos. El isleño había jugado sus cartas con rapidez y, lo que era peor, no veía cómo romper el diabólico plan que había tejido en apenas unos minutos.

Tendría que haberlo visto venir. «En la isla las cosas no se resuelven igual que en tierra», le había explicado. Tenían que hacer lo que fuese necesario para sobrevivir.

El hombre se lo había dicho de manera clara y directa, pero él no había entendido el auténtico alcance de sus palabras. Sus actos, brutales, estaban teñidos del cruel pragmatismo de quien tiene que pelear a diario para salir adelante. De alguien a quien la vida, de repente, le regalaba un billete dorado para salir de aquel círculo vicioso.

Había subestimado a los Freire y a los Docampo al pensar que solo se trataba de un grupo de isleños envueltos en rencillas banales. El odio que se profesaban entre ellos solo era superado por la necesidad imperiosa de sobrepasar al rival. Algo le decía a Roberto que lo del reparto justo de dinero entre los dos clanes no sería tan sencillo como le trataba de hacer creer aquel hombre.

—Ahora vamos a salir ahí fuera, junto a los demás —le interpeló de nuevo Docampo—. Dime, ¿qué les vas a contar?

—Que estoy de acuerdo con quedarnos con el dinero —asintió Roberto, derrotado, con un hilo de voz.

—¿Y qué más?

—Y que renuncio a mi parte.

—Así me gusta. —Le palmeó la espalda—. Venga, metamos el cuerpo en una de las neveras y salgamos de una puta vez de aquí.

13

La última oportunidad de arreglar las cosas

Cuando regresaron al exterior, llovía con fuerza. Como había predicho el patriarca de los Docampo, el agua comenzaba a bajar a raudales por el camino, que poco a poco se iba convirtiendo en un arroyo de aguas saltarinas que desbordaba los aliviaderos. Sin embargo, pese al mal tiempo, nadie se había ido a su casa. Como si el dinero fuese un poderoso imán y ellos simples partículas de hierro, permanecían junto a la capilla, expectantes.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó el viejo Ramón—. ¿Algún problema?

—Todo en orden, padre —contestó Luis, cruzando una mirada cómplice con él—. No hay nada de que preocuparse.

Roberto los miró con expresión recelosa.

«Quizá el plan no haya sido de Luis. Quizá haya salido todo de la mente del viejo». Aquello tenía mucho más sentido, aunque no podía estar seguro.

—Bueno, Lobeira. —Ramón Docampo hizo un gesto teatral, como si ambos estuviesen en un escenario—. ¿Ha tomado ya alguna decisión? ¿Sigue con la idea de llamar a la Guardia Civil o se lo ha pensado mejor?

Roberto inspiró hondo. Solo se oía el rumor de la lluvia cayendo sobre ellos y todas las miradas estaban fijas en él. La atmósfera estaba cargada de una especie de electricidad densa, a punto de estallar.

—Quizá me he precipitado... —empezó a decir, pero justo entonces el rumor de un motor que se acercaba le dejó con la palabra en la boca.

—Pero me cago en todos los muertos —barbotó Luis—. ¿Se puede saber qué pasa hoy, que no deja de llegar gente? ¡Ni que estuviésemos en temporada alta!

El rugido del motor era más y más potente y, casi de inmediato, vieron aparecer el morro cubierto de barro del todoterreno de Parques Nacionales girando por una esquina. El vehículo levantaba surtidores de agua mientras rodaba por la pista de cemento, cada vez más cerca, hasta que por fin se detuvo a su lado, con un chirrido de frenos.

—¡Menudo día! —gritó el conductor, sin necesidad alguna, cuando bajó la ventanilla—. ¿Cómo estáis?

Era un tipo calvo de mediana edad y gesto afable, con tez morena y barba rala, que llevaba el uniforme de guarda del parque. A su lado iba sentado otro hombre, algo más joven y de pelo corto, que después de saludar con un gesto de cabeza a los presentes se había vuelto a enfrascar en su teléfono móvil.

—Buenos días, Sobral. —Ramón Docampo le saludó con cortesía —. Por aquí todo bien. ¿Y vosotros?

—Pues algo fastidiados, la verdad. —Señaló con el pulgar al hombre ensimismado que ocupaba el asiento del acompañante—. Aquí el bueno de Martín se ha torcido un tobillo cuando estábamos acabando la ronda. Me lo llevo a tierra para que le echen un ojo.

El aludido se limitó a gruñir algo ininteligible, mientras seguía enfrascado en la pantalla.

—Deberíais daros prisa. —Ramón levantó la vista al cielo y luego miró al mar—. Parece que se avecina tormenta.

—Ya lo veo, ya —contestó el otro, con el codo apoyado en la ventanilla—. Tengo que sacar la lancha del muelle cuanto antes, o al final se va a hacer pedazos. ¿Has visto la predicción del tiempo?

—No, ¿por qué?

—Se acerca una borrasca de las de antes. —El hombre chasqueó la lengua—. Vientos de hasta cien kilómetros por hora, lluvia torrencial y olas de cuatro a seis metros. Supongo que la flota estará amarrada un par de días.

—Los Freire tendrán que revisar que todas sus casitas estén bien cerradas —dijo Ramón Docampo—. No vaya a ser que el huracán se lleve alguna.

—¡Como en esa película antigua que vimos el otro día! —se carcajeó el guarda, mientras le daba un codazo a su compañero—. ¿Cómo se llamaba, Martín? Esa de la chica que iba con un león y un espantapájaros y no sé quién más...

El más joven suspiró y apartó la vista del móvil.

—*El Mago de Oz* —refunfuñó— y te quedaste dormido a la mitad.

—¡Eso, *El Mago de Oz*! —El guarda ignoró la pulla y se inclinó hacia Ramón Docampo para susurrarle en tono cómplice—: Está de mal humor porque le duele el tobillo. Por eso nos hemos retrasado un poco en la ronda y ya sabes lo maniático que es con los tiempos.

—Ya me imagino. —La sonrisa del líder de los Docampo no se había movido ni un milímetro—. No quiero meterte prisa, pero deberíais zarpar cuanto antes, Sobral. Os espera una travesía movida hasta tierra.

—Sí, sí, tienes razón —asintió el otro. Justo en ese instante descubrió la presencia de Roberto y sus ojos se abrieron con la sorpresa—. ¡Anda, pero si es Roberto Lobeira, el escritor! Así que es usted el que pidió el permiso para acceder al parque en invierno. ¡No me fastidies, qué casualidad! ¡Me encantó *La mirada fugaz*!

Una vez más, todo el mundo se giró hacia él. Roberto tragó saliva. Aquellos dos hombres del vehículo tenían autoridad. Eran lo más parecido a agentes de la ley que había en la isla y los tenía allí, a menos de un metro, con la rueda delantera de su todoterreno detenida inadvertidamente a pocos centímetros de la pequeña mancha de sangre que había dejado el furtivo al caer.

En una décima de segundo se dio cuenta de que si aquel tal Martín no se hubiese torcido el tobillo, habrían llegado mucho antes, quizá cuando contaban el dinero, y sin duda a tiempo para impedir que las cosas con Pampín hubiesen terminado de manera tan catastrófica.

Maldijo para sus adentros. La necesidad casi incontrolable de contarles todo lo que acababa de suceder le dominaba.

Solo tenía que señalar la mancha de sangre. Permitir que las cosas siguiesen su curso natural.

Abrió la boca para empezar a hablar, pero en aquel momento se fijó en Luis Docampo, que había apoyado su manaza como si tal cosa sobre el martillo enganchado en su cintura para cubrir las manchas de sangre. El barbudo le lanzó una mirada admonitoria cargada de significado mientras sus dedos enguantados tamborileaban sobre la herramienta.

—Eh, Lobeira. —El guarda le miraba extrañado—. ¿Está usted bien? ¿Le pasa algo?

Roberto forzó una sonrisa. Una tensión subterránea parecía

cargar el ambiente de electricidad.

—No me pasa nada. —Intentó dotar a su voz de firmeza—. Todo va bien.

Y así, con esas pocas palabras, su última oportunidad de escapar de aquella locura se desvaneció. Su tranquilo mundo había saltado por los aires en cuestión de horas, sin que pudiese hacer nada para evitarlo. Se acababa de convertir en encubridor de un asesinato y de un robo.

Ahora era un cómplice más.

—¡Ojalá tuviese aquí el libro para que me lo firmase! —Sobral dio una palmada cargada de frustración sobre la puerta del todoterreno—. ¿Se va a quedar mucho tiempo?

—Unas semanas. —Le dolían los músculos de la cara, convencido de que aquella mueca que quería hacer pasar por una sonrisa resultaba falsa, pero el entusiasmado vigilante no se daba cuenta—. Quizá menos, aún no lo sé.

—Tengo que volver en unos días, si el tiempo lo permite. —El guarda lanzó una ojeada cautelosa hacia la lancha que se sacudía en el muelle—. Espero que entonces me pueda firmar mi ejemplar.

—Será un placer. —El estallido de dolor de su cabeza amenazaba con hacerle vomitar—. Aquí estaré.

—Nos aseguraremos de que no se vaya a ninguna parte, no te preocupes. —Luis Docampo le guiñó el ojo, como si estuviesen compartiendo una broma divertidísima—. Don Roberto ha encajado fenomenal en la isla. Hemos descubierto que tenemos muchos intereses comunes.

—Me alegro mucho. Decidle a Antía Freire que recoja el todoterreno del muelle y lo deje aparcado en su sitio. No quiero que el agua salada salpique la carrocería.

—Así lo haremos, no te preocupes.

El otro subió la ventanilla y arrancó, con el escape soltando volutas de humo negro. Vieron cómo bajaba el resto del camino hasta el muelle y allí, con dificultad, ayudaba a su compañero a embarcar en la lancha, que se sacudía sin cesar. Con un par de gestos diestros, liberaron las amarras y apenas un minuto más tarde el motor de la embarcación cobraba vida y ponía rumbo a tierra firme.

Cada fibra de Roberto deseaba estar a bordo de aquella lancha que se alejaba metro a metro de Ons, sorteando las olas más altas y

levantando nubes de espuma blanca. Y con cada metro que se distanciaba de ellos, él se sentía más atrapado e impotente.

Cuando por fin la fueraborda se convirtió en un punto en el horizonte, alguien exhaló un suspiro de alivio. La tensión, sin llegar a desaparecer del todo, bajó de intensidad. El aire seguía cargado de amenazas, pero parecía haberse declarado una pequeña tregua.

Roberto se sorprendió a sí mismo cuando notó cómo se le formaba un nudo en la garganta. La enormidad de aquella locura le abrumaba. Fue entonces cuando Ramón Docampo se volvió hacia él, ya sin asomo de sonrisa en la cara.

—Bien, querido amigo —dijo con sencillez—. Ahora que estamos todos en el mismo barco, tenemos mucho en que pensar.

14

Un cementerio abandonado

Cuando se despertó a la mañana siguiente, mientras estaba en el pequeño lapso de duermevela que separa al sueño de la vigilia, Roberto se sintió aliviado. Aquella pesadilla había sido mucho más vívida y real que las que le asaltaban cada noche, aunque al menos no tenía que ver con el problema que arrastraba desde hacía casi cuatro años.

Pero a medida que los últimos jirones de sueño se desvanecían, la comprensión de que lo sucedido el día anterior no había sido una pesadilla, sino algo real, le alcanzó con la fuerza de un mazazo. Y a la luz de aquella comprensión, sintió que una ola de adrenalina le invadía.

El dinero era real. El asesinato era real. Había un hombre muerto escondido en un arcón congelador, una isla llena de cómplices de asesinato, y él era quien llevaba la peor parte.

También era real la llave que colgaba de su cuello de una fina cadena, como comprendió al apretarla con fuerza entre sus manos. Total y absolutamente real.

El día anterior, una vez que los vigilantes del parque habían zarpado con su motora, llevándose con ellos las últimas hebras de autoridad y de cordura, las tensiones entre los dos clanes se habían reanudado con fuerza. Décadas de rencor y desconfianza que se veían multiplicadas por la ansiedad y la codicia. Todos eran potencialmente ricos.

Y, no le cabía la menor duda, en aquel mismo instante todos estaban pensando cómo hacer para negarles a sus rivales el acceso a aquella riqueza salida de la nada.

Fruto de ese recelo había sido la decisión salomónica de cerrar la iglesia con llave y entregársela a lo más parecido a una persona neutral que había en la isla en aquel momento: él mismo. Y, al

aceptarla, había añadido un nuevo clavo al ataúd que le oprimía de manera asfixiante. No solo era cómplice de asesinato, muy a su pesar, sino que la posibilidad de que acabase siendo el chivo expiatorio del mismo parecía inevitable, de no aceptar las condiciones que le habían impuesto. Era un callejón sin salida.

Cuando sacó el teléfono móvil del bolsillo de su parka, la tentación de llamar a Carmen Gavín le sedujo por un segundo. Hablar con ella, explicarle todo lo que había sucedido. Una mujer tan brillante y tan resolutiva sin duda sería capaz de dar con alguna solución para aquel endiablado conflicto. «Si tienes algún problema... Haré lo que sea necesario para que vayan a buscarte», había dicho la última vez que hablaron. Pero cuando ya tenía el dedo sobre la pantalla, a punto de apretar sobre su nombre, se detuvo.

No podía involucrarla en aquel lío. Esta vez no se trataba de un contrato complicado con una editorial o de un bloqueo creativo para el que precisara consejo. Era mucho peor. Había setenta y cinco millones de euros de origen incierto apilados detrás del altar de la pequeña iglesia del pueblo, y llevaban un cartel enorme de «Problemas» pintado en colores chillones. Y, sobre todo, estaba el asesinato de un hombre inocente, un desafío que incluso alguien tan resolutivo como ella encontraría difícil de gestionar, más teniendo en cuenta que estaba a mil kilómetros de distancia. Por no contar con el detalle de que si le confesaba todo lo que había sucedido, la estaría implicando legalmente en aquel drama. Incluso puede que haciéndola cómplice por encubrimiento. Las ramificaciones se abrían a toda velocidad en su mente.

Trató de trabajar en la novela unas horas y consiguió esbozar algunas páginas, pero la realidad se empeñaba en atrapar su atención.

Necesitaba pensar.

Quizá un paseo por la isla le ayudase a ordenar sus ideas. Animado por ese pensamiento, después de comer algo comprobó que su ordenador se quedaba enchufado y, tras abrocharse a conciencia su carísima parka, salió al exterior de la casa.

El día había amanecido considerablemente peor que la jornada anterior. El cielo estaba encapotado, cubierto de nubes negras preñadas de lluvia que amenazaban con descargarse de un momento a otro.

Una luz difusa y mortecina lo bañaba todo, y en el aire flotaba

una electricidad estática que volvía la atmósfera pesada e irreal. El viento soplaba con mucha más fuerza y los árboles retorcidos se sacudían con cada ráfaga que llegaba desde el Atlántico. Sospechaba que en el lado orientado hacia mar abierto la situación sería incluso más complicada.

Mientras caminaba a paso ligero hacia la orilla, en su cabeza no paraban de repetirse los acontecimientos del día anterior, en un bucle obsesivo.

De repente se detuvo en medio del camino, paralizado. Acababa de darse cuenta de algo: Antía, Helena y su madre, Rosalía, se habían llevado a Diego de la escena del crimen *antes* de que él y Luis Docampo transportasen el cuerpo de Pampín al supermercado. Y cuando se habían ido, todos estaban convencidos de que había sido el muchacho quien había asesinado al furtivo.

Diego Freire era inocente, pero ellas no lo sabían. Y dudaba mucho que los Docampo hubiesen compartido aquella información con el clan rival. Era algo demasiado valioso y que les permitiría tenerlos en una posición débil, un as en la manga con el que podrían alterar el equilibrio de poder entre las dos familias. La herramienta de chantaje perfecta.

Reanudó el camino con la mente enfebrecida. El único que podía cambiar aquella situación era él, contándoles la verdad a los Freire. De todo el perverso plan de Luis Docampo, eso era lo más parecido a un punto débil que había encontrado hasta aquel instante. Pero no era tan sencillo.

No podía estar seguro de qué harían los Freire si les contaba la verdad. Quizá, impulsados por su rivalidad con el otro clan, le ayudasen a salir de su aprieto o, por otra parte, puede que viesen en aquel giro de guion un afortunado golpe del destino que les permitía librar de las autoridades a uno de los suyos mientras él cargaba con todas las culpas.

Lo único cierto era que no tenía ni la menor idea de qué hacer a continuación. Rosalía Freire le había parecido una persona tan implacable como Ramón Docampo, pragmática, dura e inflexible. Veía muy difícil hallar un aliado en la matriarca. Por otra parte, estaba Antía. Desde que había llegado a la isla, le había dado la sensación de ser una mujer razonable y algo en las tripas le decía que podía confiar en ella. Pero no tenía manera de estar seguro.

Debía hablar con ella, pero a solas. Si se plantaba en el Cucorno, la casa solariega de los Freire, lo más probable es que la matriarca estuviese presente en la conversación, ya que había sido ella quien había extendido la invitación para que los visitase. Y si llegaba allí y pedía hablar a solas con Antía, haría que se disparasen todas las alarmas. Y no sabía si la joven guardaría el secreto.

Atrapado en ese dilema, continuó caminando, sin darse cuenta de que había dejado el pueblo a su izquierda. No había nadie a la vista, porque todos en la isla tenían más sentido común que él y estaban bien resguardados en sus casas, anticipándose a la tormenta que estaba a punto de descargarse sobre Ons y la boca de la ría. Se planteó dar la vuelta y volver a su casita, pero la perspectiva de verse allí encerrado, con todas aquellas ideas dando vueltas por su cabeza, le resultaba demasiado claustrofóbica. Necesitaba aire.

El camino trazaba una suave curva siguiendo la línea de la costa, y por eso vio la señal por casualidad, cuando ya estaba casi encima de ella. En un poste medio tumbado, devorado por la maleza, un cartel anunciaba IGLESIA, con una flecha apuntando hacia un estrecho sendero que zigzagueaba a su derecha.

Roberto se quedó extrañado. La iglesia del pueblo, donde habían guardado el dinero, estaba mucho más atrás y en dirección opuesta a la que indicaba aquella señal. Espoleado por la curiosidad, se internó por el sendero, tan poco transitado que las ramas de los helechos le rozaban la cintura mientras se abría paso cuesta arriba.

Al cabo de un rato el camino se niveló y se hizo un poco más ancho, y entonces la vio.

Era un muro de piedra de mampostería, de unos tres metros de altura, de excelente factura y en muy buen estado, que solo se interrumpía en una verja de hierro algo oxidada que daba paso al interior del recinto amurallado, sobre el que destacaba la parte superior de un edificio, en la zona más alejada.

Roberto probó la manilla del cierre y esta cedió al instante. Con un chirrido, la puerta giró sobre sus goznes y pasó al interior. Ante sus ojos se abría un pequeño cementerio, y en el fondo del mismo se levantaba una ermita de piedra de una sola nave, de aspecto antiguo, con las tejas del techo casi cubiertas de musgo. Carecía de ventanas, excepto un par de aspilleras laterales que le daban el aspecto de un fortín.

Sin duda, aquella había sido la iglesia original de la isla, construida muchos siglos antes, y, a juzgar por su aspecto recio, había servido de refugio frente a las incursiones de piratas o asaltantes que muchísimo tiempo atrás pudiesen haber arribado a Ons. Con el paso del tiempo, la vieja ermita habría ido quedando en desuso, hasta que se construyó el templo moderno y luminoso del pueblo. Se acercó a la puerta principal, un monstruo de madera y remaches que parecía más viejo que el propio edificio, y probó de nuevo. Sin embargo, esta vez no hubo suerte.

Pero aunque fuese un viejo templo sin oficio, eso no significaba que estuviese del todo abandonado. A su alrededor había docenas de tumbas de aspecto singular, casetas encaladas rematadas por una cruz que se erguían en la cabecera de las lápidas clavadas en el suelo, y unas cuantas tenían flores depositadas encima.

Con curiosidad paseó entre ellas, sorprendido por aquella muestra de cultura local tan diferente. Se fijó en que ninguno de los enterramientos era posterior a los años setenta, así que supuso que debió de ser en aquel entonces cuando el templo dejó de estar en uso. La mayoría de las sepulturas eran de adultos, muchos de ellos muertos de forma prematura, pero el porcentaje de tumbas infantiles era escalofriantemente alto, todo un recordatorio de lo dura que debía de haber sido la vida en aquel lugar hasta hacía poco. Apenas pudo contar media docena de tumbas cuyo ocupante hubiese superado los sesenta años.

El lugar debería de haber sido opresivo y tenebroso, sobre todo con la tormenta a punto de descargar sobre él; no obstante, tenía un ambiente melancólico que invitaba a la paz. Por eso Roberto se quedó allí un buen rato, deambulando entre los sepulcros y sintiendo un poco de tranquilidad en su interior por primera vez en mucho tiempo.

Pero no podía seguir allí de forma indefinida. Las nubes habían virado a un color gris oscuro y pronto empezaría a llover con fuerza. Si no quería acabar empapado, tenía que buscar un refugio rápido.

Como para reforzar su determinación, en ese momento se oyó el primer trueno, un rugido grave y profundo que retumbó antes de desvanecerse. Apuró el paso, mientras las primeras gotas, frías y pesadas, comenzaban a caer a su alrededor, dejando huellas en forma de estrella del tamaño de una moneda al impactar contra el suelo.

Se había alejado demasiado de su casa y dudaba que pudiese

llegar a tiempo para refugiarse antes de que la tormenta descargase toda su furia. Maldiciendo por lo bajo, aceleró su andar, mientras buscaba con urgencia algún lugar en el que guarecerse. Vio un grupo de casas apiñadas sobre un risco que miraba hacia la playa y se encaminó hacia ellas.

Eran como la inmensa mayoría en la isla, pequeñas casas de piedra con un tejado a dos aguas y un depósito adosado a su lado. Antiguas viviendas de campesinos y marineros restauradas para transformarse en alojamientos veraniegos para los turistas. Mientras Roberto recorría los últimos metros que le separaban, se fijó en que una de ellas tenía un estrecho porche en la fachada, de poco más de metro y medio de ancho, pero que sería suficiente para resguardarle de la lluvia que arreciaba.

Cuando alcanzó su improvisado refugio, la primera cortina de agua ya había alcanzado la isla y un rumor sordo tapaba casi cualquier otro sonido. Sacudiéndose como un perro mojado se guareció bajo el alero. Tendría que pasar allí un buen rato mientras aquel chaparrón escampaba, así que decidió ponerse cómodo.

Por desgracia, aquello era más fácil de decir que de hacer. Al estar en un punto más elevado, las casas quedaban expuestas al viento y este soplaba con tanta fuerza que las ramas más viejas y débiles de los árboles se quebraban bajo su impulso. Y además de lanzar hojas muertas y restos de vegetación contra él, aquel viento también arrastraba ráfagas de lluvia, que le mojaban casi como si estuviese a la intemperie.

Dispuesto a rodear la casa en busca del lado más protegido, se caló bien la capucha y dio un paso fuera de la exigua protección del alero. La primera ráfaga de viento le hizo tambalearse; tuvo que apoyar la mano en la pared para poder avanzar, mientras el agua helada de la lluvia le azotaba sin compasión.

Y entonces oyó la risa.

Era una carcajada masculina, que reverberaba en el hueco que se abría entre las casas apelotonadas, en una especie de caja de resonancia. No habría sido capaz de oírla si no fuese porque el viento había hecho una pequeña pausa entre ráfaga y ráfaga.

El Tangaraño.

La idea, absurda, brotó de forma incontrolable en su mente y tuvo que hacer un esfuerzo para desecharla.

Giró la cabeza, buscando el origen del sonido entre la penumbra. Se suponía que allí no tenía que haber nadie y sin embargo estaba seguro de lo que había oído. Cuando ya empezaba a pensar que solo era una alucinación auditiva, otra risa apagada llegó a sus oídos. Al levantar la vista, en medio de la creciente oscuridad, vio que un diminuto rayo de luz se filtraba por el marco mal ajustado de la ventana de una de las viviendas más cercanas.

Al parecer, se había equivocado al creer que aquellas casas estarían vacías. Sintió un ramalazo de alivio al pensar que podría pasar aquel aguacero a resguardo. Quizá incluso con una taza de café caliente entre las manos. Llegó junto a la puerta y llamó con suavidad, pero nadie acudió a abrirle. Una ráfaga especialmente húmeda le asaltó por la espalda y fue suficiente para agotar su paciencia. Sin dudar ni un momento, giró la manilla y entró en la vivienda.

Y cuando lo hizo, se quedó paralizado en la puerta, estupefacto.

Porque de pie en medio de la estancia, Tristán Docampo le observaba con una expresión de pavor, ataviado únicamente con unos calzoncillos y con un par de vasos en la mano.

Y a solo unos pasos, en la cama del fondo de la estancia, tapándose a toda prisa con las sábanas, la joven Helena Freire, completamente desnuda, le miraba con los ojos abiertos de par en par.

15

Montescos y Capuletos

Durante un buen rato, ninguno de los tres fue capaz de reaccionar, demasiado sorprendidos por la situación. Finalmente, Roberto cerró la puerta a su espalda y se quedó en el sitio goteando agua, mientras un charco cada vez más grande se formaba a sus pies.

—Perdón por la interrupción —carraspeó incómodo—. Llamé a la puerta, pero no sabía..., no suponía... quiero decir...

—¿Qué hace usted aquí? —le interpeló Tristán, que había retrocedido hasta la cama y se interponía entre él y Helena—. ¿Quién le ha dicho que estábamos en esta casa?

Roberto le contempló confundido. Había algo tierno en la postura del muchacho, agazapado junto al lecho, mientras trataba de aparentar una ferocidad de la que carecía por completo. En su favor, tuvo que reconocer que se necesitaba mucha presencia de ánimo para intentar mantener la compostura cuando te sorprenden en paños menores.

—Nadie me ha dicho nada —replicó—. La lluvia me ha pillado lejos de mi casa y estaba buscando un lugar donde guarecerme. Oí voces y llamé a la puerta, pero...

—¡Mentira! —le interrumpió el muchacho—. ¿Quién le manda? ¿Mi padre? ¿O ha sido Rosalía?

—Os prometo que nadie me ha pedido que venga. —Levantó las manos, conciliador—. Ha sido una casualidad.

—Ya, claro.

—Por favor —habló por primera vez Helena, con un hilo de voz —. No le diga nada de esto a mi madre ni a mi hermana. Se lo ruego.

Roberto se quedó por un momento sin palabras, mientras la comprensión se abría paso lentamente en su cabeza. Pues claro, maldita sea.

Tristán Docampo, el benjamín de la familia Docampo, con Helena

Freire, la más joven del clan rival, juntos y desnudos en una casa solitaria. No había que ser una lumbrera para entender qué sucedía entre aquellos dos. Y era algo que no les haría la más mínima gracia a sus familias.

Suspiró y se desabrochó la parka antes de dejarse caer en una silla, agotado, e hizo un gesto hacia Tristán.

—Vístete, anda. La situación ya es lo bastante incómoda como para que sigas ahí de pie, medio desnudo.

Tristán se puso rojo como la grana y murmuró algo, pero se inclinó hacia el suelo para recoger sus pantalones, y se los puso a toda prisa.

—Por favor, dese la vuelta —dijo Helena, recatada.

—¿Cómo dices?

—Me gustaría vestirme yo también —contestó ella, con voz algo más firme.

Roberto exhaló un suspiro y se giró mientras la muchacha saltaba de la cama y echaba mano a sus ropas. Durante un rato escuchó un concierto de susurros de tela y cremalleras que parecía que no iba a terminar nunca.

—Ya está —dijo ella, al fin.

Roberto se volvió de nuevo y vio a los dos muchachos, ya vestidos y muy juntos, sentados en el borde de la cama. Tristán sostenía una de las manos de Helena entre las suyas, y le miraba con desconfianza.

—¿Seguro que no le envía nadie?

—Os doy mi palabra —dijo él, con aire cansado—. Además, creo que ya tenemos suficientes problemas en la isla como para meternos en otro, ¿no os parece?

Los jóvenes cruzaron una mirada de alivio, con esa expresión profunda y llena de entendimientos mudos que solo se puede dar entre dos personas intensamente enamoradas. Roberto gimió, irritado.

Era lo que le faltaba. Por si no tenía bastantes problemas, acababa de darse de bruces con la versión isleña de Romeo y Julieta. Claro que, en vez de elegantes Montescos y Capuletos, había un montón de Freires y Docampos cabreados que no tendrían ningún inconveniente en arrojarle por un acantilado si descubrían que estaba encubriendo aquella relación prohibida.

—Vale, ¿me queréis explicar qué estáis haciendo aquí? —

preguntó—. No lo evidente, quiero decir. Eso ya me lo puedo imaginar.

Helena se puso roja hasta la raíz del cabello y balbuceó algo inaudible mirándose los pies. Fue Tristán quien tomó la palabra.

—Esta casa es nuestro refugio. Está a medio camino entre la suya y la mía y durante el invierno no viene nadie por aquí. Antía tiene las llaves porque la alquila en verano a los turistas. Helena se hizo con una copia sin que se diese cuenta.

—Ya me imagino. Así que este es vuestro nidito de amor. ¿Cuánto tiempo lleváis haciendo esto?

—Casi dos años —contestó ella, levantando la cabeza con dignidad—. Nos queremos.

Había pronunciado las últimas palabras con la férrea determinación que solo un adolescente enamorado puede imprimir a semejante declaración. Roberto los miró apenado. Sin duda las cosas no eran fáciles para aquellos chicos. Eran las dos únicas personas de su edad en la isla, los dos eran bien parecidos y, pese a la enemistad abierta entre sus familias, en un espacio tan pequeño resultaba inevitable verse a diario. No le sorprendía lo más mínimo que hubiesen acabado juntos, aun siendo conscientes de las posibles repercusiones de aquella relación.

—¿No lo sabe nadie de vuestras familias? —preguntó—. ¿Ni una sola persona?

—¡No! —exclamaron los dos a una, con una sincronía que hubiese sido cómica en cualquier otra circunstancia.

—Llevo poco tiempo aquí, pero me da la sensación de que no verían con buenos ojos vuestra relación, ¿me equivoco?

—Ellos no lo entienden —siguió Tristán—. Llevan enfrentados tanto tiempo que creo que ni siquiera recuerdan el motivo. Sea como sea, sus problemas no son los nuestros.

—Dudo que tu padre comparta ese punto de vista. —Apuntó con el mentón a Helena—. O su familia, ya que estamos.

—Por favor, prométanos que no va a decir nada —le insistió ella, con los ojos brillantes.

—¿Y qué pretendéis? —replicó Roberto, sin contestar a su ruego —. ¿Seguir con vuestra historia clandestina hasta que un día os pillen? ¿O hasta que en un error de cálculo te quedes embarazada? Decidme, ¿cuál es vuestro plan?

Ambos se miraron, manteniendo otra de aquellas conversaciones silenciosas. Finalmente Helena asintió y Tristán se volvió hacia él.

—Estamos ahorrando algo de dinero —dijo el muchacho—. Con nuestros trabajos de temporada alta, cuando vienen los turistas. Tenemos pensado marcharnos de la isla el próximo verano. Irnos a tierra, buscar un trabajo y vivir juntos.

—Ya somos mayores de edad —añadió Helena—. Podemos tomar nuestras propias decisiones.

Lo dijeron con absoluta confianza, como si fuese un plan inevitable y sin fisuras. Roberto veía docenas de posibles problemas en aquel sueño y el menor de ellos no era precisamente la reacción de las respectivas familias al enterarse, pero no dijo nada. En su lugar, se le estaba ocurriendo algo.

—Está bien. —Levantó las manos, en gesto apaciguador—. Tenéis mi palabra de que vuestro secreto está a salvo conmigo, no os preocupéis por eso.

—¡Oh, gracias! —gimió Helena con alivio—. Gracias de corazón.

—Pero... —añadió Roberto, y al pronunciar aquella única palabra comprobó que la expresión de alborozo de los muchachos se petrificaba.

—Pero... ¿qué? —preguntó Tristán, cauteloso.

—Necesito que hagáis algo por mí a cambio. Creo que es justo.

Roberto se sentía fatal por jugar así con las emociones de la pareja de enamorados, pero no le quedaba otra alternativa. El plan iba tomando forma a toda velocidad. Podía funcionar.

—¿Quiere dinero? ¿Es eso? No tenemos mucho, se lo advierto.

—No quiero vuestro dinero. —Negó con la cabeza—. Necesito que cada uno de los dos haga algo por mí.

—¿De qué se trata? —La expresión de Helena se había ensombrecido por la desconfianza y había cruzado los brazos sobre el pecho de manera instintiva.

Roberto guardó silencio unos segundos, pensativo, mientras ordenaba sus ideas. Veía ramificaciones y posibles desvíos con claridad, como si fuese el guion de una novela en la que él era el protagonista y aquellos dos chicos, personajes secundarios. Al cabo de un buen rato, sonrió, intentando aparentar más confianza de la que tenía.

—Nada que os cueste mucho, no temáis. —Se inclinó hacia la

joven con aire confidente—. De ti, necesito que hables con tu hermana Antía y que le des un recado.

—¿Un recado? ¿Qué recado?

—Debo verme con ella, a solas. Y sobre todo, sin que se entere vuestra madre. Es muy importante.

—¿Y por qué quiere verla a solas?

—Eso es asunto mío —contestó él, poniendo la expresión más severa que pudo improvisar—. Dile que venga a esta casa mañana a las doce. ¿Podrás hacerlo?

—Ahora mismo está muy preocupada por Diego. —Una punzada de dolor relampagueó en sus ojos—. Mi hermano no ha pronunciado ni una sola palabra desde... lo de ayer. No sé si querrá separarse de él.

—Dile que quiero hablar con ella precisamente de eso, pero que necesito hacerlo a solas. Es muy importante.

—Si es solo eso, no creo que haya problema —replicó Helena, cautelosa, tras meditar un instante—. Cuente con ello.

—¿Y de mí qué quiere? —preguntó Tristán.

—Necesito que busques una cosa en tu casa y me la traigas. Algo que tiene tu padre.

—¿Una cosa?

—Un martillo, concretamente.

—¿Un martillo? —Tristán parecía confundido—. Debe de haber media docena de martillos en el taller de mi casa. ¿Para qué quiere un martillo?

—Necesito uno en concreto. Uno de mango de madera rojo, con punta de bola. Uno que está manchado de sangre.

Se hizo el silencio en la casa durante el lapso de tres latidos, mientras Tristán comprendía de qué estaban hablando.

—Se refiere al martillo con el que Diego...

—Ese martillo, sí —dijo Roberto—. ¿Sabes dónde está?

—No tengo ni idea, pero puedo buscarlo.

—Es importante que tu padre no se entere de que lo coges. ¿Lo entiendes?

—Y si le traigo ese martillo, ¿promete que no dirá nada de lo nuestro?

—Tienes mi palabra. —Roberto levantó la palma de la mano derecha.

—¿Cómo podemos estar seguros de que no nos miente?

—No puedes —le atajó con más rudeza de la necesaria y se sintió mal de inmediato—. Tendréis que confiar en mí. ¿Tenemos un trato o no?

Tristán tragó saliva y miró al suelo, angustiado. Finalmente, asintió.

—Le traeré ese condenado martillo —dijo con un hilo de voz—, pero necesitaré tiempo.

—Tres días. Nos vemos aquí por la tarde, dentro de tres días, ¿de acuerdo?

Tristán Docampo volvió a asentir con un gesto.

—Estupendo. —Roberto se palmeó las piernas, satisfecho, mientras se ponía en pie—. Parece que está escampando. Es hora de que me vaya para mi casa.

Abrió la puerta, con una sensación amarga en el pecho, pero no dejó que se trasluciera. Tenía que aguantar hasta el final.

—Nos volveremos a ver pronto, chicos —dijo, desde el umbral—. Ah, y otra cosa...

—¿Qué?

—La próxima vez acordaos de echar el cierre. —Señaló la puerta —. Os ahorraréis sorpresas.

Salió al exterior sin mirar atrás. La lluvia había dado una pausa y del cielo ya solo caían unas cuantas gotas dispersas. Se alejó de la vivienda, dejando a los dos confusos muchachos en su interior, con una bola pesada en el fondo del estómago.

Lo que les acababa de hacer era una canallada, pero no tenía otra alternativa. Con aquel plan que había trazado sobre la marcha podría resolver gran parte de sus problemas en una complicada carambola.

En primer lugar, el martillo, la única prueba física que le conectaba con el asesinato de Pampín. Si se lo arrebataba a Luis Docampo, este no podría vincularle con el crimen. De golpe, el cepo que se cerraba en torno a su cuello desaparecería.

Esto pondría de nuevo la pelota en el tejado de los Freire, ya que Diego volvería a ser el principal y único sospechoso de la muerte del furtivo. Había más de una docena de testigos que habían visto cómo el chico golpeaba a Pampín con el martillo y todos le habían dado por muerto en el acto. Nadie, aparte de él mismo, sabía la verdad sobre lo que había sucedido.

Aún no tenía forma de demostrar que Luis Docampo era el

responsable de aquella muerte, pero eso era algo sobre lo que ya pensaría más adelante.

Por otro lado, si conseguía hablar con Antía Freire sin nadie de por medio, estaba convencido de que podría explicarle lo ocurrido y, sobre todo, que su hermano Diego era inocente. A partir de ahí, contaba con que la enemistad entre los Freire y los Docampo y la necesidad de exculpar al joven discapacitado contribuirían a desbloquear la situación. Siempre y cuando ella le creyese, claro.

Por supuesto, nada de todo eso le ayudaría a descubrir la identidad del misterioso Tangaraño, que le acechaba desde su llegada a la isla. Ni tampoco resolvía el problema de los setenta y cinco millones de euros en divisas fuertes que aguardaban metidos en dos bolsas de lona detrás del altar de la iglesia, pero ya cruzaría ese puente cuando llegase a él. De momento, estaba dando los pasos necesarios para garantizar su propia supervivencia, y aquello tendría que bastar.

Aliviado, se dio cuenta de que por vez primera desde el día anterior estaba sonriendo de verdad. Hasta se animó a silbar una tonada mientras recorría el camino de vuelta hacia su casa.

Todo iba a salir bien. De algún modo, las cosas se iban a arreglar.

O eso pensaba.

16

Siguiendo la luz

Después de una noche intranquila, en la que apenas pudo conciliar el sueño, la lluvia continuó cayendo de forma inmisericorde a lo largo del día siguiente. El cielo de color oscuro vomitaba cascadas de agua que el viento arrojaba en ráfagas húmedas contra las paredes de su pequeña casa. De vez en cuando un embate especialmente violento hacía temblar las ventanas con un traqueteo que le ponía los pelos de punta. Sentado delante de su ordenador, Roberto era incapaz de escribir más de dos líneas que tuviesen sentido.

Al llegar a su casa la tarde anterior, se había dado cuenta de que había cometido un error estúpido, pero crucial. Debería haberle pedido a Helena el número de teléfono de Antía. A esas alturas ya la habría llamado y le habría contado, con total intimidad, lo sucedido con Pampín. Pero se había olvidado de algo tan obvio y por culpa de ese error imperdonable, impropio de él, al cabo de un rato tendría que acudir a la cita, confiando en que la mujer estuviese allí.

Aquel error, más que ninguna otra cosa, le demostraba hasta qué punto los acontecimientos estaban empezando a pasarle factura.

Encerrado entre las cuatro paredes de la casa, se paseaba como un león enjaulado, aplastado por la diminuta habitación que, sin corriente para encender los radiadores, rezumaba un frío húmedo que se filtraba hasta los huesos. Por eso, cuando de forma milagrosa dejó de llover a media mañana, Roberto se embutió en su parka y salió al exterior, aliviado.

El cielo continuaba grisáceo y el viento aún soplaba con fuerza, en un día incómodo, pero al menos podría acercarse hasta la pequeña vivienda en la que se había citado con Antía. No tenía forma de saber si había recibido su mensaje o si estaría esperándole, pero al menos el paseo hasta allí le permitiría aplacar los nervios.

El agua llena de espuma y restos vegetales corría por los arcenes

del camino, formando diminutos meandros que borboteaban a su paso. En el trayecto no se cruzó con una sola persona. Los pocos habitantes de la isla parecían tener más sentido común que él y no se aventuraban al exterior con aquel día. O quizá estaban demasiado ocupados pensando en qué hacer con su parte del dinero, se dijo. En todo caso, el paseo hasta la casa fue solitario, por lo que no le sorprendió demasiado encontrarse el nido de amor de los jóvenes cerrado y sin rastro de que nadie se hubiese acercado por allí en las últimas horas.

Aguardó a Antía en el porche cuarenta minutos, en vano. Luego, algo desalentado, emprendió el camino de vuelta. Llegando a su casa, un par de sorprendidas liebres tropezaron entre sí cuando giró una curva del camino, en su afán por huir, en un gesto tan divertido que le arrancó una media sonrisa incluso en aquella situación tan complicada. Sin embargo, se le borró del rostro de un plumazo cuando por fin atravesó el descuidado jardín y llegó junto a la puerta.

Alguien había estado allí. Otra vez.

Y en esta ocasión no había la menor duda.

La hierba del jardín, larga y salvaje, aparecía mancillada por el paso de un par de botas que habían cruzado a través del parterre hacia la puerta, en vez de seguir el camino empedrado.

Roberto estaba seguro de que él no había sido. Además, aquellas huellas no podían tener más que unos cuantos minutos, media hora a lo sumo. El aguacero que se había descargado un rato antes las habría borrado, así que tenía que haber sido entre el instante en que había dejado de llover y su llegada.

Todo su ser se puso en guardia. Deseó tener algún tipo de arma consigo para defenderse, pero tan solo tenía lo que llevaba en los bolsillos y sus manos desnudas. Con la agonía de la presa rodeada por los depredadores, se fue acercando con cautela a la puerta.

La huella húmeda de una bota se dibujaba con claridad en la entrada, sobre el primer escalón. Era por lo menos de una o dos tallas más grande que la suya, como pudo comprobar al poner su pie al lado. La escena en la que Robinson Crusoe descubría una huella humana en la playa desierta de su isla irrumpió con fuerza y de forma absurda en su mente. Pero aunque estaba en una isla, él no era Robinson. Y tampoco estaba en una vieja novela del siglo XVIII, sino en el mundo real.

Probó a girar despacio el pomo de la puerta, pero estaba bien cerrada, tal y como la había dejado al salir. Y el hilo que había colocado en el marco seguía en su lugar, demostrando que nadie la había abierto. Fue entonces cuando advirtió que había algo en el quicio de la puerta, casi a la altura de sus ojos. Lo extrajo como si manejase un cartucho de dinamita muy antiguo que podía explotar en cualquier momento.

Era una bolsa de plástico con cierre zip, de las que se usan para almacenar productos congelados. El mismo tipo de bolsa que había usado él para guardar en su nevera la cabeza cercenada del conejo unas noches antes. Pero esta no contenía nada tan desagradable. En su lugar, había una hoja de papel, doblada de forma pulcra.

Quien fuera que hubiese dejado allí la nota había tomado precauciones para que la lluvia no la emborronase. Abrió la bolsa y extrajo el papel. Estaba escrito a mano, con una letra elegante y algo anticuada.

Estimado señor Lobeira:

Sería para nosotros un auténtico placer tener la oportunidad de conocerle y compartir un rato de conversación. Si fuese tan amable de aceptar nuestra invitación para comer, le esperamos hoy a las dos y media en el faro de la isla. Tan solo tiene que seguir la luz.

Atentamente,

A. Ibaibarriaga
Farero jefe

Aquello era todo. Roberto giró varias veces el papel entre las manos mientras pensaba a toda velocidad. Que la nota fuese una sencilla invitación a comer y no guardase relación ni con las extrañas maldiciones del esquivo Tangaraño ni con sus graves problemas con los Freire y los Docampo era todo un alivio.

Pero había algo que le escamaba. El autor de la misteriosa invitación sabía su nombre, sabía quién era él. Y eso no tenía el menor sentido... salvo que alguien se lo hubiese contado. Y la siguiente pregunta era qué más sabía. Sobre todo, si estaba al tanto de todo lo relacionado con la muerte de Pampín el día anterior o del dinero.

Estuvo tentado de ignorar la invitación. Ya tenía suficientes problemas como para añadir más variables. Pero, al final, su

curiosidad se impuso.

Miró el reloj: eran casi las dos. La mañana había transcurrido a toda velocidad y su cita era para dentro de media hora. Se encogió de hombros y volvió al camino, intentando adivinar cómo llegar hasta su destino.

La respuesta era fácil, como se dio cuenta al instante. El faro de la isla estaba en la cumbre de la cima más elevada, así que la única dirección correcta era cuesta arriba.

«Tan solo tiene que seguir la luz», rezaba la nota. Y allí estaba.

Una vez pasado el mediodía, anochecía pronto en el invierno de la isla. El cielo estaba tan oscuro a causa de las nubes cargadas de lluvia que la luz del faro ya estaba encendida, seguramente a causa de la tormenta que los azotaba. De vez en cuando, en medio de la tenue penumbra, podía adivinar el rayo que barría el horizonte siguiendo su pauta prefijada. Era imposible desorientarse. Resuelto, se dirigió hacia allí.

La carretera que llevaba al faro era, con mucha diferencia, la mejor de toda la isla: una cuidada superficie de cemento, con zanjas de drenaje a los lados y un pavimento en buen estado. Tenía toda su lógica, ya que el enorme faro anclado en lo alto de Ons necesitaba un suministro constante de material y repuestos que solo se podían subir hasta la cima mediante vehículos.

Roberto anduvo a buen paso, dejando a lo largo de su camino unas cuantas casas vacías que le contemplaban con ojos oscuros desde sus ventanas sin vida. La sensación irracional de que le observaban era tan intensa que se sorprendió a sí mismo girando sobre sus talones en más de una ocasión, pero en aquella parte de la isla alejada del pueblo no había el menor rastro de presencia humana. El viento era cada vez más fuerte a medida que se acercaba a la cima desprotegida de la isla y había empezado a llover de nuevo con fuerza. Se caló la capucha y apuró el paso.

Al cabo de quince minutos llegó a la verja que cerraba el recinto del faro. Era una sencilla puerta baja de hierro entre dos postes de hormigón. Todo el perímetro estaba rodeado por una red de alambre de aspecto sólido, asediada por la maleza. Justo al lado de la entrada había un cobertizo y tenía la puerta abierta. Dentro había un tractor con remolque, que supuso que era lo que usaban para subir los suministros al faro cada vez que llegaba algún barco con provisiones y

material.

Un movimiento a su izquierda captó su atención. Sobre el viejo cobertizo había una moderna cámara de seguridad que se había girado ligeramente y le enfocaba. Fuera quien fuese su anfitrión, sin duda ya sabía que acababa de llegar.

El camino trazaba una ligera curva antes de alcanzar la cima. A la derecha había un edificio ruinoso y abandonado mucho tiempo atrás, que había sido convertido en leñera y estaba atestado de grandes trozos de madera. Cuando por fin dio la última curva, el faro quedó a la vista y él silbó entre dientes.

El faro era inmenso. Consistía en un cuerpo central flanqueado por dos extensas alas a cada lado. Sobre el bloque principal se levantaba la torre: una alta estructura de piedra y metal rematada por una gigantesca linterna acristalada. En su interior podía ver cómo el foco giraba lentamente, lanzando una ráfaga de luz cada vez que apuntaba en su dirección.

Todo el complejo estaba pintado de blanco, cubierto por unos amplios tejados de color marrón salpicados de musgo. Roberto caminó hasta llegar al pequeño patio de piedra que se abría frente a la puerta principal. Una serie de azulejos blancos cubrían la fachada, solo interrumpidos por un par de ventanas y una enorme puerta de arco de medio punto de casi cuatro metros de altura.

Se acercó a la puerta, cogió el pesado llamador de bronce adosado en una de las hojas y golpeó tres veces con decisión. Enseguida oyó unos pasos al otro lado y la puerta se abrió girando con suavidad sobre sus goznes.

—¡Ah, ya estás aquí! ¡Llegas justo a tiempo!

Le había abierto un hombre corpulento, algo pasado de peso, de unos cuarenta años de edad. Tenía una calva brillante que relucía a causa del sudor y unos ojos verdes despiertos e inquisitivos que le observaban con curiosidad. El hombre lucía una discreta barba rubia que le daba un aspecto afable.

—Bienvenido al faro de Ons —dijo con un inconfundible acento vasco, mientras estiraba hacia él una manaza descomunal—. Soy Álvaro Ibaibarriaga, el farero jefe. Ya veo que has recibido a tiempo nuestra invitación, pues.

—Así es —replicó Roberto mientras dejaba que el hombre le estrujase la mano en aquel cepo carnoso.

—¡Pero no te quedes ahí fuera, hombre! Pasa, que te vas a empapar.

Roberto cruzó la puerta y miró a su alrededor, extasiado. El zaguán estaba cubierto con el mismo tipo de cerámica que el exterior, pero con preciosas cenefas dibujadas. Zarcillos verdes delicadamente pintados subían por las baldosas hasta acabar en unos óvalos donde unos barcos de vela navegaban en un mar cubierto de espuma. Al fondo se abría una puerta acristalada que tenía un emblema con la leyenda «Faro de Ons» grabada al ácido sobre el cristal, con una tipografía *art déco* deliciosamente anticuada.

Ibaibarriaga siguió su mirada y sonrió al ver su cara de asombro.

—Esta parte del faro se construyó entre los años veinte y treinta del siglo pasado. Todo lo que ves es original, nada ha cambiado desde entonces.

Roberto alzó la vista hacia el techo, que se levantaba a más de cinco metros de altura sobre su cabeza. Largas vigas de madera de teca se perdían en la distancia hasta el final del pasillo que servía de eje a cada una de las alas. Cada pocos metros se abrían unas puertas, también de sólida madera de teca de color oscuro y aspecto robusto y anticuado.

—¿Qué, nunca habías estado en las tripas de un faro, a que no?

—Tengo que reconocer que es la primera vez. Es... impresionante.

—Este es muy particular. Como está en una isla, sucesivas generaciones de fareros lo han ido cuidando con mimo. No solo es un faro, también es nuestra casa.

—Disculpe, señor Ibaibarriaga —le interrumpió Roberto—. Hay una cosa que...

—Llámame Álvaro, sin tantas hostias, que ya nos conocemos —le atajó el farero, con una sonrisa—. Y tutéame, hombre.

—Pues eso, Álvaro, resulta que me preguntaba cómo sabía usted mi nombre y que estaba en la isla —dijo con la voz más tranquila que pudo poner, sin apearle el tratamiento—. Supongo que se lo ha dicho alguien.

—Qué va, nada de eso.

—¿Y entonces?

—Casi mejor te lo enseño, en vez de explicártelo. —Hizo un gesto hacia las puertas acristaladas—. Ven conmigo, anda.

Roberto se fijó en que al otro lado de las puertas arrancaba una escalera de caracol construida a base de sillares de granito. A través de un ventanuco pudo ver que ya estaban sobre el nivel de los tejados de las dos alas, aunque todavía quedaba un largo trecho hasta arriba. En un determinado punto, la escalera de piedra desembocaba en una sala circular totalmente vacía, excepto por una serie de modernas cajas de registro eléctrico que zumbaban con suavidad. En un lateral arrancaba una escalera metálica que llevaba aún más hacia lo alto.

—Por aquí se sube hacia la linterna —le explicó el farero—. Ten cuidado de dónde pones los pies y agárrate al pasamanos. No serías el primero que se cae por estas escaleras.

Roberto subió con cuidado aquel tramo, con el hombre a su espalda. Cuando llegó a la parte superior descubrió que estaba en otro nivel, también circular, pero con su centro ocupado por una colosal estructura de acero con forma de anillo y unos pesados soportes en su parte inferior.

—Este es el sistema que hace rodar la linterna, justo sobre nuestras cabezas —dijo Ibaibarriaga, secándose el sudor—. Esa parte circular que ves ahí arriba está llena de cientos de litros de mercurio, sobre el que flotan los rodamientos del faro. Es un sistema muy antiguo, pero que no se rompe nunca.

—¿Por ahí se sube a la linterna? —Roberto señaló otro tramo de escaleras.

—Sí, pero primero quiero enseñarte una cosa. Mira esto.

A un lado, junto a la pared, había una pesada puerta de hierro festoneada de óxido. Pegado a ella, sobre un trípode, reposaba un telescopio terrestre Vanguard Endeavour de aspecto moderno y caro.

—El otro día, cuando llegaste a la isla en el pesquero, te vimos con esto. —El hombre rio mientras daba una palmada sobre el aparato —. Normalmente lo usamos para comprobar desde aquí el estado de las boyas del canal de navegación o, a veces, para ver pájaros, pero también sirve para comprobar cuándo llegan visitas.

—¿Tiene un puesto de observación al otro lado de esa puerta?

—Hay todo un balcón circular a esta altura —dijo Ibaibarriaga—, pero ahora no es una buena idea salir al exterior.

Para demostrar la veracidad de sus palabras, el hombre agarró unos enormes pasadores que recordaban a los cierres de las compuertas de los barcos. Giró ambos con un chirrido y a

continuación tiró de la puerta. Casi al instante un vendaval enloquecido entró por el vano, empujando a Roberto un par de pasos hacia detrás. El rugido del aire era atronador e Ibaibarriaga tuvo que elevar el tono de voz para hacerse oír.

—¡Aquí arriba el viento es mucho más fuerte y la tormenta ya sopla con fuerza! —aulló—. ¡Dentro de poco estaremos a ocho o nueve en la escala de Beaufort!

Roberto no tenía ni idea de qué significaba aquello, pero estaba casi seguro de que quería decir algo así como «es una tormenta de tres pares de narices». Suspiró aliviado cuando el hombretón, empujando con todo su cuerpo, cerró la puerta emitiendo un gruñido.

—Hala, misterio aclarado. —El farero le sonrió de nuevo—. Ya sabes cómo supimos que habías llegado.

—Ya, pero eso no explica por qué saben mi nombre.

—¡Ah! —Ibaibarriaga soltó una carcajada que retumbó en la sala —. Para eso también hay explicación, hombre.

Metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un baqueteado ejemplar de *La mirada fugaz*, doblado por las esquinas y con las hojas sobadas por el uso. El farero le dio la vuelta y le mostró la foto sonriente del propio Roberto en la solapa.

—A ver, que aquí ya te conocemos —dijo por toda explicación—. Tenemos mucho tiempo para leer.

Roberto sintió que se relajaba de forma inmediata, con una fabulosa sensación de alivio. Nadie se había acercado hasta allí arriba para contarle a aquel hombre los dramáticos acontecimientos del día anterior. Tan solo era un farero aburrido, con mucho tiempo libre y un potente telescopio.

—Si quieres, después te enseño cómo funciona la linterna. —Señaló hacia el último tramo de escaleras—. Pero ahora creo que la comida ya está casi lista. Además, quiero presentarte a mis colegas.

Bajaron las escaleras, con mucha cautela en el tramo de la escala metálica, hasta llegar de nuevo al zaguán de entrada. En aquel momento Roberto se dio cuenta de que en el aire flotaba un delicioso aroma a comida recién hecha.

Siguió a Ibaibarriaga por el pasillo que se abría a su derecha. Se oía un tenue ronroneo eléctrico, apenas un zumbido suave. Eso le hizo recordar que el faro era el único lugar en toda la isla que tenía suministro eléctrico garantizado durante las veinticuatro horas, un

lujo que solo podía apreciar en su totalidad tras varios días alumbrándose durante horas con lámparas de gas y velas.

Por fin desembocaron en una amplia y espaciosa cocina. El centro de la misma lo ocupaba una gran mesa de madera cubierta con un colorido hule. La cocina estaba bien iluminada y una chimenea rugiente en la que chasqueaban unos maderos la llenaba de calor. A través de una de las ventanas se podía ver el cielo plomizo del exterior y las ráfagas de lluvia que chorreaban por los cristales que, de vez en cuando, se sacudían con el viento. El aspecto hogareño y la atmósfera cálida le envolvieron como un abrazo nada más entrar en la sala. Era, pensó, el sitio más acogedor que había visto en toda la isla desde que había puesto un pie en ella.

Un hombre bajo y rechoncho estaba de espaldas a ellos, ocupado troceando verduras con un cuchillo. Sus manos se movían a una velocidad pasmosa mientras picaba una cebolla en trozos diminutos. Al oírlos entrar apoyó el cuchillo y se limpió las manos con un trapo antes de acercarse a ellos.

—Este es Antonio Vázquez, el segundo del faro —le presentó Ibaibarriaga, mientras el hombre le estrechaba la mano.

—Por favor, Antonio, no —dijo con timidez, mostrando al hablar un llamativo diastema entre sus incisivos—. Mis amigos me llaman Varatorta. Es una larga historia.

Llevaba el pelo negro cuidadosamente cortado en un flequillo que le tapaba una incipiente calvicie, y una nariz respingona dominaba su cara. Roberto calculó que no debía de llegar a los cuarenta años.

—Varatorta no solo es farero, sino que además es un cocinero excelente. —El vasco le palmeó la espalda—. Trabajó durante años en la cocina de un restaurante de Cangas antes de recalar aquí.

—No es para tanto —protestó este, guiñando sus ojos oscuros en un curioso gesto—, pero sí que lo hago mejor que ellos.

—Tengo que reconocer que eso huele de maravilla. —Las tripas de Roberto rugieron, como si quisieran subrayar lo evidente, para su vergüenza—. Hace días que no como un plato en condiciones.

—Pues esto le va a encantar. —Varatorta levantó la tapa de una tartera, olisqueó su contenido con los ojos entrecerrados y emitió un gruñido de satisfacción antes de volver a cubrir el perol—. Le faltan unos minutos.

—¿Por qué no le enseñas el faro a nuestro visitante? —propuso

Ibaibarriaga—. Seguro que le encanta ver cómo es la vida aquí.

—Por supuesto. —El cocinero volvió a mostrar aquella singular sonrisa de dientes separados y le hizo un gesto—. Venga por aquí.

Roberto siguió al farero por el pasillo de altos techos de teca. A medida que recorrían las salas no dejaba de maravillarse por lo que veía, una extraña mezcla de arquitectura y muebles antiguos y aparatos de tecnología punta. Al entrar en una de las habitaciones no pudo contener una exclamación de sorpresa.

—¿Qué narices es eso? —Señaló algo que parecía un bloque de piezas infantiles de tamaño gigantesco.

Eran un puñado de células de plástico encajadas entre sí que emitían un suave zumbido. En aquella habitación forrada de paneles de madera y llena de muebles del siglo XIX apilados contra una pared, parecían los restos de una nave alienígena.

—Son las baterías de respaldo del faro. —Varatorta apoyó una mano sobre el artefacto—. Esta sala era el comedor particular de la familia del farero jefe, hace casi un siglo. Ahora lo usamos para esto: más de cien baterías interconectadas y que pueden dar servicio en caso de un corte de energía.

—¿Y cómo se cargan?

—Con los paneles solares que están en la parte de atrás del faro —le explicó el hombre, con una sonrisa astuta, mientras señalaba la ventana que chorreaba lluvia—. Es cierto que en verano funcionan mucho mejor que ahora, claro.

—¿Tienen que usarlas muy a menudo?

—Solo de vez en cuando, sobre todo si un rayo cae en las inmediaciones del faro. —Varatorta se encogió de hombros—. A veces se chamusca el transformador.

—Es una vida dura —comentó Roberto, mientras meneaba la cabeza.

—Oh, no se crea, lo llevamos muy bien. Es cierto que hay que estar hecho de una madera especial para llevar a cabo este trabajo, pero tenemos muchas formas de entretenernos.

—¿Ah, sí?

—¡Por supuesto! Se puede pescar, pasear, también tenemos un pequeño huerto...

—¿Y para los días como hoy? —le interrumpió Roberto—. En invierno serán la mayoría.

—Oh, eso. —Varatorta esbozó un gesto resignado y se encogió de nuevo de hombros—. Es cierto que pueden pasar semanas consecutivas con días como este.

Roberto observó a través de la ventana las columnas de lluvia que caían en la penumbra, retorcidas por el viento, y se estremeció. Le parecía espantoso.

—Suena fatal —musitó.

—Para eso tenemos nuestra arma secreta. —Varatorta le guiñó un ojo—. Permítame que se la muestre.

Obediente, le siguió hasta la estancia contigua y su expresión cambió por completo al cruzar el umbral.

—¡Esto es otra cosa! —exclamó.

Ante él se abría una habitación con las paredes forradas de estanterías de madera de nogal oscuro, llenas de libros desde el suelo hasta el techo. Como cualquier bibliófilo que tiene la ocasión de husmear en una biblioteca ajena, Roberto se adelantó ansioso y pasó los dedos por los lomos más cercanos, saltando de un título a otro. Había una mezcolanza de géneros y estilos, desde novelas románticas hasta sesudos ensayos militares, pasando por obras clásicas y *best sellers* modernos. Algunos de aquellos libros eran ediciones muy antiguas forradas en piel, mientras que otros lucían los colores chillones de las publicaciones más recientes.

—Nuestra biblioteca tiene más de tres mil ejemplares —presumió Varatorta, satisfecho—. Es el trabajo acumulado de varias generaciones de fareros, desde hace más de un siglo. Cuando nosotros nos vayamos, dejaremos estos libros para que nuestros sustitutos la sigan ampliando.

Roberto escuchaba a medias, absorto en aquella interminable colección. Se preguntaba qué historia habría detrás de cada libro, quién lo habría leído y cuándo.

—Tiene razón, así se pueden aguantar muchas tormentas.

—Y no solo tenemos eso. —Varatorta señaló hacia el otro lado de la biblioteca.

El fuego crepitaba en una chimenea con puerta de cristal, frente a la cual había un par de sillones orejeros y un sofá de aspecto confortable. Justo a su lado, un viejo televisor de tubo estaba encastrado en un mueble atestado de deuvedés con cientos de películas de todo tipo.

—Me ha convencido —sonrió Roberto, por fin. Aquel pequeño momento de intimidad le había permitido evadirse por un rato de los problemas que le acuciaban—. Saben lo que hacen.

—Esta isla puede ser un lugar muy duro en invierno, no se lo niego. Pero también tiene mucho que ofrecer, si se busca en el sitio correcto.

—Ya que habla de eso. —Roberto torció el gesto—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí, claro. —Varatorta le miró, extrañado—. ¿De qué se trata?

—¿Lleva mucho tiempo en la isla?

—Llegué hace unos tres años, más o menos. ¿Por qué lo pregunta?

—Seguro que es una tontería, pero... ¿ha oído hablar alguna vez de un tal Tangaraño? ¿Le conoce? ¿Sabe quién es?

Varatorta se le quedó mirando unos segundos, con una expresión extraña en el rostro. Abrió la boca, como si fuese a decir algo, pero se contuvo.

—¿Por qué lo pregunta?

—Creo que, sea quien sea, tiene algún tipo de problema conmigo —dijo Roberto, quedo—. Me gustaría saber quién es.

—No quién, sino qué. —Frunció el ceño—. Mire.

El farero se acercó a una de las estanterías y sacó un ejemplar delgado forrado en cuero, de aspecto antiguo. En su cubierta, con letras de oro desvaídas, figuraba el título *Mitos y leyendas de la isla de Ons*.

—Este libro debe de tener casi un siglo —dijo el hombre, mientras pasaba las páginas rápidamente—. ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí!

Giró el volumen y se lo mostró a Roberto. En la página se veía un antiguo grabado a tinta negra. Era la figura de un hombre encorvado, de edad indefinida, ataviado con un gabán largo y que llevaba la cabeza cubierta con una especie de gorro hecho a partir de ramas trenzadas. La figura estaba en un ligero escorzo y, con un escalofrío, Roberto observó que a sus pies se veían tres cuerpos decapitados.

Pero lo más inquietante de todo era la expresión del rostro del hombre. Sus ojos estaban muy abiertos, con una mirada desenfocada, impregnada de locura y dolor. El dibujante había captado a la perfección el momento y, cuanto más lo miraba Roberto, más se sentía arrastrado hacia el pozo negro de demencia que se adivinaba detrás de

aquella mirada.

—La leyenda del Tangaraño surge a finales del siglo XIX —le explicó Varatorta, con voz queda—. Al parecer, un marinero llamado así que vivía en la isla por entonces llegó a creer que su esposa y sus dos hijos pequeños estaban poseídos por el diablo. Para liberarlos, los ahogó con sus propias manos y después los decapitó.

De repente, la confortable biblioteca se había convertido en un lugar muy frío.

—Carcomido por la culpa o temiendo que lo detuvieran las autoridades, Tangaraño se suicidó arrojándose al Burato do Inferno, una de las *furnas* que se abren en el lado occidental de la isla. Esa es la parte de la historia que aparece en los periódicos de la época, lo que se sabe que es real, y a partir de ahí empieza el mito.

—¿Y cómo es ese mito? —consiguió articular.

—La leyenda dice que el espíritu de Tangaraño sigue atrapado en la isla a causa de sus horribles actos. —Varatorta leyó un párrafo de aquel viejo libro—: «Las noches de tormenta, el espíritu del malhadado marinero vaga por los caminos de la feraz isla de Ons, para terror de sus infortunados habitantes, condenado a repetir una y otra vez la infame jornada en la que terminó con su familia. Cualquier persona o animal que tenga la desgracia de toparse con él hallará el mismo destino que los dos inocentes infantes y su esposa, tiempo atrás».

—Qué historia más horrible.

—Y eso no es todo. —Varatorta pasó la página—. La leyenda afirma que, en ocasiones, Tangaraño merodea por las viviendas, ansiando el calor humano de su interior, para poder librarse de su maldición y depositarla en hombros de otro. A eso lo llaman...

—El aire del muerto —dijo Roberto, casi en un susurro.

—Eso es. —Varatorta levantó la mirada, sorprendido—. ¿Cómo lo sabe?

Roberto tragó saliva y vaciló, antes de continuar. No quería que le tomasen por loco, pero necesitaba contarle aquello a alguien. Empezó a narrarle al farero todo lo que le había acontecido desde su llegada a la isla, el hallazgo del conejo muerto, la cabeza cercenada en sus escaleras y su extraño encuentro con Elvira Couto. Por supuesto, no le dijo nada sobre el incidente del fardo lleno de dinero y la muerte de Víctor Pampín. Esa era una historia totalmente distinta, mucho más

real y acuciante que aquella leyenda y potencialmente mucho más desastrosa.

—¿Y bien? —dijo al terminar—. ¿Cree que me estoy autosugestionando?

—Para nada. —Varatorta negó con la cabeza—. Albert Camus decía que los mitos tienen más poder que la realidad. Si quiere mi opinión, alguien le está tomando el pelo.

—Eso mismo creo yo —afirmó con aplomo—. Pero ¿quién? ¿Y por qué?

—Eso ya no se lo puedo decir. —Varatorta se encogió de hombros y cerró el libro de un golpe—. Pero recuerde que las maldiciones solo tienen poder cuando quien es víctima de ellas cree que son reales y pueden afectarle.

Roberto se dijo que la anciana de la playa de Melide no estaría de acuerdo.

—¿Eso también es de Camus?

—No, qué va, eso es de Iker Jiménez. —Varatorta rio, despreocupado—. Yo no le daría mayor importancia. Los fantasmas no existen, ni tampoco las maldiciones centenarias.

—Es cierto. —Se sintió un poco estúpido—. Le ruego que no le cuente esto a nadie. Llevo unos días... complicados.

—No se preocupe, será nuestro secreto. —Le sonrió, afectuoso—. Seguro que cuando la tormenta pase lo verá todo de otra forma. Nada como un día soleado para espantar miedos.

—Ojalá llegue pronto.

—Y no se crea una palabra de lo que dice esa vieja chocha de Elvira Couto —le reprendió el farero— y mucho menos una leyenda sin sentido de hace más de cien años. Alguien con tanto mundo como usted está muy por encima de eso.

—Tiene toda la razón y se lo agradezco. —Roberto negó con la cabeza—. Todo lo de estos días me ha hecho perder la perspectiva.

—¡Así se habla!

—A veces uno tiene que tomar la iniciativa para llevar el control de su vida y demostrar quién es de verdad —dijo más para sí que para Varatorta, que le contemplaba con una mirada extraña en el rostro.

—Bien, veo que nos entendemos.

—Claro que nos entendemos —contestó él, apoyando una mano en el antebrazo del farero.

Varatorta bajó la mirada a la mano y casi de inmediato le miró de nuevo al rostro con una expresión insondable. En una fracción de segundo, Roberto pensó azorado que el hombre quizá había malinterpretado su gesto y retiró la mano a toda velocidad, como si Varatorta quemase.

—Quería decir que...

Justo en ese instante, la oronda figura de Ibaibarriaga, el farero jefe, apareció por la puerta.

—¿Qué, a qué andamos? —dijo con su marcado acento—. ¿Comemos o qué?

—Le estaba contando al señor Lobeira las historias de la isla —explicó Varatorta, guiñándole un ojo a Roberto en un gesto demasiado cómplice—. Creo que se está imbuyendo del auténtico espíritu de Ons.

—Bueno, ya basta de palabrería. —Ibaibarriaga palmeó un par de veces, enérgico—. Vamos a la mesa, que se enfría la comida.

Se dirigieron a la cocina, donde el menú ya estaba listo para ser servido. Roberto se sentó, consciente de que estaba hambriento como un lobo. No había tomado una sola comida en condiciones desde que había desembarcado y el delicioso olor que flotaba en el ambiente hacía rugir su estómago.

Justo mientras descorchaban una botella de vino, la puerta de la cocina se abrió y entró una figura arropada por un impermeable de mal tiempo. Cuando se quitó la capucha, el rostro de un chico que no debía de pasar de los veinticinco años, de pelo encrespado y expresión atormentada, le saludó con una media sonrisa.

—¿Ibais a empezar sin mí?

—Llegas tarde, Pazos —replicó Ibaibarriaga, muy serio—. ¿Dónde te habías metido?

—Estaba en la parte de atrás, asegurando las placas solares —rezongó el muchacho, mientras luchaba por quitarse el chubasquero —. Con el viento que va a hacer esta noche podían salir volando.

El jefe de los fareros asintió con un gruñido.

—Saluda a nuestro invitado, el señor Roberto Lobeira —dijo, mientras le hacía un gesto—. Este es Borja Pazos, nuestro ayudante, el tercer ocupante de este faro. A veces es un zoquete, pero aprende rápido.

El chico le hizo un rápido saludo, pero su atención estaba más centrada en lo que Varatorta estaba colocando sobre la mesa que en

él. Y Roberto tenía que reconocer que era perfectamente comprensible.

El cocinero depositó una bandeja de zamburiñas de una especie absolutamente desconocida para él, de pequeño tamaño y concha oscura como la brea, algo doradas en la plancha y con un sabor a mar embriagador. A ese plato le siguieron unos chocos encebollados sobre una base de verduras salteadas, una bandeja de lomo de atún con algo que juraría que era una versión sui géneris del kimchi coreano y para rematar un plato de habas con langostinos que nadaban en una salsa tan densa que la cuchara casi se mantenía de pie.

Comieron en silencio, o mejor dicho, devoraron el menú, intercambiando solo un puñado de frases sobre los platos. Se notaba que aquellos tres hombres eran de pocas palabras y estaban acostumbrados a pasar mucho tiempo juntos, capaces de anticiparse a sus necesidades con apenas un gesto. Roberto supuso que si viviese en un faro aislado también acabaría siendo así de lacónico.

Él, por su parte, se dedicó a saborear con fruición cada uno de los platos que le ponían delante. Cuando ya no le cupo ni un tenedor más en el estómago, se recostó en la silla, tan satisfecho como si hubiese comido en el mejor restaurante.

Borja Pazos comenzó a recoger la mesa en solitario, lo que por lo visto era la norma porque ninguno de los otros dos hizo el menor amago de echarle una mano. Cuando Roberto se levantó para ayudar, Ibaibarriaga le sujetó el brazo con una de sus manazas.

—Vamos a la biblioteca, a tomar un café —le dijo—. Hay muchas cosas que te quiero preguntar.

Roberto ya se había encontrado en más de una ocasión con lectores entusiasmados que querían exprimir al máximo el tiempo con él. Formaba parte de su trabajo y, si su anfitrión quería un rato de charla, no se la iba a negar, sobre todo después de aquel banquete.

Volvieron a la biblioteca, donde el fuego seguía rugiendo en la chimenea. Se fijó entonces en que entre los miles de libros de temática variada había diversos objetos, como jarros de cristal llenos de conchas diminutas, huesos de aves y el caparazón vacío de una monstruosa centolla. Roberto se sentó en uno de los mullidos sofás mientras Ibaibarriaga preparaba café.

El farero regresó a su lado, con las dos tazas que parecían diminutas entre sus manos. Se dejó caer enfrente de Roberto y solo

entonces le miró fijamente.

—Vale, ahora que ya estamos solos —le clavó una mirada fría, carente del menor asomo de la cordialidad de la que había hecho gala hasta entonces—, me va a contar con pelos y señales todo lo que pasó ayer en el pueblo. Y si no quiere que haya consecuencias, más vale que no me mienta.

17

Una conversación amistosa

Por un momento, Roberto se quedó sin habla. Aquella no era la conversación amable sobre libros que se esperaba. El farero le observaba con atención, con una expresión pétrea en el rostro.

—No sé de qué me habla —replicó, haciéndose el loco.

—Oh, yo creo que sí lo sabe.

—De verdad que no lo sé. Va a tener que explicarse mejor...

—¿Tengo cara de gilipollas? —preguntó Ibaibarriaga, con un tono cortante.

—¿Cómo dice?

—Le he preguntado que si tengo cara de gilipollas —repitió él, separando mucho las sílabas—, porque no me gusta nada que me traten como a uno. Sé que ha pasado algo y quiero que me lo cuente con todo detalle.

A Roberto no le gustaban los abusones, como había descubierto Luis Docampo a su llegada a la isla. Y tampoco le hacía ninguna gracia que tratasen de intimidarle.

—¿Y si no me da la gana?

Ibaibarriaga se encogió de hombros, juntó los nudillos y los hizo chasquear en un gesto amenazante.

—Esta es una isla peligrosa en invierno —dijo como si hablase de algo banal—, sobre todo en días con una tormenta como hoy. A la gente le pasan cosas, cosas malas, todo el rato. Y usted no quiere que le pasen cosas malas, ¿a que no?

—¿Me está amenazando? —Roberto se puso en pie, alterado.

—Siéntese, hombre, que solo era una broma —dijo el farero, con una expresión ambigua que era de todo menos tranquilizadora, mientras le señalaba el sofá con un gesto imperioso—. Tan solo estamos manteniendo una conversación amistosa.

—A mí no me lo parece.

—Vamos a hacer una cosa —dijo él, tras meditar un instante—. Yo le cuento lo que creo que ha pasado y usted me dice si he acertado o no. ¿Le parece mejor así?

Roberto se le quedó mirando un instante, pero finalmente se volvió a sentar. Aunque no le gustaba nada la deriva de aquella charla, era prudente descubrir qué tramaba aquel hombre.

—El otro día, al poco de llegar a la isla, usted bajó al pueblo a eso de las diez. Fue hasta el restaurante de la punta y estuvo sentado en una terraza, con Luis Docampo. Estuvieron hablando un rato y luego se fue a la playa, ¿voy bien?

Roberto asintió intrigado. Aquel tipo había estado observándole a través de su telescopio con la paciencia de un entomólogo que descubre un nuevo tipo de insecto. Aun así, su información tenía lagunas, porque no había mencionado su encuentro con Rosalía Freire y su hija Helena. Supuso que, incluso desde allí arriba, la línea de visión del telescopio debía de tener unos cuantos puntos ciegos.

—En algún lugar del camino se juntó con el chico raro de los Freire, ese Diego. —Ibaibarriaga hizo una pausa para dar un sorbo ruidoso a su taza de café antes de continuar—. Caminaron hasta el final de la playa y entonces usted se desnudó y se metió en el agua para sacar algo que estaba flotando cerca de la orilla.

Roberto sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Aquello empezaba a pintar muy mal.

—Me da la sensación de que usted y el muchacho pasaron un rato desagradable, pero al final consiguieron sacar el fardo. —Le dedicó una sonrisa lobuna—. Uno de color amarillo, más o menos así de grande. ¿Ya va haciendo memoria?

Roberto asintió, con un gesto mecánico. Su café se enfriaba sobre la mesilla, pero era incapaz de dar un solo sorbo.

—Al cabo de un rato, Helena Freire y Tristán Docampo le ayudaron a llevar el fardo hasta el pueblo. —Hizo una breve pausa, con aire pensativo—. En una carretilla... ¿Qué había en ese fardo, Lobeira? Dígame la verdad.

—Era solo un aparejo de pesca —contestó él, a la defensiva—. Unas nasas que querían recuperar.

Ibaibarriaga rio por lo bajo, en un gesto burlón que no le gustó lo más mínimo.

—Eso es mentira —dijo, con un tono grave que recordaba a un

gruñido.

—¿Me está acusando de mentir?

—Claro que sí. —Fue el turno del farero de parecer enfadado—. Porque aquí es donde la cosa comienza a ponerse interesante: en cuestión de minutos, al menos una docena de Freires y de Docampos llegaron corriendo al pueblo desde todas direcciones y, claro, yo me pregunto, ¿por qué? ¿Por unas nasas viejas?

—Dígamelo usted —replicó Roberto, desafiante—. Al fin y al cabo, parece que como mirón no tiene precio.

—Lamentablemente, desde aquí no se puede ver el trozo de calle que pasa por delante de la iglesia, donde supongo que se reunieron todos. ¿O fue en el interior? Bueno, eso da igual.

Roberto tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para que no se le adivinase en la cara la sensación de alivio que le invadía. La casualidad había querido que la improvisada reunión callejera para abrir el fardo hubiese tenido lugar justo en uno de los puntos ciegos que Ibaibarriaga no podía controlar desde allí arriba. Eso significaba que no había visto el ataque de Diego a Pampín ni cómo habían llevado su cuerpo hasta la tienda que estaba al lado.

Pero eso no era lo que le interesaba al farero, por supuesto.

—Le voy a decir lo que creo que ha pasado. —Le volvió a dedicar otra de aquellas sonrisas descarnadas—. Nada de lo de ese día fue por casualidad. Alguien le dijo que en la playa se iba a encontrar con esa cosa flotando. No sé si fue Docampo mientras charlaban tomando una cerveza o el chico de los Freire un poco más tarde, pero no me importa. Usted sabía que el fardo iba a estar allí y por eso bajó hasta la playa. Aunque lo más importante no es eso.

—¿Ah, no?

—No. —El hombre se inclinó hacia él e hizo una pausa dramática antes de hablar en un susurro cómplice—: Lo que realmente importa... es que yo sé lo que había dentro de ese fardo.

Ambos se miraron de hito en hito durante un instante. El farero hizo un asentimiento cómplice con la cabeza, se reclinó de nuevo y dio otro sorbo ruidoso a su café. Roberto guardó silencio, expectante, mientras por su cabeza pasaban veloces todas las implicaciones de aquella revelación. Aquello lo cambiaba todo.

Si Ibaibarriaga sabía lo del dinero, entonces eso significaba que estaba compinchado con sus propietarios o, lo que era más grave, que

él mismo era el dueño de aquella fortuna. De una forma u otra, aquello complicaba aún más las cosas.

—Mire, yo no sabía...

—Cocaína —le atajó el hombre, con la expresión triunfal del jugador de póker que muestra una escalera de color.

—¿Qué?

—Ya me ha oído. Estoy seguro de que ese fardo estaba repleto de cocaína. Es el único motivo por el que tanto los Freire como los Docampo se lanzaron como hienas sobre él en cuanto estuvo en tierra. —Su rictus se endureció—. Esos cabrones avariciosos quieren quedarse con ese regalo caído del cielo para sacar algo de dinero con él.

Roberto le miró estupefacto y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no estallar en carcajadas. El farero había estado muy cerca de la verdad con sus suposiciones, pero al fin y al cabo no tenía ni la menor idea. Pese a toda su arrogancia, estaba totalmente errado.

—A juzgar por el tamaño del fardo, calculo que habrá unos cincuenta kilos, más o menos. —El hombre se rascó la nariz, mientras hacía cálculos mentales—. A precio de mercado, eso será alrededor de un millón de euros o un poco más.

—¿Adónde quiere llegar?

—A que esa panda de idiotas tendrá que malvenderlo y sacarán como mucho un cuarto de millón en total..., y eso si no les pillan haciendo la transacción —dijo abriendo las manos—. No tienen contactos, ni medios para hacer otra cosa, excepto...

—¿Sí?

—Excepto si es usted el contacto para hacer la venta. —Le miró fijamente, sin pestañear—. ¿Lo es?

Roberto se rio, a su pesar.

—No, no lo soy.

—Eso es bueno, porque significa que me equivoco en parte y que no tenía ni idea de lo que se iba a encontrar en el fardo. —Frunció el ceño, sin estar seguro de si creerle o no—. Le diré lo que vamos a hacer. No sé qué clase de acuerdo tiene con los Freire y los Docampo y me importa un carajo, porque lo vamos a cambiar. Dígales que un tercio del beneficio de la venta me corresponde a mí.

—Vaya. —Roberto hizo un gesto ambiguo, mientras le seguía la

corriente—. Eso es una parte bastante grande.

—Conozco a gente —replicó él—. Tengo los contactos en tierra para colocar esa cocaína por mucho más de lo que puedan obtener ellos. Posiblemente el doble. Así ganamos todos: yo me llevo mi parte y ellos tienen más o menos lo mismo que iban a obtener de todas formas. Y usted se llevará lo suyo, claro.

—¿Y sus compañeros, Varatorta y Pazos? —Roberto señaló hacia la puerta que llevaba a la cocina—. ¿No querrán también su parte?

—Borja es como un hijo para mí, es un buen chaval que hará lo que yo le diga. —Ibaibarriaga se encogió de hombros—. En cuanto a Varatorta, no se preocupe por él. Es un tipo peculiar, pero sabré manejarlo.

Roberto se mordió la lengua. Que aquel tipo le tomase por un camello de tres al cuarto le resultaba molesto, aunque nada comparado con la irritación que le provocaba el tono de suficiencia que usaba para darle órdenes.

Sin embargo, no le convenía sacarle de su error. Mientras Ibaibarriaga estuviese convencido de que se trataba de un mero trapicheo de drogas de apenas unos cientos de miles de euros, evitaría que metiese las narices en lo que realmente estaba sucediendo en la isla. Si descubría que se trataba de un botín de docenas de millones, la situación se volvería incontrolable. Además, ya estaba implicado en el asesinato de un hombre, muy a su pesar, como para que apareciesen nuevos invitados en aquella partida endemoniada. Así que, ardiendo de rabia por dentro, se las apañó para componer una expresión apesadumbrada y dócil.

—Hablaré con los demás —mintió, antes de apurar su café, que ya estaba casi frío, de un solo trago—. Pero no creo que haya problema. Necesito que... eeehhh... me dé unos días para convencerlos a todos. Ya sabe lo cabezotas que son y las rivalidades que tienen entre ellos. Tendré que usar toneladas de diplomacia.

—El tiempo no será un problema —contestó Ibaibarriaga, displicente—. ¿Ha visto el parte meteorológico?

Roberto negó con la cabeza y el farero se levantó con un resoplido para acercarse a una carpeta situada sobre una mesa de la biblioteca. Sacó de ella un fajo de papeles recién impresos y se los mostró. Era una predicción del tiempo, con varios mapas de isobaras y docenas de columnas llenas de cifras apretadas.

—Se llama *Armand*, o al menos así la ha bautizado la AEMET —dijo —. Una borrasca de alto impacto que está entrando directamente por el Atlántico y que estará justo sobre nosotros dentro de veinticuatro horas o menos. Olas de seis a ocho metros y vientos con ráfagas huracanadas de más de cien kilómetros por hora. ¿Sabe qué significa eso?

—¿Que va a hacer muy mal tiempo?

Ibaibarriaga negó con la cabeza.

—Que vamos a quedarnos completamente aislados de tierra por lo menos durante dos o tres días. Nada de barcos ni de helicópteros. Hasta que *Armand* pase, será imposible salir o llegar a la isla. —Dio un par de palmadas sobre una emisora de radio que tenía las luces apagadas—. La única comunicación será con el repetidor de telefonía móvil o con esto, si las cosas se complican.

Roberto se puso en pie.

—Hablaré con ellos, pero mientras tanto, tenga paciencia.

—Tiene de plazo hasta que la tormenta pase —contestó Ibaibarriaga, sombrío—. Ni un día más. O, de lo contrario, avisaré a la Guardia Civil y les contaré todo lo que he visto. Será malo para ellos, pero mucho peor para usted, que tiene más que perder. Seguro que a sus lectores no les hará gracia saber en qué lío anda metido. Un lío bien gordo.

«No lo sabes tú bien».

—Será mejor que se vaya ahora. —Ibaibarriaga echó un vistazo por la ventana—. Parece que ha amainado un poco, pero no sé cuánto va a durar.

Salieron al pasillo, en dirección hacia la puerta. En el zaguán, Varatorta y Pazos estaban atareados apilando unas cajas de cartón de aspecto pesado.

—¿Ya se va, señor Lobeira? —Varatorta apoyó una de las cajas, se secó el sudor de la frente y le tendió la mano, sujetando la suya durante un segundo o dos más de lo necesario—. Ha sido un placer conocerle.

—Sí, he de salir ya si no quiero empaparme por el camino —contestó Roberto, intentando poner su mejor cara de póker para no revelar el remolino de emociones que le sacudían—. Gracias por la comida.

—Tonterías. —Varatorta hizo un gesto desganado para restarle

importancia—. Vuelva pronto, si es que al jefe no le parece mal, claro. Y si necesita algo para leer, nuestra biblioteca está a su disposición.

—¡Por supuesto que sí! —Ibaibarriaga le estrechó la mano, efusivo. Volvía a representar el papel de lector amable que le había sentado a su mesa. No quedaba ni el menor rastro del tipo frío y calculador de un rato antes. A Roberto no le quedó más remedio que admirar la impostura del hombre—. ¡Muchas gracias por honrarnos con tu visita! Como dice Varatorta, esta es tu casa. Por favor, vuelve cuando quieras.

—El placer ha sido mío. —Roberto aguantó su mirada, retador.

—Espero tener noticias tuyas muy pronto. —Ibaibarriaga le guiñó un ojo, como si compartiesen una broma especialmente divertida—. Será toda una alegría.

Roberto no se dignó a contestarle. Tras despedirse de los otros dos habitantes del faro salió de nuevo al exterior. En un raro momento de pausa, la lluvia había dado tregua, pero el color del cielo era aún más plomizo que antes. Bajo el rugido del viento se oía un rumor sordo, profundo y regular. Comprendió que era el sonido de las olas golpeando con fuerza los acantilados de la isla, un anticipo de la furia desatada que iba a llegar en unas horas.

Se abrochó la parka y emprendió el camino de vuelta a su casa casi a la carrera. La necesidad de hablar con Antía Freire se había transformado en urgencia. Estaban pasando demasiadas cosas y no podía gestionarlo todo él solo.

Necesitaba a alguien que le ayudase con su plan, alguien en quien confiar.

No sabía a ciencia cierta si Antía era la persona indicada, pero no le quedaban demasiadas opciones.

El tiempo se le acababa.

18

Un problema grave

Cuando se levantó al día siguiente, se dio cuenta de que todos sus planes tendrían que esperar. *Armand* había llegado a la isla con toda su furia desatada y la mera idea de salir al exterior se antojaba una locura. El viento soplaba con tanta fuerza que las ventanas de la vivienda traqueteaban como locas, sacudidas con ferocidad. Apenas se podía ver a algo más de cinco o seis metros a través de las pesadas cortinas de agua que se desplomaban del cielo. Las ráfagas de viento azotaban la lluvia y la lanzaban contra las paredes de la casa, que se estremecía entre crujidos. Poner un pie fuera en aquellas condiciones era un disparate.

Había tenido tiempo para pensar, pero lamentablemente no había sacado demasiado en limpio. Hasta que recuperase el martillo con sus huellas, seguía en manos de los Docampo y su chantaje. Si Tristán cumplía su parte del acuerdo y se lo entregaba, entonces quizá podría usar la ambición de los fareros en su contra. Si los enfrentaba a los isleños, él mismo se quedaría al margen, al menos hasta que pudiese salir de aquella condenada isla y avisar a las autoridades. Pero si no era así, tendría que buscar otra forma de librarse de sus garras.

Y luego estaba el molesto asunto del merodeador nocturno que decapitaba animales, por supuesto. Aunque los acontecimientos de los últimos días lo habían llevado a un segundo plano, aquel misterio no dejaba de rondarle. Se le hacía difícil creer que se tratase del espíritu vengativo del Tangaraño. Él no creía en fantasmas. O, por lo menos, *pensaba* que no creía. En todo caso, si era alguien de carne y hueso, la pregunta entonces era de quién se trataba y qué quería de él.

La otra alternativa era demasiado enloquecedora.

Demasiadas cosas, en todo caso, como para poder escribir ni una sola línea decente, como comprobó con desánimo tras pelearse con el segundo capítulo. No le quedó más remedio que dejar transcurrir las

horas hasta que por fin *Armand* dio una pequeña tregua. Sin dudar un minuto, se abrigó a conciencia y salió al exterior.

El agua que había caído a lo largo de las últimas horas daba un brillo nuevo al camino. Los árboles se sacudían agitados por el viento y lanzaban rociones de gotas que se entrecruzaban en el aire como perdigones líquidos. La luz se había transformado en una penumbra tenue que anticipaba la oscuridad absoluta que traería la noche de tormenta consigo. Miró su reloj y comprobó que ya eran más de las cinco y que estaba a punto de anochecer.

No sabía si Antía Freire habría aceptado su propuesta de encontrarse a solas, pero solo había una forma de comprobarlo: tenía que ir de nuevo hasta el refugio secreto de los jóvenes amantes y ver si había alguna nota para él. Y si no era así, tendría que plantarse en el Cucorno, la casa familiar de los Freire, y buscar cualquier excusa, por peregrina que fuera, para estar un momento a solas con ella.

Con esa determinación tomada, apuró el paso, levantando surtidores de agua cada vez que pisaba un charco.

El tiempo se le agotaba.

Llevaba un buen rato caminando cuando se dio cuenta de que algo no iba bien.

Como se había calado la capucha, al principio no lo había visto con claridad. Con el rabillo del ojo le pareció adivinar una figura humana oculta entre la espesura, a un lado del camino. Se detuvo un instante, fingiendo que debía atarse una de sus botas, y echó otro vistazo discreto. Sí, sin ninguna duda, allí había alguien.

Se incorporó como si nada y avanzó unos metros más antes de detenerse pasada la siguiente curva. Se descubrió la cabeza y dio un par de pasos silenciosos en dirección a la cuneta, con una sensación de furia contenida rugiéndole en el pecho. La misma ira que había sentido nada más llegar a la isla, cuando se enfrentó a Luis Docampo, pero esta vez multiplicada por mil, borboteando como un pozo lleno de lava.

Ya estaba harto de todo aquello. Si había alguien espiándole, se las tendría que ver con él, y si le pillaba por sorpresa, muchísimo mejor. Quizá era un Docampo vigilando que se mantuviese tranquilo y sin dar problemas en su casita. O también podía ser uno de los fareros, controlando su billete hacia la riqueza. Incluso podría ser algún Freire. O, como comprendió en un rapto de rabia, podría ser el misterioso

Tangaraño.

Le daba igual. Fuera quien fuese, le había descubierto y era su turno de ver de quién se trataba.

Deshizo el tramo de camino avanzando oculto entre la maleza de la margen derecha. Si su espía bajaba por el camino, le vería a la perfección, y si, por el contrario, decidía seguirle amparado entre la vegetación, se daría de bruces con él. De una forma u otra, tendría que revelar su identidad.

Pero no sucedió nada de eso. Cuando llegó al punto donde le había visto por primera vez, comprobó que aún seguía allí, al acecho. Desde el camino solo había podido ver un par de pantalones de color granate, semiocultos detrás de una fronda de helechos goteantes. El resto de la figura quedaba tapado por las ramas del roble retorcido bajo el que había decidido guarecerse.

Roberto se internó con sigilo entre los helechos, intentando no hacer ni el menor ruido, mientras se acercaba a aquella figura misteriosa. Quizá se había quedado dormido o estaba enfrascado en alguna otra actividad.

Todas las suposiciones se diluyeron cuando atravesó de un salto los últimos metros que los separaban, se plantó a su lado con un gruñido sordo... y de golpe su furia se evaporó en un instante.

Notó cómo una arcada irrefrenable subía por su garganta, con un reflujo ácido. Roberto se apoyó en el tronco de un árbol y vomitó hasta el último pedazo de la comida que había tomado al mediodía.

«El Tangaraño. El Tangaraño, el Tangaraño, el...».

Su mente giraba como un piñón encallado, incapaz de apartar aquel pensamiento horripilante de la cabeza.

Lo que había tomado por unos pantalones de color granate eran en realidad unos vaqueros claros que estaban totalmente empapados en sangre fresca. El hombre —porque era un hombre, sin duda— estaba clavado a conciencia contra el tronco del roble, mediante un par de largos clavos de aspecto tosco que le atravesaban el pecho. Su abdomen desnudo estaba abierto con una raja vertical y de allí colgaban sus vísceras.

Pero lo más aterrador de todo era que, quien fuera que hubiese cometido aquel crimen atroz, había decapitado con pericia a su víctima y se había llevado la cabeza.

Más tarde se daría cuenta de que no era capaz de recordar cuánto

tiempo se había quedado paralizado, contemplando la macabra escena. Podían haber sido unos segundos o media hora. Algo en su cabeza había cortocircuitado mientras trataba de asimilar la enormidad de lo que estaba viendo.

Roberto había sido testigo de muchas escenas terribles a lo largo de su pasado como reportero de guerra, pero aquel despliegue de violencia gratuita y sanguinaria, aquel regocijo en la mutilación de un cuerpo humano, era algo a lo que jamás podría habituarse. Aquello no era fruto de una explosión, de un tiroteo o de un estallido de furia incontrolable. Era la obra de alguien que se había tomado su tiempo para torturar a aquel pobre diablo con unas dosis de crueldad incomprensibles.

La lluvia que empezaba a caer de nuevo le salpicó la cara y le hizo parpadear. El gesto sirvió para romper el hechizo, pero no la sensación plomiza de horror que se había instalado en el fondo de su estómago.

Una cosa era un conejo decapitado y otra muy distinta acabar con la vida de un ser humano en un ritual semejante.

«El aire del muerto», lo había llamado la vieja Elvira Couto. La maldición del espíritu vengativo de un marinero muerto hacía más de un siglo, como le había explicado Varatorta.

Real o no, todo acababa de tomar una dimensión totalmente distinta. De manera inconsciente apretó en la mano el hilo de bramante que la anciana bruja le había dado como amuleto.

No podía quedarse allí. Tenía que avisar a alguien. A quien fuera.

Como si la naturaleza le gastase una broma, un relámpago iluminó el cielo por un instante, seguido de un sonoro y largo trueno que retumbó contra su pecho. En el breve momento del fogonazo, el cuerpo sin vida dio la sensación de querer moverse. Sin saber muy bien qué hacer, se alejó de espaldas del cadáver, con un temor irracional apretando su cuello.

Roberto se lanzó hacia el pueblo, sin pensar. Corría enloquecido, con los pulmones sin aire, el gesto demudado de quien ha mirado hacia el abismo y ha descubierto algo inimaginable removiéndose entre las sombras. Quería acortar la distancia cuanto antes y al mismo tiempo alejarse de aquel horror. En el último instante, al llegar al cruce, vio en lo alto de la colina las luces cálidas de las lámparas de gas que salían de las ventanas del Cucorno. Se lo tomó como una señal

y enfiló jadeando la cuesta.

La antigua casa solariega, con un inmenso hórreo de piedra a un lado, era una de las pocas edificaciones de la isla que tenía dos plantas. Las contraventanas, de madera cuarteada por el viento y el salitre, estaban echadas en toda la planta baja y emitían crujidos cada vez que el viento arreciaba. La puerta era una enorme hoja doble pintada de verde, aunque estaba algo descascarillada y necesitaba una mano de barniz urgente. Roberto la aporreó con energía y esperó, impaciente, a que acudiera alguien.

Al cabo de unos segundos que se le hicieron interminables oyó cómo se corrían unos cuantos pasadores y cerrojos desde el otro lado. Un Freire cuyo nombre no conocía —uno de los dos que habían reaccionado con aire culpable cuando Pampín los había acusado de mariscar en Con da Fervenza— le miraba con ojos legañosos y algo confundidos.

—¿Sí? ¿Qué se le ofrece?

—Necesito hablar con Antía —dijo con voz atropellada—. Es urgente.

—¿Con Antía? —El otro entornó los ojos, desconfiado—. *¿E que lle quere?*

—No tenemos tiempo para esto —replicó Roberto, con la paciencia al límite, mientras le daba un empujón a un lado y entraba en la casa.

El hombre lanzó un grito de protesta, pero le ignoró. El recibidor de la casa era una sala alta con techo de madera, al fondo de la cual se abría una impresionante escalera doble de piedra que subía hasta una galería que dominaba toda la estancia. Cubría el suelo una preciosa alfombra persa deshilachada y con rozaduras en algunos sitios, en los que ya no se veía el dibujo. En general, todo tenía aspecto de una prosperidad ya pasada que estaba dejando lugar a una lenta decadencia.

—¡Antía! —gritó, desde el centro de la estancia—. ¡Antía!

Una puerta se abrió en la planta superior y se oyeron unos pasos.

—¡Roberto! ¿Qué haces aquí?

Cuando vio asomar la cara de Antía Freire, que le observaba con sorpresa desde la galería de la planta de arriba, le invadió una oleada de alivio.

La sensación duró muy poco, porque casi de inmediato, la figura

compacta de Rosalía Freire, envuelta en una bata acolchada y con el pelo recogido con unas horquillas, apareció a su lado.

—Estas no son formas de entrar en una casa, señor Lobeira —dijo la matriarca—. ¿Se puede saber qué quiere?

—Tenemos un problema —fue su lacónica respuesta. De repente se sentía al límite de sus fuerzas—. Un problema muy grave.

19

Deudas pendientes

Cinco minutos más tarde estaba sentado en una salita, sosteniendo una taza de caldo caliente entre las manos, mientras Antía, que no dejaba de observarle de refilón, aventaba las brasas de una chimenea. Sentada a su lado, Rosalía Freire esperaba con paciencia a que se recompusiera.

—Y bien —dijo—, ¿qué es eso tan urgente?

Roberto apoyó la taza sobre la mesa con cuidado, intentando que el temblor de sus manos no derramase el líquido.

—Han asesinado a una persona —articuló a duras penas.

—Eso ya lo sabemos. —Rosalía endureció el gesto y sus labios se transformaron en una fina línea—. Pero fue un accidente. Diego no quiso hacerle daño.

—No hablo de Pampín —la corrigió Roberto, frotándose los ojos.

«Dios, estoy tan cansado...».

—Hay otro muerto —dijo, al cabo de un segundo—. Acabo de tropezar con él, no hace ni veinte minutos, en el camino que sube a mi casa.

Antía emitió un gemido de sorpresa y la expresión severa de Rosalía Freire se agrietó un momento para dar paso a la perplejidad.

—Pero ¿qué dice?

Roberto comenzó a explicar cómo había tropezado con el cuerpo y el estado en el que se encontraba, tratando de evitar los detalles más escabrosos, pero sin obviar el hecho de que estaba decapitado.

—*É cousa do Tangaraño* —murmuró el Freire que le había abierto la puerta, apoyado al lado de la chimenea, mientras se santiguaba.

—No digas tonterías —le atajó Antía, con dureza—. Es una leyenda. No existe.

Pero Roberto advirtió que incluso ella tenía un atisbo de duda en su rostro.

«Como para no tenerlo».

Rosalía Freire hizo un gesto adusto con las manos, reclamando silencio.

—¿Sabe quién es el muerto? —le preguntó—. ¿Es un isleño?

—No conozco a todo el mundo en la isla —contestó él, exasperado—. Y además, no tiene cabeza. Eso hace algo difícil reconocer a cualquiera.

—Tenemos que ir a verlo ahora mismo —dijo la mujer, con decisión—. Llévenos hasta allí.

—Gracias —musitó él, exhausto—. Es lo que necesitaba escuchar.

A los diez minutos, un grupo formado por Roberto, Rosalía Freire, Antía y dos hombres del clan que se parecían tanto entre sí que solo podían ser hermanos caminaban a buen ritmo por la calzada sinuosa que subía hacia su casa. La lluvia caía con fuerza, pero la violencia del viento hacía imposible usar ningún paraguas. Todos iban envueltos en chubasqueros de mal tiempo, excepto Roberto, cuya elegante parka comprada en una exclusiva tienda de Madrid, más pensada para pasearse por Serrano que para caminar bajo una tormenta como aquella, hacía agua por todas partes. Estaba empapado de arriba abajo y con cada paso sentía un chapoteo incómodo dentro de sus botas llenas de agua.

Al llegar a la altura de la curva que estaba justo antes del cuerpo, Roberto se detuvo y se volvió hacia el resto del grupo.

—No es algo fácil de ver —les advirtió, levantando la voz para hacerse oír por encima del vendaval—. ¡Está totalmente destrozado!

—Estamos acostumbrados a ver heridas —le interrumpió Rosalía, tajante—. Siempre hay alguien que se hace daño, de una forma u otra. La isla no perdona.

Roberto se encogió de hombros, sin ganas de discutir.

—No digan que no los he avisado.

Por fin llegaron junto al cuerpo y Roberto tuvo la mezquina satisfacción de ver cómo Rosalía Freire empalidecía. Uno de los dos hombres que los acompañaban se apartó a un lado para vomitar, como había hecho él una hora antes. El otro se santiguó, hizo un gesto contra el mal de ojo y dio la sensación de querer decir algo, pero antes de que pudiese pronunciar la palabra «Tangaraño», la mirada de hidra de Rosalía le fulminó y tuvo el buen juicio de cerrar la boca.

—Esto es... —balbuceó Antía, con los ojos como platos—. Esto es

monstruoso. ¿Quién puede haberlo hecho?

—¿Habían visto alguna vez algo así? —preguntó Roberto.

Antía negó sin decir más.

—¿Estás segura? —insistió él—. ¿Algún animal decapitado? ¿Cabezas cercenadas?

—¡No, claro que no! —explotó ella atravesándole con la mirada —. ¿A qué viene todo esto?

Calló un momento, consciente de que lo que dijese a continuación podía cambiarlo todo por completo.

—Tu hermano Diego... —Roberto se pasó la lengua por los labios resecos—. Él dice que hay un monstruo en la isla. Y creo que sabéis perfectamente a qué me refiero.

Antía le miró estupefacta.

—¡Diego tiene la madurez mental de un niño de diez años! —replicó, alterada, mientras se apartaba el agua que se le escurría desde la capucha hasta los ojos—. ¡Vive en un mundo de fantasía! ¡La mitad de las cosas que dice no son reales!

—¡Pues a mí esto me parece muy real! —Roberto señaló al cadáver clavado en el roble—. ¡Y la noche de mi llegada alguien dejó una cabeza de conejo decapitado en la puerta de mi casa y te prometo que también era de verdad! ¡Para ser un mundo de fantasía todo resulta asquerosamente real!

—¡Diego no ha sido! —gritó ella—. Lleva todo el día en casa, conmigo.

—No quiero insinuar que haya sido él. —Roberto se apretó las sienes, intentando evitar el incipiente dolor de cabeza que le atenazaba—. Pero sin duda sabe algo.

—¿Sí? ¿Y qué crees que sabe, con exactitud?

Él guardó silencio durante un par de segundos. Al final, exhaló un suspiro.

—El aire del muerto —musitó—. Saben de qué estoy hablando.

—¿El aire del... qué? —Antía meneó la cabeza—. ¿Ese cuento para niños? ¡Es una leyenda absurda, una historia de folclore!

—Está claro que alguien no piensa lo mismo —replicó él, ominoso, mientras señalaba al cadáver—. La pregunta es de quién se trata.

Todos se sumieron en sus pensamientos, mientras la lluvia densa los empapaba como si estuviesen debajo de una ducha. Por fin,

Rosalía Freire se acercó al cuerpo y con mucho cuidado le palpó los bolsillos. De la parte de atrás del pantalón sacó una cartera baqueteada y la abrió.

—*Ai, que carallo.* —El exabrupto, del todo involuntario, sonó extraño en boca de la mujer—. Es Ricardo Docampo, uno de los sobrinos de Ramón.

—Tenemos que avisarlos —murmuró Antía.

—Y aunque sé que no os va a hacer gracia, no nos queda más remedio que avisar a las autoridades —añadió Roberto—. Esta situación se nos escapa.

—Esa llamada la tienen que hacer ellos —atajó Rosalía, recuperando su autocontrol—. Al fin y al cabo, es uno de los suyos. Pero, de todas formas, no va a valer de nada. Con esta tormenta nadie podrá alcanzar la isla hasta dentro de varios días.

Roberto miró de nuevo el cadáver, reconociendo para sus adentros que la mujer tenía razón. La lluvia que caía de manera torrencial estaba llevándose cualquier posible indicio o huella que el asesino pudiese haber dejado. Cuando llegase la Guardia Civil, no encontrarían nada de valor.

—Antía, Roberto, id a avisar a Ramón Docampo. —La matriarca hizo un gesto hacia los otros dos hombres—. Nosotros esperaremos aquí hasta que lleguen. Y otra cosa...

—¿Sí?

Rosalía paseó su mirada entre el cuerpo decapitado y ellos dos con un rictus preocupado.

—Tened cuidado por el camino. Quien haya hecho esto aún estará por ahí.

La advertencia, aunque innecesaria, no ayudó a levantar los ánimos. Antía sacó de su bolsillo una linterna Polar Torch y alumbró el camino delante de ambos. La lluvia los envolvía inmisericorde, y el haz de luz dibujaba extrañas figuras frente a ellos cada vez que el viento arremolinaba las gotas que no paraban de caer.

Caminaron en silencio durante un rato hasta que ella se detuvo de golpe y le miró muy seria.

—Vale, necesito que me expliques una cosa —dijo—. ¿Por qué yo?

—¿Cómo dices?

—Podías haber ido junto a los Docampo o haber preguntado por

mi madre cuando entraste en nuestra casa, que habría sido lo lógico. Sin embargo, gritabas mi nombre. ¿Por qué viniste a verme a mí?

Roberto vaciló el tiempo que dura un parpadeo. Tenía que tomar una decisión que equivalía a lanzar una moneda al aire. Confiar o no confiar. Decidió hacerle caso a su instinto.

—Creo que eres la única persona en esta isla en la que puedo confiar. Que me puede ayudar a entender lo que sea que esté pasando aquí y a resolver el asunto del maldito dinero.

—¿Y por qué piensas eso?

—Porque eres lista, despierta y tienes buen corazón. Y porque, de alguna manera, tengo la sensación de que te preocupas más por los demás y no te dejas llevar por la locura que se ha apoderado de todo el mundo.

Soltó todo de carrerilla, con aquella última frase que se había colado, salida de ninguna parte, como colofón. Se la quedó mirando, a la espera de un veredicto.

Antía parpadeó unas cuantas veces mientras le observaba, pensativa. Por fin, la expresión de su cara se relajó, sustituida por una sonrisa.

—Vaya, esa es la cosa más bonita que me han dicho en mucho tiempo —dijo, inclinando la cabeza—, pero tienes un don especial para escoger el peor momento posible para halagar a una mujer.

Roberto sintió que se ponía colorado.

—Es cierto que ahora mismo tenemos demasiados problemas —dijo, cambiando de tema—. Los millones guardados dentro de la iglesia del pueblo, la muerte de Pampín..., y ahora esto.

Antía hizo un gesto de dolor cuando mencionó el nombre del furtivo y las lágrimas le anegaron los ojos.

—Pobre Diego —sollozó—. ¡Solo es un niño! No sé qué vamos a...

—Escúchame con atención —la interrumpió él, cogiéndole las manos, al tiempo que le invadía una energía desconocida—, por esto le pedí a Helena que te dijese que necesitaba verte a solas. Hay algo que debes saber.

Y Roberto comenzó a hablar.

20

Las cartas sobre la mesa

Una vez que empezó a hablar, fue como si se derrumbase un muro en su interior que había estado conteniendo demasiada información, emociones y sentimientos. A medida que narraba la cadena de hechos que habían tenido lugar desde su llegada a la isla fue consciente, por vez primera, de la cantidad de sucesos extraordinarios que habían tenido lugar en apenas seis días y del terrible remolino al que se había visto arrojado. Pero cuando llegó a la parte en la que Luis Docampo mataba a Víctor Pampín a sangre fría, la reacción de Antía Freire le recordó que no era el único atrapado en aquel drama.

—¡Oh, Dios mío! —Se llevó las manos a la boca, impactada—. Pero entonces, eso significa que...

—... que Diego no mató a Pampín —remató él la frase—. Tu hermano no es el responsable de esa muerte.

Antía se quedó demudada, mirándole con los ojos muy abiertos, al tiempo que procesaba aquella información. Entonces se lanzó a sus brazos y le estrechó con tanta fuerza que le obligó a dar un paso hacia atrás. Le devolvió el abrazo de forma torpe, mientras el perfume de ella, suave y dulzón, le asaltaba las fosas nasales. Le palmeó con suavidad la espalda, sintiendo cómo las lágrimas de alivio de Antía se sumaban a la lluvia y mojaban todavía más su arruinada parka. Cuando por fin se separaron, ella le miró con ojos radiantes.

—Es la mejor noticia que podría tener —dijo, secándose las lágrimas—. No puedes imaginarte el peso que me acabo de quitar de encima.

—Aún tenemos un asesino entre nosotros —le replicó él, muy serio—. O probablemente dos. No creo que Luis Docampo haya matado a uno de los suyos y menos de esta manera.

—No, claro que no. —Ella torció el gesto—. ¿Crees que esta segunda muerte tiene relación con el dinero?

—Eso mismo te quería preguntar. —La miró fijamente—. ¿Algún Freire puede haber tenido algo que ver con esto, para quedarse con el dinero?

—¡No, por supuesto que no! —replicó, horrorizada—. Algunos de mis familiares distan mucho de ser personas perfectas, pero ninguno haría algo así y menos sin la autorización de mi madre.

—Entonces tenemos un problema enorme. —Roberto rumió las palabras—. No solo una fortuna de origen desconocido que ya está manchada de sangre, sino que hay alguien más en la isla dispuesto a matar, solo Dios sabe por qué motivos.

—Eso no es lo peor. —Había amargura en la voz de Antía—. El dinero ha hecho que todo el mundo esté con los nervios a flor de piel. Esta muerte, la del decapitado... pueden provocar una guerra entre Freires y Docampos.

Roberto apretó los puños.

—No puedes estar hablando en serio.

—Piénsalo —dijo ella—. Nuestras familias llevan enfrentadas tanto tiempo que nadie recuerda muy bien por qué se iniciaron las hostilidades. Cada poco surge algo que sirve para alimentar ese odio, pero lo del dinero... lo cambia todo.

Roberto lo comprendió al instante. Freires y Docampos mantenían un pleito enquistado de baja intensidad, pero ambos bandos estaban atrapados en la isla, con sus limitaciones de espacio y de recursos. Nada podía ir más allá del desprecio, palabras duras o malos gestos, porque estaban a la par.

Pero ahora, si una de las dos partes conseguía hacerse con todo el botín, estaría en una situación de fuerza definitiva para imponerse a la otra.

Estaban sentados sobre una montaña de yesca, acumulada desde hacía generaciones, que solo necesitaba de una chispa para empezar a arder con fuerza. Y el asesinato cruel de uno de ellos, en aquel entorno enrarecido por el dinero y la tormenta que los mantenía aislados de tierra, podía ser suficiente.

—Eso no es todo —añadió él, con voz lúgubre—. Hay más fuerzas en juego.

Procedió entonces a contarle su encuentro con el farero y la amenaza nada velada de denunciarlos a las autoridades si no se le entregaba un tercio del botín.

—Esto complica todavía más las cosas. —Antía meneó la cabeza —. Dime que no hay nada más que deba saber, por favor.

Roberto abrió la boca y la cerró casi al instante. Decidió guardarse para él, de momento, lo de la relación prohibida que mantenían Helena Freire y Tristán Docampo. Por un lado, les había prometido a los chicos que guardaría su secreto, y por otro, dudaba mucho que, en aquel instante, aquella revelación ayudase a alguien. Más bien serviría para aumentar las tensiones. Ya se lo explicaría más adelante.

—No, eso es todo —mintió—, pero debemos ser muy cuidadosos cuando les contemos a los Docampo lo que ha sucedido con uno de los suyos.

Cuando llegaron a las afueras del pueblo, llovía con tanta fuerza que apenas se veía con claridad más allá de unos cuantos metros. El agua borboteaba por el camino en forma de regueros; los sumideros desbordados se habían convertido en pequeños géiseres y de los árboles caían manguerazos líquidos mezclados con ramas rotas y hojas muertas. Se desviaron por el sendero de tierra que llevaba a casa de los Docampo y ambos chapotearon en los profundos charcos del camino con el agua colándose dentro de sus botas.

La casa de los Docampo era una vivienda igual de grande que la de los Freire, pero a diferencia de la de estos, se trataba de una construcción relativamente nueva, pintada de ocre y con ventanas de aluminio. Antía llamó a la puerta, resguardada por el alero, y esperó a que alguien abriese.

La puerta se abrió y la figura de Amaia, la mujer de Luis Docampo, se recortó en el umbral. Los observó con desconfianza. Si le sorprendió verlos juntos, se guardó su opinión.

—¿Qué queréis? —les espetó.

—Necesito hablar con don Ramón, Amaia —dijo Antía, con calma—. Es urgente.

La mujer los volvió a observar con suspicacia, pero asintió y, sin invitarlos a pasar, cerró la puerta, dejándolos bajo la lluvia. Un rato después, la puerta se abrió de nuevo y el jefe del clan Docampo asomó bajo el dintel.

—Antía —gruñó por todo saludo, y su mirada saltó, no sin cierta sorpresa, a Roberto—. Lobeira. ¿Qué sucede? ¿Pasa algo con el dinero?

—No, no se trata de eso —habló Roberto—. Mejor que se lo explique ella.

Tuvo que reconocer que el hombre encajó con serenidad las palabras casi susurradas de Antía. Solo palideció un poco cuando le entregó la cartera cubierta de sangre, pero no se dejó llevar por las emociones. Únicamente el color blanco de sus nudillos apretados y las virutas del cigarro casi partido por la mitad cuando apretó las mandíbulas mostraban la tormenta que debía de estar desatándose en su interior.

—Esperad un momento. Ahora vamos —fue su lacónica respuesta, antes de cerrar por segunda vez la puerta en sus narices.

Roberto y Antía se quedaron de pie en el umbral, calándose bajo la lluvia, sin saber muy bien qué hacer a continuación. Desde el interior de la casa se oyó el eco apagado de un alarido femenino, probablemente de la mujer o de una hija del fallecido, pero eso fue todo. Al cabo de un instante, un nutrido grupo de Docampos salió en tropel por la puerta, encabezados por Luis, el brutal hijo de don Ramón.

Al pasar por su lado, el hombre lanzó una mirada cargada de resentimiento contra Antía.

—Si habéis tenido algo que ver con esto —siseó—, la sangre de mi primo no será la última que se vierta esta noche en la isla. No es una amenaza, es una promesa.

—Nosotros no hemos sido —replicó ella, tratando de mantener la calma.

—¿Ah, no? —Luis Docampo, lívido de furia, pegó su cara a la de Antía—. Y entonces ¿quién ha sido, me lo puedes explicar?

—Luis, ya basta. —La voz acerada del patriarca interrumpió la conversación y no dio lugar a réplica a Antía, que ya la tenía en la punta de la lengua—. Id a buscar a nuestro chico y traedlo a casa.

—Esto no va a quedar así —gruñó Luis Docampo, antes de alejarse, lanzando una última mirada de odio a Antía.

Solo entonces Roberto se fijó en que el hombre llevaba un hacha enganchada al cinturón y que no era el único del grupo. Un escalofrío de espanto le recorrió la espalda. No era la primera vez que veía algo así, pero siempre había sido en algún país perdido de África, no en la puerta de su casa. Y por experiencia sabía cómo solían acabar las cosas cuando la situación se salía de control y la gente empezaba a

tomarse la justicia por su mano.

—Antía, vete a tu casa —le susurró a la joven, mientras la sujetaba del brazo—. Y llama a tu madre por teléfono. Que hagan todos lo mismo, de inmediato. Si se encuentran con los Docampo, esto se puede poner feo.

—Es lo que tenía en mente. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Supongo que buscar refugio, de momento, y ver cómo se desenvuelven los acontecimientos.

—¿Por qué no vienes conmigo? —le ofreció ella, de golpe—. Será mejor que estar a solas en esa casita que...

—Lobeira, tengo que hablar con usted —gruñó una voz a su espalda—. Ahora.

Roberto se dio la vuelta y comprobó que el anciano Ramón Docampo los observaba con gesto pétreo. No tenía manera de saber si había escuchado la conversación, pero comprendió que no podía desairar al hombre sin correr el riesgo de empeorar las cosas.

Cruzó una muda mirada de comprensión con Antía, antes de separarse de ella.

—Ten mucho cuidado —susurró la mujer, y después se alejó a la carrera—. Y ven a buscarnos en cuanto puedas.

—Ten cuidado tú también —musitó él para sí, mientras la veía fundirse entre las sombras de la noche. Una sensación nada halagüeña le embargaba.

—Venga de una vez —resopló don Ramón Docampo, indicándole con un gesto el interior de la vivienda—. El viento sopla cada vez más fuerte.

Roberto entró en la casa con la incierta sensación de no saber qué sucedería a continuación.

21

Las raíces profundas del odio

Una vez que cerró la puerta a su espalda, le sorprendió el silencio casi sepulcral en el interior de la vivienda. Supuso que no todos los Docampo vivían en el mismo lugar y que la mayoría de los habitantes de aquel domicilio habían salido en busca del cuerpo de su familiar. Quizá quedase alguien allí, pero daba la sensación de que el viejo Docampo y él estaban a solas.

—Vamos a mi despacho. —El hombre subió las escaleras sin mirar atrás—. Tenemos mucho de que hablar.

Roberto siguió al anciano hasta una estancia situada en una de las alas de la casa. Era un pequeño estudio, decorado con gusto. De las paredes colgaban viejas litografías de barcos de vela, y aquí y allá podía ver antiguos instrumentos de navegación de bronce bruñido y latón, que reflejaban en su superficie las brasas moribundas de la chimenea. Unas pesadas cortinas tapaban la única ventana, y, aparte de una mesa atestada de papeles y un par de archivadores metálicos apoyados contra una pared, no había demasiados muebles.

Docampo le señaló unos sillones orejeros situados junto a la lumbre, entre los cuales había una mesita baja. Justo cuando iba a sentarse, la lámpara de araña que colgaba del techo parpadeó antes de apagarse por completo.

—La tormenta debe de haber sobrecargado el generador —murmuró Docampo, en medio de la negrura más absoluta—. Espere un momento.

Roberto oyó trastear al hombre en un cajón con un sonido rasposo. El chasquido de una cerilla iluminó por un segundo su cara y, al cabo de un instante, una lámpara de gas silbaba delicadamente en su mano iluminando toda la estancia con su luz ambarina.

Docampo apoyó la lámpara sobre la mesita y se volvió hacia un mueble bar situado en la esquina. Con un tintineo de cristal, regresó

junto a la chimenea con un par de vasos y una botella de Hankey Bannister mediada en las manos.

—Vale —dijo el hombre, emitiendo un suave quejido mientras se sentaba—. Ahora quiero que me cuente su versión detallada de lo que ha sucedido.

—Ya ha escuchado a Antía —respondió él, cauto—. No tengo mucho más que añadir.

—Antía es una chica excelente —habló mientras servía dos dedos de whisky en los vasos—. La conozco desde que era una niña, la he visto crecer. Creo que es lo mejor que han dado los Freire en generaciones, pero... es una Freire. Entenderá que quiera una versión de la historia más neutral.

Roberto asintió y le dio un trago a su copa. Estaba tibia y le vendrían bien un par de hielos, pero supuso que ese era un lujo con el que no podía contar. El licor caliente le bajó por la garganta hasta explotar en su estómago con una sensación reconfortante.

Por segunda vez en la misma tarde, comenzó a desgranar cómo había descubierto el cuerpo del hombre y el estado en el que se encontraba. También añadió al relato el macabro regalo en forma de cabeza de conejo que había recibido el día de su llegada y la historia que le había contado Elvira Couto, la estrafalaria anciana que vivía en el rincón más apartado de la isla.

Cuando concluyó de hablar, Docampo se había terminado su copa, ya había servido otra y le observaba con aquella expresión indescifrable en el rostro.

—O sea, que según usted, hay un monstruo suelto por la isla —dijo, desgranando las palabras con lentitud—. Algo salido de las leyendas que obedece a una maldición y que ha matado a uno de los míos.

—No estoy diciendo eso —protestó—. No creo que se trate de nada sobrenatural, pero sí creo que alguien, aprovechando la leyenda de la maldición, lleva tiempo matando animales. El conejo, los gallos de su hijo, y muchos, muchos más. Y también creo que ahora, por algún motivo, ha dado un salto y ha empezado a matar personas.

—Ah, pero eso es lo que cree *usted.* —Se inclinó sobre la mesita y se dio un par de golpecitos en la nariz—. Y estará de acuerdo conmigo en que no tiene demasiado sentido. O que, de ser cierto, es mucha casualidad que haya comenzado justo ahora, cuando hay setenta y

cinco millones de euros metidos en dos bolsas detrás del altar de la iglesia, ¿no cree?

Roberto titubeó. Lo que acababa de exponer tan solo era el esbozo de una teoría y debía reconocer que aún había un montón de cabos sueltos.

—Estoy seguro de que las Freire no tienen nada que ver —dijo—. Vi sus caras cuando les mostré el cuerpo de la víctima. Estaban tan sorprendidas como yo.

Docampo emitió una risotada triste y dio un nuevo trago a su copa, mientras meneaba la cabeza.

—Eso es porque usted no conoce a los Freire tan bien como yo —replicó—. No sabe lo traicionera que puede ser esa gente. La ambición que los mueve. Lo que son capaces de hacer.

—¿Como matar de un martillazo en la cabeza a un hombre inocente, como hizo su hijo? —escupió Roberto, sin poder contenerse —. ¿Se refiere a eso?

Por un instante, el viejo Ramón se quedó sin habla y Roberto temió que el anciano no supiera nada del crimen de Luis y que él se lo acabara de revelar. Pero entonces, una sonrisa triste afloró en la cara del patriarca.

—Ya sé lo que hizo mi hijo —dijo, con sencillez—. Yo le ordené que lo hiciese. Era necesario.

—¿Que era necesario? ¿Se ha vuelto loco?

—Si el percebeiro hubiese sobrevivido, habríamos tenido una denuncia, habrían acudido las autoridades, el dinero habría volado y, lo que es peor, sus legítimos propietarios no creerían una palabra de lo que les dijésemos cuando viniesen más tarde a por él. —Rascó otra cerilla y se encendió uno de aquellos cigarros oscuros—. Sé que no lo entiende, pero matar a Pampín fue lo mejor para nosotros, para los Freire... y para usted.

Roberto trató de asimilar la lógica retorcida de aquel hombre.

—La vida en esta isla no es fácil. —Exhaló una nube de humo—. Ni lo es ahora ni lo ha sido nunca. Déjeme que le cuente una historia.

Un trueno hizo retumbar los cristales y la luz de la lámpara de gas titiló por un segundo. Roberto le dio otro trago a su copa, intranquilo.

—Ons no ha estado habitada todo el tiempo —comenzó a explicar Docampo, como un profesor ante sus alumnos—. A lo largo

de los siglos ha tenido diversas poblaciones que, por un motivo u otro, acababan abandonando la isla. A veces era por epidemias; otras por guerras, por hambrunas; de vez en cuando por algún saqueo pirata. Este sitio hoy parece un paraíso, pero está colocado de tal forma que quedaba a merced de los acontecimientos cuando las cosas se complicaban... y créame, las cosas se complicaban muy a menudo.

«No me digas», pensó Roberto, recordando lo sucedido a lo largo de los últimos días, pero se abstuvo de manifestarlo en voz alta.

—Hace unos doscientos años tuvo lugar el último intento de colonización de la isla —prosiguió Docampo—. Fue entonces cuando llegaron aquí nuestros antepasados, los de los Freire y los de todos los habitantes de Ons.

—No entiendo adónde quiere ir a parar.

—Ahora lo entenderá, no se apure. —Dio otra calada a su cigarro —. Durante décadas, los colonos se esforzaron por prosperar en este entorno. Talaron bosques, roturaron campos, se pelearon con una tierra pobre y azotada por tormentas como la de ahora mismo con el objetivo de sacar adelante unas cosechas miserables.

Roberto recordó las ruinas de algunas casas devoradas por la maleza que había vislumbrado en sus paseos de los últimos días.

—Nada era suficiente y lo poco que se arrancaba de la tierra había que complementarlo con lo que se sacaba del mar. —Hizo un gesto vago con la mano—. Tenían que conocer a la perfección las corrientes y los vientos de la zona y, aun así, con frecuencia se perdían vidas. Pero, de todas formas, se las apañaron para sobrevivir, aunque todos llevaban una vida de miseria.

—Algunos prosperaron. —Roberto señaló la habitación que los rodeaba—. A ustedes y a los Freire no les fue tan mal.

—Eso es verdad, pero se está adelantando a mi historia —replicó Docampo con una media sonrisa—. Tenga un poco de paciencia.

Roberto hizo acopio de autocontrol. Estaban sentados encima de un polvorín a punto de estallar y aquel anciano se empeñaba en contarle antiguas historias.

—Como le decía, la vida en la isla era dura y a los colonos que se asentaron aquí no les quedaba más remedio que colaborar entre ellos. —Entrelazó los dedos de las manos para reforzar la idea—. La unión hace la fuerza, y todo eso. En total eran unas cuarenta o cincuenta familias y entre ellas estábamos nosotros y los Freire.

—¿Ya estaban enfrentados entonces?

—Oh, para nada. Al principio los lazos eran muy estrechos. Estoy seguro de que si revisásemos el viejo libro parroquial de la antigua iglesia encontraríamos docenas de matrimonios mixtos de Freires y Docampos a lo largo de los años, mezclados con los de otras muchas familias. —Una sonrisa socarrona asomó a su rostro—. Tenemos la sangre tan mezclada que solo el apellido nos diferencia.

—Y entonces... ¿qué pasó?

Ramón Docampo se encogió de hombros.

—Quién sabe —suspiró—. Cuando se vive tan al límite de la subsistencia, a veces las pequeñas cosas pueden provocar grandes desencuentros. La linde de una finca, el arreglo de una barca, un animal que se escapa..., naderías que de repente se acumulan y un día estallan.

—O sea, que no sabe cuál es el origen de su enemistad.

—Yo no diría tanto —le corrigió él—. Es cierto que las cosas entre nosotros ya no estaban bien, pero entonces, un día, pasó algo que marcó la diferencia.

—¿Y cuándo fue eso?

El cigarro de Docampo se había apagado y el anciano hizo una pausa para encenderlo de nuevo. Chupeteó unas cuantas veces, envuelto en una nube de humo azulado, hasta que quedó satisfecho y solo entonces retomó su historia.

—El 15 de mayo de 1945. ¿Le dice algo esa fecha?

A Roberto le resultaba familiar, pero por más que se esforzaba, no veía la relación, así que negó con la cabeza.

—Una semana antes había terminado la Segunda Guerra Mundial —le explicó Docampo—. Los rusos se paseaban por las ruinas del Reichstag, los alemanes se habían rendido de forma incondicional y Europa celebraba la victoria de los aliados.

—Todo eso pasó hace mucho tiempo y muy lejos de aquí. No entiendo la conexión.

—Por aquel entonces, mi padre, Severino Docampo, tan solo era un campesino más de la isla, como el resto, incluyendo a Orlando Freire, el padre de Rosalía. —Docampo hizo un gesto despectivo con los labios—. ¡Orlando! Como ve, los Freire tienen tendencia a ponerse nombres pomposos. El hecho es que aquella mañana mi padre y Orlando estaban faenando en el estrecho que separa la isla principal

de Onza, el islote que está pegado a Ons.

Roberto asintió. Recordaba el peñasco de aspecto inaccesible y orillas batidas por el mar que estaba como a medio kilómetro al sur de la isla principal.

—Según me contó mi padre, a eso de las once de la mañana, cuando acababan de tirar las redes, vieron cómo se formaba un surtidor de burbujas entre las dos lanchas, que estaban a apenas cien metros la una de la otra. —Su voz se había vuelto evocadora, como la de un narrador de cuentos infantiles—. Al principio pensaron que podía ser una ballena a punto de emerger a la superficie, pero entonces descubrieron de qué se trataba.

—¿Y qué era? —preguntó Roberto, ya entregado a la historia.

—Del agua asomó una torre metálica y poco después un objeto oscuro y alargado de metal. Imagínese el susto y la sorpresa de aquellos dos pobres marineros cuando de golpe, entre ellos, salió a la superficie un submarino alemán.

Roberto no pudo contener una exclamación de asombro. La imagen icónica de un submarino alemán clase VII-C, uno de aquellos lobos solitarios que habían sembrado el océano de barcos hundidos durante la contienda, afloró a su mente.

—¿Está seguro? ¿Qué hacía un submarino alemán aquí, en Ons?

—Durante la guerra, o al menos durante buena parte de ella, el puerto de Vigo era una de sus bases de reaprovisionamiento —le explicó Docampo—. A lo largo de los años de la contienda, los habían visto pasar desde la isla, muchas veces en mitad de la noche, rumbo al puerto para cargar combustible y provisiones. Pero al final de la guerra, ese puerto seguro ya no existía.

—¿Y qué pasó entonces?

—Según me contó mi padre, el submarino estaba en muy mal estado. Tenía la torre llena de agujeros y un costado estaba hundido hacia dentro, como si un gigante le hubiese propinado una patada monumental. Cuando remaron hacia él, se dieron cuenta de que iba dejando un reguero de aceite.

Roberto asintió, pensativo. Durante los últimos días de la contienda, la presión aliada sobre los pocos puertos que aún seguían en manos alemanas había sido brutal. Lo que describía Docampo encajaba a la perfección con un sumergible que hubiese escapado por poco a un ataque con cargas de profundidad. Era toda una proeza que

se hubiese abierto paso hasta las Rías Baixas.

—¿Y qué querían los tripulantes del submarino? ¿Rendirse en España? ¿Escapaban de los soviéticos, por casualidad?

Docampo se encogió de hombros.

—No tengo ni idea de quién escapaban, pero de lo que no cabe la menor duda era de que huían. —Dio otra calada a su cigarro—. Uno de los oficiales chapurreaba algo de español y habló con mi padre y con Orlando Freire.

—¿Y qué les dijo?

—Por lo visto, querían cruzar el océano para llegar hasta Sudamérica, a Argentina. —Docampo puso una expresión lúgubre—. Mientras hablaba con mi padre, un grupo de hombres salió a cubierta a tomar el aire. Sus uniformes no eran como los del resto. Al parecer, muchos de ellos llevaban calaveras bordadas en el cuello. ¿Le suena de algo?

Roberto tragó saliva. Era bien sabido que, en los días finales del Reich, muchos jerarcas nazis habían tratado de huir hacia Sudamérica para iniciar una nueva vida y escapar de la justicia a través de las *ratlines*. Había docenas de casos conocidos, pero pocos testimonios de primera mano y, de repente, aquel hombre le estaba ofreciendo el relato inédito de una de esas fugas. Las implicaciones eran asombrosas.

—Necesitaban de todo. —Docampo golpeó el cigarro en el cenicero para deshacerse de un grueso trozo de ceniza—. Medicinas, alimentos y, en especial, combustible. Sin eso no podrían cruzar el océano.

—Y se lo pidieron a su padre y a Orlando.

—No se lo pidieron. —Negó él con la cabeza—. Se lo querían comprar. Les entregaron un lingote de oro de cien gramos a cada uno de ellos para asegurarse su silencio y les prometieron mucho más si les facilitaban lo que les hacía falta.

—¿Y lo hicieron?

—¡Por supuesto que no! —rio Docampo—. Eran dos marineros pobres y sin recursos, que vivían en una isla apartada. ¿De dónde iban a sacar las medicinas, las provisiones y, sobre todo, los miles de litros de combustible que les pedían? Hablamos de la España de la posguerra, no había nada de nada.

—Ya me imagino. Y supongo que tampoco avisaron a las

autoridades.

—Se habrían metido en un lío. España se había mantenido neutral durante la guerra y, además, seguramente, las autoridades les habrían arrebatado el oro que les habían dado.

—Así que guardaron el secreto y no se lo dijeron a nadie.

—Hicieron algo más que eso. —Docampo aplastó el cigarro contra el cenicero con tres giros de muñeca, chas, chas, chas—. Empezaron a planear cómo quedarse con el resto del oro que iba en aquel submarino.

—¿Cómo dice?

—Era su oportunidad de escapar de la pobreza. —Docampo se recostó en el sillón—. Eran hombres duros, acostumbrados a las privaciones, pero también a aprovechar las oportunidades cuando aparecían. Y esa era, sin duda, la mejor oportunidad que se les había presentado en la vida.

—Espere un momento —le interrumpió Roberto—. ¿Me está diciendo que su padre y el padre de Rosalía Freire le robaron el oro a un puñado de nazis fugitivos?

—Mucho mejor que eso.

—Explíquese.

Docampo le observaba sin pestañear.

—Es muy sencillo —dijo—. Los mataron a todos.

22

El repetidor

Durante un buen rato, solo rompió el silencio el rugido de la tormenta en el exterior y los crujidos de la ventana ante las sacudidas del viento. Roberto miraba al viejo Docampo totalmente estupefacto, incapaz de creer lo que estaba escuchando.

—¿Cómo que los mataron? —consiguió articular al fin—. Tiene que estar de broma.

—Era la única manera. —Docampo se encogió de hombros—. Como le he dicho, eran tiempos duros.

—¿Y cómo lo hicieron? Eran dos hombres contra toda una tripulación y su pasaje, y sospecho que estarían armados. No sería fácil.

—Todo lo contrario. Fue muy sencillo. Aquella misma tarde, Orlando y mi padre volvieron al lado sur de la isla de Onza, donde los estaba esperando el submarino, entre dos aguas. En la cubierta del bote llevaban la cazuela más grande que habían podido encontrar en la isla, con una *caldeirada* de pescado recién hecha.

—Les llevaron la comida...

—Aderezada con un paquete entero de estricnina, la que usaban para los cebos de las ratas.

—¡Los envenenaron! —Roberto abrió mucho los ojos de espanto —. ¡Es una monstruosidad!

—Nada de eso —contestó Docampo, muy seguro de sí mismo—. Piénselo bien. La mayoría de aquellos hombres eran criminales de guerra que se lo tenían más que merecido. A saber cuántos muertos acumulaban sobre su conciencia. En cuanto a la tripulación, bueno..., durante la guerra la gente moría a diario. Tan solo eran unos pocos más en la cuenta de la parca.

—Aun así, es una aberración —protestó Roberto—. No podían tomarse la justicia por su mano y menos para quedarse con el oro.

Docampo emitió una risita baja y monocorde que le puso los pelos de punta.

—Sigue usted con su mentalidad de tierra firme —se limitó a decir—. De autoridades, procesos y normas. Pensaba que ya se habría dado cuenta de que aquí las cosas son diferentes.

Roberto se acabó su copa de un trago. La cabeza le zumbaba y el aire de la habitación se había vuelto irrespirable.

—Mi padre y Orlando esperaron una hora antes de atreverse a abordar el submarino —dijo Docampo, mientras le llenaba de nuevo el vaso—. Cuando atravesaron la escotilla, estaban todos muertos. Allí dentro olía a mierda, sudor y aceite de motor. Y buscaron el oro, claro.

—¿Y qué pasó después?

Le daba la sensación de que su voz salía de un lugar muy lejano. Pese a toda su experiencia como corresponsal de guerra, la narración desapasionada de un asesinato colectivo a sangre fría le seguía produciendo náuseas.

—Aquí es donde se torcieron las cosas. —Docampo frunció el ceño—. Mi padre y Freire habían acordado que se repartirían el oro a partes iguales. Era el billete para que ambas familias pudiesen salir de la isla, empezar una nueva vida en tierra, un mejor futuro para sus hijos.

—Déjeme adivinar. —Roberto tenía la boca seca como un pedregal—. No había oro.

—Oh, sí que había. —Docampo asintió de forma triste con la cabeza—. Pero mucho menos de lo que se imaginaban, apenas un par de kilos. También había un cofre lleno de marcos del Reich que no valían ni para limpiarse el culo con ellos, claro. Al final, aquellos cabrones habían intentado engañarlos.

—Y su padre y Orlando Freire se pelearon por el pequeño botín, supongo.

Docampo negó con la cabeza, con gesto rabioso.

—Mi padre era un buen hombre, confiado —dijo—. Acordaron que Freire llevaría el oro a tierra, para ponerlo a buen recaudo, mientras él se encargaba de hundir el submarino. Cargaron el oro en la dorna de Orlando y, mientras se alejaba, mi padre se quedó a bordo, buscando los grifos de inundación. ¿Sabe qué es eso?

Roberto negó con la cabeza.

—Todos los buques los llevan para embarcar agua de mar en caso de incendio a bordo —le explicó—. Tardó un buen rato, pero finalmente los encontró y los abrió. El submarino se empezó a ir al fondo tan deprisa que casi se queda atrapado dentro. Al menos le dio tiempo a llevarse un recuerdo de la aventura...

Ramón Docampo señaló un objeto que reposaba sobre la superficie pulimentada de la mesa. Roberto lo había tomado por una vieja máquina de escribir cuando le había visto al entrar, y solo entonces se dio cuenta de qué se trataba y dejó escapar un silbido de sorpresa. Era una máquina Enigma, el dispositivo de mensajes cifrados que llevaban todos los submarinos alemanes. Que él supiese, en todo el mundo apenas quedaban unas cuantas, y delante de él estaba una, abandonada como un trasto viejo más.

—¿Y después? ¿Qué sucedió?

—Cuando volvió a la isla, ya era de noche. —La voz de Docampo se había teñido de ira—. A la mañana siguiente, Orlando Freire había desaparecido. Mi padre esperó pacientemente durante una semana, hasta que Orlando volvió de tierra firme. Llevaba un traje elegante y su barca estaba cargada de comida, ropa y chucherías para los suyos.

—Se había llevado el oro —dedujo Roberto.

—Lo había vendido y todo el dinero estaba en una cuenta bancaria. —Las palabras eran apenas un susurro furioso—. Y cuando mi padre le pidió su parte, se limitó a mirarle y a reírse en su cara.

—No hay honor entre ladrones —musitó Roberto—. Le había birlado lo que le correspondía.

—¡No solo le había robado! —rugió el patriarca—. ¡Se había reído de él! ¡Le había faltado al respeto!

Pronunció la última frase en un grito lleno de amargura. Roberto comprendió que la inquina entre las familias tenía unas raíces mucho más profundas de lo que se había imaginado. Unas raíces basadas en el honor ultrajado, la culpabilidad y el espíritu de revancha.

—Hay algo que no entiendo —dijo—. ¿Por qué no se fueron los Freire de la isla si tenían todo el dinero?

—Porque Orlando era un campesino medio analfabeto y tuvo que malvender el oro por una fracción de su precio real —masculló Docampo—. Aun así, fue suficiente para que levantasen su casa y, durante los siguientes años, su familia destacase sobre las demás, incluida la nuestra. Y a lo largo de todo ese tiempo, hasta que el

diablo se lo llevó a su tumba, el cabrón de Orlando no dejó de mirarnos con aires de superioridad. Mi padre murió amargado y alcohólico por su culpa.

—He estado en casa de los Freire. —Roberto recordó el aspecto decadente de la vivienda, los muebles viejos y apolillados, el aspecto de pobreza inminente que acechaba en cada esquina—. Si alguna vez tuvieron dinero, ya no les queda demasiado.

—Hoy malviven alquilando casas a los turistas. —Docampo soltó una risa amarga—. Casas que ni siquiera son suyas, sino de los isleños que fueron abandonando Ons a lo largo del tiempo. Al menos tenemos esa satisfacción.

—¿Y los Docampo? —Roberto golpeó con el puño el elegante sillón en el que estaban sentados—. Tampoco les ha ido tan mal.

El viejo don Ramón suspiró.

—En los años ochenta surgió una oportunidad. En la época de *Terito* y los primeros contrabandistas de tabaco. Por aquel entonces ya habíamos cambiado las viejas barcas de vela y remo por motoras rápidas. Nadie conocía tan bien la boca de la ría como nosotros.

—¿Los Docampo se hicieron contrabandistas?

—La mitad del tabaco que entraba en Galicia de estraperlo lo hacía en alguna de nuestras lanchas. —El viejo se infló de orgullo—. No se ganaba mucho, pero sí bastante más que con la pesca. Ahí empezamos a prosperar. Luego los contrabandistas descubrieron que se podía ganar mucho más dinero metiendo droga y entendí que había llegado el momento de dar un paso atrás.

—¿Nunca se hizo traficante?

—Jamás —negó Docampo, con vehemencia—. Era demasiado sucio y peligroso. Fue una buena decisión, aunque no todo el mundo lo entendió. Pero ha pasado demasiado tiempo.

—Déjeme adivinar —aventuró Roberto—. El dinero acumulado de aquella época también se está acabando.

—Es cierto. Pero durante unos años pudimos mirar cara a cara a los Freire. Lo que pasó después no es culpa nuestra.

El tono de su voz le dio mala espina.

—¿Después?

—Cuando dejamos de contrabandear, el padre de Antía se ofreció a los traficantes para ocupar nuestro lugar. —Una sonrisa torva destelló en su cara—. Por entonces ya estaban casi en la ruina y

bastante desesperados.

—¿Qué le pasó?

—Una noche sin luna, escapando de la Guardia Civil, empotró su planeadora contra una batea en medio de la ría —escupió Docampo—. Murió en el acto. Los Freire nos culpan a nosotros, creen que les dimos un chivatazo a los de verde. ¿Se lo puede imaginar?

Una nueva pieza encajó en el complejo puzle de relaciones de la isla que Roberto iba desvelando. Las raíces del rencor mutuo se extendían como una mala hierba imposible de extirpar.

—Necesito que me aclare algo. —Se inclinó hacia Docampo—. ¿Por qué me está contando todo esto? ¿No se da cuenta de que me acaba de confesar un montón de delitos?

Docampo se frotó el mentón, sin quitarle ojo.

—Todo lo que le he contado es historia antigua —dijo al cabo—. Está prescrito hace mucho, mucho tiempo, y el único que queda de aquella época del contrabando soy yo. No pretendo presumir, ni nada por el estilo, si es lo que se imagina. No, lo que quiero es otra cosa.

—¿El qué?

—Que entienda lo que está a punto de pasar —dijo en un tono que escondía malos presagios—. Y que tome la decisión correcta.

La bola de hielo que anidaba en el estómago de Roberto Lobeira se hizo más densa.

—Espero que no se refiera a lo que estoy pensando. —Negó con la cabeza—. Es una locura.

—El otro día, cuando arrastró ese fardo fuera del agua, comprendí que la respuesta a todas mis súplicas se había hecho realidad. —La voz de Docampo era glacial—. Que por fin, después de mucho tiempo, la suerte nos había sonreído y que el billete de salida de esta isla se nos ofrecía en bandeja. Y no solo eso, sino también que la oportunidad de vengarnos de una vez por todas de los Freire estaba a nuestro alcance.

—¿Venganza? ¿Por algo que pasó hace ochenta años?

—Para reparar una injusticia —contestó él—. Usted es rico y quizá no lo entienda, pero ese dinero cambiará vidas. Nuestras vidas.

—Quiere quedarse con todo el dinero. —Las palabras se atascaban en su boca—. Pese a lo que ha acordado con los Freire.

—La traición con traición se paga —contestó Docampo—. Hace décadas, los Freire incumplieron un pacto. Por fin podremos equilibrar

la deuda que tienen con nosotros. Es nuestro momento de hacerlo, o de lo contrario, lo harán ellos de nuevo.

—Pero ¿qué dice? ¿De qué habla?

—¡Abra los ojos! —Docampo descargó un puñetazo sobre la mesita que hizo bailar los vasos—. ¡Ahora mismo, mis chicos están recogiendo el cuerpo destrozado de uno de los míos para traerlo a casa! ¡Han sido los Freire, que una vez más intentan jugárnosla! ¡Pero esta vez no lo permitiremos! ¿Me oye? ¡No lo permitiremos!

Pronunció las últimas palabras a voz en grito. Roberto le contempló con impotencia, abrumado. Estaba seguro de que la muerte de Ricardo Docampo no tenía nada que ver con los Freire, el dinero ni el viejo pleito que mantenían ambas familias. Era demasiado sanguinario y enfermizo y, sencillamente, no encajaba con lo que había visto y oído hasta entonces.

Alguien más estaba trazando su propio plan en la isla, un plan bañado en sangre. Pero sabía que, por mucho que lo intentase, el viejo Docampo no daría su brazo a torcer. La paranoia, alimentada por años de rencor y desconfianza, vibraba con fuerza en cada una de sus palabras. Estaba convencido de que los Freire pretendían aniquilarlos para quedarse con el botín y parecía dispuesto a todo para impedírselo.

Sintió ganas de vomitar. Veía el baño de sangre que se avecinaba y, como el pasajero de una montaña rusa, solo podía observar impotente, arrastrado por los acontecimientos.

—Lo que dice es una locura —trató de razonar, a la desesperada —. Cuando la tormenta pase, las autoridades llegarán a la isla y en el momento en que descubran lo que ha sucedido será el fin de su familia. No habrá dinero para los Docampo, tan solo cárcel y dolor.

—Nada de eso. —Docampo cerró la mano sobre su muñeca, con fuerza—. Usted lo impedirá.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Es Roberto Lobeira, periodista de prestigio y escritor de éxito. —Le dedicó aquella sonrisa gélida que le ponía los pelos de punta—. Cuando llegue la Guardia Civil, les explicará que los Freire se quedaron con el dinero, sin que nosotros supiésemos de su existencia. Más tarde, los narcos propietarios del fardo aparecieron por aquí y los liquidaron a todos para recuperar lo suyo. Nosotros salvamos nuestras vidas porque nos ocultamos al ver lo que sucedía. A usted le creerán.

No tiene vínculos con ninguna de las familias de la isla. Es el testigo perfecto.

—No voy a hacer tal cosa —replicó Roberto, obstinado—. No quiero hacerlo.

—Casi nunca hacemos lo que queremos —contestó Docampo, con sencillez—, sino lo que creemos correcto. Y esto es lo correcto, sobre todo para usted.

—¡No veo qué tiene de correcto ser encubridor de un crimen!

—Esa conversación ya la ha tenido con mi hijo, si no me equivoco. —La sonrisa de Docampo se ensanchó—. Algo de un martillo lleno de huellas, creo recordar.

Roberto le sostuvo la mirada, sin parpadear.

—Escúcheme, Lobeira —dijo conciliador—. Le estoy brindando la oportunidad de estar en el lado ganador de esta historia. Acepte mi propuesta y le prometo un par de millones, como compensación por las molestias. Niéguese, y le juro por Dios que los Docampo le arrastraremos en nuestra caída.

Había pronunciado aquella frase con una determinación maníaca. Roberto vio en sus ojos que la decisión era firme y nada de lo que pudiese decir le haría cambiar de opinión.

—Está usted loco —se limitó a decir—. Loco de remate.

—La locura es una definición muy amplia. —Docampo se puso en pie, indicando que la reunión tocaba a su fin—. La cordura suele asociarse a tomar las decisiones correctas. Haga lo correcto, por su bien.

Docampo le tendió la mano, sobre la mesa. Roberto se quedó mirándola durante un largo rato, sin reaccionar. Por fin, el viejo suspiró y bajó el brazo, ignorando el desaire.

—Váyase a su casa —dijo, por fin—. Enciérrese y no salga, oiga lo que oiga. Antes de que la tormenta pase, de una forma u otra, todo esto habrá terminado.

Docampo se acercó a la mesa e hizo sonar una campanilla. La puerta de la sala se abrió y Amaia, la mujer de Luis Docampo, apareció tan rápido que Roberto sospechó que había estado escuchando toda la conversación desde el otro lado.

—Amaia, querida, el señor Lobeira ya se va —dijo, con amabilidad—. Acompáñalo hasta la puerta.

Roberto bajó las escaleras en un estado de confusión total,

mientras las ideas zumbaban en su cabeza como un panal de abejas furiosas. La enormidad de lo que estaba a punto de pasar le sobrecogía. Justo cuando pensaba que sería capaz de recobrar el control de los acontecimientos, estos habían tomado un giro totalmente inesperado.

A través de una de las puertas de la planta baja adivinó una cocina espaciosa que se abría al otro lado. Alrededor de la mesa, un grupo de Docampos se afanaba limpiando unas viejas escopetas de caza. Sobre estas, relucientes, se alineaban docenas de cartuchos rojos rematados por capuchones de latón y cobre. Los hombres y mujeres, muy concentrados en su tarea, tenían una expresión grave en el rostro y ni siquiera se percataron de su presencia.

Cuando Amaia Docampo cerró la puerta a su espalda, la lluvia tormentosa le volvió a empapar con fuerza. El viento había aumentado unos cuantos nudos y en los espacios abiertos costaba mantenerse de pie. Un rayo se dibujó en el cielo, espectral, sacando una gigantesca foto de la isla, como si un dios sediento de sangre quisiera un recuerdo de Ons justo antes de que se desencadenase la locura.

La calle en la que estaba se encontraba desierta y el agua bajaba tumultuosa sobre el cemento, formando diques contra sus pies. Roberto lanzó un gemido, mezcla de horror, desesperación e impotencia.

No podía hacer aquello. No podía permitirse tener más muertos inocentes sobre su conciencia.

«Sabes que es lo correcto. Hazlo».

Sacó el teléfono móvil del bolsillo. Sabía que, una vez que hiciese aquella llamada, su vida se transformaría en una pesadilla. Que nada sería igual. Tendría que responder por la muerte del furtivo, aunque no tuviese nada que ver con ella. Su vida, su carrera, quedarían total y absolutamente arruinadas.

Pero no había otra opción. «Casi nunca hacemos lo que queremos, sino lo que creemos correcto», había dicho el viejo Docampo. Roberto sonrió con tristeza ante la ironía de la situación. Iba a hacerle caso al anciano, pero no como él creía.

Con dedos temblorosos, desbloqueó el móvil y marcó el número de la Guardia Civil. Esperó durante un segundo, hasta que sonaron un par de tonos; luego, un chasquido al otro lado de la línea.

—Guardia Civil, puesto de Bueu —dijo una voz—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, verá, yo...

Un nuevo relámpago especialmente intenso iluminó todo con un destello azulado. Y un segundo antes del trueno, una formidable explosión le sacudió con fuerza. Roberto miró a su alrededor, confuso, y un grito de impotencia se atascó en su garganta.

«No puede ser. No, no, no».

En lo alto de la colina, cerca de la cima de Ons, el único repetidor de telefonía móvil de la isla, alcanzado por un rayo, se derrumbaba a cámara lenta envuelto en llamas.

23

Erundina

El tiempo había adquirido una sustancia gelatinosa, o al menos esa fue la sensación que tuvo Roberto, incapaz de apartar la mirada de la torre que colapsaba entre crujidos. El agua le resbalaba por la cara, sobre los hombros, y le empapaba todo el cuerpo, pero él no la notaba. Tan solo podía mirar hacia las ruinas llameantes de lo alto de la colina, mientras intentaba procesar lo que acababa de ocurrir.

Se dio cuenta de que aún tenía el teléfono apretado en la mano. Sacudió la cabeza, como un perro mojado, tratando de aclarar sus ideas.

—¿Hola? ¿Oiga? —gritó al aparato—. ¿Me oye alguien?

Pero el terminal estaba mudo y no había una sola raya de cobertura, por más que enfocase el móvil en todas direcciones. Finalmente, aceptó la realidad.

La cobertura había desaparecido en el instante en que la torre había explotado en llamas. Ya no solo era que la isla fuese inaccesible por mar o por aire a causa de la tormenta. Ahora, además, estaban incomunicados.

Guardó el teléfono, que ya solo era un pisapapeles caro, en uno de sus bolsillos, y se frotó los ojos.

«Piensa, Roberto. PIENSA».

Las posibilidades era patéticamente escasas. No podía contar con ningún tipo de ayuda exterior, así que cualquier cosa que fuese a hacer dependía única y exclusivamente de él, salvo que los Freire decidiesen echarle una mano.

Pero, se dijo, para conseguir eso necesitaba tener algún tipo de carta ganadora. Algo que no les dejase más remedio que apoyarle, en lo que fuera que hiciese. El problema era que no se le ocurría nada.

Se frotó el cuello en un gesto dolorido y sus dedos se enredaron en la cadenita con la llave de la iglesia que llevaba colgada. En ese

instante, la comprensión le asaltó con una claridad cegadora. Echó a correr mientras un plan iba tomando forma en su cabeza. Las ideas se apelotonaban, al mismo tiempo que lo repasaba una y otra vez. Había mil cosas que podían salir mal y otras que no dependían de él. Era un plan lamentable, tuvo que reconocer, pero era mejor que quedarse cruzado de brazos.

Caminó pegado a las paredes, saltando de un charco de oscuridad a otro, en medio de la penumbra de la noche. El corte de fluido eléctrico había dejado sin luz a las pocas farolas de la isla, pero no se atrevía a encender su linterna por miedo a revelar su posición. En vez de eso se abría camino, tropezando y soltando maldiciones, y rezando para no caer por un desnivel.

Por fin sus pies tocaron la suave superficie de cemento del camino principal y a partir de ahí su ruta fue más fácil. Tan solo tenía que tomar el camino que llevaba hasta el pueblo y eso era sencillo, porque únicamente debía seguir la pendiente que bajaba hacia la orilla.

Se dio de bruces con la primera de las edificaciones del pueblo, el centro de interpretación de la isla, que en verano estaba atestado de turistas pero que en aquel instante permanecía oscuro y silencioso como un sepulcro. Siguiendo la pared con las manos, contó mentalmente los pasos y entonces se aventuró a cruzar la calle, sintiéndose absurdamente expuesto. Casi se cae cuando sus pies tropezaron con los escalones de la iglesia, donde, hacía lo que parecía un millón de años, habían contado el dinero en medio de exclamaciones de júbilo.

Subió los escalones con cuidado y con las manos palpó la puerta hasta tropezar con la cerradura. Se sacó la cadena del cuello de un tirón y metió la llave, que giró en el mecanismo engrasado a la perfección sin hacer ni un solo ruido. Roberto entró en el templo y cerró a su espalda con un suspiro de alivio.

Unas cuantas velas votivas situadas cerca del altar iluminaban el interior con luz tenue. Una suave ráfaga de aire que se colaba por alguna de las ventanas mal ajustadas agitaba los pabilos haciendo que todo vibrase de forma extraña, parecida al metraje de una película antigua. Por lo demás, como ya esperaba, estaba totalmente desierta.

Rodeó el altar sin prestar atención a las sencillas tallas que adornaban las paredes y al palio y las banderas religiosas plegadas con

orden en una esquina.

Y allí, al pie del altar, estaban las dos enormes bolsas de lona impermeable de aspecto recio que los Docampo habían sacado de su supermercado cuando habían decidido guardar el dinero.

Roberto descorrió las cremalleras. A la luz de las velas, los apretados fajos de billetes de euros, dólares y francos suizos reposaban en silencio, ajenos a la locura que se estaba desatando en el exterior. Benjamin Franklin le sonreía desde un fajo, con aquella expresión ambigua que recordaba a la de la Gioconda, como un amigo que está al corriente de una broma miraría a otro.

Con un par de tirones cerró las cremalleras y se colgó una bolsa a cada hombro. El dinero pesaba un montón y gruñó al sentir cómo las correas de las mochilas se clavaban en sus hombros y le mordían la carne, incluso a través de su gruesa parka empapada. Caminando a duras penas, recorrió la nave principal de la iglesia, abrió la puerta y se asomó cautelosamente al exterior.

No había nadie, o al menos no podía ver ninguna luz moviéndose por las cercanías.

«Si yo no los puedo ver a ellos, ellos no pueden verme a mí», se dijo para autoconvencerse. Por supuesto, podría ser que algún Freire o Docampo tuviese un dispositivo de visión nocturna y en ese caso estaría bien fastidiado, pero frente a eso no podía hacer nada.

Inspirando hondo, salió al exterior y cerró de nuevo con llave la iglesia. La primera parte del plan había salido a la perfección. Todo iba bien... de momento.

Caminar con aquellas dos bolsas resultó mucho más complicado de lo que había previsto. El peso extra le hacía resoplar y le restaba agilidad, y cada vez que metía un pie en un charco traicionero se tambaleaba, a punto de caerse. Avanzar a ciegas tampoco ayudaba y un par de veces tuvo que deshacer parte del camino al darse cuenta de que había tomado el ramal equivocado.

Solo cuando estuvo lo suficientemente lejos del pueblo se sintió lo bastante seguro como para encender la luz de la cámara de su móvil. No se atrevía a sacar la linterna porque sabía que el potente chorro de luz se vería desde muy lejos en aquel océano de negrura, pero confiaba en que la débil lámpara led de su terminal alumbrase su camino sin que nadie reparase en su presencia.

Con la vacilante luz del móvil fue capaz de avanzar más rápido,

aunque se tenía que detener cada pocos metros para recuperar el aliento. Las asas de las bolsas, que se frotaban contra sus hombros, se los estaban dejando en carne viva, sentía cómo le hormigueaban los brazos y caminar cuesta arriba lo hacía todo aún más difícil, pero se obligó a seguir.

Cuando tropezó con la señal caída que indicaba el camino hacia la antigua iglesia respiró aliviado. Con sus últimas fuerzas subió el estrecho sendero bordeado de helechos, hasta que por fin llegó a la reja que cerraba el recinto del cementerio.

En cualquier otro momento, la idea de caminar en mitad de la noche por un cementerio solitario le habría puesto los pelos de punta. En aquel instante le parecía una nadería, porque tenía problemas más acuciantes de los que preocuparse.

Su primera idea había sido ocultar las bolsas en alguno de los arriates de flores que adornaban las altas tapias del camposanto, pero enseguida comprendió que aquella no era una buena idea. Los macizos de plantas eran demasiado escuálidos y, en pleno invierno, estaban lastimosamente desprovistas de hojas, por lo que las bolsas serían visibles a cualquiera que pasase por allí.

Además, la lluvia que no dejaba de caer había encharcado las zanjas que rodeaban a los muros, convertidas en regueros. Aunque las bolsas eran impermeables, no sabía si aguantarían una inmersión prolongada en el agua de lluvia.

Las dejó caer al suelo, al límite de sus fuerzas, y se apoyó contra la tapia. Su mirada vagó por el cementerio hasta detenerse en una de las tumbas más cercanas. La idea destelló en su cabeza con la fuerza de un neón luminoso. Eso era.

Corrió entre las tumbas, buscando alguna que no tuviese flores encima o que no estuviese demasiado limpia. Casi al final del cementerio, en la pared más alejada, encontró justo lo que buscaba.

Era un viejo túmulo, blanco como los demás, aunque ya estaba casi cubierto por el verdín, que le daba un aspecto abandonado. La lápida, casi borrada por el tiempo, decía que en aquel sepulcro yacían los restos de Erundina Quintáns, fallecida a los noventa y cinco años de edad, todo un récord para la media de la isla. Pero lo mejor era la fecha de defunción: 1924.

La familia de Erundina, si es que aún existía, hacía un siglo que no pasaba por allí y dudaba mucho que fuesen a hacerlo justo aquella

noche. Era el lugar perfecto. Se puso de rodillas y con los dedos escarbó entre la tierra hasta encontrar el borde romo de la lápida que cubría la tumba. Era una hoja de piedra no demasiado gruesa, que estaba astillada por toda su superficie y a la que le faltaba una esquina.

Roberto empujó con todas su fuerzas, aunque no se movió ni un centímetro. Lo intentó de nuevo hasta sentir que los músculos de su espalda estaban a punto de estallar, pero la lápida permanecía clavada con firmeza en la tierra, desafiándole.

Se incorporó y miró a su alrededor, alumbrándose con el móvil. Casi dio un bote de alegría al ver que la rama partida de un árbol, arrancada por el viento, yacía a poca distancia de él, en el suelo. Sin hacer caso a las astillas que se le clavaban en la piel, arrancó a toda prisa las hojas y las ramitas, hasta dejar una estaca casi recta, de unos dos metros, entre sus manos. No era la herramienta más sofisticada del mundo, pero tendría que valer. Con aquella improvisada palanca entre las manos, se acercó otra vez a la tumba de Erundina, clavó un extremo bajo la esquina de la lápida y descargó todo su peso sobre la punta contraria.

La rama emitió un crujido alarmante y por un instante pensó que se iba a partir, pero la madera aún verde aguantó y se flexionó un poco. Lo intentó de nuevo y esta vez, con un chirrido, la hoja de piedra del suelo se desplazó unos centímetros.

Roberto sintió renacer sus fuerzas. Poco a poco, haciendo palanca, consiguió retirar la lápida, hasta dejar al descubierto el profundo nicho que estaba debajo.

El tiempo, la humedad y los insectos se habían encargado de hacer desaparecer cualquier resto del ataúd o del cuerpo de la mujer allí enterrada. A más de dos metros de profundidad solo había unos cuantos huesos amarillentos mezclados con retazos de tela medio podrida, trozos de madera que se deshacían al tocarlos y clavos oxidados. En la parte superior, la calavera de la ocupante del sepulcro le observaba desde sus cuencas vacías, con una risa congelada para toda la eternidad.

—Lo siento mucho, Erundina —susurró, sintiéndose como un ladrón de tumbas del Londres victoriano—. Es por una emergencia. Espero que lo entiendas.

Arrastró las dos bolsas hasta la tumba y las dejó caer en su

interior. Había espacio de sobra para ambas y para recogerlas de nuevo tendría que saltar al interior de la tumba. Con la mandíbula contraída por el esfuerzo, colocó de nuevo la lápida en su sitio. Una vez deshecha la argamasa vieja que la mantenía en su lugar, fue mucho más fácil.

Se incorporó y contempló su trabajo con mirada crítica. Arrancó del muro unos cuantos trozos de musgo y los colocó por los bordes de la tumba, en aquellos sitios que había utilizado para hacer palanca. Por último, esparció unas ramas arrancadas por el viento sobre la lápida, hasta que esta tuvo el mismo aspecto abandonado que un rato antes.

Por supuesto, no superaría una inspección minuciosa, pero dudaba que nadie se fuese a acercar hasta allí para comprobar cómo estaban las tumbas. Se estiró, con un satisfactorio chasquido de espalda.

El plan iba tomando forma. Ahora él era el único que sabía dónde estaba el dinero. Si los isleños pretendían hacerse con él, tendrían que aceptar sus condiciones y ayudarle a evitar la masacre que estaba a punto de desatarse. Aquel era su as en la manga, el que le daba una posición de ventaja sobre ambas familias.

El único problema era que estaba al límite de sus fuerzas. Le dolían todos los músculos. Se había pasado medio día corriendo por la isla, arriba y abajo, sometido a una tensión tremenda, y su cuerpo le avisaba de que se estaba acercando a su límite. El gorgoteo de su estómago le recordó que ya eran casi las diez de la noche y que no había tomado nada sólido en horas. La comida de aquel mediodía se había quedado al pie del cadáver decapitado del camino.

Necesitaba descansar cinco minutos, antes de continuar. El whisky que había tomado con el viejo Docampo le rascaba en el fondo del estómago y una sensación de entumecimiento se extendía por todos sus miembros.

Su mirada se detuvo en una caseta adosada a la parte trasera de la iglesia. Estaba cerrada con una desvencijada puerta de madera sujeta por un par de goznes oxidados. Sin el menor remordimiento, Roberto reunió sus últimas fuerzas y descargó una patada contra la puerta. La cerradura se desprendió con un chasquido y dejó a la vista el interior, oscuro y polvoriento.

Era un pequeño almacén, lleno de herramientas de jardín y

antiguas palas y rollos de cuerda apolillada. En una esquina, cubiertos de heces de ratones, un montón de viejos sacos de esparto cogían polvo desde hacía décadas. Roberto se dejó caer sobre ellos con un gemido de satisfacción y se quitó la parka totalmente empapada. Los ojos le pesaban como el plomo y le costaba pensar con claridad.

«Solo serán cinco minutos —se prometió a sí mismo—. Cinco minutos nada más».

Apoyó la cabeza sobre las esterillas y, antes de darse cuenta, se quedó dormido como un tronco mientras en el exterior arreciaba la tormenta.

24

El banco del carpintero

Cuando se despertó, tardó en recordar dónde estaba. Maldiciendo, se incorporó de golpe mientras le echaba un vistazo a su reloj: ya había pasado el mediodía, aunque la luz que se filtraba por los huecos de la puerta era mortecina. Había dormido durante muchas más horas de las que tenía previsto y un tiempo precioso se había escurrido entre sus dedos.

Seguía sintiéndose débil a causa del ayuno, pero al menos su mente volvía a estar clara. No podía decir lo mismo de su cuerpo, que se quejaba por la noche pasada sobre aquel suelo duro. Se levantó de las esterillas, envuelto en un mar de pinchazos y calambres. Cuando solo era un veinteañero había dormido en lugares mucho peores, desde pozos de tirador hasta camiones desvencijados, pero aquello ya quedaba muy atrás.

«Estás demasiado mayor para esto, Lobeira. A ver cuándo te das cuenta».

Dio unos pasos para estirar los músculos y salió al exterior. La tormenta seguía rugiendo con fuerza, pero la lluvia intensa de la noche anterior se había transformado en una llovizna fina. El cielo estaba cubierto de nubes negras que corrían a toda velocidad impulsadas por el viento.

Revisó la tumba de Erundina a la luz del día y sonrió satisfecho. Había quedado mucho mejor de lo que se imaginaba.

Pero debía darse prisa. Sin saber qué había pasado durante la noche, estaba a ciegas, aunque casi seguro que las hostilidades aún no se habían desatado. Supuso que los Docampo habrían estado muy ocupados con sus preparativos y velando el cuerpo decapitado de su familiar. Aun así, solo era cuestión de horas para que empezasen a pasar cosas.

Anotó mentalmente las tareas urgentes del día. Debía llegar a

casa de los Freire cuanto antes para avisarlos de lo que se avecinaba. Pero eso tendría que esperar.

Porque antes aún tenía que hacer otra cosa: tenía que rematar su plan.

Ahora que él era el único que sabía dónde estaba el dinero, llevaba la iniciativa. Con la guerra abierta entre los isleños, suponía que nadie se fijaría demasiado en sus movimientos, con ambos bandos convencidos de que se mantendría a un lado, por distintas razones.

Roberto había llegado a la conclusión de que solo había un modo de evitar la matanza que acechaba Ons, pero para eso tendría que crear una situación de bloqueo. Y la única forma de conseguir algo así era avisando a las autoridades.

El repetidor de telefonía ya no estaba y era imposible usar ningún teléfono en la isla, salvo que hubiese alguna línea fija que él desconociese, pero aún había otra manera de avisar en tierra de lo que estaba sucediendo. En el faro, Ibaibarriaga le había mostrado una radio. Con aquella emisora podría avisar a las autoridades.

Por supuesto, no confiaba en absoluto en el farero, pero sí en que su ambición le obligase a colaborar. Ahora que él era el poseedor de los millones, pretendía ofrecerle una cuantiosa suma a cambio de que le dejase utilizar la emisora, mucho más de lo que se había imaginado en un principio.

Su plan supondría tener que repartir el dinero entre los Freire, los Docampo y los fareros, pero a cambio, con las autoridades sobre aviso, toda la violencia quedaría detenida. Y además, tenían el chivo expiatorio perfecto para la muerte de Pampín, con lo que tanto él como Diego quedarían libres de culpa. Sería el misterioso asesino de Ricardo Docampo quien cargase con todas las víctimas. Que la Guardia Civil se volviese loca peinando la isla en busca de aquel condenado psicópata, ya fuese o no el Tangaraño, que él esperaba estar muy lejos para entonces.

Era un plan arriesgado, por supuesto, que dependía de la colaboración de Ibaibarriaga, pero confiaba en que la codicia del hombre se sobrepusiese a cualquier otra consideración. Además, si evitaba que se desatase una guerra abierta, sería más fácil que la recién adquirida riqueza que le iba a ofrecer pasase inadvertida.

Satisfecho, salió del cementerio cubriendo cuidadosamente sus pasos y comprobando que no hubiese dejado ningún rastro de su

presencia. Ignorando los pinchazos de dolor que le sacudían a cada paso, emprendió el camino que subía hacia el faro.

Débil y con la ropa húmeda, el ascenso fue lento y tortuoso. Por suerte, a lo largo de aquellos días había aprendido a tomar algunas referencias, así que pronto estuvo caminando en la dirección correcta. La pista de cemento era una guía infalible para llegar al coloso que dominaba la isla.

Cuando llegó a la verja exterior, comprobó que estaba cerrada. Había un timbre adosado a uno de los postes de cemento, cubierto por una tapa de goma para resguardarlo de la lluvia. Roberto apretó y esperó, con paciencia, mientras contemplaba la linterna del faro, ajena a lo que sucedía a sus pies, en el corazón de la isla.

La cámara de seguridad emitió un zumbido y se giró hacia él. Se pudo imaginar al farero al otro lado, observando intrigado aquella visita inesperada, apenas cuarenta y ocho horas después de su último encuentro. La puerta chasqueó y se abrió un poco, franqueándole el paso. El galpón del pequeño tractor estaba cerrado y cuando llegó a la parte superior de la colina se tuvo que inclinar para avanzar contra la fuerza del viento.

Exhausto y al límite de sus energías, iba a llamar a la puerta, pero esta se abrió antes de que pudiese alcanzar el pomo de bronce. El farero había salido a recibirle con un nada velado brillo de interés en la mirada.

—No le esperaba tan pronto —dijo mientras cerraba la puerta y Roberto se sacudía, estremecido, agradeciendo el calor del interior del faro—. Y bien, ¿ya ha arreglado nuestro asunto?

—Tenemos que hablar. Ha habido un giro en los acontecimientos.

—No me gustan las sorpresas —replicó Ibaibarriaga, clavándole una mirada dura—. ¿De qué se trata?

—Antes de eso, ¿podrían darme algo de comer? —Su estómago gruñó subrayando sus palabras—. No he tomado nada sólido en horas.

—A ver si se ha creído que esto es un restaurante. —Frunció el ceño, pero le hizo un gesto para que le siguiese hasta la cocina—. Por aquí. Ya sabe el camino.

Un rato después, Roberto estaba sentado delante de un plato en el que le esperaba un jugoso filete acompañado de un par de huevos fritos de yema tan amarilla que parecía irreal. Comenzó a devorar con ansia, mientras Ibaibarriaga, Varatorta y Pazos le escrutaban sin decir

palabra.

—A ver, ¿de qué va la cosa? —le espetó al fin el farero, impaciente—. ¿O solo ha venido a por un plato de comida gratis?

Roberto le dedicó una mirada inquisitiva e hizo un gesto con la cabeza hacia Varatorta y Pazos.

—Puede hablar delante de ellos —asintió Ibaibarriaga—. Ya les he explicado nuestro pequeño acuerdo. Le dije que no sería problema.

Ante esto, el más joven cruzó los brazos, desafiante, en lo que sin duda pensaba que era la pose adecuada para un tipo duro y dispuesto a todo, pero fracasando en el intento. Varatorta al menos tuvo la decencia de agachar la cabeza, avergonzado.

—Hay una cantidad limitada de veces en la que puedes entrar en esa biblioteca sin tener la sensación de que eres un prisionero —murmuró, por toda explicación—. Ese dinero nos permitirá salir de aquí. Lo siento.

Roberto maldijo para sus adentros. Negociar con los tres sería más complicado, aunque el vasco parecía llevar la voz cantante. Se metió otro pedazo de filete en la boca y lo masticó con placer. Qué bueno estaba.

—Los Freire y los Docampo —explicó con la boca llena— se van a matar entre ellos. Tenemos que impedirlo.

—¿Es por la cocaína?

Roberto tragó el trozo de carne, respiró y negó con la cabeza.

—No hay cocaína —dijo, midiendo bien sus palabras. Tenía que ser muy cuidadoso a continuación—. Nunca la ha habido.

—Y una mierda —rezongó Ibaibarriaga.

—Es dinero, en efectivo. —Roberto apoyó el tenedor y le miró fijamente—. Tres millones de euros.

—*¡Aivalahostia!* —exclamó el farero—. ¿Tres millones? No me extraña que se quieran matar.

—Hay algo más —añadió—. Ayer por la tarde, alguien asesinó a uno de los Docampo, no muy lejos de aquí. —Se estremeció al recordarlo—. Le decapitaron y le clavaron contra un árbol.

Los fareros guardaron silencio, asimilando aquella información. Al fin, Ibaibarriaga silbó por lo bajo.

—Vaya, cómo se las gastan los Freire —dijo al fin.

—No han sido ellos. —Roberto negó con la cabeza—. Hay alguien más.

—¿Alguien más? ¿Qué quiere decir? No es que haya demasiada gente en la isla.

—Ahora no hay tiempo para explicaciones —le atajó Roberto—. Tenemos que parar esto antes de que sea demasiado tarde. Necesito usar su radio.

—¿La radio? ¿Para qué?

—Para avisar a las autoridades. No sé si se han dado cuenta, pero ayer el repetidor de telefonía móvil cayó durante la tormenta. —Roberto suspiró—. Seguramente lo alcanzó un rayo o lo tiró el viento, yo qué sé.

—Así que nuestra radio es la única manera de comunicar con tierra. —Ibaibarriaga le dedicó aquella media sonrisa pensativa tan característica.

—Y por eso tenemos que usarla cuanto antes, para evitar que suceda algo terrible.

—¿Y por qué íbamos a hacer algo así?

A Roberto no se le escapó el plural que había usado el hombre, pero no se amilanó.

—Porque si lo hacen, les entregaré el dinero. —Fue pasando de un rostro a otro—. Los tres millones, íntegros. Uno para cada uno. Y que los Freire y los Docampo se aclaren con la Guardia Civil por ese tipo muerto.

Ya estaba. Había soltado la carnaza en el agua y solo quedaba por ver si los tiburones picaban. Los tres fareros se miraron entre ellos, en una conversación muda. Finalmente Ibaibarriaga se encogió de hombros y asintió.

—A mí me suena bien de cojones, pero hay algo que no entiendo.

—¿De qué se trata?

—¿Qué gana usted con esto, Lobeira?

—¿Le parece poco que evitemos una matanza? —Roberto apoyó los cubiertos con fuerza sobre la mesa—. Con eso me doy por más que pagado. Y con poder salir de esta maldita isla cuanto antes, claro.

—¿Y los isleños? —preguntó Pazos, rascándose la cabeza—. ¿Aceptarán quedarse sin nada?

—No les queda otra —mintió con aplomo—. Solo yo sé dónde está el dinero.

—Anda, qué listo. —El muchacho le miró, sorprendido—. ¿Y dónde está?

—Guardado a buen recaudo —replicó Roberto.

—¿Y qué les dirá a las autoridades cuando lleguen?

—Nada del dinero, por supuesto. Eso queda entre nosotros. Solo lo del asesinato de ese hombre decapitado. Con ese asunto tendrán más que suficiente y no se preocuparán de otra cosa. Por la cuenta que les trae, nadie más dirá una palabra sobre ese condenado fardo, o eso espero.

Los tres fareros se miraron entre sí e hicieron un corrillo, cruzando unas cuantas frases apresuradas. Finalmente, parecieron ponerse de acuerdo.

—Por lo visto, lo tiene todo pensado. —Ibaibarriaga asintió con la cabeza, con aire aprobatorio—. Usted gana. Vamos a llamar por la radio.

Salieron de la cocina y siguieron el corredor de altos techos de teca. Para sorpresa de Roberto, pasaron de largo por delante de la puerta de la salita en la que había conversado con Ibaibarriaga.

—¿No es aquí?

—Esa radio no tiene suficiente alcance —le explicó el hombre—. Solo sirve para comunicarse con las lanchas y los barcos que navegan cerca de la isla, y con esta tormenta no hay ninguno en las proximidades. Necesitamos la emisora de onda corta. Está en otra sala.

Siguieron el pasillo y cruzaron una amplia estancia que parecía un museo, llena de viejas lámparas de petróleo, balizas de luz de aspecto anticuado y una mesa cubierta de los huesos de las ballenas que las olas habían arrastrado hasta la orilla. Al otro lado se abría una puerta e Ibaibarriaga se la indicó.

—Es ahí —dijo—. Usted primero.

Nada más cruzar el umbral, Roberto se dio cuenta de que algo no iba bien. La habitación estaba totalmente vacía, excepto por un viejo banco de carpintero repleto de muescas, plantado en el centro de la estancia. El suelo estaba lleno de manchas de aceite, pintura y mil cosas más, pero no había ninguna radio a la vista.

—No lo entiendo. —Se giró—. Aquí no hay ninguna... ¡Ufff!

Se dobló por la mitad cuando Ibaibarriaga descargó un puñetazo contra su estómago, con la fuerza de una coz. Jadeó, intentando meter aire en sus pulmones y no vomitar al mismo tiempo.

Pazos y Varatorta le sujetaron por los hombros y le obligaron a incorporarse. Ibaibarriaga acercó su cara a la suya hasta que estuvo a

apenas un par de centímetros.

—Ahora me va a decir dónde está el dinero —masculló—. Sin mentiras.

—No... no... —Roberto jadeó—. ¡No lo entiende! Tenemos que hacer algo o se van a matar entre ellos.

—Me importa una mierda lo que hagan los Freire y los Docampo —replicó el hombre, inmisericorde—. Y si están entretenidos sacándose los ojos será mucho más fácil llevarnos la pasta. Si me dice que hay tres millones, eso significa que es más, mucho más, por lo menos el doble. ¿Dónde está?

—No... se... lo voy a... decir. —La última palabra salió mezclada con un chorro de saliva.

Otro puñetazo, esta vez sobre las costillas. Roberto empezó a ver pequeñas esquirlas de color danzando ante sus ojos mientras boqueaba como un pez.

—Se lo voy a preguntar otra vez: ¿dónde está el dinero?

Él negó con la cabeza y se ganó otro puñetazo salvaje. Las piernas le fallaron y de no ser porque le tenían firmemente agarrado, se habría caído al suelo.

—Me va a obligar a hacerle daño de verdad. —Ibaibarriaga, irritado, se frotó el puño—. Pazos, registra a este idiota, a ver qué lleva encima.

El muchacho cacheó a Roberto y vació sus bolsillos, pero aparte del móvil, su libreta, la llave de su casa, una linterna y el cordel que le había dado la vieja Elvira Couto no llevaba nada encima. Ibaibarriaga revisó todas sus pertenencias, cada vez más furioso.

—¿Qué es esto? —Los dedos de Pazos se enredaron en la cadena que llevaba al cuello y se la arrancaron de un tirón—. Parece una llave.

—Déjame ver. —El farero jefe la cogió entre sus dedos—. ¿De dónde es esta llave?

Roberto apretó los labios y se preparó para el golpe que estaba a punto de llegar, pero en ese instante Varatorta se adelantó y cogió la llave con sus dedos gordezuelos.

—Creo que yo lo sé —dijo, con suavidad—: es la llave de la iglesia del pueblo.

—¿Sí? ¿Estás seguro? —preguntó Ibaibarriaga.

—Totalmente. —Varatorta asintió con tanta vehemencia que su

flequillo se sacudió sobre la calva—. Es una Fichet de seguridad. El cerrajero que vino el verano pasado para instalarla necesitaba una broca para el taladro y se la presté. No hay otra como esta en toda la isla.

Una sonrisa satisfecha iluminó la cara de Ibaibarriaga.

—Así que en la iglesia, ¿eh? —Dio un par de cachetes en la mejilla de Roberto, que jadeaba con un ruido sordo—. Si me lo hubiese contado desde el principio, nos habríamos ahorrado este mal rato, hombre. Bueno, chavales, creo que deberíamos ir a rezar un poco por todas las almas de los difuntos, presentes y futuros, ¿verdad?

Le soltaron y él se tambaleó, aturdido.

—Usted nos va a esperar aquí —dijo Ibaibarriaga desde la puerta —. Y cuando volvamos con el dinero, ya veremos qué hacemos. Mientras tanto, póngase cómodo.

Cerró con un portazo y Roberto oyó cómo un cerrojo se corría desde el otro lado. Los pasos de los hombres se alejaron y al cabo de un rato, a través de la ventana, vio cómo se marchaban por el camino, envueltos en sus chubasqueros. No le sorprendió ver que Ibaibarriaga llevaba una escopeta terciada al hombro.

Roberto zarandeó la puerta con todas sus fuerzas, pero era un esfuerzo inútil. Las pesadas hojas de teca eran resistentes y estaban ancladas con pasadores de bronce en la pared de piedra. Jamás conseguiría forzarla. La ventana de la sala daba al exterior, pero una reja de hierro encastrada en el muro le cerraba el paso. Podía ver el campo que se abría tras el faro y el helipuerto vacío, azotado por el viento y la lluvia. Sacudió los barrotes, pero estaban colocados a conciencia.

Desesperado, recorrió toda la estancia, pero tan solo estaba el banco de carpintero, tan pesado que ni siquiera podía moverlo.

Roberto se llevó las manos a la cara, demudado.

Su plan, urdido a toda prisa, tenía un montón de cosas que podían salir mal. Lo sabía, y aun así había seguido adelante, porque no tenía otra alternativa.

Pues bien, las cosas habían salido mal. Y por eso, él mismo se había metido en la trampa.

25

«Tú no cabes, pero yo sí»

Los segundos se transformaron en minutos y los minutos en horas. Al principio Roberto intentó forzar los barrotes de la ventana, pero desistió, agotado y con las manos en carne viva. Se pasó un buen rato caminando en círculos, como un león enjaulado, hirviendo de impaciencia.

El día avanzaba y la posibilidad de que la venganza de los Docampo ya se hubiese desatado aumentaba a medida que pasaban las horas. Sin duda Antía se preguntaría dónde estaba y quizá hubiese salido en su búsqueda. La idea de que la joven se hubiese cruzado con una partida de Docampos sedientos de sangre le atormentaba. Pero era una chica lista. Sin duda, después de darles la noticia a los Docampo habría vuelto a su casa y los Freire se imaginarían lo que estaba a punto de suceder o, por lo menos, tomarían algún tipo de precauciones básicas.

Eso era lo que quería creer, porque la alternativa le resultaba demasiado difícil de asimilar.

Miró el reloj. Ya habían pasado dos horas desde que los fareros habían salido en busca del dinero. A esas alturas, ya les habría dado tiempo a llegar a la iglesia y descubrir que no había ni rastro del botín. Se podía imaginar la reacción de aquellos hombres y lo enfadados que volverían.

Lo que le harían.

Oyó un ruido ligero al otro lado de la puerta y por un instante temió que fuesen ellos, pero desde la ventana se veía el camino y no los había visto pasar. El ruido se repitió. Era el sonido de unas bisagras sin aceitar al girar sobre sí mismas, el de alguien abriendo una puerta.

—¡Eh! —Aporreó con las dos manos las hojas de teca—. ¡Eh! ¿Hay alguien ahí? ¡Socorro!

El ruido se detuvo unos segundos. Entonces oyó unos pasos ligeros que se acercaban y, por fin, un golpe suave en la puerta.

—Amigo —susurró una voz que conocía muy bien—. ¿Estás ahí?

Casi se desmayó del alivio.

—Sí, Diego, soy yo —dijo, con voz trémula—. Abre esta maldita puerta de una vez, por favor.

Oyó cómo el muchacho forcejeaba con los pasadores y, por fin, se abrió de par en par. Al otro lado, Diego Freire, empapado como una nutria, con la ropa pegada al cuerpo y con el aspecto más frágil del mundo, le observaba con sus ojos verdes muy abiertos.

—¡Sabía que estabas aquí! —gritó alborozado el muchacho, pegando un salto—. ¡Lo sabía!

—¡Diego! —Roberto le dio un abrazo de oso que pilló al chico por sorpresa—. ¡En la vida me he alegrado tanto de ver a alguien!

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —Roberto le sacudió por los hombros—. Me has salvado la vida, Diego.

—¿Sí? —El rostro del muchacho se iluminó—. ¡Ya es la segunda vez! ¡Primero en la playa, cuando casi te ahogas, y ahora aquí! ¡Soy un superhéroe!

—Sin duda, chaval, sin duda. —Roberto le revolvió el cabello—. Pero dime, ¿cómo has sabido dónde encontrarme?

Diego bajó la mirada, con una expresión culpable en los ojos.

—No se lo puedes decir a Antía. ¿Me lo prometes?

—Tienes mi palabra —le tranquilizó él.

—Ayer por la noche me contó que yo no le había hecho daño a Pampín. —El chico hablaba con un hilo de voz—. Que había sido el hombre malo que me quitó mis juguetes y que tú lo habías descubierto.

—Es así, Diego. —Le dio otro abrazo tranquilizador.

—Dijeron que nadie podía salir de casa, que había más hombres malos fuera, que nos querían hacer daño. —Levantó la vista y Roberto se asombró al ver el destello de determinación en la mirada del muchacho—. Pero yo quería darte las gracias. Tú también me has salvado. Así que me he escapado cuando nadie miraba.

—Oh, Diego. —Roberto se pasó la mano por el pelo—. Tienen que estar muy preocupados por ti ahora mismo.

—Fui hasta tu casa, pero no estabas —le explicó el chico,

atropellado—. Pero sí que estaban los fareros. ¡Habían roto la puerta y estaban revolviendo todas tus cosas!

Por supuesto. Al ver que el dinero no estaba en la iglesia, la siguiente opción lógica era su propia casa, y habían acudido allí sin saber que el dinero se hallaba a buen recaudo en la tumba de Erundina.

—Parecían muy enfadados y decían que te iban a hacer algo feo cuando volviesen —añadió Diego—. Así que me imaginé que estabas aquí y vine corriendo muy deprisa.

—No importa lo que digan, Diego. —Roberto le miró, afectuoso —. Eres un chico muy listo. Pero ahora nos tenemos que largar de aquí, antes de que vuelvan.

—Eso a lo mejor es un problema. —El chico frunció el ceño, como si intentase resolver un complicado problema de álgebra—. Tú no cabes, pero yo sí.

Roberto no tenía la menor idea de a qué se refería, pero ya no le prestaba atención. Desde su casa hasta el faro había poco menos de media hora de camino. Los fareros podían presentarse en cualquier momento y, para cuando eso sucediese, pretendía estar muy lejos de allí, pero primero tenía que hacer la llamada de radio.

Con Diego pisándole los talones, se lanzó por el corredor hasta la salita en la que estaba la emisora. Sin embargo, aún le aguardaba otra sorpresa.

—Oh, venga ya —musitó con voz queda, nada más entrar—. ¿Es que no puede salir nada bien?

Sobre la mesa, la emisora estaba abierta de par en par. Le habían sacado la tapa y todos sus componentes electrónicos estaban esparcidos alrededor, de forma metódica. Cogió entre los dedos una placa electrónica y la miró desalentado, antes de apoyarla de nuevo sobre la mesa. Ibaibarriaga había sido meticuloso, quizá anticipándose a que alguna otra persona se presentase en el faro pidiendo permiso para usar la emisora.

No tenía la menor idea de cómo montar aquella cosa y, por si no fuese suficiente, se les agotaba el tiempo. En cualquier instante los fareros llegarían y Diego y él estarían atrapados en esa ratonera. Debían salir de allí cuanto antes.

—Tenemos que irnos, Diego —le susurró al muchacho, bajando la voz de manera inconsciente—. Ahora mismo.

Fue hasta la puerta principal, pero estaba cerrada a conciencia. Sin duda, en algún lugar del faro habría herramientas para forzarla, pero no sabía dónde podían estar. Recorrió a la carrera todas las habitaciones, buscando otra salida, pero las ventanas estaban protegidas por el mismo tipo de reja que la de la habitación en la que le habían encerrado. En uno de los dormitorios, un Ibaibarriaga sonriente, ballesta en mano y con un pie apoyado sobre una avestruz muerta, le miraba burlón desde una foto en la pared.

Aquel lugar era un fortín. Peor aún, resultaba tan imposible entrar como salir. Se volvió hacia Diego, que parecía fascinado con las piezas de un tablero de ajedrez y mezclaba los peones con entusiasmo.

—Diego, ¿por dónde has entrado?

El chico apartó la vista del tablero y le miró sonriente.

—Por una de las ventanas de arriba.

—¿Cómo que de arriba? ¡Pero si este sitio solo tiene una planta!

—No, no. —Negó el chico, con vehemencia—. De *más* arriba. Del faro.

Le observó incrédulo. Recordaba los ventanucos del cuerpo del faro, que iluminaban las escaleras de caracol que llevaban hasta la linterna. Aquellos vanos debían de estar a más de quince metros de altura.

—Enséñamela —le urgió—. Dime dónde está esa ventana.

Diego se encogió de hombros, embutió un puñado de piezas del ajedrez en uno de sus bolsillos y le indicó que le siguiese. Atravesaron el vestíbulo y subieron por las escaleras de piedra que terminaban en lo alto del faro. A medio camino, uno de los ventanucos de iluminación estaba abierto de par en par y la lluvia que se había colado por allí ya había dejado un charco reluciente sobre el escalón. Roberto asomó la cabeza y maldijo para sí.

El suelo estaba mucho más lejos de lo que se había imaginado, quizá a unos veinte metros. Incrustadas en la fachada exterior podía ver una serie de gruesas argollas de hierro oxidadas, que se sucedían en una hilera regular. Sin duda, en algún momento habrían servido para sujetar el cable de acero de algún pararrayos, desaparecido mucho tiempo atrás. Comprendió que Diego había usado aquellas argollas como puntos de agarre para trepar por la fachada del faro hasta alcanzar el ventanuco. La agilidad del muchacho era admirable, pero su inconsciencia resultaba pavorosa. Trepar ayudándose de

aquellos puntales habría sido toda una proeza en un día soleado y sin viento, pero en medio de una tormenta resultaba casi un suicidio. Y aun así se las había apañado para hacerlo. Miró al chico con un gesto de renovado respeto.

—Ya te lo dije. Tú no cabes, pero yo sí —repitió el chaval, señalando la ventana con aire preocupado, y entonces Roberto entendió a qué se refería.

El ventanuco era estrecho, muy estrecho, apenas una aspillera alargada. El menudo Diego había sido capaz de colarse por allí con algo de esfuerzo, pero era absolutamente imposible que él cupiese por aquel hueco. Si lo intentaba, acabaría atascado. La mera idea de que los fareros le encontrasen así le encogió el corazón.

—Quizá puedas salir y abrirme la puerta desde fuera —murmuró, nada convencido.

—No tengo la llave —replicó el chico, azorado—. No sé cómo abrirla.

—Está bien, no te preocupes. Venga, encontraremos otra forma de salir de aquí.

Su mirada se detuvo en el último tramo de escaleras que ascendían antes de llegar a la parte metálica que coronaba la estructura, y entonces recordó que Ibaibarriaga le había dicho que una terraza circular rodeaba la zona intermedia del faro.

Subió a toda prisa y llegó a la sala en la que zumbaban los cuadros eléctricos. Allí estaba, junto al telescopio del faro, la pesada puerta de hierro con dos manivelas que recordaba a la portilla de un barco. Roberto apoyó todo su peso sobre una de las palancas y la hizo girar. Hizo lo mismo con la otra y tiró con fuerza.

Una ráfaga huracanada entró con violencia por el hueco que acababa de abrir. Salió al exterior y se quedó boquiabierto.

Armand ya desataba toda su potencia sobre la isla. Hasta donde alcanzaba la vista, las nubes negras se agitaban, preñadas de lluvia, y el mar era una masa furiosa de espuma blanca sobre aguas negras que se removían sin cesar. El viento, sin nada que lo detuviese, azotaba sin piedad la torre del faro y los obligaba a sujetarse a la barandilla de acero para no salir despedidos. El rugido del aire era tan intenso que hablar resultaba imposible.

Caminó con cautela, avanzando palmo a palmo, siempre sujeto a la barandilla, hasta llegar a la parte en la que estaban clavadas las

argollas de hierro, y sintió que todas sus esperanzas se desmoronaban.

Aquello era una locura. El viento soplaba cada vez con más fuerza, como si quisiera arrancarles la piel de los huesos, y las argollas, empapadas de agua, brillaban de forma amenazadora. Miró hacia el suelo, que parecía imposiblemente lejano.

—¡No podemos bajar por aquí! —aulló, intentando imponerse al ruido del aire que los empujaba—. ¡Si resbalamos, acabaremos estrellados!

—¡Sí que podemos! —replicó el muchacho, animoso—. ¡Es muy fácil! ¡Mira!

Antes de que Roberto pudiese impedírselo, Diego pasó las piernas por encima de la barandilla y se agarró a la argolla más cercana. Basculando el cuerpo, el chico calculó de manera instintiva la fuerza del aire y se dejó caer un metro, en un movimiento que a Roberto le dejó sin aliento, hasta apoyar los pies en la siguiente argolla. Repitiendo el proceso una y otra vez, como un equilibrista demente, fue avanzando hasta que estuvo a apenas dos metros del suelo. Entonces dio un último salto y se dejó caer, rodó sobre la hierba mojada y se puso de nuevo de pie. Se sacudió los restos de la hierba de la ropa y haciendo bocina con las manos gritó algo hacia él, pero no pudo oír ni una sola palabra. No hacía falta, en todo caso. El mensaje era claro. «Baja de una vez. Si yo he podido, tú puedes».

Roberto no podía recordar cuándo había rezado por última vez, pero murmuró una plegaria silenciosa antes de pasar las piernas sobre la baranda de acero. La parte más instintiva de su cerebro le chillaba que se dejase de idioteces y volviese a un lugar seguro, pero hizo un esfuerzo para ignorarla. Sujetó la argolla más cercana y, como había hecho Diego, dejó caer todo su peso hasta que estuvo colgado de ella.

El viento le zarandeaba inmisericorde y durante un segundo se quedó paralizado, incapaz de moverse ni una pulgada. Respiró hondo y en el instante que creyó que el aire soplaba con menos fuerza, soltó la argolla y se dejó caer sobre la siguiente.

Casi no tenía espacio para apoyar el pie y, por un momento, tuvo la certeza de que iba a resbalar, pero clavó los dedos en los huecos que dejaban las piedras y se aferró a la fachada con desesperación. Tan solo había bajado un par de metros y ya había rozado la muerte.

Poco a poco, de forma agónica, fue repitiendo el movimiento mientras se descolgaba por el faro. Era más pesado que Diego y ni por

asomo tan ágil como el muchacho, pero su mayor estatura suponía una ventaja, porque casi tocaba con la punta de los pies la siguiente argolla. A medida que avanzaba, fue ganando confianza.

Estaba a apenas ocho metros del suelo cuando sucedió el desastre.

Roberto soltó una argolla y apoyó todo su peso en la siguiente. Entonces oyó un crujido y el viejo soporte de hierro oxidado se partió por la base, soltando una lluvia de escamas marrones que fueron arrastradas por el viento.

Por un aterrador instante, Roberto cayó sin control. En el último momento vio con el rabillo del ojo cómo pasaba a su lado otra de las argollas y lanzó un manotazo desesperado en su dirección. Sus dedos se cerraron con fuerza y frenó en seco, aunque sintió un latigazo desgarrador en el hombro y, casi seguido, una llamarada de dolor.

Resoplando, cerró los ojos, mientras tanteaba con el pie en busca del siguiente apoyo. Cuando lo encontró, exhaló un gemido de alivio. Había estado muy cerca, demasiado cerca.

—¡Ten cuidado! —gritó Diego, preocupado, justo debajo de él—. ¡Que te vas a caer!

«No me digas».

Roberto tardó casi cinco minutos en recorrer los últimos metros de fachada, moviéndose con la lentitud de un artrítico. No solo había redoblado las precauciones, sino que la agonía atroz de su hombro desgarrado le impedía mantenerse colgado más de un par de segundos antes de quemarle como un hierro al rojo vivo. Por fin, cuando estuvo a dos metros, se dejó caer como había hecho el muchacho. El aterrizaje sobre el suelo reblandecido por la lluvia fue mucho menos malo de lo que había imaginado.

Se puso en pie, con las piernas todavía temblorosas, y miró hacia lo alto del faro, asombrado. Era un milagro que hubiesen bajado por allí sin matarse. Tampoco había faltado tanto.

El hombro le latía con una palpitación sorda, lanzando oleadas de dolor que le obligaban a apretar los dientes. Estaba seguro de que se lo había dislocado.

—Vamos a tu casa —dijo, apoyándose en el chico—. Tenemos que hablar con tu hermana.

—No podemos ir por el camino —contestó Diego, con un brillo excitado en los ojos—. Los fareros subirán por ahí, pero conozco otra

manera. Un camino secreto. ¡Ven conmigo!

Echó a andar y Roberto le siguió, renqueante, convencido de que el tiempo se les agotaba.

Y comprendió, con una sensación espantosa, que de hecho quizá ya era demasiado tarde.

26

El Cucorno

Si el descenso por la fachada del faro había sido una experiencia aterradora, el «camino secreto» de Diego no se quedaba a la zaga. Era poco más que un sendero muy pegado a la costa, de apenas unos veinte centímetros de ancho, abierto por la propia acción de la naturaleza y por el paso de algún animal para el cual el vértigo no suponía ningún problema.

Roberto miraba con aprensión el borde del acantilado, de donde salía un rugido ensordecedor. El restallido de las olas, unos cuarenta metros más abajo, era de tal magnitud que mantener una conversación quedaba totalmente descartado.

Por otro lado, bastante tenía con concentrarse en cómo y dónde apoyaba los pies en la diminuta vereda. Cada pocos pasos sentía cómo el suelo se deshacía bajo su peso y veía precipitarse piedras y terrones oscuros en una zambullida letal hacia las olas.

—¡Diego! —Golpeó el hombro del chico para llamar su atención y aulló con fuerza para hacerse oír por encima del ruido del viento y el oleaje—. ¡¿Estás seguro de que es por aquí?!

—¡Sí! —El muchacho agitó la cabeza con seguridad—. ¡Ya queda poco! ¡En un rato será mejor!

A Roberto no le quedaba más remedio que aceptar la confianza del chico, aunque no dejaba de preguntarse qué consideraría él como «mejor» dentro de su cabeza. Por suerte, al cabo de un par de minutos, la vereda desembocó en un camino algo más ancho y alejado del borde. No era un sendero demasiado transitado y las ramas altas de la maleza le arañaban el rostro, pero aun así se empezó a sentir más seguro. Por fin llegaron al camino principal, ya mucho más lejos del faro, y desde ahí se lanzaron en una sigilosa carrera hacia el Cucorno, la casa familiar de los Freire.

No les hizo falta llamar a la puerta. Los Freire debían de tener a

alguien montando guardia, porque cuando llegaron junto a la casa, Rosalía Freire los esperaba en el umbral, flanqueada por dos de los suyos.

—¡Gracias a Dios que estáis aquí! —dijo la mujer, mientras sepultaba a Diego en un abrazo—. ¡Estábamos muy preocupados, sobre todo por ti, pequeño demonio! ¿Dónde os habíais metido?

—Es una larga historia —suspiró Roberto, reconfortado cuando la recia puerta de madera se cerró a su espalda—. Pero eso no es importante ahora: los Docampo están en pie de guerra y vienen a por vosotros.

—Eso ya lo sabemos —replicó la mujer, meneando la cabeza con disgusto—. Era cuestión de tiempo.

—Se quieren quedar con la totalidad del dinero y de paso ajustar cuentas con los Freire por un montón de rencillas del pasado —añadió él, con tono grave—. Van en serio. Yo no me lo tomaría a broma.

—Claro que van en serio. ¿Cómo sabes todo eso?

—Porque Ramón Docampo en persona me lo contó. —Roberto se dejó caer en una silla. El dolor del brazo, ahora que la adrenalina ya no le bombeaba a toda velocidad por las venas, se había vuelto insoportable—. Creo que ha perdido el juicio, pero no hay nadie que pueda hacerle cambiar de opinión. No en su casa, al menos.

—Ni fuera de ella tampoco —musitó Rosalía, con voz apagada.

Roberto la observó con atención y solo entonces cayó en la cuenta del tono grisáceo de la piel de la mujer y de las profundas bolsas oscuras que sombreaban sus ojos, producto de una noche en vela. De repente ya no era la matriarca autoritaria y de gesto firme que había conocido, sino una mujer agotada, desbordada y frágil. Aun así, la llama de la determinación brillaba todavía en su mirada.

—Ese brazo suyo tiene mala pinta.

—Hay algo que no está en su sitio. —Roberto apretó los dientes —. Duele a rabiar.

—Estamos acostumbrados a lidiar con ese tipo de cosas — contestó Rosalía—. Cuando marisqueas en las rocas, sucede todo el rato. Suba a la enfermería que hemos montado en la planta de arriba y que se lo mire Antía.

«Una enfermería. Se están preparando para una guerra».

Roberto se levantó con esfuerzo y subió las escaleras agarrado al pasamanos con su brazo sano. Al pasar por delante del salón donde

había contado a los Freire el hallazgo del hombre decapitado, observó que habían despejado la habitación y movido una gran mesa de caoba hasta el centro.

La escena era tan similar a la de la casa de los Docampo que una sonrisa amarga afloró en su boca. Alrededor de la mesa, tres personas se afanaban en preparar un rudimentario arsenal de hoces, hachas y escopetas de caza. Se fijó en que uno de los Freire, el furtivo que había saqueado el coto de pesca de Pampín, sostenía entre las manos un artefacto de aspecto vagamente conocido. Tardó un rato en identificarlo y cuando lo hizo se quedó paralizado.

Era un viejo MP-40, un subfusil de culata plegable semejante al que había visto en manos de soldados alemanes en infinidad de películas bélicas. El hombre insertaba con cuidado los proyectiles en el cargador alargado del arma, con expresión concentrada. Roberto meneó la cabeza. El subfusil estaba aceitado con mimo y parecía en buen estado, con el cañón negro de acero pavonado dibujando un óvalo mortal en su boca, pero debía de tener más de ochenta años. Sin duda era un recuerdo que Orlando Freire se había llevado del submarino alemán, junto con el oro.

No pudo evitar preguntarse cuántas más reliquias como aquella andarían dando vueltas por la isla y, sobre todo, cuál sería el estado de las balas, después de ocho décadas guardadas en algún cajón. La munición vieja, como sabía por experiencia, tendía a comportarse de manera errática y, en ocasiones, era más peligrosa para quien disparaba que para su objetivo.

Aquello tenía cada vez peor pinta. Los Freire pensaban defenderse y además tenían armas de guerra, antiguas y poco fiables, pero aún potencialmente mortales, a su disposición. Los Docampo eran más numerosos y llevaban la iniciativa, pero aquel trasto equilibraba la balanza.

Se arrastró por el pasillo hasta llegar a la enfermería montada en una galería acristalada que daba a un patio interior atestado de cajas de pesca, nasas y trastos viejos. En la galería había un par de camas alineadas contra la pared y una de ellas estaba ocupada por un joven Freire, de aspecto aniñado y con la frente perlada de sudor, con un fino bigotillo rubio sobre el labio superior, fruncido en aquel instante. Tenía un corte alargado y poco profundo en el antebrazo derecho y Antía estaba a su lado, envolviéndoselo con lo que parecían vendas

confeccionadas con una sábana rasgada a tiras. Junto a ella, en el suelo, había otro vendaje ensangrentado.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó a bocajarro—. ¿Han sido los Docampo?

Antía alzó la mirada y su expresión se volvió preocupada al observar su estado.

—No lo sabe. —Se concentró de nuevo en su tarea—. Ayer por la noche volvía de revisar los amarres de las barcas de la playa cuando alguien le atacó en medio de la oscuridad.

—No pude verlo bien —añadió el chico, con voz temblorosa—. Estaba muy oscuro y fue todo muy rápido. Salió de un lado del camino y me lanzó un tajo. Levanté el brazo para defenderme y entonces tropezó. Yo estaba desarmado, así que me vine corriendo para casa.

Roberto apretó los labios, pensativo. El ataque había tenido lugar la noche anterior, mientras él dormía en el cobertizo pegado a la iglesia. Si habían sido los Docampo, era una mala noticia, porque significaría que la guerra ya había comenzado. Pero si se trataba de la misma persona que había decapitado al hombre del camino, entonces era mucho peor, porque querría decir que el Tangaraño aún seguía ahí fuera, buscando más objetivos... por el motivo que fuera.

—¿Pudiste verlo? ¿Cómo era?

—No lo sé, ya le he dicho que estaba muy oscuro. —Las lágrimas asomaron a sus ojos—. Escapé en cuanto pude. Fui un cobarde. Lo siento.

—No lo sientas. —Roberto le apoyó la mano en el hombro—. Los cementerios están llenos de valientes que no supieron cuándo convenía escapar. Has sido listo y estás con vida, eso es lo importante.

—Esto ya está —dijo Antía, a la vez que le daba un último toque al vendaje—. Está mucho mejor que ayer, pero procura no mover demasiado el brazo. Bien, veamos ahora lo tuyo. Tienes un aspecto horrible.

—Caray, muchas gracias —replicó Roberto, irritado—. Es un gran diagnóstico médico, sin duda.

—¿Qué te ha pasado? —dijo ella, ignorando su sarcasmo.

—Creo que me he dislocado el hombro.

—¿Dónde? ¿Cómo?

Roberto giró la cabeza a su alrededor. La galería estaba aparentemente desierta, pero no podía saber quién podría estar

escuchando.

—¿Hay otro sitio donde podamos hablar con calma? —Lanzó una mirada elocuente hacia el muchacho, que estaba tendido en la cama con los ojos cerrados.

Antía le observó durante el espacio de un par de latidos, indecisa. Quizá fue el aspecto agotado de Roberto el que la convenció por fin.

—Claro que sí. —Se puso en pie y le tendió una mano—. Ven conmigo.

Le guio por un pasillo que él no conocía hasta un cuarto situado casi al fondo. Al entrar, se dio cuenta de que se trataba del de la propia Antía.

Era una habitación cálida y decorada con gusto. Una cama grande y de aspecto antiguo constituía la pieza principal del dormitorio, cubierta de una colcha colorida y cosida a mano. Pegado a una pared había un armario ropero de caoba y justo en la pared contraria un escritorio y una estantería de media docena de baldas cargada de libros que amenazaba con derrumbarse bajo su peso. El papel de pared, algo desvaído pero elegante, le daba al dormitorio un ambiente acogedor, en contraste con el día cada vez más oscuro y desapacible que se adivinaba al otro lado de la ventana. En el aire flotaba un aroma a velas, sándalo y perfume que resultaba relajante.

—Siéntate en la cama, antes de nada. —Antía le examinó con gestos firmes y medidos, sin aspavientos ni movimientos innecesarios —. Tienes unos cuantos cortes y moratones sin importancia, pero creo que te has dislocado el hombro. Tenemos que hacer una reducción para recolocarlo.

—Eso suena a algo doloroso.

—Lo es —dijo ella, mientras envolvía una sábana alrededor de su torso y la pasaba por debajo de su hombro dislocado con firmeza—. Contaré hasta cinco y lo pondré en su sitio. ¿Estás preparado?

—No lo sé. ¿Cómo se prepara uno para esto?

—Respira hondo y cierra los ojos. —Antía colocó las manos sobre el hombro dislocado y se lo giró en un ángulo de cuarenta y cinco grados—. ¿Listo? Uno, dos...

Antes de acabar la cuenta, hizo rotar el brazo de Roberto con un movimiento decidido que le pilló por sorpresa. El dolor fue tan intenso e inesperado que la habitación dio vueltas a su alrededor. Por un segundo pensó que se iba a desmayar y soltó un alarido, mitad

juramento y mitad exclamación.

—Ya está —dijo Antía—. ¿Cómo te sientes?

Roberto movió el brazo con cautela. Aún le dolía horrores, pero no era la sensación punzante de que alguien le estaba clavando un puñal en la articulación que había tenido hasta un momento antes. Fuera lo que fuese que hubiese hecho, lo había devuelto a su lugar. Se metió en la boca el par de analgésicos que le tendía ella y los tragó de golpe.

—Vale, ahora cuéntame qué ha pasado. —Antía se sentó a su lado, sobre la cama—. Y no ahorres detalles.

Roberto tomó aire y empezó a hablar. Le explicó todo lo sucedido desde la última vez que se vieron, incluyendo la conversación con Ramón Docampo y la emboscada que le habían tendido los fareros. Antía frunció el ceño al escuchar esa parte, pero se vio sustituido por un gesto de alarma cuando le describió la huida por la fachada del faro.

—¡Sois unos inconscientes! —protestó—. ¡Os podríais haber roto la crisma!

—Ya, bueno —dijo moviendo el brazo recién colocado en círculos lentos—. La alternativa era quedarse esperando a que Ibaibarriaga y su gente llegasen de nuevo.

—Nunca me gustó ese tipo —masculló ella—. Nunca me ha gustado ninguno de ellos, siempre apartados y con esos aires de superioridad. Lo que no podía imaginarme es que fuesen unos canallas.

—La gente siempre te sorprende —contestó Roberto, agotado. La habitación se empeñaba en girar a su alrededor—. Oye..., ¿te importa si me tumbo un rato?

—¡Oh, perdona! —Se llevó una mano a los labios—. Claro que sí. Tienes que estar mareado, después de recolocar el brazo.

Roberto se recostó sobre la cama con un suspiro de satisfacción. Era blanda, cómoda y olía ligeramente al perfume de ella. Le pareció el sitio más confortable donde jamás hubiese estado.

Y en ese instante, Roberto se dio cuenta, no sin cierta sorpresa, de que era la primera vez desde que había puesto un pie en Ons que se sentía a salvo.

27

Antía

Durante un buen rato los dos guardaron un agradable silencio, solo roto por el ruido de la lluvia golpeando los cristales de la ventana. Antía seguía sentada a su lado, tan cerca que podría tocar su espalda, de haber querido.

—Háblame de ti —murmuró él, adormilado. Los analgésicos empezaban a hacerle efecto y le apetecía escuchar otra voz.

—¿Cómo dices?

—Cuéntame cosas sobre ti, sobre tu vida. ¿Quién es de verdad Antía Freire?

—La verdad es que no hay mucho que contar. —Notó en su voz una sonrisa azorada—. Me temo que mi vida te va a parecer muy aburrida, comparada con la tuya.

—Tú prueba.

—Bueno, a ver. —Suspiró y se recogió el pelo en un movimiento grácil e inconsciente—. No nací en la isla, sino en un hospital de tierra firme, pero he vivido aquí prácticamente toda mi vida, excepto cuando estuve estudiando.

—¿Ah, sí? ¿Y qué estudiaste?

—Marketing y dirección de empresas —contestó ella, con una mirada llena de orgullo.

—¿De veras? —Roberto abrió los ojos—. Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Qué pasa? —replicó Antía, mordaz, pero con una media sonrisa—. ¿Te imaginabas que era una isleña paleta que apenas sabía leer?

—No, no quería decir eso. Me ha sorprendido, eso es todo.

—Soy la primera Freire con estudios universitarios. Se tuvieron que esforzar mucho para poder pagarme la carrera y mi intención era devolvérselo.

—¿Cómo?

Antía suspiró de nuevo, con la mirada perdida en alguna parte.

—Quería montar un hotel en la isla, quizá con una pequeña flota privada de barcos que pudiesen hacer el servicio de ferri desde tierra para traer a los visitantes. Más o menos lo que hago ahora con las casas de alquiler de los vecinos, pero en un lugar que pudiese llamar mío, que hubiese levantado yo desde cero.

—Suena como un proyecto fenomenal. ¿Por qué no lo has hecho? ¿Qué pasó?

Por un instante se hizo el silencio. La lluvia zarandeaba la ventana y una corriente de aire se colaba por algún resquicio, zureando con suavidad.

—Pues pasó que era muy joven, algo idiota, y que estaba enamorada de un chico que resultó ser algo distinto a lo que me imaginaba. Me casé con él.

—Ah, vaya. —Roberto se incorporó para apoyarse en el brazo sano—. O sea, que estás casada.

Otro silencio, esta vez algo más corto. Antía se encogió de hombros.

—Ya no. —Negó con la cabeza, al fin—. Era marinero de altura, o lo sigue siendo, mejor dicho.

—Una vida dura.

—No lo sabes tú bien. ¿Sabes cómo llaman algunos a las mujeres de los marineros de altura, los que se van a hacer largas mareas por los océanos del mundo?

—No tengo ni idea.

—Las «viudas en vida», las llaman. —Pronunció las palabras como si tuviesen un gusto amargo—. Mujeres que apenas ven a sus parejas tres o cuatro meses al año, con suerte. Mujeres solitarias, que muchas veces se quedan cuidando de la casa y criando a sus hijos en soledad, con un padre ausente.

—No parece un plan que te encaje demasiado.

—No lo era —replicó ella—. Y cuando él se dio cuenta de que Diego y yo no íbamos a aceptar vivir así, no le gustó demasiado..., ni a mí tampoco su reacción.

—¿Diego? ¿Qué tiene que ver tu hermano en todo esto? —preguntó Roberto, extrañado.

Por toda respuesta, ella suspiró y se le quedó mirando fijamente

durante un rato largo, muy largo, mientras la contestación a aquella pregunta se abría camino entre ambos. De golpe, Roberto lo comprendió.

—¡Diego no es tu hermano!

—No, no lo es —contestó ella, con la sonrisa más triste que se pudiese imaginar en el rostro de una mujer—. Diego es mi hijo.

De repente, todo cobraba sentido. El aire protector que siempre desplegaba Antía sobre el muchacho. Su reacción feroz, casi desesperada, para proteger al chico cuando pensaba que había matado a Pampín. Su extraordinario parecido físico.

—No lo entiendo. —Roberto frunció el ceño—. ¿Diego tampoco lo sabe?

Ella bajó la mirada y negó con un gesto lento.

—¿Por qué no decís la verdad?

—Es una historia muy larga. —Antía meneó la cabeza—. Descubrimos que era diferente a los otros niños a las pocas semanas de haber nacido. Mi ex renegó de él y afirmó, y cito textualmente, que «un imbécil no puede ser hijo mío», antes de desaparecer.

—Menudo gilipollas —se indignó Roberto.

—Mi madre no quería que yo tuviese que hacer frente a las habladurías de la gente, así que actuamos como si fuese hijo suyo. —Se giró para mirarle—. Quizá te parezca absurdo, pero no te puedes imaginar lo cruel que puede ser un pueblo pequeño con estas cosas.

—¿Y los Docampo saben la verdad?

—Seguro que lo sospechan, pero no tienen pruebas. Diego y Helena nacieron en tierra, con pocos días de diferencia. Tía y sobrino pasaron a ser hermanos mellizos. Ya te dije que me casé muy joven.

—¿Qué sucedió con tu marido?

—Nada que me apetezca contar. —Ella encogió los hombros con un estremecimiento—. Digamos que las cosas siguieron su curso. Me divorcié hace años. Es cosa del pasado.

—¿Y qué hiciste después?

—Me quedé en la isla, claro. —Se colocó un mechón rubio detrás de la oreja—. Mi padre había muerto en el accidente de la planeadora, mi madre estaba sola con una niña de pocas semanas y además Diego me necesitaba. Ya le conoces, es pura bondad.

—¿Y tu proyecto?

—Tuve que aparcarlo, como comprenderás. Más tarde, las cosas

en la isla cambiaron, con lo del parque nacional y todo eso. —Su voz se apagó un poco—. Ahora ya no es posible llevarlo a cabo, pero hay que seguir adelante. Por eso me encargo de gestionar las casas de alquiler en verano.

Roberto guardó silencio, masticando aquella revelación. Una vez más, la dureza de la vida en la isla de Ons le sorprendía.

—¿Nunca has pensado en irte? ¿Vivir en otro lugar? ¿Empezar de cero una nueva vida?

—No sin Diego. —Ella negó con la cabeza—. Me necesita. Además, es un chico que precisa de muchas atenciones: profesores especializados, cuidados médicos, cosas demasiado caras que no podría pagar en tierra firme, incluso si encontrase un buen trabajo.

—Por eso dudaste el día que abrimos el fardo y contamos el dinero —aventuró Roberto—. Aunque sabías que no debíamos quedarnos con él.

—Es verdad —reconoció ella con aire culpable—. Por un segundo creí..., pensé que..., en fin, que otra vida era posible. Pero ya has visto adónde nos ha llevado ese condenado dinero.

—Y ahora estamos aquí.

—Y ahora estamos aquí —repitió ella, con una sonrisa triste.

Ambos guardaron silencio, disfrutando de aquella burbuja de intimidad. Antía se echó hacia atrás y apoyó la espalda en el cabecero, pegada a Roberto, que podía sentir el calor tenue que irradiaba la mujer. De no ser por el infierno que se estaba desatando a su alrededor, habría sido un momento perfecto. De repente, detuvo la mirada en un punto de la estantería llena de libros y sonrió.

—Por lo que veo, ya me conocías de antes. —Señaló hacia un ejemplar de *La mirada fugaz* colocado entre un montón de novelas—. No me lo habías dicho.

Antía se sonrojó y se llevó las manos a la cara.

—No quería parecer una fan chiflada nada más encontrarnos. Y ahora me estoy muriendo de vergüenza.

Roberto rio, con una risa alegre y pegadiza que acabó por contagiarse a Antía.

—No tienes nada de que avergonzarte —dijo al fin—. Al menos podrías decirme si te gustó.

—Sí, mucho. —Le miró de reojo—. Si tengo que ser sincera, creo que escribes muy bien.

—Oh, vaya, ahora el que se va a poner colorado soy yo.

—Tu vida sí que es interesante. —Antía se giró y le miró, muy de cerca—. Has viajado por todo el mundo, conocido países exóticos y has sido testigo de cosas terribles, sí, pero también de momentos extraordinarios. Después de haber experimentado todo eso, yo te debo de parecer totalmente anodina. Aburrida.

—No, para nada. Es solo que...

—¿Qué?

—Mi vida no es tan bonita, o al menos mi vida anterior, cuando era reportero; no era tan interesante como piensas —le explicó él—. Una sucesión de hoteles sucios y destrozados, si había suerte, nunca demasiado tiempo en el mismo lugar, y casi siempre miseria y dolor a mi alrededor. He visto suficiente muerte y destrucción como para llenar varias existencias y pensaba que lo había dejado atrás... hasta que llegué aquí y las cosas se salieron de madre.

—Parece que tu pasado te persigue —musitó ella.

—Algo así.

—Por eso dejaste de ser reportero —aventuró Antía—. Por eso decidiste convertirte en escritor. Para dejar atrás esa vida.

—Más o menos. —Una sensación opresiva se había instalado de golpe en su pecho. Su oscuro secreto sonreía, burlón, desde el fondo de su cabeza—. Hay algo más.

—¿De qué se trata?

Roberto abrió la boca, pero fue incapaz de pronunciar una sola palabra. Lo que tenía atravesado en la garganta tan solo se lo había contado a Carmen Gavín y a su psicóloga. Nunca se lo había dicho en voz alta a nadie más. No podía.

Y de repente se dio cuenta de que quería que Antía lo supiese. Que aquellos eran el momento, la persona y el lugar adecuados. Y que si no lo dejaba salir, allí y en aquel preciso instante, quizá jamás pudiese hacerlo. *Necesitaba* compartir con ella toda su historia.

—Voy a contarte algo que no sabe casi nadie —comenzó, vacilante.

—Tranquilo, sé guardar secretos.

Hubo un instante de silencio, un último momento de duda que cayó derribado con un suspiro.

—¿Sabes dónde está el golfo de Sirte? —preguntó por fin, con la voz estrangulada.

—Me parece que en el norte de África, en la costa de Libia, ¿no? —dijo ella, confundida.

—Hace unos cuatro años estaba allí, cubriendo la guerra civil libia —arrancó él—. Es uno de esos conflictos intermitentes de los que se ha olvidado casi todo el mundo, pero que sigue matando gente a diario. Estaba en una ciudad que se llama Ras Lanuf cuando encontré a un grupo de gente que había contratado un barco para cruzar hasta el sur de Italia.

—¿Huían de la guerra?

—Algunos sí. —Roberto ladeó la cabeza hacia ella—. Pero la mayoría habían llegado a Libia después de haber hecho una caminata a través de media África. Estaban desesperados, agotados y hambrientos. Solo Dios sabe lo que habían tenido que hacer para llegar a Ras Lanuf y conseguir un pasaje en aquel barco. Decidí que iría con ellos.

—¿En un barco de traficantes de personas? —Antía abrió mucho los ojos.

—Eso es. Pensé que sería una gran historia y, además, si nos cruzábamos con alguna patrullera italiana o griega, mi presencia a bordo haría que todo fuese más fácil. Que los ayudaría.

Ella le observaba totalmente fascinada.

—Zarpamos una noche sin luna y con nubes, para no ser vistos. —La voz de Roberto se había reducido a un susurro, mientras su secreto salía a la luz—. El barco era tan solo un bote alargado de madera que se caía a cachos, con un par de motores asmáticos en la popa y un montón de bidones de gasolina repartidos por dentro para poder llegar hasta Lampedusa. En condiciones óptimas, en aquel cascarón cabrían quince personas. Los traficantes consiguieron apiñar a cincuenta.

—Dios mío...

—Más de la mitad eran mujeres jóvenes, que habían pasado experiencias mucho más atroces antes de llegar hasta allí. —Le dedicó una sonrisa triste—. Dudo que alguna de ellas no hubiese sido violada al menos un par de veces a lo largo de su camino. De todas formas, creo que de todos los que íbamos a bordo, el que más miedo tenía era yo... porque supongo que los demás pasajeros no eran conscientes de lo peligroso de aquella travesía.

—¿Y qué pasó?

—A las tres horas de haber zarpado, uno de los motores se averió. —Roberto tragó saliva—. Y dos horas después, el otro también falló y quedamos a la deriva, en medio de un mar cada vez más picado. Si hubiésemos tenido potencia, quizá podríamos haber salido de allí, pero sin motores, las olas acabaron volcando el barco.

—Oh, Roberto... —Antía le sujetó una mano, en un gesto de consuelo, pero él ni se dio cuenta. Su mente estaba muy lejos de allí, en aquella noche aciaga.

—Cincuenta personas al agua, en mitad del Mediterráneo, en plena noche. —La voz se le quebró—. ¿Puedes imaginarte el ruido que hacen cincuenta personas que no saben nadar, ahogándose en medio de una oscuridad absoluta? ¿Los gritos de pánico, el terror? Yo lo escuché... y no lo olvidaré en mi vida. Tengo pesadillas casi todas las noches.

Roberto se estremeció.

—Pasé las siguientes horas agarrado a un bidón vacío de combustible, sacudido por las olas, en medio de la noche cerrada. —Su voz ya solo era un susurro—. Y eso no es lo peor.

Hizo una pausa, tanteando entre las palabras, sin saber muy bien cómo verbalizar aquella parte.

—Tuve que... tuve que pelear con otros dos migrantes por aquel salvavidas. Era demasiado pequeño y solo podía sostener a una persona a flote. Di golpes, patadas..., yo qué sé. No soy capaz de recordarlo bien. —Se detuvo un instante, con la mirada vidriosa—. El hecho es que a la siguiente mañana, yo estaba vivo y ellos no. Se habían ahogado. Yo los había condenado a muerte. Yo los maté.

—Eso no es verdad —protestó Antía, vehemente—. No tenías otra opción. Te estabas jugando la vida.

—Puede ser. —Él se encogió de hombros, cansado—. Pero eso me persigue desde entonces. No sé cuántas horas pasé a la deriva. Ya amanecía cuando me recogió una patrullera y me llevaron a la costa. Desde entonces le tengo un pánico atroz al mar. En cuanto salí del hospital, supe que mis días como reportero habían terminado. Y que nunca, jamás, bajo ningún concepto, le haría daño a nadie.

—Chissst, Roberto, tranquilo. —Antía se inclinó hacia él y le envolvió en un abrazo, mientras él se echaba a llorar.

Era un sollozo profundo, grave, casi un gemido sordo que también tenía algo de liberación, de peso muerto que se había ido

para siempre. Sus lágrimas, una mezcla de pena y alivio, mojaban el hombro de Antía, que le mantenía firmemente sujeto entre sus brazos. Al cabo de un rato, por fin, se secó las mejillas con el dorso de la mano y la miró fijamente.

—Ya sabes lo que soy —dijo con voz trémula—, lo que he hecho.

—Hiciste lo necesario para sobrevivir —le contestó ella, sujetando su cara entre sus manos—. Como hacemos en la isla. Como he hecho yo. Como hemos hecho siempre. No tienes nada de lo que avergonzarte.

—Yo solo quiero una vida tranquila, eso es todo —musitó él—. Ser feliz.

—Ser feliz —repitió ella, mirándole a los ojos—. Ese es un plan al que me apuntaría.

Se quedaron callados, conscientes de que entre ambos se acababa de forjar un vínculo profundo y solemne. En ese instante no existía la isla, las rencillas, el dinero o los asesinatos. Solo importaba aquel momento, aquella pompa de jabón forjada en las emociones. Allí y ahora..., y justo entonces la puerta se abrió con estruendo.

—¡Antía! ¡Amigo! —Diego se apoyaba en el umbral, jadeante—. ¡Estabais aquí! ¡Menos mal que os encuentro!

La pompa de jabón estalló en mil pedazos iridiscentes y ambos se sentaron rectos en la cama, como un par de muchachos pillados haciendo novillos. Aun así, la conexión seguía fluyendo entre ellos, incontrolable. Cualquier otro se habría dado cuenta de que había sucedido algo entre los dos, pero Diego estaba demasiado preocupado... y, bueno, además era Diego.

—¿Qué pasa? —Antía carraspeó algo colorada, mientras se recolocaba—. ¿A qué vienen esas prisas?

—Es Helena. —Diego tragó saliva y entonces se dieron cuenta de que el chico estaba preocupado de verdad—. Ha desaparecido. Nadie sabe dónde está.

28

Helena

No resultó sencillo entender las confusas explicaciones del muchacho, que se enredaba sin parar al hablar. Al final consiguieron sacar en claro que la última vez que alguien había visto a Helena en la casa había sido un par de horas antes, en la planta baja.

—Mamá Rosalía está muy preocupada —concluyó Diego, al fin, arrugando la frente—. Tiene miedo de que los Docampo la hayan *r-r-ratenido*..., no sé qué es eso.

—Es lo que nos faltaba —murmuró Antía, exasperada—. ¿Dónde se puede haber metido esa condenada cría?

—Creo que sé dónde puede estar —masculló Roberto, poniéndose en pie—. Voy a por ella.

—No digas tonterías. —Se volvió hacia él, muy seria—. Te acabo de hacer una reducción de hombro. No puedes ir a ninguna parte. Además, ¿cómo la vas a encontrar?

Roberto se mordió la lengua. Tenía que contarle a Antía la relación entre Helena y Tristán Docampo, pero no se atrevía a hacerlo delante de Diego. No sabía si el chico entendía bien el concepto de guardar secretos.

—Tienes que confiar en mí. —Le cogió las manos entre las suyas —. Si no me equivoco, estaré de vuelta con ella en un rato.

—¿Y si la tienen los Docampo? ¿Qué vas a hacer tú solo? —Su rostro palideció al contemplar otra posibilidad—. ¿Y si está...? Ay, Dios...

—No pienses en eso. Seguro que está bien, pero tengo que ir cuanto antes a por ella.

—¿Cómo sabes dónde encontrarla?

—Te lo explicaré todo más tarde, cuando vuelva, te lo prometo.

Salieron de la habitación y, al pasar por delante del salón donde estaban preparando el arsenal improvisado, Antía se frenó en seco.

—Espera un segundo —dijo, antes de acercarse a la mesa. Al cabo de un instante volvió con algo envuelto en un paño.

»Toma, llévate esto. —Le tendió el paquete con determinación.

Roberto desenvolvió el paño y vio que dentro de la tela había una vetusta Walther P38, una pistola de mano que en un día lejano habría pertenecido a algún oficial alemán. Otro recuerdo de la aventura de Orlando Freire de ocho décadas antes.

—No puedo llevarla. —Negó con la cabeza y se la devolvió—. No pienso usar un arma.

—¿Estás loco? —Le miró escandalizada—. ¡Necesitas algo para defenderte!

—Ya te he dicho que no pienso hacerle daño a nadie, nunca jamás. Y eso incluye a los Docampo, por muy despiadados que sean. —Se golpeó la sien con un dedo—. Además, tengo mi cabeza. Eso es todo lo que necesito para salir bien parado.

—Estás siendo muy confiado —protestó Antía.

—He salido de líos peores, créeme —replicó Roberto, intentando aparentar una serenidad que no sentía—. Dadme una hora.

—Por favor, ten mucho cuidado. —Antía le apretó las manos con fuerza—. No quiero que te pase nada.

Roberto recogió su arruinada parka del perchero de la entrada y salió de nuevo al exterior. Había dejado de llover e incluso el viento parecía haberse concedido un momento de tregua. Sin embargo, el cielo seguía cargado de nubes negras y ya apenas había luz. Aquel respiro no duraría demasiado.

Estaba casi seguro de que Helena habría ido al encuentro de Tristán en el refugio secreto que ambos compartían, no solo porque era lo que habría hecho él de haber sido un adolescente enamorado en medio de aquel caos, sino porque además era lo que él mismo les había pedido tres días atrás. La chica no era consciente de lo peligrosos que se habían vuelto los caminos de la isla y, sin querer, quizá se había metido en la boca del lobo. Y, en parte, sería por su culpa.

El viaje hasta el núcleo de casas donde se reunían los amantes le llevó mucho más tiempo del que se había imaginado. Caminaba con cautela, procurando hacer el mínimo ruido al desplazarse y con todos los sentidos alerta, mirando detrás de cada árbol y arbusto, imaginándose posibles emboscadas cada pocos metros. Sin embargo,

no tropezó con nadie en su trayecto. Estuvieran donde estuviesen los Docampo o los fareros, si es que estos últimos seguían buscándole, no era en aquella parte de la isla.

Al llegar a la puerta, probó el tirador, pero esta vez estaba cerrada. Golpeó con impaciencia, sin dejar de mirar a su espalda, maldiciendo por lo bajo y lamentando haberles recomendado que echasen el pestillo.

Muy pronto oyó unos pasos cautelosos al otro lado.

—¿Quién es? —La voz de Tristán Docampo sonaba atemorizada.

—¡Soy yo! —gruñó, exasperado y con los nervios al límite—. ¡Roberto Lobeira! ¡Abre la maldita puerta de una vez!

La cerradura giró y Roberto entró como una exhalación y cerró a su espalda.

—Bueno, al menos esta vez estáis vestidos —resopló—. Algo es algo. ¿Se puede saber qué coño estáis haciendo aquí? ¿Es que no tenéis ni la menor idea de lo que está sucediendo a vuestro alrededor?

—Necesitábamos saber el uno del otro —dijo Helena, con timidez —. Me estaba volviendo loca. Los teléfonos no funcionan y temía que le hubiese pasado algo.

—Además, tú nos pediste que nos encontrásemos hoy aquí —añadió Tristán, con entereza.

—¡Ya lo sé, ya lo sé! —bufó Roberto—. ¡Pero no cuando la isla de Ons está a punto de convertirse en otro Puerto Hurraco, maldito par de tontos!

—¿En un puerto qué? —dijo Helena, que le miraba confundida, desde el otro lado del abismo de edad que los separaba.

—Da igual. —Barrió el aire con la mano—. Hay que irse de aquí cuanto antes. Cada uno de vosotros debe regresar a su casa y tenéis que prometerme que no volveréis a escaparos para otro encuentro romántico hasta que todo esto haya pasado, por mucho que os apetezca. ¿Queda claro?

Los dos chicos se miraron en otra de aquellas conversaciones mudas y asintieron en un gesto que a Roberto no le inspiró nada de confianza, pero que, por ahora, le tendría que bastar.

—Está bien —dijo—. Helena, yo te acompañaré hasta el Cucorno. Tristán, tú vete directo a tu casa. Ve con cuidado, procurando no llamar la atención, y si ves a algún Freire, o a los fareros, o a cualquier desconocido, procura ocultarte y que no te vean, ¿vale?

—¿Los fareros? —Tristán frunció el ceño—. ¿Qué tienen que ver los fareros en todo esto? ¿Y qué quieres decir cuando hablas de un desconocido? Conozco a todos los habitantes de la isla.

—Ahora no tengo tiempo para explicártelo. Por favor, haz lo que te pido.

—¡Espera un momento! —Los ojos del muchacho se abrieron mucho al comprender—. ¿Quieres decir que puede haber alguien más en la isla, alguien de fuera? ¿Y que esa es la persona que ha matado a Ricardo?

—No lo sé. —Roberto se apretó los ojos, exhausto—. Sí, puede ser.

«El que mataría por otro calmante ahora mismo sería yo».

—¡Entonces eso significa que no han sido los Freire! —exclamó Tristán, exultante, volviéndose hacia Helena—. ¡Todo se puede arreglar!

—Es lo que te estaba diciendo —le reprochó ella, con más cariño que rencor en la voz—. Nadie de mi familia habría hecho algo así.

—Ahora mismo, vuestras respectivas familias se están preparando para algo mucho peor —los interrumpió Roberto, mientras abría la puerta—. Cuanto antes nos vayamos, más posibilidades tendremos de evitarlo. Venga, vamos.

—¡Un segundo! ¡Casi me olvidaba! —exclamó Tristán, mientras abría una mochila de tela y rebuscaba en su interior—. Toma, esto es lo que me pediste.

Roberto se quedó mirando lo que le ofrecía el muchacho y la sensación de alivio que le invadió fue tan poderosa que casi se le doblaron las rodillas. El chico sostenía en la mano una bolsa de plástico en la que descansaba un martillo de mango rojo, con restos de sangre y cabello en uno de sus extremos.

—Muchas gracias, Tristán —murmuró, mientras lo cogía con manos temblorosas—. Me acabas de salvar la vida.

—Ni te imaginas lo que me costó encontrarlo —le explicó el chico—. Estaba en el despacho de mi abuelo, en un cajón de su escritorio. ¡Casi me pilla cuando salía con él! Me faltó poco para mearme encima.

—Lo has hecho muy bien. —Roberto le palmeó el hombro—. Ahora vayámonos de aquí de una vez.

Tuvo que esperar un rato interminable a que los dos chicos se

despidiesen en el cruce de caminos, entre besos, abrazos y susurros llenos de promesas de amor eterno. Roberto basculaba su peso de uno a otro pie, impaciente, temeroso de que alguien apareciese por el sendero, que por suerte seguía desierto.

Pese a la urgencia, se sentía mucho mejor. Con el martillo por fin en su poder, los Docampo no tenían nada que le incriminase en la muerte de Pampín. Sin aquella baza en sus manos y con el dinero a buen recaudo en la tumba del viejo cementerio, el equilibrio de poder había dado de nuevo un vuelco inesperado a su favor. Por supuesto, aún quedaba el asunto del psicópata que andaba suelto por la isla, pero eso era algo de lo que todavía le faltaban demasiadas piezas.

Si conseguía evitar que los Docampo y los Freire se matasen entre ellos durante las siguientes horas, el tiempo correría a su favor. En cuanto la tormenta amainase, se restablecerían las comunicaciones con tierra, volverían los guardas del parque a la isla y, con ellos, la cordura.

Cuando Tristán se alejó rumbo a su casa, caminando de forma furtiva, se volvió hacia Helena.

—Venga, vámonos de una vez. —Se quedó mirando a la muchacha, boquiabierto—. Espera un momento... ¿Qué narices tienes ahí?

—Nada —se apresuró a asegurarle, mientras se cerraba el chubasquero en torno al cuello con gesto culpable.

—¿Cómo que nada? ¡Déjame ver! —Roberto le abrió la chaqueta y comprobó, con desaliento, que Helena Freire lucía un enorme chupetón morado en el cuello, justo bajo su oreja izquierda.

—¡Lo que nos faltaba! A ver cómo explicas esto en tu casa, jovencita —gruñó—. ¿Cómo pretendéis mantener lo vuestro en secreto si vuelves marcada como un potro?

—Fue sin querer —dijo ella, colorada hasta la raíz del cabello—. Nos dejamos llevar un poco...

—¿Un poco? ¡Si parece que te ha mordido Drácula, por todos los santos! —gimió Roberto, exasperado—. En fin, da igual. Procura que no te lo vean y búscate una buena bufanda. Lo último que necesitamos ahora es que tu madre empiece a hacer preguntas.

Echaron a andar hacia el Cucorno en silencio, con Roberto irritado por la inconsciencia de los adolescentes y con Helena algo avergonzada por la situación. Cuando por fin enfilaron el sendero que

llevaba hacia la casa solariega de los Freire, se permitió exhalar un suspiro de alivio. Habían llegado hasta allí sin incidentes. Las cosas, por fin, empezaban a mejorar. Ambos se detuvieron en el patio de piedra que se extendía delante de la fachada y se miraron.

—Ya estamos aquí —susurró Roberto—. Ahora, tenemos que pensar qué vas a decir cuando te pregunten dónde te has metido.

—¡No les podemos contar que he estado con Tristán! —dijo la muchacha, de forma vehemente—. ¡Prometiste que si hacíamos lo que nos pedías, no les dirías nada!

—Y pienso cumplir mi promesa —replicó él—, pero aún necesitamos una buena excusa parta explicar tu aventura fuera de la casa.

—Ya había pensado en eso —dijo ella, con una sonrisa triunfal—. Mira.

Abrió su bandolera y dejó a la vista su interior. Estaba llena de cajas de medicamentos, sobre todo analgésicos y antibióticos, la mayoría de ellos en paquetes ya empezados. Roberto estuvo a punto de coger un par de calmantes, pero se contuvo. Era preferible seguir con dolor en el hombro y mantener la cabeza despejada.

—Muchos turistas se olvidan de este tipo de cosas cuando se van de la isla al final del verano —explicó Helena, radiante—. Les diré que recorrí unas cuantas casas para reunir medicinas. Que pensaba que nos iban a hacer falta y que, como estaba segura de que no me dejarían ir, me escapé. Se enfadarán un poco al principio, pero cuando lo piensen con calma hasta me felicitarán. Ya lo verás.

—Al final vas a ser una chica lista. —Roberto meneó la cabeza, sin poder evitar una sonrisa ante la astucia de la joven.

—Tristán y yo estamos en deuda contigo —añadió ella, con voz ahogada—. Eres una buena persona, Roberto.

—Intento hacer lo correcto, nada más. Y vuestra deuda ya está saldada con creces. Lo único que necesito es que no hagáis el tonto, por lo menos durante los próximos días.

—No daremos ningún problema, ya verás. —La muchacha le regaló una sonrisa deslumbrante—. ¡Oh, gracias, gracias, de verdad!

En un gesto impulsivo, se lanzó hacia él y se fundió en un abrazo con Roberto, que, cogido por sorpresa, se limitó a darle unas palmaditas en la espalda.

Era un gesto inocente. Banal.

Pero el destino, burlón, todavía tenía ganas de jugar a los dados.

El vigía de los Freire, que los había visto llegar, ya había dado el aviso. En aquel preciso instante, la puerta del Cucorno se abrió y la figura rechoncha de Rosalía Freire salió a la carrera. Cuando vio a Roberto y a Helena unidos en un abrazo, se detuvo en seco, estupefacta. Ambos se soltaron, pero ya era demasiado tarde.

La mirada de Rosalía Freire, preñada de desconfianza, saltaba del uno al otro y de repente se detuvo en el cuello de Helena. En su cara se dibujó primero un rictus de sorpresa, seguido casi de inmediato por otro de indignación.

—Maldito hijo de puta. —Su voz tenía el tono quebradizo de un témpano de hielo—. ¿Cómo se atreve?

—No es lo que parece. —Roberto levantó las palmas de las manos, apaciguador.

—No necesito que me explique nada —respondió la mujer, heladora—. Tengo ojos en la cara. No soy idiota y sé lo que veo.

—Si me deja explicar...

—¿Qué tiene que explicar? —restalló ella, con ira—. ¿Que ha seducido a una niña? ¿Que se ha aprovechado de una chica que apenas tiene dieciocho años?

Roberto sintió como si una enorme fosa se abriese bajo sus pies. Tan solo era un monumental malentendido, pero la mujer estaba demasiado poseída por la furia como para atender a sus explicaciones.

—Helena, por favor. —Se giró hacia la muchacha, que estaba pálida como un muerto y en estado de shock—. Dile a tu madre que no tengo nada que ver con eso, que no es lo que está pensando. *Por favor*.

Pero Helena los contemplaba con ojos desorbitados, incapaz de pronunciar ni una sola palabra, atrapada en un dilema de imposible solución.

—Mamá, yo no... —se atragantó—. Yo no...

—No digas ni una palabra más —ordenó la matriarca—. Entra en la casa. Ya hablaremos más tarde. Eres la vergüenza de la familia.

—Mamá... —gimió Helena, mientras las lágrimas empezaban a brotar de sus ojos. Miraba alternativamente a Roberto y a su madre con la desesperación de un animal enjaulado.

—¡He dicho que entres en casa! —rugió la mujer—. ¡Ahora!

Con un sollozo, Helena se lanzó a la carrera hacia el interior del

Cucorno, con los hombros encogidos y el corazón roto. Roberto se quedó de pie en el patio, frente a la matriarca, atrapado en la sensación gelatinosa de una pesadilla.

—Confié en usted —escupió la mujer, con rabia—. Le abrí mi casa, le ofrecí mi hospitalidad y la de mi familia y nos lo paga así.

—Es un error —balbuceó Roberto—. Se equivoca.

—Me equivoqué cuando le ofrecí nuestra amistad —le interrumpió ella—. No volverá a pasar.

La mente de Roberto zumbaba a toda velocidad. Si le contaba la verdad, ella se negaría a creerle, a aceptar que su hija estaba enamorada del vástago de sus peores enemigos, aquellos que estaban a punto de lanzarse a muerte contra ellos. Y en el improbable caso de que le creyese, solo contribuiría a empeorar la cosas, pues quedaría claro que él los había encubierto como un cómplice. Era una situación diabólica.

—No se vuelva a acercar al Cucorno nunca más —dijo, con una voz tan gélida que parecía salida de una galaxia lejana y oscura—. Ni se le ocurra intentar hablar con ninguno de los nuestros: ni con Antía, ni con Diego y sobre todo con Helena. Para los Freire, usted está muerto. ¿Le ha quedado claro?

—Por favor, deje que le explique —suplicó él.

—El tiempo de las explicaciones ha pasado. —Ella escupió a sus pies—. Hemos terminado.

Rosalía Freire se giró y entró de nuevo en la casa. Los cerrojos de la puerta rechinaron y Roberto se quedó mirando impotente hacia la fachada, intentando comprender lo que acababa de suceder. Entonces oyó un ruido en la planta superior, levantó la mirada y una bola de hielo del tamaño de una bala de cañón se instaló en su estómago.

Asomada a una de las ventanas, Antía Freire le contemplaba. Roberto no podía saber cuánto tiempo llevaba allí, lo que habría visto o escuchado, pero su mirada lo decía todo.

Había desconcierto en sus ojos, rabia y desengaño, pero sobre todo dolor. Mucho dolor.

—¡Antía, espera! —gritó él, demasiado tarde.

Antía Freire cerró la ventana con un golpe seco y Roberto Lobeira, el autor de éxito, el reportero intrépido, el hombre de mundo, se quedó plantado en el solitario patio del Cucorno sintiéndose la persona más desgraciada de la tierra.

Había empezado a llover de nuevo, una cortina de gotas finas que anticipaban el aguacero. Roberto se mantuvo como un pasmarote en el patio durante un par de minutos, con el cerebro cortocircuitado, intentando asimilar cómo era posible que todo se hubiese ido al infierno en apenas unos minutos.

Derrotado, se alejó de allí arrastrando los pies. Cuando estuvo en medio del camino, se dejó caer sobre una roca que asomaba entre la hierba.

Había perdido la confianza de Antía de la forma más estúpida posible y aquella certeza le partía el corazón. Pero eso no era lo peor.

La última posibilidad de evitar lo que estaba a punto de suceder se había esfumado. Los Freire le habían repudiado, con su honor ofendido. Era un enemigo más para ellos.

Los Docampo, por su parte, en cuanto descubriesen que el dinero no estaba en la iglesia y que el martillo había desaparecido, irían a por él con toda su furia desatada.

Por si no fuese suficiente, Ibaibarriaga y el resto de los fareros le estaban buscando con las peores de las intenciones.

Y para acabar de complicar la situación, aquel misterioso asesino que estaba asolando la isla continuaba en algún lugar, ahí fuera, buscando a su próxima víctima, que podría ser él.

Con el corazón encogido, Roberto comprendió que no tenía ningún aliado... y que estaba solo en aquella isla incomunicada y a punto de explotar.

29

Rodeado de agua por todas partes

Cuando llegó a su casa, media hora después, *Armand* rugía con fuerzas renovadas después de haberse tomado un pequeño respiro. La lluvia era tan densa que se había transformado en una muralla casi sólida. Por eso solo descubrió lo que le esperaba cuando entró en su jardín y se plantó ante la vivienda.

La puerta estaba arrancada de cuajo y colgaba de uno de los goznes, sacudida por el viento. Los fareros se habían empleado a conciencia para echarla abajo y la cerradura se había partido, con el mecanismo todavía enganchado en su soporte y la otra mitad encastrada en el marco. Las ventanas estaban reventadas y las contras golpeaban la pared con un sonido hueco que le ponía los pelos de punta.

Entró con cautela, sobre una alfombra de cristales rotos que chirriaba bajo sus pies. El interior estaba arrasado por completo.

El colchón de su cama estaba rajado, dejando a la vista sus tripas de muelles, y lo mismo sucedía con el sofá, rodeado de un mar de espuma amarilla despanzurrada. Sus visitantes se habían ocupado a fondo de la vivienda y no quedaba ni un solo palmo que no tuviese pinta de haber soportado el paso de un huracán. Aquí y allá, esparcidas por el suelo, estaban sus pertenencias, algunas con manchas de barro de las botas de aquellos hombres. También había agujeros en las paredes, en los sitios donde habían pensado que podría haber escondido el botín que las olas habían arrastrado hasta la isla.

Hizo un breve inventario de todo lo que aún estaba en su sitio y fue extraordinariamente corto. Aunque destrozado, no echó nada en falta, excepto su portátil, que no aparecía por ningún lado. Supuso que Ibaibarriaga y los suyos se lo habrían llevado, quizá convencidos de que en su interior podrían encontrar alguna pista. Y eso si conseguían descifrar la contraseña de bloqueo, aunque dentro del ordenador tan

solo había un breve esbozo de su próximo libro, de apenas unos miles de palabras.

«Bueno, se van a llevar una desilusión».

El agotamiento físico y mental después de aquel largo día le estaba pasando factura. Se sentía embotado, con sus sentimientos alborotados y en desorden, y todos y cada uno de sus músculos chillaban por un minuto de descanso.

Cerró la puerta como buenamente pudo, lo que no resultó fácil. La madera astillada tenía más agujeros que puerta, así que tuvo que colocar una silla contra su parte interior para mantenerla en su sitio. Así y todo, quedaban huecos en las esquinas, por donde se colaba el viento en chorros que silbaban, desafiantes.

Las ventanas destrozadas no tenían arreglo, pero al cerrar los postigos consiguió algo semejante a un lugar seco y protegido, aunque sumido en penumbras. No había luz eléctrica, por supuesto. La lámpara de gas estaba reventada en una esquina, por lo que tuvo que conformarse con un puñado de velas y la luz de la linterna para alumbrar el interior. Su confortable madriguera se había visto reducida a un refugio precario y en ruinas.

Le dio la vuelta al colchón y se desplomó encima, sin fuerzas, con una botella de agua en una mano y un trozo de cecina seca no demasiado aplastado en la otra.

Las cosas solo habían salido bien a medias. Había recuperado el martillo con el que Luis Docampo había asesinado a Víctor Pampín, así que se había librado de esa amenaza, y además tenía el dinero a buen recaudo, pero ese era todo el balance positivo.

En el lado negativo, se las había arreglado para ganarse el odio de todos los habitantes de la isla, mientras una guerra abierta estaba a punto de desatarse. Y para colmo seguía igual de lejos que al principio en su intento de averiguar la identidad del esquivo Tangaraño y por qué había pasado de decapitar conejos a decapitar a seres humanos.

En definitiva, la situación distaba de ser ideal. Pero todo eso parecía quedarse en un segundo plano cada vez que la expresión de dolor y decepción de Antía Freire afloraba en su recuerdo. Por absurdo que pudiera parecer, aquello era lo que más le trastornaba. La mujer se había transformado en lo más parecido a una amiga que tenía en aquel pequeño parche de tierra.

Una amiga con la que había compartido confidencias. A la que

había abierto su corazón y en la que había depositado un secreto que le devoraba el alma desde hacía meses. Y justo cuando esa prometedora amistad comenzaba a echar raíces, se las había apañado para arruinarlo todo por un puñetero malentendido.

Roberto soltó un gemido de frustración cuando se giró en la cama, mientras notaba cómo los muelles desparejos se le clavaban en la espalda. Se sentía a remolque de los acontecimientos, sin saber muy bien qué hacer.

La opción más inteligente, sin duda, sería mantenerse a cubierto mientras la tormenta se desataba sobre Ons. Buscar un refugio tranquilo en el que pasar los días o las horas que faltaban hasta que las comunicaciones con tierra se restableciesen. Dejar que el drama lo barriese todo, que los isleños arreglasen sus cuitas y mantenerse con vida. Y, entonces, salir pitando de allí sin mirar atrás. Pero sospechaba que no sería tan sencillo.

Cualquier atisbo de cordura y racionalidad había salido volando con los vientos huracanados de *Armand* y cuando la tormenta pasase dejaría tras de sí un escenario de muerte y dolor que, inevitablemente, le salpicaría. Además, su naturaleza primaria de periodista se rebelaba ante la idea de permanecer oculto en un agujero mientras a su alrededor sucedían tantas cosas.

Pero primero necesitaba descansar. El efecto de los calmantes casi se había desvanecido, el hombro aún le dolía y se sentía incapaz de dar un solo paso más. Por otra parte, por extraño que sonase, se había dado cuenta de que aquella casa arrasada sería el último sitio donde nadie le buscaría. O al menos eso quería pensar, porque la verdad era que no tenía ningún otro lugar donde meterse.

Arropado en ese pensamiento reconfortante, sintió que el sueño le inundaba en una oleada imparable. Ni siquiera luchó por mantener los ojos abiertos, sino que sencillamente se quedó dormido.

Y las horas pasaron.

Cuando se despertó, la habitación estaba totalmente a oscuras, ya que alguna corriente de aire más fuerte de lo normal se había colado por las rendijas hasta apagar las velas. Palpó a su alrededor hasta tropezar con la linterna, pero aunque apretó el botón varias veces no consiguió ni un átomo de luz. Maldiciendo, cayó en la cuenta de que no había tenido la precaución de apagarla antes de caer dormido y se había quedado sin pilas.

Se sentó en la cama, preocupado. Eso significaba que debía de llevar horas dormido. Se levantó y caminó a tientas hasta una de las ventanas. Por el camino tropezó con una mesilla destrozada que se le clavó con saña en la espinilla y le arrancó un gruñido de dolor.

Al abrir la contraventana comprobó que en el exterior la negrura ya era absoluta. Miró el reloj y, aunque no lo pudo ver bien, calculó que era cerca de la medianoche. En un rapto de inspiración recordó que tenía un mechero en el bolsillo. A la luz vacilante del encendedor, buscó las velas y las prendió de nuevo, una por una.

Hizo un balance rápido de la situación. Se sentía mucho mejor después del descanso y de haber comido algo, con la mente más clara. Rebuscó entre la ropa tirada por el suelo y escogió algunas prendas limpias para cambiarse la ropa mojada y rasgada del día anterior. No tenía manera de sustituir su parka, que seguía cargada de humedad y con un aspecto que haría chillar de espanto a los vendedores de la elegante tienda de la madrileña calle Serrano, pero tendría que valer.

«Vale. Y ahora... ¿qué?».

Sus opciones eran escasas, aunque lo primero, sin duda, era deshacerse de una vez por todas del martillo. Con él en la mano se acercó al fregadero y abrió el grifo para lavarlo a conciencia y eliminar todos los rastros de sangre y sus huellas. Pero de golpe se quedó paralizado.

«Ni se te ocurra».

Había visto suficientes capítulos de *CSI* como para saber que, aunque lo lavase, podrían quedar restos de sangre en el desagüe. Si las cosas se complicaban y la policía científica registraba su casa —algo que sin duda harían, ya que estaba destrozada—, acabarían por encontrar esos restos y aquello sí que le incriminaría por completo.

Cerró el grifo y se apoyó en el fregadero, pensativo. La mejor opción era arrojar el martillo al mar, en algún lugar donde nadie pudiese encontrarlo jamás. Pero para eso tendría que esperar a que amaneciese. Caminar cerca de los acantilados en plena noche y en medio de la tormenta era la combinación ideal para acabar despeñado.

Pero tampoco sería prudente tenerlo consigo mientras tanto. Pasarían horas hasta que llegase la luz, y si algo había aprendido era que las cosas podían cambiar muy rápido en aquella condenada isla. Cada vez que trazaba un plan para ir por delante de los

acontecimientos, algo inesperado sucedía.

Con esta idea en mente, salió al jardín y miró a su alrededor. A un lado, un bajo murete de piedra separaba la casa de la finca vecina, un viejo campo de cultivo totalmente invadido por la maleza desde hacía décadas. Era perfecto.

Saltó el muro de piedra y se internó entre la maleza, procurando dejar el menor rastro posible. Al cabo de una decena de metros se agachó y comenzó a excavar un agujero con las manos desnudas, uno lo bastante profundo como para que ningún animal curioso lo olfatease y pudiese sacarlo de nuevo a la luz. Cuando por fin estuvo enterrado, todavía en cuclillas, se aseguró de que no quedaba ninguna pista.

Y en esa posición estaba cuando oyó los primeros tiros.

Fue una rápida serie de tres detonaciones, seguida de un momento de silencio y casi a renglón seguido, un *staccato* de disparos. Levantó la cabeza, alarmado, antes de desandar el camino y volver junto a la casa.

No se veía absolutamente nada y el ruido de la lluvia y el viento tapaban cualquier otro sonido, pero estaba totalmente convencido de lo que acababa de oír. Había escuchado demasiados disparos a lo largo de su vida como para confundirlos con otra cosa.

La guerra entre los Freire y los Docampo ya había comenzado.

Sentía la necesidad imperiosa de averiguar qué estaba sucediendo, pero no se le ocurría ninguna manera segura de obtener información. Bajar corriendo al pueblo, amparado en la oscuridad, era el mejor modo de conseguir que alguien le pegase un tiro en medio del fuego cruzado, ya fuese de forma accidental o adrede.

Aun así, trepó por la ladera de una colina cercana. Quizá desde allí pudiese tener algún tipo de línea visual sobre el pueblo. Se encaramó a un árbol y escrutó en la negrura, pero fue en vano. Sin corriente eléctrica, las farolas que tendrían que alumbrar la calle principal estaban apagadas, y solo la baliza automática del espigón alumbraba de forma tenue un pedazo de la esquina que desembocaba en el muelle. Este estaba totalmente desierto y las olas, que llegaban con la regularidad de un metrónomo, lo cubrían por completo de espuma y agua oscura. Cualquiera que intentase acceder a aquel espigón de cemento se vería arrastrado por el mar casi de inmediato.

Se quedó allí un buen rato, expectante. El sonido de disparos no

se había vuelto a repetir, pero eso no significaba nada. Por lo que él sabía, podía estar desatándose una matanza con arma blanca a un par de kilómetros de su posición. La impotencia y la curiosidad le consumían.

Entonces un destello atrajo su atención. Eran los haces temblorosos de unas linternas, que se acercaban por el camino que recorría la parte central de la isla y que ya estaban a poca distancia.

Se maldijo por su imprudencia. Concentrado en los acontecimientos del pueblo, había dejado de vigilar a su espalda y ahora aquel grupo desconocido le cortaba la retirada. Se descolgó del árbol a toda prisa y se dejó caer por la ladera, sin hacer ruido. Las luces del grupo ya casi habían llegado a su casa y estaban a punto de acceder al camino de entrada. Iban en su búsqueda, no cabía la menor duda.

«¿Quiénes son? ¿Qué intenciones traen?».

No tenía forma de averiguar la respuesta a la primera pregunta, salvo que se presentase ante ellos, pero la segunda duda quedó de pronto resuelta cuando alguien de la partida abrió fuego contra una de las ventanas destrozadas de su vivienda.

Pum, pum.

Era el disparo ronco de dos cañones de una escopeta de caza. Roberto apretó los dientes cuando oyó el chasquido de las postas que mordían el muro de cemento y hacían saltar por los aires los pocos trozos de cristal que todavía permanecían sujetos al marco.

Se agachó de manera instintiva. Alguien dio una orden que se perdió en medio del ruido de la tormenta y las luces se abrieron en arco en torno a la vivienda, formando una red imposible de atravesar.

Comprendió, de repente, que si no se hubiese subido a aquella ladera para contemplar el pueblo, le habrían arrinconado en la casa sin posibilidad de escapatoria. Por una vez lo imprevisto había jugado a su favor.

—¡...Por ese lado! —gritó otra voz, esta más clara.

Estaban cada vez más cerca.

Aún tenía la ventaja de que sus perseguidores no sabían dónde se encontraba, pero no podía quedarse allí. Se arriesgó a levantar la cabeza para echar un vistazo.

El único camino que no parecía vigilado era el que se abría hacia el norte, hacia el extremo más deshabitado y asolado de la isla. Allí no

había nada, excepto un par de playas batidas por las olas y la casa de Elvira Couto. Quizá no fuese mala idea hacerle otra visita.

Se le había pasado por la cabeza que la anciana tuviese algo que ver con la muerte ritual del hombre decapitado, desde luego. Al fin y al cabo era quien le había hablado de aquel supuesto *meigallo*, el aire del muerto.

Pero sabía que no podía haber sido ella. Elvira Couto debía de tener más de ochenta años y era una anciana enjuta de apenas metro y medio y frágil como un pajarito. No tenía la fuerza suficiente como para derribar a un hombre que la doblara en peso y, por supuesto, la veía incapaz de clavar a alguien en un tronco, algo que exigiría un esfuerzo considerable. Sin embargo, quizá tuviera respuestas y, aunque no fuese así, le podría ofrecer refugio.

«Tampoco es que tengas muchas más opciones».

Con la adrenalina batiendo con fuerza en sus venas, se deslizó a hurtadillas hasta el sendero de tierra. De vez en cuando un alud de guijarros se deslizaba bajo sus pies y Roberto apretaba los dientes, convencido de que su paso se tenía que estar oyendo a kilómetros. Pero la tormenta le servía de ayuda. El rugido furioso de *Armand* lo hacía indetectable, salvo que alguien se tropezase con él.

Cuando estuvo a una cierta distancia de sus perseguidores se permitió un segundo de pausa para recuperar el aliento, en medio del sendero. Ya había hecho aquel camino una vez, pero había sido a plena luz del día y sin la sensación de ser una presa acechada por cazadores. Su móvil había quedado abandonado en la casa, junto con la linterna, así que no tenía nada para alumbrarse, pero tampoco se habría atrevido a encender ninguna luz por miedo a revelar su posición. No le quedaba otro remedio que abrirse paso a oscuras, por lo que cada pocos metros tropezaba o se enredaba con la maleza y su marcha se ralentizaba de forma miserable.

Por suerte, sus ojos pronto comenzaron a acostumbrarse a la negrura. Gracias a la escasa luz residual podía adivinar el camino de tierra, que parecía un tenue hilo blanco que seguir entre masas de oscuridad. Cada cierto tiempo levantaba la vista y miraba anhelante hacia la línea de costa de tierra firme, que se adivinaba en la lejanía, a kilómetros de distancia sobre las olas rugientes.

Las luces del alumbrado público de tierra firme brillaban ambarinas y las ventanas iluminadas de las casas de Bueu parecían

una constelación de estrellas de otra galaxia. De vez en cuando podía adivinar los faros de algún vehículo que circulaba por la carretera de la costa, y en una ocasión incluso pudo ver las luces azuladas de un coche de policía en su ronda nocturna, ignorantes del drama que estaba teniendo lugar a plena vista.

La sensación de aislamiento era atroz. Una isla es un pedazo de tierra rodeado de agua por todas partes, o al menos esa es la definición clásica. Quien había redactado aquella frase se había olvidado de añadir que una isla también puede ser una trampa mortal. Toda aquella gente, la civilización y la seguridad estaban *tan cerca*, a apenas una hora de navegación..., pero al mismo tiempo tan lejos, que era como si se encontrasen en otro planeta. Podía verlos, pero eso era todo.

Estaba solo.

Caminó bajo la lluvia durante casi una hora, hasta que el retumbar del oleaje le permitió adivinar que ya estaba muy cerca de la playa de Melide. La franja de arena blanca era mucho más estrecha que la última vez y tuvo buen cuidado de mantenerse lejos de las enormes olas que se estrellaban con furia en la orilla. Desde allí, la distancia hasta la casa de la mujer era muy corta. Ya casi había llegado.

Haciendo un último esfuerzo, gateó por la empinada pendiente que subía hasta la vivienda de la anciana y recorrió los metros que faltaban hasta llegar al cartel lleno de faltas de ortografía que colgaba del poste ladeado y cubierto de líquenes resecos.

La casita estaba tal y como la recordaba. Los atrapasueños y colgantes que pendían del alero se zarandeaban con el viento, lanzando una sinfonía discordante de tintineos y chasquidos. Roberto llegó junto a la puerta descascarillada e inspiró hondo antes de llamar.

—¡Elvira! ¡Abra! —gritó en medio de la noche—. ¡Soy yo, Roberto Lobeira! ¡Por favor, abra!

Esperó pacientemente bajo la lluvia, pero no salía ni un solo ruido de la casa. Lo intentó de nuevo un par de veces, sin resultado.

«Quizá tenga el sueño profundo. O a lo mejor no me oye. Al fin y al cabo es muy mayor».

Probó a girar el picaporte y este cedió bajo su mano. La puerta se desplazó con suavidad sobre sus goznes y del interior salió el brillo amarillento y débil de unas velas, con el peculiar olor de la vivienda.

Roberto atravesó el umbral sintiéndose como un ladrón.

—¿Elvira? —dijo en voz alta—. ¿Está ahí? Soy Roberto Lobeira. Voy a entrar.

De nuevo, el silencio. Roberto entró en la casa y entonces tuvo que contener una exclamación de horror.

El cuerpo enjuto de Elvira Couto estaba suspendido a unos treinta centímetros del suelo, como si levitase. Una de sus zapatillas había caído y dejaba a la vista un pie pequeño y sucio, mientras dos largos clavos de cobre le atravesaban el pecho y la mantenían trinchada en la pared, como una gigantesca mariposa. Su ropa estaba manchada de sangre y las manos artríticas y deformadas pendían a los lados, inertes. Pero eso no era todo.

Habían decapitado a la mujer.

Y, como era de esperar, no había el menor rastro de su cabeza.

30

Te están viendo

Tuvo que hacer un esfuerzo para contener las náuseas. El olor vegetal y picante de la estancia se mezclaba con la inconfundible peste de la sangre y las heces que manchaban las piernas de la mujer, que había perdido el control de sus esfínteres antes de morir.

Roberto revisó el resto de la vivienda con ansiedad, de un vistazo, preparado para echar a correr. Sin embargo, la única estancia de la casa estaba vacía. Incluso la cortina que separaba la cama de Elvira del resto de la habitación estaba descorrida y permitía ver que no había nadie más allí.

Lanzó una mirada al exterior. Quizá quien había hecho aquello estaba oculto en la oscuridad, observando su figura recortada en el marco de la puerta, dispuesto a abalanzarse sobre él. Aquel pensamiento bastó para que cerrase de un portazo y apoyase una de las banquetas contra el interior, con la respiración agitada.

Miró a su alrededor, mientras el sudor frío se deslizaba por su espalda. El cadáver seguía en aquella postura grotesca, pero al menos, comprobó con alivio, las manchas de sangre que salpicaban el suelo estaban coaguladas y ya habían adquirido un color herrumbroso y oscuro.

Elvira Couto había muerto muchas horas antes, quizá el día anterior. Eso significaba que su asesino ya no estaba por allí.

Algo más tranquilo, pero con el corazón en la garganta, dio un par de pasos por la estancia. Las velas estaban casi consumidas y parpadeaban agónicas, en un charco de cera derretida, aunque por lo demás la estancia no parecía especialmente revuelta, o al menos no más que en su primera visita.

Le resultaba imposible decir si faltaba algo en medio de aquel batiburrillo de cosas viejas, basura y cacharros desportillados, pero todo parecía estar colocado siguiendo un orden que solo había

comprendido la infortunada Elvira. Incapaz de contemplar el cuerpo por más tiempo, arrancó la colcha de la cama y la usó de improvisada mortaja para cubrir los restos de la mujer. Una vez hecho esto, irracionalmente, se sintió un poco mejor.

Era obra del mismo asesino que había matado a Ricardo Docampo, no cabía la menor duda. La misma violencia primaria, el mismo *modus operandi*, el mismo salvajismo preciosista a la hora de colocar a su víctima de forma ritual y, sobre todo, la ausencia de la cabeza. El trofeo. La prueba de su victoria.

Analizó el escenario de manera meticulosa. La puerta no estaba forzada, lo que significaba que, o bien el asesino tenía una llave, o la propia Elvira le había franqueado la entrada. Eso último querría decir que le conocía o que no le había parecido una amenaza. Fuera como fuese, una vez que estuvo en el interior, no le debió de resultar difícil reducir a la anciana y cometer el crimen.

«En el interior. Eso es».

Por primera vez, el Tangaraño había cometido un error. La casa estaba a cubierto y, a diferencia de la otra víctima, la lluvia no se habría llevado ninguna huella. Quizá hubiese alguna pista.

Comenzó a revisar sistemáticamente toda la estancia, pero pronto abandonó la búsqueda con desaliento. Era como buscar una aguja en un pajar, sobre todo si no sabías qué estabas buscando. Aquel sitio era la mezcla perfecta entre la casa de alguien con síndrome de Diógenes y la guarida de una hechicera enloquecida. Resultaba difícil decir si había algo que estuviese fuera de lugar.

—Venga, Elvira —musitó en voz alta, lanzando una mirada de refilón al cuerpo cubierto por la colcha—. Tiene que haber algo. ¿Dónde está?

Presa del desaliento, se dejó caer en la silla que estaba al lado de la única mesa de la casa. Sobre esta reposaba un plato frío de caballas asadas con patatas cocidas aún intacto, la última cena de la mujer, que no había tenido oportunidad de dar cuenta del mismo, interrumpida por su letal visitante. Los peces le miraban con sus ojos muertos, testigos silenciosos de lo que fuera que hubiese pasado allí, como si se estuviesen riendo de él.

Sus pies tropezaron por casualidad con algo que estaba debajo de la mesa. Intrigado, se inclinó y descubrió el pesado arcón de madera apolillada en el que la anciana guardaba los regalos que les exigía a

sus visitantes.

—¡Eso es! —exclamó, sin poder contenerse—. ¡Aquí tiene que estar!

«A ver qué regalo dejaste para cruzar esa puerta. Te tengo, cabrón».

Abrió el arcón y miró su interior. Parecía el tesoro de un anticuario chiflado, lleno de objetos diversos apilados de cualquier manera. En la parte superior del montón estaba su vieja estilográfica, la que le había dado días antes a la mujer a cambio del ritual de limpieza que había llevado a cabo.

Sintió que sus esperanzas se desvanecían. Había confiado en que hubiese algo más, algún objeto que indicase de forma inequívoca la identidad del misterioso asesino, pero como todas las expectativas basadas en falsas ilusiones, la respuesta no estaba allí.

Cualquier otro regalo posterior a su visita tendría que estar encima de la estilográfica, pero el resto de la quincalla variopinta del arcón parecía llevar mucho tiempo allí dentro. Aun así, revolvió entre aquel batiburrillo, con el vano anhelo de tropezar con algo.

Sus dedos se cerraron en torno a algo duro y metálico. Con asombro extrajo del arcón una vieja Walther P38, idéntica a la que le había ofrecido Antía en el Cucorno, aunque en mucho peor estado. A diferencia de la de los Freire, aquella arma estaba cubierta de manchas de herrumbre, le faltaba un trozo de una cacha y tenía un aspecto descuidado. Era imposible decir cuánto tiempo llevaba allí dentro, pero sin duda solo podía haber sido una ofrenda de un Freire o de un Docampo.

Se la guardó en un bolsillo, con gesto pensativo. ¿Significaba aquel regalo que alguna de las dos familias estaba implicada en las muertes rituales o no tenía ninguna conexión? Las cosas no dejaban de complicarse.

En ese preciso momento, un rumor lejano se abrió paso entre los sonidos de la tormenta. No lo habría oído de no ser porque era totalmente distinto al resto de los ruidos de la isla. Era un sonido que conocía a la perfección, pero que en aquel sitio estaba totalmente fuera de lugar y le heló la sangre.

Era el ruido de un motor.

A toda prisa, salió de la vivienda. A lo lejos, a no más de seiscientos o setecientos metros, los faros de un todoterreno

cabeceaban por el camino, abriéndose paso entre las ráfagas de lluvia, en su dirección.

«Pero ¿cómo es posible?».

Le habían encontrado. Tenía que salir de allí cuanto antes.

Dedicó un último vistazo cargado de pena al cuerpo de la mujer. Al final, ni siquiera todos sus hechizos y encantamientos la habían librado de una maldición mucho más potente que cualquiera de las cosas imaginarias que había temido toda su vida.

Si de algo estaba seguro, era de que aquella no era la obra de un fantasma o un demonio del folclore, sino de alguien de carne y hueso. Alguien que aún estaba allí fuera, en plena cacería, aprovechando el caos que se había desatado en la isla. Quizá incluso fuese al volante de aquel todoterreno.

No se iba a quedar allí para descubrirlo. Sin molestarse en cerrar la puerta, salió a la carrera, en busca de un lugar seguro donde ocultarse y ver de quién se trataba.

De inmediato se dio cuenta de que no había sido la mejor idea. En la oscuridad de la noche, no había calculado bien las distancias y el todoterreno estaba mucho más cerca de lo que había imaginado. Las luces ya perforaban las tinieblas en la recta que conducía a la entrada de la casa de Elvira y, antes de poder evitarlo, el fogonazo de los dos faros le alumbró de lleno, deslumbrándolo. Levantó de manera instintiva la mano para protegerse.

—¡Ahí está! —rugió una voz masculina que conocía bien—. ¡Es él! ¡Delante de la casa!

El todoterreno aceleró y se lanzó hacia su posición, proyectando pellas de barro. Apenas tuvo tiempo de arrojarse a un lado del camino para no ser arrollado. Su ropa se enredó en unas zarzas espinosas y luchó para ponerse en pie, mientras el vehículo se detenía unos metros más adelante y maniobraba para dar la vuelta.

—¡Que no se escape! —volvió a gritar aquella voz—. ¡Ya le tenemos!

—¡Luis! —exclamó Roberto, mientras se incorporaba, tambaleante—. ¡Luis Docampo! ¡Os habéis vuelto locos? ¿Qué demonios estáis haciendo, maldita sea?

La respuesta llegó en forma de disparos que, por suerte, alguien hizo a ciegas. Roberto sintió cómo zureaban los perdigones de plomo a su alrededor, lanzando un concierto de chasquidos al destrozar hojas y

ramas, pero ninguno acertó en él.

—¡Gira el todoterreno! —ordenó Docampo a gritos al conductor —. ¡Apunta las luces en su dirección!

Aquello era todo lo que necesitaba saber. Sin dudar un segundo más, se lanzó a una carrera alocada por la colina, abriéndose paso entre la maleza. Las ramas se enganchaban en su ropa, laceraban su rostro y le arrancaban pequeñas gotas de sangre de los mil arañazos, pero nada de eso importaba.

Si se quedaba allí, era hombre muerto.

Las luces del vehículo quedaron por fin apuntadas en su dirección y por un segundo pudo ver con claridad lo que tenía ante él: un mar de vegetación baja y algunos árboles retorcidos. Su sombra alargada se proyectaba por delante de él, temblorosa y desdibujada por la lluvia.

Otro disparo, este más cercano, sacudió las ramas a su derecha. Con un estallido de pánico comprendió que, en aquella colina iluminada, para sus perseguidores era como disparar al blanco en una feria y solo era cuestión de tiempo que le acertasen, pero si se detenía, estaba acabado.

—¡No disparéis! —Su voz sonaba como un graznido, entre resuellos—. ¡No os he hecho nada!

«Como si eso fuese a servir para algo. Corre por tu vida, Lobeira. CORRE».

Sus pies se enredaron en algo oculto bajo la maleza y cayó de bruces en el preciso instante en el que un disparo bien apuntado pasó zumbando en forma de abejas de plomo sobre el lugar en el que había estado un segundo antes.

Medio encorvado, se arrastró aprovechando la cobertura de la vegetación para ganar los últimos metros hacia la cumbre. Sus pulmones eran como dos fuelles de fragua y empezaba a ver borroso a causa del esfuerzo. De repente, el terreno bajo sus manos se desmigajó y rodó hacia delante, sin control. Confuso, comprendió que había alcanzado la cima de la colina y que la pendiente ya jugaba a su favor. Y lo que era más importante, estaba a cubierto de los tiradores.

Cuando dejó de rodar, se puso en pie, en una carrera alocada colina abajo, tropezando entre la vegetación. Por la cabeza se le pasó la idea aterradora de que quizá se estaba lanzando a toda velocidad hacia uno de los vertiginosos precipicios del otro lado de la isla y

refrenó su marcha. Lo último que necesitaba era despeñarse por accidente en medio de la noche.

Sus pies hollaron entonces un terreno despejado y nivelado. Sin saber muy bien cómo, había desembocado en otro camino. Miró en ambas direcciones, inseguro. Del otro lado de la colina le llegaba el sonido apagado del motor del todoterreno, revolucionado. Sus perseguidores no habían renunciado a la caza.

Tenía que abandonar los caminos principales cuanto antes. Avanzar por ellos era más sencillo, pero también suponía quedarse en un sitio al que podía llegar el vehículo con facilidad. Su única posibilidad consistía en hallar refugio en las zonas oscuras de maleza y rezar para que no le encontrasen.

Una pregunta rebotaba en su mente, sin respuesta alguna. ¿Por qué intentaban matarle? Ramón Docampo le había garantizado que no le pasaría nada, que él era la coartada que necesitaba el clan Docampo para salir indemne de todo aquel caos. Quizá habían descubierto que el dinero ya no estaba en su escondite, quizá era otra cosa que ni se podía imaginar. Aquella gente era impredecible.

Ese pensamiento le llevó a otro, mucho más preocupante e inmediato.

«¿Cómo me han localizado?».

Nadie sabía que iba a ir a la casa de la anciana hechicera. Ni siquiera lo sabía él mismo hasta que había tomado la decisión de huir hacia allí.

Y sin embargo, le habían encontrado con facilidad. Había algo que se le escapaba..., y ese algo podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

No tenía modo de saber dónde estaba. Hizo memoria, intentando recrear el mapa mental de la isla en su cabeza, pero estaba demasiado agotado. Lo único que sabía era que yendo hacia el oeste acabaría por alcanzar la costa de acantilados que daba al Atlántico. Si la seguía, podría ir bordeando la isla hasta llegar de nuevo a una zona habitada. Al Cucorno.

Suplicar la protección de los Freire era un plan terriblemente improbable y lleno de agujeros, pero sin duda era mucho mejor que quedarse dando vueltas a la intemperie hasta que alguien, ya fuese una partida de Docampos o el Tangaraño, tropezase con él.

El cielo estaba muy encapotado y la negrura era casi absoluta. No

podía guiarse por las estrellas y tampoco tenía una brújula, pero a cambio podía usar otra cosa: el estruendo de las olas al romper contra los acantilados.

El rumor del oleaje sonaba algo más fuerte a su derecha, así que supuso que era allí hacia donde tenía que dirigirse. El camino en el que estaba iba en esa dirección y pensó que no pasaría nada por aprovecharlo durante un rato para avanzar más rápido. Los Docampo tenían la ventaja de la velocidad, pero a cambio él podría verlos llegar mucho antes de que le descubriesen.

Era un riesgo que merecía la pena. Se lanzó a la carrera por el camino, levemente iluminado por la luz pálida de la luna que asomaba de vez en cuando entre los jirones de nubes que se ensortijaban sobre su cabeza. No era mucho, pero más que suficiente para poder ver por dónde pisaba.

Al cabo de un buen rato aflojó el ritmo, en parte porque sus pulmones estaban a punto de explotar y en parte porque ya hacía mucho que no había señal de la partida que le pisaba los talones. Se dobló sobre sí mismo, con las manos apoyadas en las rodillas, y se permitió un minuto de descanso, con el corazón aún desbocado.

La orografía de la isla, muy quebrada, era una sucesión de subidas y bajadas que seguían el perfil de las colinas, un rompepiernas que se veía agravado por el suelo desmenuzado del sendero. Levantó la vista y en ese momento la luna llena se asomó por un hueco, bañándolo todo con una claridad espectral.

Le pareció ver que un poco más adelante había una bifurcación, con un camino que descendía hacia la costa. Con esfuerzo, reanudó la marcha a paso rápido hasta llegar al cruce. Un indicador de madera algo ladeado apuntaba hacia el oeste, con las palabras BURATO DO INFERNO grabadas a fuego sobre la madera. El Agujero del Infierno. «Muy apropiado», resonó la vocecita de su cabeza.

Aquel nombre le resultaba familiar. De repente recordó que Rosalía Freire le había hablado de aquel sitio: una enorme grieta de más de cuarenta metros de profundidad que estaba conectada con el mar. También recordaba que le había advertido de que se trataba de un lugar peligroso y que había prometido no acercarse.

Y allí estaba él, avanzando en medio de la noche hacia el Agujero, mientras el sonido de las olas era cada vez más ensordecedor. La ironía de la situación le habría hecho sonreír en otras

circunstancias.

Aquel sendero era más estrecho y trazaba una suave curva mientras descendía hacia la línea de costa. El olor a mar dominaba el ambiente, impregnado por millones de minúsculas partículas de agua salada que flotaban a su alrededor, después de haber sido atomizadas por las olas contra las rocas de la orilla. A lo lejos podía ver una línea blanca sinuosa que no dejaba de moverse en largas ondulaciones. Comprendió que eran las olas estrellándose contra la base de los acantilados. Había llegado a la costa.

Un diminuto chasquido, casi inaudible, le hizo detenerse con el corazón palpitante. Su mirada se esforzó por atravesar la penumbra y, cuando lo hizo, soltó una maldición.

«Oh, mierda».

No era para menos.

Acababa de descubrir cómo le habían localizado tan rápido en casa de Elvira Couto.

Y lo que era peor, sabía que sus perseguidores estarían allí en cuestión de minutos.

Estaba acorralado.

31

El Agujero del Infierno

Roberto se agachó a un lado del camino, sin apartar la mirada del diminuto artefacto que estaba sujeto con unas bridas en la base de un pino pequeño y curvado por incontables años de temporales. Era una caja rectangular de plástico, del tamaño de un libro de bolsillo, con una bisagra y cierres a prueba de humedad. En su parte frontal tenía una célula de movimiento y una especie de pantalla negra encima. Debajo de todo ponía *Boly Guard* y en un lateral tenía una pegatina que rezaba «Propiedad del Servicio de Naturaleza del Parque Nacional Marítimo-Terrestre de las Islas Atlánticas».

Una cámara trampa para detectar movimientos de animales. Una cámara. Soltó un reniego por lo bajo.

—Tendría que haberlo supuesto, maldita sea —gruñó para sí—. ¡Estamos en un parque nacional!

Debía de haber docenas de artefactos como aquel repartidos por toda la isla para el control de la fauna local. Roberto sabía de sobra cómo funcionaban. Cada vez que su célula detectaba un movimiento por delante, se activaba el disparador y la cámara hacía una foto, aun en plena oscuridad, gracias a sus sensores infrarrojos. Esa foto se enviaba mediante una señal de ondas a un receptor central, desde el que los guardas del parque podían controlar en todo momento cómo se desplazaban los animales salvajes de la isla.

Sin duda, los Docampo lo sabían y habían forzado la puerta del refugio de los guardas para hacerse con el control del sistema. Cada vez que había pasado por delante de alguna de las cámaras, su paso había quedado registrado en una foto, que ellos habían visto casi al instante. Era como si hubiese estado caminando por la isla mientras lanzaba bengalas cada poco tiempo.

Sin poder contenerse, le dedicó un corte de mangas a la cámara, antes de arrancarla de un tirón y lanzarla dando vueltas en el aire

hacia la vegetación. Estaba furioso consigo mismo por haber sido tan descuidado pero, sobre todo, estaba asustado.

Los Docampo sabían que estaba allí y solo había un camino de vuelta. Si desandaba sus pasos, acabaría tropezando con ellos, y a su alrededor solo había macizos de vegetación baja que apenas le llegaba a las rodillas y rocas cubiertas de líquenes. No tenía donde ocultarse.

Como si el destino le hubiese leído la mente, en ese instante llegó a sus oídos el rumor sordo del motor del todoterreno y pudo ver las luces oscilantes de los faros, mientras el vehículo se abría paso pegando brincos por el camino.

«Necesito ganar tiempo. Piensa, Roberto, PIENSA».

Su única esperanza era llegar a la costa y bajar con cuidado por las piedras del acantilado, confiando en que no le siguiesen en aquella ruta demencial. Pero con sus perseguidores tan cerca, sería un suicidio. Si le descubrían a mitad del descenso, entonces estaría tan muerto como si se hubiese despeñado por su cuenta. Atrapado entre el mar rugiente y las escopetas de los Docampo, sería tan fácil como dispararle a una diana.

La pregunta pertinente era cómo conseguir ese tiempo extra. No había nada a su alrededor que le pudiese servir de ayuda.

Desesperado, rebuscó en su parka, pero no encontró nada de utilidad, aparte de la oxidada Walther P38. Entonces sus dedos tropezaron con la pequeña madeja de nailon que le había regalado Elvira Couto como amuleto de protección en su primera visita. Llevaba abandonada en el fondo de su bolsillo desde entonces, sin utilidad aparente.

La idea irrumpió en su cabeza, salida de alguna parte. Absurda e improbable, pero no tenía otra.

«A situaciones desesperadas, medidas desesperadas».

Desenrolló el hilo de nailon, rezando para que no estuviese roto. A toda prisa, ató uno de los extremos en un tocón retorcido que sobresalía de entre unas rocas en un lado del camino y lo extendió bien tirante hasta el otro lado, a unos veinte centímetros del suelo. Cogió un pedrusco y dio varias vueltas con el hilo a su alrededor, hasta dejarlo bien sujeto, apoyado encima de otra piedra. Tensado a través del camino, era invisible, pero aquello solo provocaría un simple tropezón. Necesitaba algo más.

Sacó la pistola del bolsillo y extrajo una bala del cargador. El

proyectil, salido de alguna fábrica de armamento nazi ocho décadas antes, tenía marcas de óxido en un lateral y no parecía en muy buen estado. Lo enterró boca abajo en el suelo, hasta que solo asomó la parte posterior.

El sudor le resbalaba por la frente. Levantó la vista y comprobó que las luces de las linternas ya se acercaban. El camino era tan estrecho que el todoterreno no podía pasar por allí, pero sus ocupantes se aproximaban, con cautela pero sin descanso.

El tiempo se escurría entre sus manos. Se sacó el pin que la parka llevaba en la solapa y, con muchísimo cuidado, lo introdujo apenas unos milímetros en el hueco del percutor del proyectil, de forma que se aguantase en vertical. La idea era que cuando alguien pasase por el camino y tropezase con el hilo, tiraría del pedrusco y este, al caer sobre la improvisada aguja, haría detonar el fulminante de la bala.

Había mil cosas que podían salir mal, por supuesto. Había aprendido aquel truco de unos rebeldes kurdos del norte de Siria, hacía muchos años, pero ellos colocaban una mina antitanque soviética al extremo del cordel, no un miserable proyectil de nueve milímetros y ochenta años de antigüedad.

Aun así, aquello les daría un susto y haría que se lo pensasen dos veces antes de lanzarse a la carrera tras sus pasos.

Revisó por última vez la trampa y se alejó por el sendero, hacia el borde de rocas del acantilado, en el preciso momento en que las primeras linternas empezaban a bajar por el camino.

Había parado de llover, pero el ruido del mar chocando contra los acantilados de la isla era sobrecogedor. Cada vez que una de las gigantescas olas de más de cuatro metros de altura se estampaba contra las rocas de la orilla, todo el terreno temblaba ligeramente, como si algo hubiese explotado en las cercanías.

Había un ruido de fondo que le dejó confundido, algo semejante al sonido de un tambor de hojalata enorme aporreado por un coloso. Comprendió, estupefacto, que era el sonido de las rocas del fondo marino, formidables cantos rodados de docenas de kilos de peso, arrastradas como canicas por la fuerza de la resaca.

Tragó saliva, asombrado por la fuerza de la naturaleza. De repente, su idea de abrirse paso gateando por los acantilados le sonaba mucho menos atractiva.

En todo caso, no podía detenerse. Las luces de las linternas ya

casi habían llegado al lugar en el que había instalado su trampa improvisada. El tiempo volaba.

«Funciona, por favor. Por favor, por favor...».

Pero no pasó nada.

O bien sus perseguidores habían visto el cable, o bien la piedra no había caído sobre el proyectil. Quizá la bala, fabricada por alguien que llevaba mucho tiempo muerto, era demasiado antigua y no había detonado. Cuando ya estaba convencido de que su artimaña había fracasado, se oyó una detonación seca y casi a continuación un grito de sorpresa.

Una descarga de disparos se desató de inmediato, apuntando hacia ninguna parte. Desde donde estaba, Roberto podía ver los destellos de las detonaciones, mientras los proyectiles se perdían de forma inútil entre la maleza.

—¡Alto el fuego! —rugió una voz en la distancia—. ¡Dejad de disparar, he dicho! ¡Estáis malgastando munición, *parvos*!

—¡Me he torcido un tobillo! —replicó otra voz, esta de mujer, teñida de sufrimiento—. ¡Ha dejado cables cruzados por el camino!

—¿Puedes andar?

—No lo sé. —Se oyó un gemido de dolor—. No, creo que no. Lo siento, Luis.

El viento, que soplaba a favor de Roberto, trajo hasta sus oídos un suspiro de frustración.

—No pasa nada. Vuelve a la camioneta y espéranos allí.

—¿Yo sola? —Parecía asustada.

—¡Pues claro! ¿De qué tienes miedo? ¡Aquí únicamente estamos nosotros! —Luis Docampo sonaba enfurecido—. ¡Vete, vamos!

Siguió un largo conciliábulo que Roberto no pudo oír desde la distancia, pero no le hacía falta. Les había dado bastante en que pensar y además se había deshecho de uno de sus perseguidores. La balanza seguía desequilibrada, pero algo menos. A partir de ese punto, avanzarían con mucho más cuidado.

El sendero terminaba en una zona algo más amplia e irregular, cerca del borde del acantilado. Había un viejo cartel explicativo para los turistas en varios idiomas a un lado, con un corte transversal del Agujero del Infierno, cubierto de excrementos de gaviota, que Roberto ignoró. Toda su atención estaba centrada en la amplia oquedad rodeada por una precaria barandilla de madera que apenas le llegaba

a la cintura. Con cautela, se acercó al borde de la *furna* y miró hacia abajo.

Era un abismo lleno de negrura, cuyo fondo no se podía adivinar. Desde abajo ascendía un sonido grave, mitad mugido y mitad lamento, cada vez que las olas penetraban con toda su furia por el estrecho pasaje de entrada al nivel del mar y reventaban en el interior en una explosión atronadora. El canto de la *furna* era una sucesión de restallidos ensordecedores seguidos por extraños lapsos de pausa, cada vez que el mar se retiraba, antes de empezar el ciclo de nuevo, una y otra vez, como había hecho durante miles de años hasta abrir aquella extraordinaria formación rocosa.

Sin poder evitarlo, retrocedió un paso. Aquel lugar, que tenía que ser impresionante a plena luz del día, en una jornada de mar tranquilo, resultaba una visión aterradora en plena tormenta nocturna.

Comprendió que su plan de bajar por el acantilado era una misión condenada al fracaso. Las olas golpeaban con tanta fuerza que las rocas estaban empapadas casi en su totalidad. Descender a ciegas sobre piedras resbaladizas y sin saber hacia dónde ir era una sentencia de muerte segura. Si una de las olas le alcanzaba, le aplastaría contra la costa como un mosquito al chocar con un parabrisas, y arrastraría su cuerpo al mar.

No tenía adónde ir.

Aquel era el final del camino.

Con manos temblorosas, sacó la Walther P38 del bolsillo y se giró hacia las luces, que ya casi habían llegado a la plataforma.

Eran cuatro: dos hombres y dos mujeres, capitaneados por Luis Docampo. Tres de ellos llevaban escopetas de caza entre las manos y el cuarto sostenía un hacha descomunal de filo hambriento y afilado. Cuando llegaron a su altura se detuvieron a pocos pasos y, por un instante, nadie dijo una palabra.

—Se acabó, Lobeira. —La voz de Luis Docampo estaba cargada de tensión—. Estás atrapado. Tira el arma.

—Ni hablar. —Intentó controlar el temblor de su voz y apuntó la Walther hacia ellos—. Tirad vosotros las vuestras y dejadme ir. Nadie tiene por qué salir herido, Luis.

Docampo miró a su alrededor, como si por primera vez fuese consciente de dónde estaban.

—Nosotros somos cuatro y tú solo uno —musitó, glacial—. ¿De

verdad crees que puedes salir de aquí?

—Vuestras escopetas son de un solo disparo y yo tengo un cargador con una docena de balas —replicó Roberto, que no dejaba de sudar—. Creo que eso equilibra las cosas.

—¿En serio? —Docampo le miró con los ojos entornados y chasqueó la lengua—. ¿Piensas que puedes matarnos a los cuatro antes de que disparemos? Yo creo que no.

—No quieres averiguarlo. —Aferró con más fuerza su arma—. Hablo en serio.

—Pues yo pienso que no, mira tú. —Dio un paso hacia él, amenazador—. Creo que no tienes huevos para apretar ese gatillo.

Roberto tragó saliva con dificultad. Sentía cerrada la garganta.

Luis Docampo avanzó otro paso hacia él, con una sonrisa tenebrosa en la cara.

Roberto levantó el arma y apuntó a un lugar ligeramente por encima del hombro de Docampo. Aquel hombre tenía razón en una cosa: jamás dispararía contra ellos a sangre fría. No era un asesino. Pero eso era algo que los otros no tenían por qué saber.

La vieja Walther temblaba en su mano cuando apretó el gatillo.

Y cuando un chasquido apagado sonó en el percutor, Roberto sintió un pinchazo en el corazón.

Décadas de salitre, óxido y falta de mantenimiento. Munición húmeda y vieja. Mil cosas que podían fallar. No podía saber de qué se trataba, pero la pistola se había encasquillado, como había temido desde el principio. Advirtió un fugaz destello de terror en la mirada de Docampo, antes de que se diese cuenta de que el arma no se había disparado.

Apretó el gatillo con desesperación, pero el mecanismo de la ajada Walther estaba atascado a conciencia. Por el rostro de Docampo pasó el miedo, la estupefacción y, por fin, la comprensión y la victoria. Se acercó hasta Roberto, que miraba la pistola con el rictus fúnebre de quien recibe una mala noticia. Casi con delicadeza, el isleño le arrebató el arma de las manos, mientras el resto de la partida le encañonaba con sus escopetas. La sopesó durante un momento, con aire pensativo, y a continuación la arrojó a la boca del Agujero del Infierno como quien se deshace de un trozo de basura. El arma desapareció tragada por la grieta, en una pirueta letal de casi cincuenta metros.

—Pues sí que tenías huevos —musitó Docampo—. Menuda sorpresa.

Descargó un puñetazo feroz en el estómago de Roberto, que, desprevenido, se dobló sobre sí mismo. Jadeó en busca de un átomo de aire y dio un paso atrás, hasta que sintió cómo el suelo se deshacía bajo sus pies, al borde del Agujero. Lo de llevarse golpes se estaba convirtiendo en una rutina fastidiosa, pero sospechaba que no era lo peor que iba a pasar.

—Me has caído mal desde el día que pusiste un pie en esta isla. —Luis Docampo le sujetó para evitar que cayese y se acercó a él, en un gesto delicado, casi íntimo—. No sabes lo que voy a disfrutar al matarte.

Roberto se incorporó con esfuerzo y, tras recuperar la respiración, le dedicó una sonrisa trémula.

—Ah, eso... eso... no va a pasar —jadeó—. De ninguna manera.

—¿Ah, no? ¿Y por qué, si puede saberse?

—Porque si me matas, jamás encontrarás el dinero. —Roberto le miró desafiante, con su carta ganadora puesta sobre la mesa—. Lo he escondido a conciencia. Por más que revuelvas la isla, nunca darás con él, ni un solo euro. Me necesitas con vida.

Luis Docampo le miró estupefacto por un instante interminable. Entonces, para sorpresa de Roberto, se echó a reír. Era una risa desganada, cargada de dolor.

—¿De verdad crees que *ahora* me importa ese puto dinero? —dijo, con voz suave—. ¿Después de todo lo que has hecho?

—No te entiendo —contestó Roberto, con un horrible presentimiento—. No sé de qué hablas.

—Hablo de mi primo Ricardo, al que le cortaste la cabeza —susurró Docampo, furioso—. De la vieja Elvira Couto, a la que asesinaste a sangre fría. Oh, sí, nos dio tiempo a ver lo que habías hecho en su casa. Eres un hijo de puta enfermo y retorcido, Lobeira.

Roberto sintió un frío entumecedor en todo su cuerpo. Pensaban que *él* era el asesino que andaba suelto por la isla. Que *él* era el responsable de aquellas dos muertes. Lo injusto de la situación hizo que le entrasen ganas de vomitar.

—Todo empezó a joderse en cuanto llegaste a la isla. *Casualmente* tú encontraste el cuerpo de mi primo. —Destilaba ira, en un hervor lento y borboteante—. Y *casualmente* te vimos salir de la casa de una

mujer asesinada de la misma forma. Llegas a Ons y comienza a morir gente y, mira tú, siempre coincide que andas cerca de la escena del crimen. No insultes mi inteligencia, joder.

—Escucha, no es lo que parece. Yo... ¡auch!

Otro puñetazo, esta vez en el pómulo, le hizo tambalearse. Sintió el sabor de la sangre dentro de su boca cuando el puño del hombre descargó el golpe.

—¡No me mientas! —El rugido descolló sobre el bramido del mar —. ¡Sé lo que has hecho, cabrón! ¡Dime dónde está mi hijo! ¿Dónde le has metido? ¿Qué le has hecho a Tristán?

Una bola gélida se atravesó en su garganta. La última vez que había visto a Tristán, el muchacho iba hacia su casa, después de haberse despedido de él y de Helena Freire. Por algún motivo, no había llegado al domicilio de los Docampo y creían que él tenía algo que ver con su desaparición.

—No sé dónde está Tristán. —Meneó la cabeza—. La última vez que le vi, iba hacia vuestra casa. Es la verdad.

—¡No te creo!

—Pues es todo lo que te puedo decir. Lo siento.

Roberto se incorporó, desafiante. Había visto demasiadas veces aquel tipo de miradas como para comprender que su sentencia de muerte ya estaba firmada, hiciera lo que hiciese. Si iba a morir allí, al menos no lo haría encogido, sino a pie firme, con dignidad.

—Dime dónde está mi hijo.

—Te juro que no lo sé.

Luis Docampo le miró, con los ojos llameantes de furia enloquecida y dolor.

—Pues si no me vas a contar nada más —desgranó las palabras, sin apartar la mirada de sus ojos—, se lo tendrás que contar al diablo.

Descargó un empellón brutal contra su pecho, que le cortó otra vez la respiración. El empujón cogió a Roberto por sorpresa, y braceó en vano para mantener la vertical. Atrapado en una sensación de pánico absoluto, se inclinó hacia atrás a cámara lenta, hasta que el suelo de gravilla se deshizo bajo sus pies.

Finalmente, con un alarido de terror, Roberto Lobeira se despeñó por la grieta del Agujero del Infierno, en una zambullida mortal.

32

Algo excepcional

Quince minutos antes, a seis kilómetros mar adentro y lejos de cualquier mirada, una serie de pequeñas circunstancias, que habrían sido insignificantes tomadas de una en una, se sumaron de manera aleatoria para dar lugar a algo excepcional.

La potencia desatada de *Armand* sacudía la superficie del mar en un caos de gigantescas olas de ocho y nueve metros de altura, coronadas de crespones de espuma blanca que corrían hacia tierra en una sucesión en apariencia infinita de ondas cargadas de energía. Entonces, una caprichosa ráfaga de aire, impulsada por un súbito cambio de temperatura, bajó a toda velocidad y chocó contra una de estas olas, en dirección opuesta a la de la corriente que las empujaba hacia la costa de la isla de Ons.

Aquella ráfaga, que habría arrancado con facilidad un tejado en tierra, casi no hizo mella en la onda de miles de toneladas de agua, pero bastó para ralentizarla un par de segundos, lo suficiente para que la ola que la seguía la alcanzase, en un ángulo preciso de ciento veinte grados, ni uno más ni uno menos, con un diferencial de velocidad de menos de diez kilómetros por hora. Si hubiesen impactado de otra manera, las dos se habrían desmoronado, como otros miles de olas que chocaban de forma caótica entre sí bajo la furia del temporal, pero en este caso fue diferente.

Las dos olas se fundieron en una sola, mucho más grande y con la inercia acumulada de ambas. Al avanzar más deprisa, fue devorando a las que la precedían, en un complejo proceso llamado «compresión no lineal», y por el camino se fue transformando en otra cosa: un monstruo con la altura de un edificio de diez pisos que se dirigía hacia tierra con la fuerza de un tren de mercancías.

Acababa de nacer una ola asesina, la pesadilla de cualquier marino.

El muro de agua, con una longitud de doscientos metros y un peso incalculable, tardó doce minutos y treinta y cinco segundos en llegar a tierra sin dejar de acumular energía cinética y golpeó con fuerza contra los acantilados de Ons justo en el momento en el que Roberto Lobeira se despeñaba por el Agujero del Infierno, rumbo a una muerte segura.

Y fue esta casualidad la que le salvó la vida.

Roberto caía sin control. La boca del Agujero se hacía cada vez más pequeña a medida que la gravedad le arrastraba en una espiral cada vez más acelerada. De su garganta salía un gemido gutural de terror puro y primigenio, consciente de que apenas le quedaban unos segundos de vida.

Y en ese instante, todo aquel sector de la costa retumbó como si una bomba hubiese explotado. Las paredes del Agujero se sacudieron y una lluvia de lajas de piedra agrietadas se desprendieron por el impacto. El agua entró por el canal al pie del acantilado, demasiado estrecho para acoger tantos miles de litros al mismo tiempo. El fondo del Agujero se transformó en una piscina burbujeante de agua y espuma que subía de nivel a toda prisa, buscando una salida.

Conforme subía el agua, se acortaba la distancia con el cuerpo en caída libre de Roberto. Lo que tendría que haber sido una zambullida mortal de cuarenta metros se redujo a una caída de apenas una docena. Aun así, el choque contra el agua fue demoledor. Roberto se vio engullido por un pandemónium enloquecedor de espuma y burbujas, en el que no dejaba de girar. Asomó la cabeza y boqueó antes de que el reflujo del oleaje le aspirase hacia el fondo, en lo que se había convertido en un inmenso desagüe.

Giraba sin control dentro del agua. Había perdido por completo las referencias de lo que era arriba y abajo y simplemente luchaba para mantenerse en el centro de la corriente rodeado de una oscuridad impenetrable. Como una brizna en medio del caos más absoluto, sintió que la corriente se aceleraba al pasar de nuevo por el canal. Una de sus rodillas chocó con violencia contra una roca y un dolor lacerante trepó por su pierna hasta incendiar su cerebro.

El mar le escupió hacia la superficie justo cuando se quedaba sin oxígeno. Respiró con un hipido largo, sacudido sin cesar por la marea. La costa, llena de rocas enormes y cubiertas de percebes y mejillones afilados como cuchillos, se levantaba a apenas una docena de metros,

amenazadora.

Entonces, la siguiente onda le elevó cuatro o cinco metros, en su carrera final contra el acantilado. Roberto lanzó un alarido cuando se vio arrojado contra unos arrecifes negros que asomaban como los dientes cariados de un monstruo de las profundidades. A eso le siguió un golpe brutal que le hizo retorcerse de dolor.

Y después, la nada.

33

El despertar

Como revolcada por el oleaje, su memoria entremezclaba de forma febril los recuerdos de la noche pasada a la deriva en el Mediterráneo con la caída por el Agujero. Olas descomunales que arrastraban los cuerpo sin vida de los pasajeros de la barca de migrantes se estrellaban contra muros negros formados por bocas hambrientas que los trituraban. En medio, él asistía impotente a aquel festival de todos sus terrores, su trauma libre al fin, sin control ni ataduras.

Fue el dolor lo que le hizo volver en sí, en forma de una cuchillada en los pulmones cada vez que respiraba.

Abrió los ojos y soltó un gemido de dolor, mientras intentaba enfocar la vista. Una sensación de alivio infinito le explotó en el pecho.

«Estoy vivo. Estoy vivo, estoy vivo, estoy...».

La sensación de gozo se fue extinguiendo poco a poco al comprobar que sobre él no estaba el cielo encapotado de Ons, sino un techo de piedra húmeda e irregular que se perdía en las sombras.

«¿Dónde coño estoy?».

Giró la cabeza con cuidado y se dio cuenta de que no podía mover ni un solo músculo de cuello para abajo. La idea aterradora de que se había quedado tetrapléjico se coló de forma insidiosa en su interior, reduciendo su corazón al tamaño de una pelota. Pero el dolor lacerante de su rodilla le devolvió a la realidad.

Movió los dedos de los pies dentro de sus botas empapadas y nunca se sintió tan feliz por algo tan nimio. Después hizo lo mismo con las manos, pero por más que lo intentaba no podía desplazarse ni un centímetro. Solo entonces fue consciente de que estaba atado.

Reposaba sobre una mesa de madera maciza, de aspecto antiguo y que se cimbreaba un poco cada vez que se sacudía. Unas bridas de plástico sujetaban firmemente sus manos, y una cuerda del grosor de

un dedo daba varias vueltas sobre su tórax y le mantenía amarrado sobre la superficie de la mesa.

Jadeó, conmocionado, mientras trataba de procesar toda aquella información. Su último recuerdo antes de perder la conciencia era el de verse lanzado contra los farallones de la isla y de repente se despertaba dentro de una cueva, atado como un paquete. Aquello era suficiente para desorientar al más templado.

Respiró hondo y casi al instante se arrepintió al notar un pinchazo brutal en un costado. Debía de tener un par de costillas rotas, como mínimo. El shock aún mantenía el dolor a raya, pero era cuestión de tiempo que empezase a padecer de verdad.

Cerró los ojos y contó lentamente hasta diez, mientras trataba de dominar el latido desbocado de su corazón. Luego los volvió a abrir y miró de nuevo a su alrededor, ya más tranquilo.

Estaba dentro de una cueva alargada y alta, con el suelo de piedra salpicado de arena seca y restos de conchas pulverizadas. En los huecos de las paredes, aquí y allá, alguien había colocado pequeñas lámparas de gas que siseaban con suavidad mientras lo bañaban todo con una luz ambarina, pero la mayor parte de la luz procedía de un viejo fanal de señales conectado a un bidón de petróleo por una goma de bombeo de aspecto antiguo que apostaría a que tenía más de cien años.

En el aire resonaba un altavoz de sonido crepitante y débil. La voz poderosa de Rocío Jurado susurraba con pasión que el amor había llegado a su vida, en medio de una lluvia de chasquidos y parásitos, a medida que alguna cinta dada de sí pasaba por las bobinas. Aquel detalle incongruente, más que ninguna otra cosa, fue lo que le puso los pelos de punta.

Poco a poco fue captando más detalles, o al menos los que podía percibir desde la posición en la que se encontraba. En la cueva había unos cuantos muebles de aspecto deteriorado, incluyendo una cama que era poco más que un jergón apoyado sobre unas cuantas cajas de pesca. En las paredes había ganchos de los que colgaban capotes de mal tiempo, redes y herramientas variadas.

Entonces intuyó la presencia de dos rostros entre las sombras. Roberto giró el cuello con un chasquido de dolor para descubrir quiénes eran aquellas dos personas que le observaban hieráticas y sin parpadear ni pronunciar una palabra.

Casi de inmediato deseó no haberlo hecho.

Aquellas dos personas no se movían ni decían nada porque estaban muertas.

Desde una estantería, metidas en dos frascos de vidrio llenos de alcohol, las cabezas del Ricardo Docampo y Elvira Couto le contemplaban con sus ojos sin vida. Un graznido inarticulado de terror se atascó en su garganta.

—¡Socorro! —logró gritar al fin, con toda la energía de sus pulmones—. ¡Socorro! ¡¿Hay alguien ahí?! ¡Ayuda!

Berreó hasta acabar ronco, pero nadie apareció. Forcejeó con las bridas que le mantenían sujeto, pero estaban apretadas a conciencia y se le clavaban en la carne, en un mordisco cada vez más doloroso. Las manos le hormigueaban y estaba empapado en sudor.

Cuando ya pensaba que estaría atrapado allí para siempre, oyó unos pasos suaves que se acercaban desde el otro extremo de la cueva.

—¡Hola! ¡¿Quién anda ahí?! —gritó, desesperado—. ¡Por favor, necesito ayuda!

Los pasos se detuvieron a un par de metros de él, pero por más que giraba la cabeza no podía ver de quién se trataba. Entonces le llegó el sonido de una silla arrastrándose y una sombra se interpuso, por fin, ante el foco de luz.

Roberto enfocó la mirada intentando identificar a aquella persona, y cuando lo hizo, un jadeo brotó de sus labios.

Frente a él, sentado en la silla con aire satisfecho, estaba Varatorta, que le miraba con una sonrisa amable.

—Hola, don Roberto —dijo con su voz suave y educada, como si se acabasen de encontrar en medio de un paseo por el parque—. Bienvenido a mi casa secreta. No sabe las ganas que tenía de volver a verle.

34

Hay un monstruo entre nosotros

Roberto guardó silencio, demasiado confuso como para decir nada. Su mente, ya conmocionada por la caída al mar, se negaba a procesar la tonelada de información que se agolpaba ante sus ojos.

—Eres tú —consiguió articular al fin—. El Tangaraño. Tú eres el asesino.

Varatorta miró a su alrededor, como si no estuviese seguro de que se dirigía a él. Finalmente, le dedicó una sonrisa cómplice, como de dos colegas que se cuentan una trastada.

—Venga, venga, don Roberto, que «asesino» es una palabra muy fea, ¿no cree? —Se recostó en la silla—. Yo prefiero pensar en mí mismo como un artista. Un investigador de la naturaleza humana, si le parece mejor.

—¿Dónde estamos?

—Ya se lo he dicho, en mi casa secreta. Mi refugio. Mi laboratorio, si lo prefiere.

—No. —Roberto negó con la cabeza. La garganta le dolía horrores—. Quiero decir... ¿qué es este lugar?

—¡Ah, eso! —Varatorta sonrió, complacido, y se recolocó el tupé sobre su calva incipiente—. Es una antigua *furna*, parecida al Burato do Inferno por el que usted cayó hace unas horas. Hace miles de años, justo en el lugar donde nos encontramos, el agua entraba con fuerza y horadaba el acantilado que tenemos encima. En algún momento hubo un desprendimiento de rocas sobre la boca y quedó cegada. Ahora solo se puede entrar por un sitio que yo conozco. ¿A que es increíble?

—¿Cómo... cómo he llegado aquí?

—¡Pensaba que eso era evidente! —El farero abrió mucho los ojos, con gesto de sorpresa—. ¡Yo le he traído!

—¿Cómo es posible? —Roberto cerró los ojos—. Yo no recuerdo... No sé...

—Verá, don Roberto, cuando usted llegó a la casa de esa mujer —Varatorta señaló con su pulgar regordete por encima del hombro, hacia la cabeza cercenada de Elvira Couto—, yo estaba fuera, entre la maleza, esperando.

—¿Me estabas esperando? —Un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—No, qué va, no sabía que era usted. —Se encogió de hombros —. Vi a alguien caminando por la playa de Melide y supuse que iría hasta la casa de Elvira, así que me aposté a la espera. Tenía curiosidad por saber de quién se trataba, en medio de una noche de perros. ¡Imagínese mi sorpresa!

Roberto se removió sobre la mesa y obtuvo un pinchazo de dolor en el costado como recompensa.

—Me faltó poco para ir a saludarle allí mismo —continuó el farero—, pero entonces apareció toda esa gente en todoterreno y me pareció prudente aguardar un poco.

Recordó la sensación de ser observado que había tenido al llegar a la vivienda de Elvira Couto. Quizá, sin pretenderlo, la partida de los Docampo le había salvado la vida... antes de intentar quitársela.

—Estaba muy intrigado, si le digo la verdad. —Varatorta se atusó la perilla, pensativo—. No entendía qué era lo que estaba pasando ni qué cuentas pendientes tenían los Docampo con usted, así que los seguí.

—¿Cómo es que nadie te vio?

—Todos parecían muy concentrados en usted —le explicó el farero—. Fue coser y cantar. Por cierto, me pareció muy ingenioso el truco del cable cruzado en el camino. ¡Tendría que haber visto sus caras de sorpresa cuando detonó la bala!

—Necesito un trago de agua —graznó Roberto, cada vez más incómodo—. Por favor.

—Oh, claro. ¿Dónde están mis modales? ¡Ahora mismo!

Varatorta se levantó y se acercó hasta la estantería donde reposaban las cabezas de su víctimas y volvió con un termo. Con delicadeza, dejó caer un hilo de líquido en la boca de Roberto, que paladeó con fruición el chorro de agua dulce.

—Supongo que ha tragado mucha agua salada —dijo el hombre, cerrando el envase—. Tendrá la garganta irritada durante un buen rato.

—Dime cómo me sacaste del mar. —Se estremeció al recordar el momento en el que las olas le lanzaron contra el acantilado—. No puedo entenderlo.

—Bueno, eso sí que fue cosa de la suerte. —Se sentó de nuevo en la silla y apoyó el termo entre sus pies—. Cuando la ola le estrelló contra las rocas, le perdí de vista por un rato, en medio de toda la espuma. Pero entonces le vi flotando, inconsciente y con la cabeza fuera del agua. Su parka le salvó la vida.

—¿Mi parka?

—Sí. —Varatorta señaló una percha, donde su chaqueta destrozada aún goteaba lentamente sobre el suelo—. Al caer al mar, se le enrolló alrededor del cuello y como estaba llena de bolsas de aire entre el plumón del relleno, hizo de salvavidas. Si no llega a ser por eso, se habría ido al fondo y jamás le habría encontrado.

Roberto se relamió los labios agrietados. Llevaba maldiciendo aquella parka en la que entraba agua desde que llegó a la isla y, al final, gracias a ella aún estaba vivo. Seguro que era algo que sus diseñadores ni se podían imaginar.

—La corriente le llevó a una zona algo más remansada —acabó de explicarle Varatorta—. En cuanto se fueron los Docampo, le saqué del agua y, bueno... —separó mucho los brazos—, acabamos aquí.

—Supongo que tengo que darte las gracias.

—Eso sería lo educado, sí —asintió Varatorta—, pero entre amigos no son necesarias ciertas formalidades. No hace falta, en serio.

—¿Por qué estoy atado? —Se sacudió sobre la mesa—. Suéltame.

—No, no, no. —El farero negó con la cabeza, vehemente—. Se ha llevado muchos golpes. Tiene varias costillas fracturadas, una brecha en la cabeza y una de sus rodillas debe de estar destrozada. Creo que es más prudente que siga así, por ahora. Además, lo hará todo más fácil.

—¿Todo más fácil? ¿De qué hablas?

—Pero ¿a qué viene tanta prisa, hombre? ¡Ahora que por fin tenemos tiempo para charlar con calma! Ya lo verá en su momento. —Varatorta se golpeó la nariz, con un gesto cómplice—. Tengo hambre. ¿Le importa si me tomo un tentempié?

Sin esperar respuesta, el farero se levantó y salió de su campo de visión. Al cabo de un instante le oyó cacharrear al otro lado de la cueva, batiendo algo. Aprovechó para intentar aflojar sus ligaduras.

Las bridas de plástico de sus muñecas estaban apretadas a conciencia, pero la cuerda que le mantenía sujeto a la mesa tenía cierta holgura. Con cuidado, hinchó el pecho para hacer hueco, y el pinchazo de las costillas rotas hizo que le asomasen lágrimas a los ojos. Sin embargo, aunque solo fueron unos milímetros, la notó menos tensa a su alrededor.

Con aquel pequeño triunfo se sintió renacer. Se balanceó y la mesa crujió bajo su peso, lanzando un chirrido nada halagüeño. Roberto se detuvo, temiendo que el farero le hubiese oído, pero el ruido de platos seguía sin interrupción. Volvió a repetir el movimiento y la cuerda se aflojó un poco más. Milímetro a milímetro, iba ganando espacio.

Al cabo de unos minutos oyó cómo el hombre se acercaba de nuevo y se quedó inmóvil. Varatorta arrastró una mesita, que parecía un viejo pupitre, y la colocó al lado de la silla. Con ceremonia, la cubrió con un mantel y sobre este puso un plato de huevos revueltos con bacón y una copa de vino tinto.

—La buena alimentación es la base de una vida sana —dijo mientras se sentaba—. Eso repetía siempre mi madre. ¿Su madre no le decía cosas parecidas, don Roberto?

—Algo así, sí —respondió, desconcertado—. ¿Por qué?

Varatorta le miró, con el tenedor a medio camino de su boca y cara de no entender nada.

—¿Que por qué me lo decía?

—No. —Roberto hizo un gesto de cabeza hacia los frascos de cristal que reposaban en la estantería y su siniestro contenido—. Me refiero a eso.

Varatorta siguió su mirada y contempló los botes en silencio. Entonces se volvió de nuevo hacia él y le dedicó otra de aquellas sonrisas extrañas. Apoyó los cubiertos con delicadeza al lado del plato y se tomó su tiempo antes de hablar.

—Contestaré a su pregunta, pero primero me gustaría saber qué piensa usted al respecto.

—Pues que es la obra de un enfermo. Un psicópata.

Un breve destello de contrariedad, apenas una chispa, titiló en la mirada de Varatorta por un segundo, pero desapareció casi por ensalmo, sustituida por una expresión de pena.

—Me decepciona, don Roberto, en serio —suspiró—. No era la

respuesta que imaginaba. Es tan poco... creativa. Esperaba mucho más de un escritor de su fama, la verdad. Va, inténtelo de nuevo.

—¿Y qué quieres que te diga? —preguntó Roberto, midiendo mucho sus palabras. No se le escapaba lo afilada que estaba la hoja del cuchillo, a solo unos palmos de su cabeza—. Dame una pista, al menos.

—Contaba con que reconociese la belleza intrínseca de mi trabajo. —Varatorta habló muy serio de repente—. De artista a artista, de creador a creador, una valoración objetiva del delicado equilibrio y la sutileza de una obra de arte.

«Joder, está como una cabra».

—No sé bien si somos el mismo tipo de... creadores —contestó Roberto, con cautela.

—¡Piénselo! —El farero agitó los puños en el aire, arrobado—. ¡Prácticamente somos almas gemelas! Los dos cogemos parte de la esencia humana y la moldeamos en nuestras manos hasta transformarla en otra cosa, algo que trasciende la vulgaridad de la vida diaria.

—Yo solo soy un escritor.

—¡Es mucho más que eso! Usted teje los sueños y la imaginación de la gente, les permite escapar de sus vidas aburridas para que vivan aventuras emocionantes que ansían leer. Y yo... —Varatorta le miró, con expresión casi soñadora—. Yo cojo sus cuerpos ajados, frágiles, llenos de fallos, y los transformo en obras que superan lo imaginable. ¿Cómo es que no lo ve?

—No sé si Elvira Couto y Ricardo Docampo opinarían igual —replicó, mordaz—. Quizá estaban encantados con sus cuerpos ajados y llenos de fallos.

«Controla tu lengua. No le provoques».

Varatorta golpeó la mesa y los cubiertos repicaron con estrépito.

—¡No! —rugió, con una ira que no encajaba en su aspecto apacible—. ¡Eso no es verdad!

Roberto tragó saliva de nuevo. No estaba en posición de llevarle la contraria a aquel hombre, así que intentó otra estrategia. Tenía que hacer que siguiese hablando, fuera como fuese. Cada minuto que ganase, era un minuto más con vida. Un minuto más para conseguir soltar sus cuerdas.

—Explícamelo, entonces. Quiero entenderlo. De artista a artista.

Varatorta le lanzó una mirada aún dolida, pero con una chispa de esperanza.

—¿Lo dice en serio?

—Absolutamente. Quiero saberlo todo de tu obra.

—¡Ah, qué gusto encontrar a alguien que me entienda! —palmoteó, entusiasmado—. No sabe lo que es pasar años aquí sin tener a *nadie* con quien hablar de esto. La liberación que supone.

Roberto aprovechó aquel momento para inflar el pecho una vez más. Las cuerdas se soltaron otro par de milímetros.

«Haz que siga hablando. Dile lo que sea, pero que siga hablando».

—Bueno, tengo que reconocer que me ha llevado mucho tiempo llegar a este punto de virtuosismo. —El hombre se esponjó, ufano, sin ser consciente del hilillo de grasa de panceta que le goteaba por la perilla—. De aprender a dominar la técnica que me permite llevar el arte de la conversión de cuerpos a este extremo.

—Ah, ¿y cómo es eso? —Volvió a hinchar los pulmones, aguantando el dolor de las costillas rotas.

«Un poco más. Sigue así».

—Es una historia muy larga. —De pronto Varatorta parecía azorado, casi vergonzoso—. No sé si le apetece escucharla entera.

—No pensaba ir a ninguna parte. —Fingió una sonrisa—. Por si no te has dado cuenta. Continúa, por favor.

—Verá, don Roberto, de pequeño yo era un niño solitario y algo soñador. —Varatorta dio un trago a su copa de vino y se arrellanó en su silla—. No tenía muchos amigos. Bueno, para ser sinceros, no tenía ninguno. Nadie me entendía y mamá siempre decía que yo era demasiado bueno para mezclarme con gente que no me merecía.

—Una infancia solitaria, imagino.

—Peor que eso. —Varatorta torció el gesto, como si el vino y los recuerdos tuviesen un sabor amargo—. Los demás chicos siempre se burlaban de mí. Toni el Gordito, Toni el Tartamudo, Toni el Rarito... Parecía que cada día encontraban un mote nuevo.

—Lo siento mucho. Nadie debería pasar por algo así. —Otra inspiración y otro milímetro ganado a la cuerda.

—Da igual. —Se encogió de hombros—. Eso ya es una historia muy lejana. Cuando cumplí dieciséis años, dejaron de meterse conmigo.

—¿Qué pasó?

—Había un chico en mi clase —contestó con voz evocadora—. Se llamaba Guille, Guille Juncal. Yo le admiraba: era alto, guapo, atlético y divertido... Las chicas estaban locas por él. Era todo lo que yo quería ser.

—Déjame adivinar. Era el que te ponía motes.

—¡No, para nada! —Varatorta abrió mucho los ojos—. ¡Era encantador! ¡Jamás me dirigió una mala palabra!

—¿Entonces?

—Quería saber cómo lo hacía. Cómo se las apañaba para caer bien a todo el mundo, para gustarle tanto a la gente, para estar siempre de buen humor. *Necesitaba* saber qué debía hacer para ser como él.

—¿Y qué le pareció a él la idea?

La mirada de Varatorta se perdió en las profundidades de la cueva, muy lejos de allí, mientras evocaba sus recuerdos.

—Fui a su casa un domingo de verano, uno de esos días de calor aplastante en los que nadie quiere salir a la calle. —Se pasó las manos por el cabello, con una sonrisa tierna en la boca—. Sus padres estaban de viaje y me invitó a pasar. Ya le he dicho que era muy amable. Me invitó a un vaso de agua, charlamos un rato y en cuanto tuve oportunidad, lo hice.

—No entiendo...

—Le di un golpe en la cabeza. —Se dibujó otra de aquellas sonrisas extrañas en su boca—. Le maté en el salón de su casa y luego le abrí para ver cómo era por dentro. Para hallar respuestas. Para descubrir cómo funcionaba. Ahí fue donde empezó todo. Ahí fue donde descubrí mi don.

Roberto contuvo el aliento, impactado. Aquel hombre estaba confesando un asesinato con la misma naturalidad con la que podría hablar del tiempo. No había remordimiento en su voz, ni sentimiento de culpa. Nada. Era la ausencia total de empatía.

—Tu... tu don —balbuceó.

—¡Eso es, mi don! —El tono de Varatorta se elevó una octava—. Aquel día comprendí que era capaz de ver cosas bajo la piel que los demás no veían. Cosas que nos hacen únicos y especiales, pero que están ocultas de manera incomprensible. Es precisa la mano de un auténtico artista, de alguien como yo, para poder ponerlas a la luz. Había encontrado mi camino. Desde aquel día, todo cambió. Me sentí

más firme. Más seguro. Más... yo mismo. Guille me salvó. Me enseñó el camino.

—Pero supongo que a los padres de ese chico no les gustó nada que matases a su hijo.

—Nunca se enteraron. —Varatorta volvió a hacer aquella mueca que parecía una sonrisa mientras se encogía de hombros—. Mamá se encargó de todo, cuando le conté lo que había hecho. Por lo que sé, Guille sigue enterrado en el mismo sitio de la huerta de casa desde hace veinte años.

—Tu propia madre... No me lo puedo creer.

—A mamá no le gustó nada. —Frunció el ceño—. No entendía mi arte, pero me quería demasiado para dejar que me pasase algo. Me hizo prometer que no lo volvería a hacer.

—¿Y le hiciste caso?

—Casi todo el tiempo. —Un nuevo encogimiento de hombros—. Solo he vuelto a hacerlo de vez en cuando, y eso únicamente desde que se murió mamá, hace años.

—Y nadie ha sospechado nunca...

—Jamás. —Varatorta le dedicó una sonrisa triunfal—. Siempre he sido muy cuidadoso.

—No ha debido de ser fácil.

«Que siga hablando. Gana tiempo».

—En ese sentido, este sitio es perfecto para mí —asintió—. Me di cuenta nada más llegar, hace tres años. Aislado, pero cercano a tierra y lo suficientemente vacío en invierno como para que nadie se meta en tus asuntos.

—¿Y en los meses de verano? —La cuerda emitió un crujido revelador, pero el farero no pareció darse cuenta.

—Esto se llena de turistas, demasiada gente dando vueltas y colándose por todas partes. En verano me voy a tierra. —La sonrisa de Varatorta se ensanchó—. Viajo. Me libero.

La mirada de Roberto saltó a los botes de cristal de la pared. Sospechaba que detrás de ese «me libero» se ocultaba todo un mundo de horror, a saber desde cuándo.

—¿Sabe qué tiene en común la mayoría de la gente? —Varatorta se inclinó hacia él, con aire conspirador—. Que solo ven aquello que quieren ver. Dejan que sus prejuicios y sus creencias se interpongan entre ellos y la realidad. Prefieren lo que conocen a lo desconocido

para tratar de explicar lo que los rodea.

—Como las leyendas —adivinó Roberto, que se sentía como si estuviese tragando cristales rotos—. Como el Tangaraño.

—Fue ella quien me puso sobre la pista de ese disfraz. —Varatorta cabeceó en dirección a la cabeza inerte de Elvira Couto—. El resto estaba en la biblioteca del faro, como muy bien sabe. Lo único que hice fue unir los puntos y de repente me di cuenta de que había encontrado un *alter ego* perfecto para los largos meses invernales. La excusa perfecta para cubrir mi rastro, en caso de cometer algún error.

—Pero nunca mat... —Roberto se corrigió sobre la marcha—: nunca practicaste con ningún isleño hasta ahora.

—Es cierto. —Varatorta puso una expresión astuta—. Jamás comas donde duermes, que decía mi madre. No podía llamar la atención sobre mi refugio. Practicar con animales sirve para calmar mis ansias y además, de paso, mejoro mi técnica. Pero no es lo mismo, ya me entiende...

Roberto asintió, siguiéndole la corriente. Se encontraba frente a un psicópata de manual, alguien sin ningún tipo de moral o freno ético y para quien sus víctimas tan solo eran material de trabajo, no personas. Y que también era lo bastante listo como para haber llevado aquella vida durante años sin que lo atrapasen.

—Normalmente solo me entrego a fondo a mi arte cuando surge una buena ocasión. —Varatorta se puso en pie, desperezándose—. Cuando una señal me indica que ha llegado el momento. Lo que no me esperaba es que fuese a suceder aquí, en la isla, y de una manera *tan* explícita.

—¿Y cómo es esa señal?

—Vaya, esa sí que es una pregunta que no me esperaba. —El hombre le miró, extrañado—. Pensaba que era evidente.

—Por favor, sácame de dudas.

—¿Es que no está claro? —Varatorta parecía desconcertado de veras—. La señal me la dio usted, don Roberto.

Se le encogió el corazón al escuchar aquello.

—¿Que yo...? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—¡En el faro, en la biblioteca! —Varatorta recitó de carrerilla—. «A veces uno tiene que tomar la iniciativa para llevar el control de su vida y demostrar quién es de verdad». Esas fueron sus palabras exactas, ¿recuerda?

—Pero yo no quería...

—Me dijo que nos entendíamos, incluso me apretó el brazo de forma cómplice —insistió el farero—. ¡Oh, por favor, don Roberto, no había lugar a engaño! Primero me pregunta por el Tangaraño en la biblioteca y a renglón seguido me dice eso. Estaba clarísimo que había sido capaz de ver lo que nadie más había descubierto. *Que me entendía*.

Roberto ni siquiera parpadeaba, paralizado por el horror.

—Cuando le vi bajar del barco comprendí que por fin había otra alma sensible, otro artista como yo, alguien que realmente podría apreciar mi trabajo y con quien podría compartir un momento como este. —La voz de Varatorta vibraba, henchida de pasión—. Por lo general me quedo con un recuerdo de cada uno de mis trabajos, pero aquel día decidí hacer una excepción...

—La cabeza de conejo en mis escalones —adivinó Roberto.

—¡Eso es! —asintió con el entusiasmo de quien revela un truco de magia especialmente bueno—. Supuse que en cuanto lo encontrase, entendería que había alguien como usted en Ons, alguien con la sensibilidad suficiente como para crear magia de la nada.

—Así que cuando fui a visitaros al faro...

—Supe que había entendido mi mensaje nada más cruzar la primera mirada con usted. —En la mente de Varatorta las piezas encajaban siguiendo su patrón retorcido—. Pero cuando me dijo que me entendía, que había adivinado quién era de verdad... ¡casi le cuento todo allí mismo! Espero no haberle defraudado con mi trabajo. Haber estado a la altura de sus expectativas.

Un regusto amargo inundó la boca de Roberto al comprender que él mismo había provocado sin pretenderlo toda la orgía de muerte y sangre en Ons. Primero, su hallazgo fortuito del dinero, y luego, aquello. Su llegada a la isla había servido como detonante para que mil tensiones acumuladas se desatasen a la vez. Él y solo él era el desencadenante de todo lo que estaba sucediendo. El peso de la responsabilidad, aunque injusta y fortuita, le aplastó como una losa.

—Ahora me siento liberado por fin. —Varatorta le agarró una mano con delicadeza, ajeno a sus pensamientos. Su tacto era suave y gomoso, algo húmedo, como el de un pez—. Por eso quiero darle las gracias. Por liberarme, por hacerme entender que no tengo que preocuparme por las consecuencias. Ahora puedo, por fin, rematar mi

obra en esta isla.

—Tu obra...

—¡Sí, mi obra! —gritó excitado—. Una colección de distintas personas, diferentes entre sí, una variación de interiores expuestos a la luz, brillando en su constelación de delicadas diferencias. Ya tengo a Elvira, una anciana que, sin querer, me dio la pista argumental para esta obra magna con su Tangaraño y su *aire do morto*.

Roberto recordó entonces el plato de pescado a la brasa, ya frío, que había visto sobre la mesa de la mujer, en su choza. Buscando pistas del asesino en el baúl lleno de ofrendas no había sido consciente de que la tenía justo delante de sus ojos, sobre la mesa. Varatorta, el vecino farero. Varatorta, el cocinero amable. A saber cuántos platos de comida le había llevado a la anciana mientras esta le contaba sus viejas leyendas. Cómo había ido forjando su macabro plan, mientras la mujer comía delante de él.

—También tengo a uno de esos Docampo —continuó enumerando el hombrecillo—. Fue excitante hacerlo, pero el resultado no me dejó muy satisfecho. Resultó demasiado... carente de brillo. Ya imagino que me entiende.

Roberto no contestó. En lugar de eso se esforzó en aflojar un poco más las cuerdas, empapado en sudor frío.

—Ahora estoy deseando poder trabajar con mis compañeros de faro —le miró, arqueando una ceja—. Sé que parecen brutos y poco refinados, pero estoy convencido de que podré obtener un excelente resultado, sobre todo con Ibaibarriaga. Será todo un reto abrir ese corpachón, no me cabe duda.

—Ellos no saben quién eres realmente...

—Nunca han preguntado. —Se encogió de hombros—. Pero si fuesen observadores se habrían dado cuenta, como hizo usted de forma tan sagaz en la biblioteca. Siempre soy yo quien cocina. Quien desmonta cualquier aparato cuando está estropeado. Quien desmenuza hasta la última pieza de los mecanismos del faro cuando hay una avería. Siempre las manos de un artista, claro. Siempre yo. Yo, yo, yo.

—Desmontaste la emisora del faro. —Recordó la disposición ordenada de las piezas, casi obsesiva, sobre la mesa—. Tú nos dejaste a todos incomunicados.

—Claro que fui yo —rio el hombre—. La volveré a montar más tarde, eso no será un problema. En cuanto me haya encargado de

Ibaibarriaga y de Pazos, claro.

—No podrás hacerlo. Son más fuertes que tú y ahora están alerta, en busca del dinero.

—Confían en mí. —Varatorta le sonrió—. Soy uno de ellos. Pero antes tengo que hacer otra cosa, algo muy especial.

Roberto le miró, conteniendo la respiración. No quería saber a qué se refería y, al mismo tiempo, lo adivinaba.

—Necesito un Freire para mi obra de arte. Una Freire, mejor dicho. He pensado que la cabeza de Antía Freire será el contraste perfecto frente al Docampo que está en ese bote. —Señaló hacia la estantería—. La delicadeza femenina frente a la fuerza masculina. La inteligencia frente a la ausencia de ella. ¿A que es maravilloso?

—No te atrevas a acercarte a ella —gruñó Roberto, sacudiéndose sobre la mesa—. Ella no.

—Oh, venga, no empecemos con sentimentalismos. —Varatorta hizo un gesto con la mano—. A mí también me cae bien, pero no se puede hacer una tortilla sin cascar antes unos cuantos huevos. Es necesario.

—Si le pones una mano encima, te mataré yo mismo. —Su voz sonaba hueca y cargada de ira, incluso a sus propios oídos—. Te lo prometo.

—¿Ve usted? Precisamente por eso es necesario que me espere aquí en mi casa secreta, disfrutando de mi hospitalidad, mientras me encargo del resto. Además, se olvida de algo muy importante.

—¿De qué?

—Le necesito para culminar mi obra. —Se inclinó hacia él, hasta que sus labios rozaron su oído izquierdo, en un gesto casi erótico—. Porque cuando termine con ellos, será su turno, don Roberto. La culminación de mi cuadro. El interior de un artista, de un creador, a la luz de la luna. Será un momento maravilloso.

Roberto le miró, demudado. Se sacudió con furia sobre la mesa, que traqueteó con sus movimientos, mientras lanzaba una retahíla de insultos y maldiciones.

—Hasta dentro de unas horas, don Roberto. —Varatorta se acercó a una percha y se puso con cuidado su impermeable de mal tiempo—. Cuando amanezca, estaré de regreso. Póngase cómodo, mientras tanto.

Con una sonrisa, el farero se dio la vuelta y se alejó por el fondo de la cueva, hasta perderse de vista. Roberto se quedó a solas en la

gruta, con la cabeza vibrando como un diapasón y el alma por los suelos.

Había un monstruo suelto en la isla, listo para cazar.

Y él, la única persona que sabía la verdad y podía detenerlo, estaba prisionero en aquella cueva.

35

Tan cerca, tan lejos

Durante un rato se quedó tumbado sobre la mesa, intentando ordenar sus pensamientos. La última pieza del puzle había encajado, pero ahora que tenía todas las respuestas, no podía hacer nada para impedir lo que estaba a punto de suceder.

Nadie albergaba la menor sospecha de lo que se les venía encima. Todo el mundo confiaba en Varatorta, engañados por su apariencia pacífica y sus modales educados. Ahora que estaba libre de restricciones, amparado bajo *Armand,* el farero se sentía desatado para llevar a cabo todas las locuras que bullían en su cabeza, sin que le preocupasen las consecuencias. Había entrado en una espiral de la que ya no había salida, ni le importaba. Tan solo le interesaba culminar su macabra obra.

Tenía que escapar de allí como fuese. En el radiocasete, Rocío Jurado había dado paso a Juan Gabriel, que con voz sedosa y dulce acento mexicano pedía que le abrazasen más fuerte que nunca. Atado como un paquete, Roberto fue consciente de la amarga ironía de aquella canción.

Contó hasta tres y volvió a hinchar el pecho para aflojar las cuerdas. El pinchazo de dolor en sus pulmones fue tan intenso que se le escapó un alarido de dolor. Con desaliento, comprobó que apenas había ganado otro par de milímetros, como mucho. Así no lo conseguiría nunca. Tenía que encontrar otra forma de liberarse de sus ataduras.

Se removió inquieto y la mesa lanzó otro crujido que le sobresaltó..., y una idea cruzó por su mente a la velocidad de un rayo.

En vez de intentar aflojar la cuerda, comenzó a balancearse de un lado a otro, aumentando la inercia en cada impulso. Con cada movimiento, la mesa arrojaba una sinfonía de crujidos y chasquidos, cada vez más fuertes y alarmantes, mientras amenazaba con

desmontarse, sometida a aquel vaivén.

De pronto, un crujido más intenso que los demás rebotó en las paredes de la cueva y, casi a la vez, una de las patas se partió por la mitad. Roberto cayó al suelo con estrépito, en medio de un mar de tablones rotos y medio podridos. El impacto contra la piedra, seco y repentino, le arrancó un nuevo grito de dolor. Desde luego, aquella no era la mejor forma de tratar unas costillas rotas.

Se quedó en el suelo unos segundos, con la cara medio enterrada en los restos de la mesa, mientras luchaba por recuperar el resuello. La cuerda que le mantenía atado se había soltado, pero las bridas de plástico enlazadas seguían mordiendo con fiereza sus muñecas. Había mejorado su situación, pero no demasiado.

«Piensa: ¿cómo coño se hacía esto? Tú lo sabes. ¡Recuerda!».

Su mente viajó muy lejos en el tiempo, a un ruinoso hotel de Kandahar, en Afganistán. Un tipo de Blackwater, la compañía norteamericana de mercenarios, un chaval rubicundo y tostado por el sol que parecía una montaña de músculos y tatuajes, borracho como una cuba, se había apostado con Roberto y otro puñado de periodistas que cubrían la guerra que sería capaz de liberarse de unas bridas como aquellas con facilidad. Ellos no le habían creído, por supuesto, pero al final el mercenario había conseguido su ronda de cervezas gratis.

Cerró los ojos con fuerza y rememoró la escena, recopilando hasta el último detalle. Luego se sentó en el suelo y empezó a reproducir cada uno de los movimientos.

Varatorta había cometido el error de unir sus manos por delante para poder apoyarle boca arriba sobre la mesa, y eso se había convertido ahora en una ventaja. En primer lugar se desató los cordones de las botas, con los dedos entumecidos por la falta de circulación. Cuando por fin logró deshacer los nudos, pasó uno de los cordones por el interior de la brida central que unía a las que sujetaban sus muñecas, y a continuación lo ató al cordón de la otra bota con el nudo más fuerte que pudo realizar.

Comprobó el resultado de su trabajo con ojo crítico. Los cordones de las botas eran recios y ahora tenía una especie de cordel por el interior de la brida, cuyos extremos acababan en cada uno de sus pies. Roberto se tumbó de espaldas, estiró las piernas todo lo que le permitían los cordones, hasta que estuvieron tensos, y entonces

comenzó a mover las piernas como si pedalease, más y más rápido.

Los cordones emitían un siseo rasposo mientras frotaban la brida. Cada vez que estiraba la rodilla lesionada, una explosión de dolor agonizante le inundaba el cuerpo, lanzando olas que reverberaban en todas las fibras de su ser. Su frente se perló de sudor, concentrado en ignorar el dolor y mantener la brida lo más tensa posible.

Chac.

Con un chasquido seco, la brida se partió a causa de la tensión acumulada y el roce.

Sus manos por fin quedaron libres.

Se frotó las muñecas, dolorido. Entonces se incorporó de un salto y casi al instante se dio cuenta de que aquello había sido un error. La rodilla que se había golpeado contra las piedras restalló con un sonido desagradable y no se desmayó del dolor por un pelo. Cayó al suelo de nuevo, en una agonía de calambrazos, y necesitó un minuto entero para poder intentarlo de nuevo.

Esta vez se puso de pie con cuidado. Varatorta había sido generoso en el uso de bridas y aún tenía restos de plástico alrededor de las muñecas que le cortaban la circulación. Miró a su alrededor y se fijó en una repisa de piedra sobre la que había una infinidad de instrumentos.

Dando pasos torpes, se fue acercando hasta allí, poco a poco. Cada vez que apoyaba la pierna herida, una llamarada de dolor le incendiaba la rodilla, pero apretó los dientes y continuó ganando terreno, centímetro a centímetro. Cuando alcanzó por fin la repisa, estaba bañado en sudor y la cabeza le daba vueltas.

Revisó lo que había sobre la piedra: era una colección de destornilladores, hilos de estaño y diverso material electrónico, pero entre todo aquel batiburrillo localizó unos alicates. Los cogió y casi al instante se le cayeron al suelo al resbalar en sus manos empapadas.

—Tranquilo —se susurró a sí mismo, para animarse. Una gota de sudor se le metió en un ojo y empezó a escocer, pero la ignoró—. Esto ya casi está. Ya casi... está.

Con un último esfuerzo, recogió los alicates del suelo y cortó los restos de las bridas. Por fin estaba libre.

Tuvo que permanecer un rato apoyado en la repisa, mientras recuperaba las fuerzas. Desde allí podía ver toda la extensión de la cueva. Era mucho más pequeña de lo que se había imaginado, apenas

unos cuarenta metros cuadrados que perdían altura rápidamente hacia el fondo, donde el techo rocoso se encontraba con el suelo. Justo en aquella parte más profunda había una cocina con una encimera sobre la que estaba apoyado un radiocasete sacado de los ochenta. Caminó trabajosamente hasta allí y lo apagó de un golpe. Cuando el silencio se hizo en la cueva se sintió aliviado.

Con su pierna mala a rastras revisó el resto de la cueva, buscando algo que pudiese ser de utilidad. De manera inconsciente, trazó un amplio círculo para mantenerse lejos de la estantería en la que reposaban las cabezas cercenadas de Elvira Couto y Ricardo Docampo, que le miraban sin ver, congelados en un rictus agónico para toda la eternidad.

Casi todos los muebles parecían descartes de un saldo, apenas a un paso de convertirse en madera para una chimenea. Al abrir el cajón de uno de ellos lanzó un suspiro de alivio. Aquel debía de ser el botiquín de Varatorta. Revolvió entre las cajas hasta hallar un puñado de Valiums, que se tragó sin masticar. Entonces se fijó en que en una esquina, casi al fondo, había una caja de Amfexa de treinta miligramos.

«Anfetaminas. No sé por qué no me sorprende».

Roberto vaciló un segundo antes de deslizar un par de aquellas cápsulas de dexanfetamina en su boca. Su cuerpo estaba casi al límite y necesitaba hasta el último empujón de energía, aunque eso supusiese meter la aguja en la zona roja.

El resto de la búsqueda fue estéril. No encontró ningún tipo de arma, aparte de los cubiertos que había usado el farero para cenar. Fuera donde fuese que Varatorta guardaba el instrumental de cuchillos y sierras para llevar a cabo sus crímenes, no estaban allí.

«Los lleva consigo. Los necesita para culminar su obra».

Tenía que salir de allí sin perder más tiempo. Cada minuto contaba.

En una maniobra lenta y lamentable se puso de nuevo su empapada parka, a la que ahora veía con ojos agradecidos, y se encaminó hacia el final de la cueva. Un montón de rocas ciclópeas, los restos del derrumbamiento que habían cerrado la *furna* muchos siglos antes, le cortaba el paso, pero advirtió que por un lateral había un pequeño sendero que subía. Una suave corriente de aire cargado de salitre y humedad le acarició el rostro desde arriba.

«Ahí está la salida».

Estaba a punto de avanzar cuando un pensamiento repentino le detuvo. No podía irse de allí así como así.

No, de ninguna manera.

Se acercó renqueante hasta el bidón de petróleo que alimentaba el fanal y lo desconectó. La luz se extinguió y la caverna quedó en penumbras, solo iluminada por el par de lámparas de gas enganchadas en las paredes. Roberto sacudió el bidón, que podía contener fácilmente unos trescientos litros, y un sonido acuoso salió de su interior. Aún estaba mediado de combustible.

De un empujón lo volcó y el aroma a gasolina que salía con un gorgoteo inundó la caverna y sus fosas nasales. El combustible corrió por el suelo de piedra, colándose por debajo de los muebles y las estanterías, empapando hasta el último rincón.

Agarró una de las lámparas de gas y la lanzó con fuerza contra el suelo. La tulipa de cristal estalló en mil pedazos y la llama entró en contacto con el combustible, que se encendió con una llamarada hambrienta. El calor le hizo retroceder un paso, mientras la bola de fuego se extendía por toda la cueva y abrasaba todo lo que había en su interior. En un último vistazo, antes de colarse por la grieta de salida, vio cómo las llamas envolvían los botes de cristal con las cabezas de las víctimas de Varatorta y se resquebrajaban por el calor.

Dejó atrás aquel infierno, contento por su acto de expiación. El monstruo todavía estaba suelto, pero su obra ya solo era humo y cenizas.

La grieta era apenas un paso estrecho que únicamente le permitía avanzar de costado, pero se internó reptando por él hasta llegar a una escala de madera artesanal que subía hasta perderse en la oscuridad. Con cautela, apoyó el pie en el primer travesaño.

Parecía sólido.

Comenzó a subir en una secuencia que le llevó mucho más tiempo del que había imaginado, porque solo podía apoyar la pierna sana. Mientras tanto, el humo del incendio que dejaba a su espalda buscaba la salida natural y le envolvía como un sudario. Pronto empezó a toser, al mismo tiempo que los ojos le lagrimeaban. Si perdía pie y caía, acabaría devorado por las llamas que él mismo había provocado.

Quemar la guarida de Varatorta le había parecido una idea

extraordinaria apenas un minuto antes, un acto de justicia divina. Ahora ya no estaba tan seguro. Por suerte, según subía sentía cada vez más fuerte la corriente de aire fresco que bajaba por el conducto y el sonido del mar rompiendo contra la orilla. Estaba muy cerca.

Por fin asomó la cabeza y el aire frío de la noche le revolvió el pelo. Roberto boqueó, en busca de oxígeno, mientras sus dedos se aferraban al borde del agujero. Respiró hondo, una, dos, tres veces. Jamás hubiese pensado que una bocanada pudiese doler tanto y a la vez ser así de placentera. Se secó los ojos con la manga de la parka y parpadeó un par de veces, para aclarar la visión. Y entonces frunció el ceño.

No sabía de qué se trataba, pero algo estaba mal. Giró la cabeza, intentando orientarse.

Un gemido de impotencia se escapó de su boca.

Armand todavía aullaba, pero la lluvia había cesado por completo y el viento se había calmado a medida que la tormenta perdía fuerza. Las nubes se habían retirado y sobre su cabeza podía ver un océano de estrellas titilando de forma gélida. La luz de la luna llena lo iluminaba todo con una claridad blanquecina y le permitía ver casi como si fuese de día. Justo frente a él, al otro lado del agua, a apenas unos cientos de metros, se alzaba una enorme mole oscura, en cuya base se adivinaba una línea blanca de espuma, mientras el oleaje golpeaba con fuerza.

No había nada de ese tamaño cerca de Ons..., excepto la propia isla.

Roberto comprendió que se encontraba en el único sitio del mundo desde donde podía tener esas vistas.

Estaba en Onza, el islote que se levantaba a apenas unos cientos de metros de la isla principal, un pedazo de tierra desierto y agreste totalmente inhabitable... y aislado.

Varatorta había montado su refugio en el único lugar donde podía estar seguro de que jamás tendría visitas inesperadas.

Y él no tenía forma de salir de allí.

36

El gran problema de Roberto Lobeira

El rumor distante de un pequeño motor fueraborda llegó a sus oídos, arrastrado por el viento. Solo podía significar una cosa.

Varatorta ya estaba de camino a Ons.

No había que ser un genio para entender la situación. El farero estaba cruzando el canal en un bote, rumbo a alguna de las playas del extremo de la isla principal. Pese a que la tormenta se había calmado, el mar continuaba salpicado de olas altas llenas de espuma. Había que ser muy inconsciente o muy hábil para navegar en esas condiciones.

Roberto sospechaba que Varatorta iba sobrado de ambas cualidades.

Salió de la grieta del terreno con un último empujón y se quedó tumbado boca arriba unos minutos, intentando recuperar el aliento. Entre los retazos de nubes que corrían por el cielo vislumbró el destello intermitente de un avión a baja altura. Lo siguió con la vista, hipnotizado, incapaz de creer todavía en su buena suerte.

Estaba vivo, de manera incomprensible. En el breve lapso de unas horas había sobrevivido a una persecución, una caída mortal por un acantilado y un encuentro con un asesino en serie. Si fuese un gato, ya habría agotado la mitad de sus vidas. Quizá incluso más.

Por lo que a él le atañía, su ángel de la guarda tenía derecho a pedir un aumento de sueldo. O un ascenso a arcángel, ya que estábamos. Lo único que no podía concederle eran unas vacaciones, porque aquello distaba de haber terminado.

Roberto comprendió, con un sabor salobre en la boca, que aún tendría que bailar con la muerte al menos otra pieza antes de que todo acabase. Jugarse la vida a ciegas, de la misma forma que el ludópata excitado apoya todas sus fichas en una casilla de la ruleta antes de que el crupier diga «no va más», cruzando los dedos para que vuelva a salir su color.

«Muévete. Tienes que mantenerte en movimiento».

El dolor que subía desde su rodilla se entremezclaba con el de las costillas rotas, el de las docenas de cortes y contusiones por todo el cuerpo y el del hombro derecho, que se había vuelto a dislocar. Debería estar en un box de traumatología, rodeado de médicos, en vez de tirado en el suelo de un peñón rocoso de menos de medio kilómetro cuadrado, pero era lo que había.

Uno juega con las cartas que le tocan.

Si se quedaba mucho tiempo en aquella posición, sería incapaz de levantarse de nuevo. Por eso se obligó a ponerse en pie, en medio de una orgía de chasquidos y calambrazos que le atravesaban hasta la médula, para bajar hasta la playa.

Un sendero casi invisible se adivinaba a su izquierda. Lo que en condiciones normales le habría llevado cinco minutos se transformó en un angustioso recorrido de un cuarto de hora que le arrancaba lágrimas de dolor a cada paso. Por fin sus pies hollaron la arena irrealmente blanca de la única playa de Onza, una estrecha franja de no más de diez metros de ancho. Sobre la arena pudo ver las huellas que había dejado el bote y las pisadas de Varatorta al empujarlo al mar, pero no había nada más.

Se le cayó el alma a los pies. No había ninguna otra barca para cruzar el canal.

Miró a su alrededor, impotente. La sensación opresiva que tenía en el pecho aumentó de intensidad. Tan solo había algas, plásticos y ramas arrastradas por la tormenta. En una esquina, medio oculto entre los matorrales, asomaba la parte superior de un bidón como el que acababa de volcar en la cueva, corroído por la intemperie. Solo Dios sabía cuánto tiempo llevaba allí, seguramente desde que Varatorta lo había dejado.

Estaba atrapado en el islote.

No tenía forma de salir de allí.

Cruzar a nado, en su estado, quedaba totalmente descartado. En aquellas aguas traicioneras y oscuras se ahogaría antes de hacer ni diez metros.

A no ser que...

La única solución se le apareció al instante. Era tan evidente y al mismo tiempo tan aterradora que se echó a temblar.

«No, hombre, no. De ninguna manera. Ni en broma».

Pero cuanto más lo pensaba, más cuenta se daba de que no tenía otra opción.

Aun así, nada de eso importaba. De pie en la orilla, con las olas lamiéndole las botas, se detuvo, paralizado. No podía hacerlo.

No.

Podía.

Hacerlo.

Miró de refilón el bidón vacío que tenía a su lado. Estaba oxidado, pero sin agujeros, y parecía resistente.

El viento y la marea conducían las olas hacia una cala en el otro lado del canal. Tan solo tenía que agarrarse a aquel armatoste y dejar que la corriente le arrastrase los poco más de quinientos metros que le separaban de la isla principal. El oleaje todavía era fuerte, pero ya no era la furia desatada de unas horas antes.

En teoría era sencillo. Nada podía salir mal. En teoría.

Pero no podía hacerlo. El gran problema de Roberto Lobeira reía, satisfecho, dentro de su cabeza.

«Olvídalo. Sabes que es imposible», susurraba satisfecho.

Roberto tragó saliva de forma audible. Una cosa era meterse en el agua a plena luz del día, como había hecho cuando rescató el fardo de dinero en la playa, días antes, pero aquello era harina de otro costal. Nadar en plena noche, sujeto a un flotador improvisado, suponía revivir casi al milímetro la pesadilla traumática que no le dejaba dormir. Era convertir su obsesión recurrente en una realidad palpable. El miedo paralizante que le llevaba apretando el corazón desde hacía años, transformado en algo tangible y real.

Y estaba pensando seriamente en someterse a aquella tortura.

No. No podía.

Dio un paso inconsciente hacia atrás, pero entonces la imagen de Varatorta entrando en la habitación de Antía, con aquella sonrisa floja en la cara, le sacudió como una descarga eléctrica.

«A veces uno tiene que tomar la iniciativa para llevar el control de su vida y demostrar quién es de verdad», le había dicho a Varatorta. Y este se lo había tomado al pie de la letra. A su manera, claro.

Le tocaba a él seguir su propio consejo.

No quedaba otra.

Roberto lanzó un rugido, mezcla de miedo, desesperación y

desafío.

«No lo pienses. Hazlo. HAZLO».

Empujó el bidón vacío, que rodó con suavidad sobre la arena hasta tocar el agua. Apenas le dio tiempo a agarrarse antes de que la resaca tirase de él hacia el mar, como un dragón hambriento. La primera ola le levantó de inmediato y perdió el contacto con el suelo. Mientras luchaba por sujetarse con fuerza a su salvavidas, la corriente ya le había arrastrado varios metros mar adentro, lejos de la playa.

Ya no había vuelta atrás.

Roberto apretó los dientes y se concentró en no soltar a su presa. Si perdía el bidón, era hombre muerto. Una ola le golpeó la espalda y lanzó un alarido de angustia. Cerró los ojos, intentando controlar la respiración.

El avance era lento y tortuoso, pero por una vez las cosas parecían jugar a su favor, porque la corriente le arrastraba en línea recta hacia la isla principal. Se limitó a dejarse llevar, subiendo y bajando a merced de las olas, mientras la silueta de Ons se hacía cada vez más grande.

Gritó aterrado cuando le resbaló una de las manos. Sus dedos se clavaron de nuevo en el borde del bidón hasta hacerse sangre. En su cabeza oía los chapoteos inexistentes de personas ahogándose a su alrededor. La realidad había adquirido una consistencia pastosa; su corazón, acelerado por las anfetaminas, bombeaba a toda velocidad; el pánico, ese monstruo voraz, le tiraba de las piernas para arrastrarle al fondo...

En ese preciso instante, luchando contra todos sus demonios interiores, vio algo con lo que no había contado.

A pocos cientos de metros, un potente foco y un par de luces, una verde y otra roja, bailaban sobre las olas mientras los motores de una planeadora se acercaban a Ons, cruzando la tormenta.

No había lugar a engaño. Alguien estaba a punto de llegar a la isla.

Y en medio de su pesadilla, un chispazo de realidad explotó en su cabeza.

Porque Roberto sabía perfectamente de quién se trataba.

Y lo que estaba a punto de suceder.

37

La planeadora

Osvaldo Salazar era un hombre valiente, de eso no cabía la menor duda.

Lo había demostrado ya desde niño en su Cali natal, en Colombia, cuando había entrado en el Cártel de Norte del Valle y con tan solo doce años había matado a su primer hombre. Aquel rito de paso, que había transformado al niño de la calle en un pistolero más, en otro sicario del cártel, había sido el principio de una fulgurante carrera dentro de sus filas, hasta llegar al lugar que ocupaba ahora, con tan solo cuarenta años. Alto, fibroso y con el pelo cano cortado a cepillo, miraba el mundo con un par de ojos azules que apenas parpadeaban, un detalle que siempre provocaba escalofríos en sus interlocutores.

Cuarenta años es una edad en la que la mayoría de la gente piensa que todavía tiene toda su vida por delante, pero para un miembro de un cártel suponía un logro importante. Casi todos ellos habían muerto de forma prematura o se estaban pudriendo en la cárcel mucho antes de alcanzar esa cifra.

Que Osvaldo hubiese llegado a ese punto sin haber sufrido ni un rasguño o haber sido detenido decía mucho de su habilidad o de su buena suerte. Por el camino, el cártel había dejado de existir y ahora él trabajaba para otra organización, a medio camino entre México y Colombia, pero, por lo demás, todo seguía siendo parte del mismo juego.

No, nadie podría decir que fuese un cobarde. Pero incluso él tenía que reconocer que aquella travesía en medio de la tormenta le provocaba una sensación de terror atávico a duras penas controlado, que no tenía más remedio que disimular ante sus hombres.

Al principio no le había gustado nada aquel encargo. Hacía mucho tiempo que había dejado de ser un correo, y que le enviasen a

España en busca de un simple paquete había supuesto un insulto para su orgullo personal. Pero, por supuesto, no se había negado, porque era el Patrón en persona quien le había escogido. Y más tarde, cuando le explicaron los detalles de la operación, entendió sin ninguna duda que él era la elección adecuada.

Al parecer, un grupo de las Rías Baixas, el clan español de Os Ferreiros, debía una fortuna a sus jefes. Una lancha lo tendría que haber fondeado en un punto de recogida pactado, pero cuando sus contactos locales llegaron a buscarlo, ya no estaba. Los gallegos juraban y perjuraban que habían dejado el dinero en el lugar convenido.

Por descontado, el Patrón no se creyó ni una palabra. No era así como se hacían las cosas en su mundo.

Y por eso estaba él allí.

Habían llegado a España una semana antes, en un vuelo regular de Avianca a Barajas. Desde Madrid, tras una breve parada para encontrarse con un contacto local que les había facilitado todo el instrumental necesario a cambio de una importante suma, habían subido en un coche de alquiler hasta Galicia.

La entrevista con los miembros de Os Ferreiros, en una nave abandonada de un polígono industrial de Cambados, fue breve pero intensa y bastante satisfactoria. Al menos para Osvaldo Salazar, porque los dos hombres a los que había torturado hasta la muerte y que ahora yacían enterrados en una zanja seguramente no opinaban lo mismo.

Había averiguado que los gallegos decían la verdad. Una tormenta previa, mucho menos fuerte que *Armand*, debía de haber soltado el fardo, que en aquel momento se encontraba a la deriva en algún punto de la ría.

Si aquellos hombres se hubiesen molestado en buscar de forma frenética el paquete perdido, en vez de dar vagas excusas acerca de la tormenta y la dificultad de navegar en aquellas condiciones, aún seguirían con vida. Habían subestimado la paciencia del jefe de Salazar y, lo que era peor, habían actuado con dejadez.

Y si había algo que Osvaldo Salazar no soportaba era la negligencia.

Pero él sabía exactamente dónde estaba el fardo.

En teoría, resolver aquel asunto les tendría que haber llevado

muy pocas horas, aunque aquella inoportuna tormenta había complicado las cosas sobremanera. Durante varios largos días, sus hombres y él se habían visto obligados a permanecer encerrados en un hotel de Bueu, esperando a que amainase el temporal.

Salir a pasear no era una opción, no solo por el mal tiempo, sino porque cuatro colombianos de aspecto ceñudo y andares cadenciosos sin duda llamarían una atención indeseada en un pequeño pueblo pesquero. Y eso era algo que Osvaldo, meticuloso, no quería en absoluto.

Aquella noche, por fin, las condiciones habían mejorado un poco. Estuvieron aguardando horas en un bar del puerto de Beluso, a poca distancia de Bueu, tomando taza tras taza del brebaje asqueroso al que los españoles llamaban «café», hasta que su contacto local, por fin, les dijo que podían partir.

Y por eso, en aquel preciso instante, Osvaldo Salazar y sus tres sicarios estaban apretujados en la parte delantera de una larga planeadora de fibra de vidrio, con cuatro gigantescos motores Yamaha rugiendo a sus espaldas, saltando entre las olas más aterradoras que jamás había visto.

No, no era un cobarde. Pero estaba deseando sentir cuanto antes el tacto firme de la tierra bajo sus pies, aunque fuese en aquella isla oscura que se hacía cada vez más grande frente a la proa de la lancha, entre rociones de espuma helada.

A los mandos de esta se hallaba un tipo peculiar. Era bajo, rechupado y tenía tantas arrugas en la cara que aparentaba treinta años más de sus cincuenta de edad real. En su boca apenas quedaban un puñado de dientes sanos y aquí y allá brillaban piezas de oro que le daban a su sonrisa un aspecto inquietante. Se llamaba Francisco «Chuco» Barreiros y, según todas las fuentes, era uno de los mejores pilotos de lancha que podía ofrecer el narco local. Y tras media hora de travesía, Osvaldo podría jurar que aquella valoración era de sobra merecida.

El piloto sorteaba las ondas con determinación, dando golpes de gas que revolucionaban los motores en el momento justo para remontar otra de aquellas olas cubiertas de espuma. Cuando llegaban a la cima, la planeadora se quedaba suspendida durante un segundo, antes de lanzarse a una velocidad vertiginosa al seno de la siguiente ola, donde Chuco Barreiros, con un toque de timón experto,

encontraba el camino para superar las murallas de agua que amenazaban con mandarlos al fondo.

Verle pilotar era todo un espectáculo, casi tanto como el de sus hombres, tres de los tipos más duros que uno se podía imaginar, vomitando por la borda hasta la primera gota de leche que les había dado su madre.

—¡Ya no queda mucho! —gritó Chuco desde el timón—. ¡En menos de un minuto estaremos en la isla!

—¿Podremos atracar con este oleaje? —Osvaldo se sujetó a una regala para no caer al agua cuando la planeadora pegó un pantocazo brutal que le hizo vibrar los dientes.

—*¡Non, ho!* —rio divertido. De alguna manera, parecía que se lo estaba pasando en grande en medio de aquella situación—. ¡Si nos acercamos al muelle, destrozaremos el casco!

—¿Y entonces?

—¡Lo haremos a la antigua usanza! —Chuco Barreiros soltó una mano del timón para señalar una línea blancuzca que se empezaba a adivinar en la lejanía—. ¡Vamos a varar en la playa!

—¿Eso es seguro?

—¡En esta vida solo son seguras dos cosas, señor Salazar: la muerte y los impuestos! —gritó alborozado, antes de dar otro acelerón a los motores—. ¡Vamos que nos vamos!

Aquel tipo parecía estar medio chalado, borracho o ambas cosas, pero no cabía la menor duda de que era un piloto de primera. Cuando estuvieron al abrigo de la isla, el oleaje les dio un respiro y la lancha dejó de sacudirse como un caballo desbocado. Chuco Barreiros se inclinó entonces y conectó las luces de posición de la planeadora junto con un potente foco a proa.

—Pero ¿qué hace, *hijueputa*? —gritó Salazar, alarmado—. ¡Nos van a ver!

—¡De eso se trata, de poder ver! —replicó el piloto, con tranquilidad, mientras encendía la sonda, con un pitido—. A oscuras no se distingue un *carallo* y no quiero encallar la planeadora contra un escollo. ¡Ahora, déjeme trabajar, coño!

Con la mirada repartida entre la proa y la sonda, que le daba la profundidad, Barreiros fue esquivando las rocas que salpicaban el fondo arenoso que rodeaba Ons. De vez en cuando pegaba un giro brusco de timón y evitaban por unos metros algún escollo negruzco

que apenas asomaba un par de palmos sobre el agua turbulenta.

Si no hubiese estado tan concentrado, quizá habría visto la cabeza que flotaba a su izquierda, a unos cientos de metros, sujeta a un bidón de petróleo, pero no se podía imaginar que alguien estuviese tan desesperado como para jugarse la vida de esa manera.

Con un último acelerón casi suicida, Chuco Barreiros lanzó la planeadora a todo gas contra la playa, en una embestida que le puso a Salazar los pelos de punta. El morro de la lancha tocó el fondo arenoso con un siseo rasposo y, llevada por la inercia, continuó avanzando hasta que casi dos terceras partes de la embarcación quedaron firmemente varadas en la orilla.

—Hala, *¡isto xa está!* —dijo el piloto con satisfacción, mientras apagaba los motores.

Sin el barullo de los fueraborda, el silencio de la isla, solo roto por el zumbido del viento entre los árboles y las olas golpeando la orilla, parecía irreal. Salazar se incorporó, tratando de adaptarse a la repentina quietud tras un viaje lleno de zarandeos. Se concedió solo diez segundos. Tenían que moverse rápido.

—¡Bueno, parceros, pónganse pilas, es hora de echarle bala! —les gritó Salazar a sus hombres, en una mezcla de argot colombiano y mexicano que había adquirido con el paso de los años—. Carlitos, Joel, ustedes dos por la derecha. Pitón, pegado a mí. ¡Venga, venga, venga!

Los colombianos saltaron de la lancha con movimientos rápidos y fluidos, fruto de la experiencia. Si alguno de ellos aún sentía algún malestar por la movida travesía, ya no lo aparentaba. Salazar los observó satisfecho. Él en persona había escogido a aquellos hombres, la mayoría de ellos con pasado militar, para aquel trabajo. Eran implacables, los mejores en lo suyo.

—¿Y ahorita qué? —preguntó Pitón, un tipo bajo y con el aspecto de un tonel, pero sin un gramo de grasa y con dos brazos que parecían pistones neumáticos. Por el pecho entreabierto de su camisa se podía ver parte del tatuaje de una serpiente, con el que se había ganado su apodo—. ¿Adónde vamos, patrón?

—En primer lugar, aseguraremos la playa —rumió Salazar, intentando perforar la negrura con la mirada—. Y luego, buscaremos el paquete.

Los sicarios se desplegaron en abanico por la playa, pistola en

mano, apuntando al suelo en un ángulo de cuarenta y cinco grados y el dedo cerca del gatillo, casi sin hacer ruido. Al rato, unos silbidos llegaron a los oídos de Salazar, indicando que todo estaba en orden.

—Bueno, yo los espero aquí —gruñó Chuco Barreiros, mientras sacaba un paquete de Fortuna del bolsillo y metía un pitillo en aquella zona catastrófica a la que llamaba «boca»—. Cuando terminen con lo suyo, vuelvan a la playa, pero no tarden demasiado o la marea baja hará que tengamos que empujar el doble para sacar la planeadora de la orilla.

—Tranquilo, parce, vamos a echarle ganas para ser lo más rápidos que podamos. No se me ponga muy cómodo —se despidió Salazar, con firmeza, dándole una palmada en el hombro.

No dudaba de que el hombre estaría allí, aguardando por ellos hasta el final. Sabía de sobra con quién estaba jugando.

Encabezando a sus hombres, siguieron el sendero que salía de la playa y llegaron al camino principal. Las casas turísticas estaban a oscuras y nadie, aparte de las gaviotas, fue testigo de cómo los hombres avanzaban sin hacer ruido hacia el núcleo del pueblo.

Cuando llegaron a la amplia y desierta calle principal de la isla se detuvieron, estupefactos. No podían creer lo que tenían ante sus ojos.

—Pero ¿qué ha pasado aquí, patrón? —susurró uno de ellos, sorprendido—. ¿Qué es todo esto?

La calle, que en verano estaba atestada de turistas recién desembarcados del ferri, estaba vacía y a oscuras y daba la sensación de que había sufrido el paso de un huracán. Todas las farolas estaban reventadas a disparos y no emitían ni una gota de luz. El supermercado de los Docampo tenía su frontal acribillado por docenas de postas de plomo y alguien había tumbado la puerta a hachazos. El cartel de helados, repleto de agujeros, se cimbreaba con la brisa emitiendo un mustio chirrido a cada balanceo.

Allí donde mirasen, parecía haber signos de lucha, cristales rotos y señales de un enfrentamiento rabioso. Los restos de una barricada plantada en medio del camino, hecha a base de carros de equipaje y contenedores amarillos, cortaba el paso hacia el muelle, pero no había el menor rastro de presencia humana. Fuera lo que fuese que hubiese sucedido allí, había tenido lugar hacía horas y no quedaba ni uno de los contendientes.

Uno de los sicarios se agachó sobre una mancha del suelo, la tocó

con los dedos y se los llevó a la nariz para olfatearla.

—Esto es sangre y todavía está fresca —dijo, con voz queda—. Aquí hubo una balacera no hace ni dos horas.

—Ya lo veo. —Salazar frunció el ceño.

Aquello no le gustaba nada. Se suponía que tan solo tenía que llegar a una isla habitada por un hatajo de pueblerinos y asustarlos lo suficiente como para que le entregasen el paquete con el dinero. En lugar de eso se habían encontrado con el paisaje de una batalla campal, de resultado incierto. Y, lo que era más preocupante, no sabía qué bando había ganado ni dónde estaban. Quizá apuntándolos desde las sombras en aquel preciso instante.

—Cambio de planes —susurró a sus hombres—. Ahora disparamos primero y preguntamos después. Y si alguien ve algo que se salga de lo normal, que espere al resto. Todos juntos y a cubierto. Venga, pues.

Siguieron la calle, observando los destrozos del enfrentamiento. Salazar comprobó con ojo clínico que, pese a todos los daños materiales, no daba la sensación de que hubiese habido demasiadas bajas, si es que había habido alguna aparte del desgraciado que había dejado aquella mancha de sangre. Los disparos estaban dispersos, y casi todos los daños parecían fruto de un acto vandálico más que de un asalto serio.

Aquello era obra de aficionados, concluyó. Civiles, probablemente, más preocupados de hacer ruido y asustar al contrario, destrozando sus pertenencias, que de hacerles frente en un combate serio.

Ese pensamiento le relajó un poco, pero no por completo. Miró con preocupación su pistola, una Beretta 92, similar a la que llevaban sus hombres, con un sencillo cargador de quince balas. Cuando habían llegado a España, su contacto tan solo le había facilitado aquellas armas cortas y le había parecido bien, convencido de que se trataría de un trabajo fácil.

Ni por un momento se le había pasado por la cabeza que podrían acabar metidos en un enfrentamiento a gran escala. Deseó tener entre sus manos un rifle de asalto, pero era lo mismo que pedir que la luna fuese de queso.

Uno juega con las cartas que le tocan.

Uno de sus hombres, un tipo de piel tan cetrina que parecía cuero

viejo y que llevaba un bigotillo fino al estilo de Clark Gable sobre el labio superior, le dio un toque en el hombro.

—¿Qué sucede, Carlitos?

—Mire ahí —susurró el sicario, señalando al otro lado de la calle —. Esa iglesia.

Osvaldo Salazar siguió la dirección que le marcaba el pistolero y apretó los labios. La iglesia nueva de Ons presentaba un aspecto lamentable. Habían derribado la puerta a hachazos de forma expeditiva y sobre el atrio se distinguían los restos destrozados de madera. Una de las hojas aún estaba sujeta por sus goznes y se movía ligeramente con el viento.

—Vamos —musitó, mientras hacía un gesto hacia el templo.

El interior se hallaba aún en peor estado. Los escasos muebles estaban despanzurrados y su contenido esparcido de cualquier manera por el suelo. El altar había sido tumbado y yacía roto en tres pedazos al pie de los escalones que subían hacia el pequeño sagrario. Habían levantado las baldosas grises del suelo con violencia, dejando a la vista la tierra que estaba bajo ellas. Aquí y allá, alguien había practicado agujeros que parecían madrigueras de roedores gigantes. No tenían forma de saber que estaban contemplando el trabajo metódico pero estéril de Ibaibarriaga y sus fareros en busca del botín.

—Madre de Dios. —Carlitos se santiguó, con temor reverencial—. ¿Qué cree que ha pasado aquí, patrón?

—Alguien se ha empleado a fondo en busca de algo, no cabe duda. —Salazar se rascó la cabeza, pensativo—. La cuestión es si han encontrado lo que buscaban o no.

—¿Puede ser que buscasen nuestro paquete?

—No lo sé, Pitón. Pero vamos a averiguarlo. Deme la chicharra.

El sicario se descolgó la mochila que llevaba a la espalda y la abrió para sacar de su interior un dispositivo rectangular del tamaño de una tableta. Apretó un botón en un costado y el aparato se encendió con un tintineo. La pantalla cobró vida, mientras el dispositivo GPS que llevaba en su interior se conectaba con los satélites que orbitaban a miles de kilómetros sobre sus cabezas. Al cabo de un minuto, el rastreador se ubicó y un punto parpadeante empezó a latir en la pantalla.

—No anda lejos, patrón —se sorprendió el sicario, mientras le tendía el aparato—. Parece que está a unos pocos cientos de metros,

nomás.

—Pues vayamos a por él y marchémonos de esta isla de una vez —gruñó Salazar, gélido—. Cuanto antes, mejor.

Salieron de nuevo al exterior, siguiendo las indicaciones del rastreador. El latido de la pantalla aumentaba de frecuencia a medida que se acercaban a su objetivo. Salazar no apartaba la vista de la pantalla, guiando a sus hombres, que sin dejar de comprobar los alrededores le escoltaban en estado de alerta.

Caminaron un buen rato, hasta que el indicador comenzó a emitir pitidos cada vez más frenéticos. Salazar apartó por fin la vista de la pantalla y se asombró al ver dónde estaba.

—¿De verdad cree que estará ahí dentro? —preguntó Pitón, igual de extrañado—. Es un sitio bien raro para esconder un fardo. Y muy poco apropiado.

—Solo hay una manera de averiguarlo. —Salazar apagó el aparato de un manotazo y señaló hacia el lugar que indicaba—. Levántenme esa tapa y veamos lo que hay debajo.

Sus hombres obedecieron la orden y se situaron a los lados del punto que indicaba el rastreador.

Era un contenedor amarillo de plástico sobre ruedas, de los que se usan para depositar la basura. Había unas cuantas docenas repartidos por toda la isla, para dar servicio a los turistas que inundaban la isla en verano. Aquel en concreto estaba situado en un cruce de caminos, medio enterrado entre la vegetación de la cuneta, con resecas manchas oscuras de aspecto sospechoso chorreando por sus costados. Pese a llevar meses en desuso, su olor no era muy agradable.

Levantaron la tapa de un tirón y se asomaron al interior. El contenedor estaba vacío, excepto por un bulto depositado en el fondo del mismo. Pitón se inclinó sobre el borde del contenedor y lo sacó. Era la boya de brillante color naranja que Roberto había visto flotando en la playa, unida por una cuerda al fardo lleno de dinero.

El sicario tiró del cabo todavía unido a la boya y dejó a la vista los restos destrozados del plástico amarillo que había envuelto el fardo. Pitón extrajo una navaja de su bolsillo y la clavó en el duro plástico de la boya naranja, hasta abrir una raja de unos veinte centímetros. Introdujo los dedos por la abertura y le mostró a Salazar el dispositivo localizador conectado a una batería de petaca que había

en su interior.

Así de sencillo tendría que haber sido localizar el fardo, de no ser por aquella maldita tormenta. Irritado, comprendió que si sus contactos locales hubiesen sido más diligentes, nada de aquello habría hecho falta. Pero por su incompetencia, allí estaba él, de pie en medio de una isla miserable, con un problema grave entre manos.

Alguien había encontrado el fardo antes que él. Y lo que era peor, no sabía quién ni dónde había guardado el botín. De lo único de lo que estaba seguro era de que aún tenía que estar en algún lugar de aquella condenada isla.

—¿Y ahorita qué, patrón? —preguntó Carlitos, con voz quejumbrosa—. ¿Por dónde buscamos?

—Déjenme pensar. —Salazar se frotó los ojos—. Para empezar vamos a...

Su frase quedó interrumpida por una salva de disparos de escopeta. De manera instintiva los sicarios se agacharon tras el contenedor y apuntaron en arco hacia todas partes, pero pronto comprendieron que no era necesario.

Los disparos no iban dirigidos a ellos. Sonaban en la lejanía, pero no a mucha distancia.

—Parece que no somos los únicos que están a la búsqueda de *nuestro* dinero —susurró, con una media sonrisa, un gesto inusual en su rostro—. Vayamos a presentarles nuestros respetos a esos malparidos.

—No tenemos suficientes hierros, Osvaldo —musitó Pitón, preocupado, levantando su pistola. Que se hubiese dirigido a Salazar por su nombre de pila indicaba lo nervioso que estaba—. Suena a armas largas. Con estas pistolitas, estamos en desventaja.

—Tenemos el factor sorpresa de nuestro lado. Y ustedes son unos malandros duros. En cuanto nos vean, se cagarán encima de miedo.

—Aun así, somos pocos. —Pitón todavía dudaba—. Quizá deberíamos volver más tarde, con refuerzos.

—Para entonces la tormenta ya habrá pasado y el dinero estará lejos de aquí. —Osvaldo Salazar negó con la cabeza—. No, tiene que ser ahora, con lo que tenemos.

—Como usted diga, patrón. —Pitón se encogió de hombros, resignado. No le gustaba la situación, pero todos ellos se las habían visto en peores circunstancias.

El sonido de disparos iba y venía, con furiosas ráfagas intercaladas entre largos minutos de silencio. Los sicarios estaban cada vez más cerca cuando, de repente, el que iba abriendo la marcha levantó un puño cerrado sobre su cabeza.

—¿Qué pasa, Joel? —susurró Salazar de forma casi inaudible cuando el chico, de unos veinticinco años y pelo rapado al cero, se dejó caer a su lado.

—Hay alguien más adelante, a unos veinte metros, escondido en una de las zanjas del camino.

—¿Está seguro?

—Patrón, me pasé dos años rastreando guerrilleros en la selva —dijo el muchacho con aplomo—. Sí, estoy seguro.

—¿Cuántos son?

—Es solo uno. Creo que todavía no nos ha visto.

—Muy bien, vaya con Carlitos y rodéenle por detrás. Pitón y yo esperaremos en este lado por si decide venir hacia aquí. Y nada de disparos. Le quiero vivo.

Los dos hombres salieron del camino dando un amplio rodeo por entre la vegetación, moviéndose sin hacer un ruido, con una asombrosa agilidad. Salazar aguardó con paciencia. Al cabo de un momento se oyó un forcejeo seguido de unos gritos apagados y un golpe. Poco después, los dos sicarios volvían por el camino, con una figura desmadejada entre ellos.

—¿Alguien más? —preguntó.

—No, solo este. —Joel señaló a su cautivo—. Ya le dije, patrón.

—¿Estaba armado?

—Solo tenía esto. —El sicario le tendió un cuchillo de aspecto bastante romo e inofensivo.

Salazar se lo enganchó en el cinturón y miró al prisionero, que le observaba con los ojos desorbitados por el terror. Su sorpresa era absoluta.

—Hola, *pelao*. —Salazar se inclinó hacia él—. ¿Por qué no me dice cómo se llama?

—Trist-tán Docampo, señor —balbuceó él—. ¿Quiénes son? ¿Qué hacen aquí? ¿Son amigos de Roberto?

—Aquí hago yo las preguntas, Tristán Docampo. —Salazar le clavó aquella mirada sin parpadeos y Tristán se encogió sin poder evitarlo al escuchar lo que vino a continuación—: Y si no me gustan

las respuestas, *hiueputa*, usted morirá de la forma más horrible que se pueda imaginar.

38

El asedio

Hombres mucho más cuajados que Tristán Docampo se habían doblegado a lo largo de los años frente a Osvaldo Salazar, así que un adolescente aterrorizado no fue rival para él. El colombiano no tuvo mucha dificultad en conseguir que el muchacho comenzase a hablar a toda velocidad, de forma atropellada, y que le contase todo lo que había sucedido en la isla a lo largo de las últimas jornadas.

—Entonces, a ver si lo entiendo —dijo Salazar, cuando el chico terminó su narración—. Su familia está rodeando ahorita mismo la casa de sus rivales, esos Freire, ¿no es así?

—Sí, eso es, señor —dijo Tristán, tragando saliva—. Por favor, no me hagan daño...

—¿Y por qué no está con ellos?

—¡Ya se lo he dicho! Helena está dentro de la casa de los Freire. No quiero participar en esta locura, pero no sé cómo hacer para detenerla.

—Ah, sí, Helena, su *jevita*. —Salazar se volvió a pasar los dedos por las sienes—. Qué historia tan triste. ¿Le gustaría que su Helena conservase la vida?

—¡Sí, por supuesto! —Se irguió, sacando una brizna de valor de alguna parte—. ¡Haré lo que sea por ella!

—Pues sea listo y dígame dónde está el dinero. Eso es lo único que me importa.

—El dinero estaba en la iglesia, como ya le he explicado, señor. No sé nada más.

—Ya hemos estado allí. —Salazar negó con la cabeza—. Aaaay, tiene que esforzarse más, Tristán, o las cosas van a acabar muy feas.

—¡Le he dicho todo lo que sé! —protestó el chico, que de repente se quedó paralizado—. A lo mejor Roberto sabe algo.

—Ya me ha hablado de ese periodista. ¿Dónde está?

—No lo sé. —Negó con la cabeza—. La última vez que le vi fue hace más de veinticuatro horas, cuando acompañaba a Helena a su casa.

—¿Puede que aún esté allí, entonces?

—Puede ser, no lo sé. —Tristán se echó a temblar—. Ya se lo he contado todo, señor. Por favor, déjeme ir.

—Más tarde, se lo prometo. De momento, usted se viene con nosotros.

Con Tristán escoltado entre ellos, los sicarios reanudaron su camino hasta llegar a pocos metros de la explanada que se abría ante el Cucorno, la casa familiar de los Freire. Agachados detrás de unos matorrales, contemplaron la escena que se les ofrecía.

Los Docampo habían montado una suerte de barricada enfrente de la fachada principal, con contenedores como el que los colombianos habían revisado al llegar a la isla, montones de madera y barcas tumbadas. Desde allí, mantenían un asedio constante al Cucorno, que se alzaba desafiante frente a ellos.

La fachada de la vieja casa solariega tenía huellas de postas por toda su superficie, en una especie de sarampión violento, y muchas de las ventanas estaban totalmente destrozadas. Desde ellas asomaba de vez en cuando la boca de una escopeta que hacía un disparo poco preciso en dirección a los Docampo, que respondían con la misma falta de puntería.

El asalto al Cucorno, si es que se trataba de eso, había sido un fracaso. En general daba la sensación de que los dos bandos habían llegado a algún tipo de situación de bloqueo de la que no sabían cómo salir.

Salazar asintió, satisfecho. Aficionados, tal y como se imaginaba.

—¿Quién está al mando? —Se giró hacia Tristán, que contemplaba demudado la escena—. ¿Quién dirige a los suyos? ¿Le puede ver?

—Tiene que ser mi abuelo. —El chico apuntó con un dedo tembloroso hacia el viejo Ramón Docampo, que, parapetado tras la barricada, no dejaba de gritar órdenes—. ¡Por favor, señor, se lo ruego, no le haga daño!

—No tema. —Salazar le volvió a clavar su gélida mirada—. No tengo intención de que nadie salga herido si todos hacen lo que se les pide. Joel, quédese aquí con el muchacho. Carlitos, Pitón, conmigo.

Ligero, parceros.

Los tres colombianos abandonaron la protección de los arbustos con ligereza. La rapidez era esencial, porque aunque los Docampo estaban de espaldas, desde el Cucorno los Freire los podrían ver avanzando hacia ellos y nadie podría anticipar cuál sería su reacción.

Salazar cruzó a la carrera los pocos metros que le separaban de los desprevenidos Docampo, sintiendo correr la adrenalina por sus venas, seguido por sus dos sicarios. Y como siempre que se veía metido en una situación en la que una bala le podía volar la cabeza, se sentía extrañamente cómodo y sereno, casi feliz.

Osvaldo Salazar nunca se había parado a pensar sobre ello, pero era de esa clase de personas que, en las situaciones en las que la gente por norma pierde la presencia de ánimo, gozaban de una rara lucidez. Todo brillaba con una luz especial, cada detalle destacaba con nitidez mientras el tiempo se ralentizaba. Era una sensación mágica. Casi se podría decir que disfrutaba de retos como aquel.

Llegó junto a Ramón Docampo y clavó el cañón de su Beretta en la nuca del anciano, que se envaró por la sorpresa. Mientras tanto, Carlitos y Pitón habían hecho lo mismo con Luis Docampo y otro miembro de la familia que tenía un arma de fuego en las manos. La sorpresa fue total. El resto de los Docampo los observaban, boquiabiertos, incapaces de comprender quiénes eran aquellos hombres y de dónde habían salido.

—Dígales que tiren las armas —la voz de Salazar, pese a su cálido acento colombiano, sonaba fría como una cascada—, o lo próximo que van a ver son sus sesos esparcidos por el suelo.

Ramón Docampo intentó girar la cabeza, pero Salazar se lo impidió, clavando con más fuerza el cañón de su arma en el cuello del anciano. Miró de reojo a sus hombres con una extraña electricidad en el cuerpo. Aquel era el momento clave. Si los Docampo se daban cuenta de que los recién llegados eran solo tres y reaccionaban, todo acabaría en un baño de sangre y con su cadáver decorando el suelo de la isla.

—Dígales que tiren las armas —insistió—. Ahorita.

—Y una mierda —gruñó el anciano, retador—. No voy a...

—Tengo a su nietecito, Tristán, ahí mismo, detrás, con otra pistola como esta en su cabeza. —Salazar presionó un poco más—. Si quiere ser el responsable de su muerte, usted verá..., don Ramón.

El patriarca de los Docampo se puso pálido.

—Canalla —murmuró furioso—. Cómo te atreves...

—Armas al suelo. —El tiempo se le acababa. Algunas cabezas curiosas ya asomaban en las ventanas del Cucorno—. No lo repetiré más.

Un segundo de pausa, apenas un parpadeo. De repente el anciano pareció desinflarse a ojos vista.

—¡Tirad las armas! —La voz de Ramón Docampo sonó quebrada.

—¡Pero, padre! —explotó Luis, furioso.

—¡Tienen a tu hijo, idiota! —le replicó de forma amarga—. ¡Haced lo que os digo!

El sonido de las escopetas y hachas al caer al suelo llegó a Salazar, que no apartaba la mirada del viejo. Sintió una mezcla de satisfacción con una pizca de decepción por lo fácil que le había resultado todo.

Mientras Luis Docampo llamaba a voces a un hijo al que había buscado durante horas hasta casi darlo por muerto, Carlitos recorrió la línea, recogiendo las armas para apilarlas a los pies de Salazar. Este por fin permitió que el anciano se girase para contemplarle.

—¿Quién eres? —le espetó don Ramón, con los ojos llameantes —. ¿De dónde habéis salido? ¿Trabajáis para los Freire?

Salazar negó con la cabeza.

—He venido a recoger una cosa que me pertenece, don Ramón. —Se acarició las sienes, lentamente, sin dejar de apuntar el arma—. Ya sabe de qué le hablo.

Tuvo la satisfacción de ver cómo el anciano palidecía un poco más, mientras la comprensión se abría paso en su mente y entendía de quién se trataba. Aquel momento siempre era igual de fascinante. Algunos incluso se meaban encima.

—Nosotros no... —le temblaba la voz—. Quiero decir, no tenemos nada que ver. No sabemos dónde está el dinero, se lo juro.

—Aaaaaah, pero sabía que era nuestro, ¿verdad, don Ramón? — Salazar chasqueó la lengua—. Su nieto nos lo ha contado todo. Debería haber sido más listo y no mezclarse en esto. Ya sabe cómo funciona el negocio.

—Lo tienen ellos. —La furia se coló entre el miedo, y el patriarca señaló hacia el Cucorno—. Esa banda de hijos de puta traidores. ¡Debería matarlos a todos!

—Estoy seguro de que eso le encantaría, pero hoy solo va a morir quien yo diga.

—Esa casa es un fortín. No conseguirá sacarlos de ahí, salvo que se haya traído un cañón.

—No me hará falta. —Salazar levantó la mirada hacia la casa solariega—. Tengo una idea mucho mejor.

—¿Cómo dice? —Ramón Docampo le miró confundido, pero Salazar le ignoró, mientras sus hombres los agrupaban en un redil que se alzaba en una esquina, como un rebaño de ovejas asustadas.

—¡Joel! —Salazar gritó sin apartar la mirada de la casa—. ¡Tráigame al muchacho!

El sicario arrastró a Tristán hasta donde estaba Salazar, que le cogió de un brazo y tiró de él para cruzar la barricada.

—¿Está loco? ¡Nos van a matar!

—Puede ser. —La dulce sensación de riesgo, aquella droga más potente y deliciosa que cualquier cosa que vendiese el cártel, volvía a inundar el pecho de Salazar—. Pero no lo creo.

El colombiano condujo a su rehén hasta la mitad del espacio abierto que quedaba entre la barricada y la casa, a unos quince metros de esta. Una vez allí, sin dejar de observar las cabezas que le miraban desde las ventanas, obligó a Tristán Docampo a arrodillarse en el suelo. Cuando le tuvo así, amartilló su pistola de forma ruidosa y la apoyó en la cabeza del muchacho mientras Luis Docampo le maldecía a gritos a una decena de metros.

—¡Helena! —gritó—. ¡Helena Freire! ¡Aquí hay alguien que quiere hablar con usted!

Esperó durante un rato, paciente, en medio ahora de un silencio sepulcral. Dentro del Cucorno se adivinaba agitación, con el movimiento de muchas figuras recortadas contra la luz del interior, pero nadie respondió.

—Voy a meter una bala en la cabeza de este *pelao*... —miró su reloj de muñeca— dentro de exactamente un minuto como no me venga aquí ahora mismo. El tiempo corre, Helena.

Se oyó el rumor de voces apresuradas y sorprendidas dentro de la vivienda. Un grito ahogado de mujer siguió al estallido de lo que parecía una furiosa discusión.

Salazar sintió que el pulso se le aceleraba. Si la muchacha no salía, su plan se vendría abajo. En una cosa tenía razón el viejo Ramón

Docampo: no tenía manera de sacar por la fuerza a los Freire de su casa, salvo prendiéndole fuego. Pero si hacía eso, se arriesgaba a quemar el dinero, si es que estaba allí dentro.

Un coro de gritos sofocados salió de las ventanas un momento antes de que el sonido de los cerrojos de la puerta resonase en la explanada. Salazar vio con satisfacción cómo la muchacha salía a la carrera, pese a los esfuerzos de otra persona por retenerla.

La chica llegó junto a ellos casi sin aliento, demudada y con el pelo alborotado. Salazar se fijó en que una de las mangas de su vestido estaba desgarrada, quizá a causa del forcejeo. Helena se dejó caer de rodillas al lado de Tristán y los dos muchachos se fundieron en un abrazo salpicado de lágrimas saladas.

Osvaldo dejó ir el aire que había estado conteniendo en sus pulmones y se permitió otra de sus raras sonrisas. Una vez más, la moneda marcaba cara.

Los dos amantes se besaban y susurraban frases apresuradas entre ellos. Salazar los dejó disfrutar del reencuentro durante unos segundos, no porque creyese en el amor, sino porque quería estar seguro de que todo el mundo podía verlo con suficiente claridad. Que comprendiesen lo que pasaba entre ellos.

—No hay nada más bonito que dos jóvenes enamorados —dijo en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular—, ¿verdad?

Miró a su alrededor, irradiando sensación de control.

—Dos chicos con todo el futuro por delante, lleno de sueños brillantes, quizá *bebitos*, una casa en la colina, noches a la luz de las velas... —Acarició el pelo de Helena de forma distraída y volvió a chasquear la lengua—. Sería una pena que ese futuro quedase truncado esta misma noche. Una pena tremenda.

Los dos chicos le miraron por fin al percibir la amenaza en su voz.

—¡Todos los que están dentro de esa casa tienen treinta segundos para salir por la puerta, desarmados! —Tiró de Helena para ponerla de pie y apoyó la boca de su arma bajo la barbilla de la muchacha, que lanzó un grito de pánico al notar el contacto del metal contra su piel —. ¡Mi nombre es Osvaldo Salazar y vengo a por lo que me pertenece!

Hubo cinco segundos interminables de un silencio espeso, denso como la jalea.

—¡Si le hace algo a mi hija, usted morirá también! —La voz de

Rosalía Freire sonó desde una de las ventanas—. ¡Hay cuatro armas apuntándole ahora mismo!

—Puede ser. —Salazar se encogió de hombros, vibrando con la adrenalina, hasta el último poro de su piel electrizado por la emoción —. Todos morimos, tarde o temprano. Pero si yo caigo, le prometo que mis hombres dejarán a esta *chusca* bien pelada. Les quedan veinte segundos, señora.

El corazón le galopaba en el pecho y se sentía más vivo que nunca. Casi podía notar las mirillas de las escopetas que le apuntaban. Apretó aún más la pistola contra el cuello de Helena hasta arrancarle un grito de dolor.

—¡Diez segundos!

—¡No dispare! —Otra voz, esta vez de Antía Freire, salió de la ventana—. Ahora mismo bajamos.

Cuando la cuenta ya estaba a punto de llegar a cero, una procesión de una docena de Freires salió por la puerta, desarmada y con aspecto derrotado. Pitón se adelantó junto a ellos y los fue cacheando, uno por uno, para después agruparlos en el mismo redil que a los Docampo. Los antiguos rivales, ahora prisioneros de los colombianos, se miraban entre sí, confundidos y entremezclados.

—¿Lo ven? Si todos son razonables, nadie tiene por qué salir malparado. —Soltó a Helena, que se refugió en los brazos de Tristán, y de repente frunció el ceño—. ¿Y ese periodista, ese tal Roberto Lobeira? ¿Dónde está?

—No lo sabemos —dijo Antía, desde el redil, con voz firme. Parecía la más serena de todo el grupo, casi retadora—. Se fue de la casa hace horas. Seguro que ya ha avisado a la policía y están de camino. Váyanse y déjenos en paz, ahora que aún puede.

Salazar se volvió hacia ella, intrigado.

—Vaya, si es que la mamacita tiene huevos y todo —dijo divertido—. No se preocupe, que nos habremos ido mucho antes de que llegue nadie. Una vez más: ¿dónde está nuestro dinero?

—Nosotros no lo tenemos —replicó Antía—. Registre la casa, si quiere.

Justo en ese instante Pitón salía de la vivienda, con el viejo MP-40 terciado en el hombro como botín.

—La casa está vacía, patrón —susurró en el oído de Salazar—, pero no he tenido tiempo de revisarla a fondo. El dinero puede estar

en cualquier parte.

Salazar inspiró profundamente y se volvió a masajear las sienes, pensativo. Era consciente de que el tiempo corría en su contra. Pronto amanecería y la tormenta ya casi había pasado. Con un suspiro, se giró hacia Helena y Tristán, que volvían a estar abrazados, temblando y besándose entre lágrimas.

—Ah, venga ya, dejen de *entucarse* —dijo con fastidio, mientras los separaba y se colocaba entre ambos—. Ahorita mismo alguien me va a decir dónde está exactamente nuestro dinero o estos tortolitos van a morir. Y si nadie habla, todos serán los siguientes, uno por uno, hasta que solo quede una pila de cadáveres sobre esta isla sarnosa. ¿Hablo claro?

—¡Nosotros no sabemos dónde está el dinero! —dijo Rosalía Freire, con angustia.

—¡Y tampoco nosotros! ¡Se lo prometo! —la secundó Ramón Docampo.

—¿Y por qué será que yo no me lo creo? —Osvaldo Salazar meneó la cabeza—. Mira que con lo fáciles que podrían ser las cosas... Vamos a ver, ¿cuál será el primero?

Levantó su pistola e hizo oscilar el cañón a un lado y al otro, con parsimonia, apuntando a Helena y a Tristán por turnos. Entonces, empezó a canturrear una tonada infantil.

De tin Marín, de do pingüe,
cucara macara títere fue,
yo no fui, que fue Teté,
pégale, pégale con el pie.

El cañón quedó a solo unos centímetros de la cara de Helena, que lanzó un gemido de terror.

Entonces Salazar se encogió de hombros y apretó el gatillo.

39

La confesión

Se oyó un grito colectivo de espanto y Helena se encogió con los ojos cerrados, pero del arma solo salió un sonoro clic. La chica abrió los ojos, desorbitados, como si no estuviese segura de continuar viva, y miró a Salazar, que le dedicó otra de sus raras sonrisas.

El colombiano abrió la mano izquierda y le mostró el reluciente proyectil de nueve milímetros que reposaba en su palma.

—La recámara estaba vacía esta vez —dijo antes de amartillar para que otra bala entrase en el ánima del arma—. La primera fue de diversión, para ver nomás cómo respiraban. Chissst, vaaa, no me llore.

Volvió a acariciar el pelo de Helena en un gesto cariñoso, pero sus ojos eran duros como el pedernal. Implacables.

—Ahorita vamos en serio —afirmó con voz queda—. Con bala de verdad. Empecemos.

—¡No! —gritó una voz—. ¡Pare!

Salazar se volvió y comprobó que un muchacho esmirriado se había puesto de pie, en medio del grupo, temblando como una hoja y con las lágrimas rodando por sus mejillas.

—Sé dónde está el dinero —dijo con voz firme—. Le diré dónde está, pero pare, por favor.

—¡No! —gritó Antía, sorprendida, y tiró del brazo del chico para obligarle a sentarse de nuevo, pero el muchacho se zafó.

—Le hice daño a una persona por culpa de ese dinero. No quiero que vuelva a pasar lo mismo. —El chico miró a Antía con los ojos arrasados en lágrimas—. Y luego casi todo el mundo se mata por su culpa. Ese dinero es malo. ¡Malo, malo, malo! Que se lo lleve este señor y que nos deje en paz.

—Ay, mi niño. —La voz de Antía se quebró—. Ojalá fuera tan sencillo...

—Bueno, parece que al menos este *pelao* tiene algo de sentido

común. ¿Cómo se llama, chico?

—Diego —respondió entre hipidos—. Diego Freire. No les haga daño. Prométamelo.

—Tiene mi palabra. —Salazar levantó la pistola, en un gesto inocente—. Dígame, Diego, ¿cómo es que sabe dónde está el dinero?

—Roberto lo escondió. —Los mocos colgaban de la nariz del muchacho y se mezclaban con sus lágrimas—. Pensaba que estaba solo, pero yo le seguí. Me gusta seguirle. Siempre le salvo. Dice que soy un superhéroe.

Osvaldo Salazar arqueó una ceja, pero no hizo ningún comentario.

—¿Y bien? ¿Dónde está escondido?

—En el viejo cementerio de la isla. No está lejos de aquí.

—Está bien, Diego Freire. —Salazar embutió la pistola en la cintura de su pantalón—. Llévenos hasta allí. Iremos con usted. Todos.

—¿Todos, patrón? —preguntó Pitón, algo sorprendido.

—Sí, todos. —Se inclinó hacia su subalterno para hablarle a resguardo de oídos ajenos—. No podemos dejar a toda esta gente atrás.

—¿Por qué no?

—No sabemos dónde encerrarlos y somos muy pocos para dividir fuerzas —le explicó, con paciencia—. Nos los llevaremos con nosotros.

—Está bien —asintió el hombre—. Como usted diga.

Tardaron un par de minutos en organizar el grupo. Salazar iba al frente, con Diego a su lado, seguidos de la veintena de Freires y Docampos entremezclados. A cada lado del grupo se colocó uno de los sicarios, con Carlitos cerrando el pelotón.

El cielo se empezó a teñir de un delicado color albo a medida que la noche iba dando paso al día. La tenue luz del amanecer permitía ver con claridad la singular procesión, que caminaba con lentitud por el ramal principal de la isla hacia el viejo cementerio. Vistos desde lejos, daba la sensación de que era alguna especie de romería popular, pero esa imagen quedaba arruinada por las pistolas y el gesto serio de los sicarios y los rostros descompuestos de los isleños.

Un rato antes habían estado a punto de matarse entre ellos, y en aquel momento los conducían como borregos hacia el matadero, sin tener la menor idea de lo que les iba a suceder. El giro de los acontecimientos no podría haber sido más rápido ni inesperado.

Salazar sonreía por dentro, complacido. Tenía todas las cartas ganadoras en su mano y lo sabía. Una vez más, demostraba que era la persona indicada para aquel tipo de trabajos. El Patrón sin duda estaría satisfecho.

Entraron en el antiguo cementerio y los sicarios rápidamente agruparon a todos sus rehenes contra una de las tapias, sentados en el suelo y con las manos en la nuca. La tensión se había multiplicado y los gestos de los colombianos eran cada vez más bruscos y tensos. La llegada del día les hacía entender que su tiempo se agotaba y el cansancio y los nervios ya hacían mella.

Mientras dos de ellos controlaban al grupo, Salazar y Pitón se colocaron a ambos lados de la tumba de Erundina. Salazar contempló el viejo túmulo con suspicacia.

—¿Está seguro de que es esta, *pelao*? No tengo tiempo para abrir todas las tumbas del cementerio.

—Sí, señor. —Diego asintió con vehemencia—. Es esta.

—Vale, chico, vuélvase con su familia. —Le dio una palmadita en la espalda—. Ahorita nos encargamos nosotros.

Pitón recogió una rama del suelo, sin saber que era la misma que había usado Roberto días atrás, para hacer palanca bajo la lápida. El hombretón apoyó todo su peso en la rama, que se cimbreó con un crujido. La lápida resbaló unos centímetros y con un segundo empujón dejó el interior del sepulcro a la vista.

Salazar se inclinó, sintiendo algo parecido a la ansiedad. Dentro de la tumba estaban las dos bolsas de lona que Roberto había dejado allí. Las extrajo y tiró de la cremallera que cerraba una de ellas.

El colombiano emitió un audible suspiro de alivio al ver su contenido. Apretados fajos de billetes de euro, dólar y francos suizos, amontonados y revueltos de cualquier manera. No tenía tiempo para contar, pero a simple vista parecía que estaba todo. Se incorporó y sacudió unas motas imaginarias de polvo de las perneras de sus pantalones.

—¿Estamos contentos? —preguntó Pitón, todavía con la rama en la mano.

—Oh, sí, estamos contentos, no hay duda —replicó Salazar.

Miró a su alrededor, pensativo. A la difusa claridad de la primera hora del día, el cementerio tenía un aire bucólico, casi de postal. Contempló la vieja iglesia y las lápidas esparcidas entre los arriates de

flores. Era perfecto para lo que tenía en mente.

—Carlitos, sepáreme a los Docampo de los Freire, si es tan amable —le dijo a su subalterno—. Y se me lleva a un grupo hasta la puerta de la iglesia.

El sicario se apresuró a obedecer la orden. Entre los isleños hubo murmullos de preocupación y algunos gritos de protesta, pero la amenaza de las pistolas de los hombres del cártel apagó cualquier conato de revuelta. A patadas y empujones, se formaron los dos grupos y los Freire acabaron apelotonados frente a la puerta del viejo templo.

—No, así no. —Salazar se movía por el cementerio, observando la composición con gesto concentrado, como si fuese el director de fotografía de una película—. Tan apretados no, que se abran un poco más. Así es, eso está bien. Ahorita, el otro grupo al otro lado. Algo más lejos. Sí, eso es.

Osvaldo giró sobre sí mismo, dando un último vistazo. Los isleños estaban repartidos por el camposanto en dos líneas casi simétricas, separadas entre sí por una distancia de unos diez metros, con aspecto derrotado. Algunos de ellos, los más perspicaces, temblaban, porque empezaban a intuir lo que estaba a punto de suceder.

Salazar se acercó a su lugarteniente, con el arma en la mano.

—Ya sabe lo que hay que hacer, ¿verdad? —le susurró.

El hombre asintió, con gesto serio.

—No quedan testigos.

—No quedan testigos —repitió Salazar—. Nosotros dos nos encargamos de los de la derecha y Joel y Carlitos de los de la izquierda. Tiros rápidos y precisos.

—Algunos se echarán a correr —indicó el sicario—. Son demasiados.

—Eso es incluso mejor. —Salazar se acarició de nuevo las sienes —. Tiene que parecer que se mataron entre ellos. Cuanto más dispersos estén los cadáveres, mucho mejor.

—¿Y qué hacemos después con las armas?

—Las limpiamos a fondo y las dejamos en manos de alguno de los cuerpos. —Los ojos azules de Salazar chispearon—. Que la policía española se rompa la cabeza intentando averiguar qué sucedió aquí.

—Desconfiarán. Les parecerá muy extraño.

—Eso nos da igual. —Salazar se encogió de hombros—. Cuando

eso pase, nosotros ya estaremos muy lejos, de vuelta en casa.

Pitón transmitió las órdenes a sus hombres, y los sicarios, sin pronunciar una palabra, se colocaron entre ambas filas. Los primeros lloros y ruegos empezaron a sonar, a medida que lo inevitable se iba abriendo paso en las cabezas de los isleños.

—¿Qué está pasando? —Diego se abrazó a Antía, confuso—. ¿Ya se van los hombres malos? ¿Por qué nos separan?

—Ay, Dieguiño, ven conmigo. —Antía le arropó en sus brazos—. No mires, cariño mío.

—Sois unos hijos de puta —bramó el viejo Ramón Docampo—. Dijisteis que si os dábamos el dinero no nos pasaría nada. ¡Lo prometisteis!

—Verá, don Ramón, usted mejor que nadie sabe cuáles son las consecuencias de robar en este negocio. —Salazar le dedicó una de aquellas miradas de reptil, pero el anciano aguantó sin apartar los ojos, desafiante—. Lo siento mucho. No es nada personal.

Los colombianos levantaron las armas, listos para disparar. Un coro de gemidos se alzó y los isleños se encogieron, esperando la inminente lluvia de balas que acabaría con sus vidas.

El ruido de disparos fue atronador, una descarga cerrada que se tuvo que oír en la otra punta de la isla.

40

La emboscada

Pero no sucedió como estaba previsto.

La primera bala alcanzó a Carlitos en un hombro con tanta fuerza que el sicario giró sobre sus pies como una peonza antes de caer al suelo. Una lluvia de postas barrió el suelo justo al lado de Salazar, levantando pequeños surtidores de tierra, parecidos a diminutos volcanes.

Por primera vez desde que había llegado a la isla, Osvaldo Salazar sintió algo parecido al temor. Elevó la mirada, intentando adivinar de dónde venía el fuego que barría a sus hombres, ya atrincherados de cualquier manera detrás de las viejas lápidas, que saltaban hechas pedazos. Y entonces los vio.

Asomados sobre la parte más alejada de la tapia distinguió dos cabezas, haciendo fuego sostenido con rifles de caza. En una décima de segundo, antes de verse obligado a refugiarse frente a los disparos, sacó una foto mental. Uno era un tipo corpulento, de calva sudorosa y gesto fiero, secundado por un muchacho joven de pelo alborotado que sacaba la lengua por la comisura de la boca mientras apuntaba.

«¿Quiénes son estos *hiueputas*?».

—¡Ese dinero es mío! —rugió Ibaibarriaga, mientras disparaba de nuevo. Una lluvia de esquirlas de mármol cayó sobre la cabeza de Salazar—. ¡Ni se te ocurra tocarlo, cabrón!

Aquella fue la señal para que se desencadenase el caos. De repente, todos los isleños corrían de un lado a otro, huyendo del intercambio de tiros. Los sicarios, demasiado ocupados devolviendo el fuego, no pudieron evitar la desbandada.

—¡Patrón! —gritó Pitón, dejándose caer a su lado—. ¡Es una emboscada!

—¡Ya lo veo! —siseó Salazar, furioso.

—¡No podemos quedarnos aquí! ¡Estamos casi al descubierto y

además ellos tienen una posición alta y más potencia de fuego! ¡Tenemos que retirarnos!

—¡El dinero está allí! —Salazar señaló hacia las bolsas de lona, que habían quedado abandonadas en tierra de nadie, bajo los proyectiles—. ¡No nos iremos sin ellas!

—¡Patrón, casi no tenemos munición! —replicó el hombre—. ¡Ya han dado a Carlitos y no sabemos si nos van a flanquear!

Salazar soltó un rabioso juramento. Su lugarteniente tenía razón. Aquel ataque los había cogido completamente desprevenidos. No tenían la menor idea de la identidad de los atacantes, ni de su número. En aquel mismo instante podían estar llegando más por sus espaldas, y entonces estarían acabados.

Salazar era listo, pero no era omnisciente.

Si hubiese sabido que no había más que tres fareros en la isla, quizá habría tomado otra decisión. Si hubiese sabido que a sus adversarios apenas les quedaban una docena de proyectiles, sin duda habría actuado de otra manera. Si hubiese sabido que estaban mucho más aterrorizados por la situación que sus pistoleros, les habría plantado cara.

Y entonces, las cosas habrían tenido un final distinto.

Uno mucho más sangriento.

Pero Osvaldo Salazar no podía saber nada de esto, así que ordenó la retirada.

El instinto y la sangre fría que le habían mantenido con vida durante todos aquellos años se impuso sobre la rabia que le devoraba. Pero aquello no había acabado.

«Oh, claro que no».

Solo se había pospuesto.

—Hacia la playa, junto a la planeadora —le indicó a Pitón—. Ayude a Carlitos. Joel y yo los cubrimos.

Los miembros del cártel comenzaron a retroceder hacia la puerta del cementerio, con el herido apretando los dientes a cada paso, mientras Salazar y su subalterno disparaban contra la tapia. Ibaibarriaga y Pazos agacharon la cabeza cuando el enjambre de proyectiles empezó a morder el muro lanzando chasquidos escalofriantes.

Los isleños bullían a su alrededor, ignorándolos, con la única idea de salir de aquel avispero cuanto antes. Antía pasó al lado de Salazar,

con Diego pisándole los talones, pero el sicario ni siquiera se dio cuenta.

El caos era total.

Todo su plan, perfecto hasta aquel momento, se desmoronaba.

41

«Todo es por tu culpa»

—¡Vamos, Diego! —Antía urgió al muchacho, que no paraba de mirar a su alrededor con la mandíbula desencajada—. ¡Tenemos que irnos!

—¿Qué está pasando? ¿Quién dispara?

«Son los fareros, pero eso ahora no importa. Si no salimos de aquí, acabaremos muertos».

—¡Vamos! —Tiró del brazo del chico, jadeante—. ¡Ven conmigo!

Un disparo hizo saltar astillas de piedra de una lápida, dejando un mordisco humeante en su esquina. Antía se agachó de manera instintiva y agarró la mano del muchacho con más fuerza.

Salieron del cementerio en tromba. Ya no había orden ni bandos, y Docampos y Freires corrían entremezclados, pendientes únicamente de salvar sus vidas. Con el rabillo del ojo vio cómo Amaia, la mujer de Luis Docampo, caía al suelo y era pisoteada sin piedad por la masa aterrorizada que pugnaba por pasar a la vez por la puerta del cementerio. El pánico se había apoderado de todos. Se movían como una turba ciega.

Antía se adentró por un sendero estrecho y casi intransitable, cerrado de vegetación tras meses de lluvia y falta de cuidados. Con la mano libre iba apartando las ramas que se cruzaban en su camino, sin parar de avanzar, con Diego a su espalda.

«Corre. Aléjate de esta locura. Corre. CORRE».

De súbito, una figura voluminosa se cruzó en su camino y Antía tuvo que frenar en seco.

—¡Tú! —gruñó Luis Docampo, tan sorprendido como ella por el encuentro. En su mirada había una mezcla de confusión e ira. Sus ojos saltaron a Diego, que se ocultaba tras ella—. ¡Todo esto es por culpa de ese imbécil y del escritor!

—Pero ¿de qué estás hablando? ¡Tenemos que irnos de aquí! Esa gente nos va a...

—¡Si no hubiesen sacado ese condenado dinero del agua, nada de esto habría pasado! ¡Nos han condenado a todos!

«No decías lo mismo mientras estábamos contando billetes —pensó Antía, con amargura—. Cuando creías que ibas a ser rico».

Pero no le dio tiempo a decir nada más.

Docampo ya no escuchaba. Ciego de ira, necesitaba culpar a alguien de la pesadilla en la que se habían transformado sus vidas. Y, de paso, saldar viejas deudas.

—¡Luis, no, espera! —gritó Antía, alarmada, pero ya era tarde.

Docampo se abalanzó sobre ella con un rugido de odio reconcentrado. No estaba armado, pero pesaba al menos el doble que Antía y estaba fuerte como un toro. Podía matarla con sus manos desnudas, y la mujer fue dolorosamente consciente de que quizá acababa de salvar la vida para perderla de forma estúpida pocos minutos después.

Cayó de espaldas, con el cuerpo del isleño aplastando el suyo. Sintió cómo las manazas del hombre se cerraban sobre su garganta, en un cepo de hierro. Le llegó de lejos el gemido de terror de Diego, pero sonaba amortiguado, como si tuviese que atravesar una masa de algodón. Abrió la boca en un acto reflejo, cada fibra de su ser luchando por una molécula de aire, aferrándose a la vida. Sus pies arañaron el suelo empapado, en un pataleo cada vez más débil.

Todo sucedió en lo que dura un parpadeo. Con el último hálito de conciencia adivinó la sombra borrosa que se materializó de repente por un costado del camino, con una estaca entre las manos. La sombra levantó el madero y sin un atisbo de duda lo descargó con fuerza sobre la cabeza de Luis Docampo.

Sonó un crujido cuando la estaca impactó contra el cráneo, Docampo se estremeció por el golpe, puso los ojos en blanco y cayó derrumbado a un lado, como un buey en un matadero. Cuando la presión sobre su cuello se aflojó, Antía soltó un hipido largo y respiró con ansia, casi con avaricia, como si quisiera terminar todo el oxígeno del universo ella sola.

—¡Roberto! —Su voz parecía el chirrido de una máquina atascada. Tosió un par de veces y se aclaró la garganta—. ¡Eres tú!

—Pues claro que soy yo. —Roberto arrojó el madero al suelo y ayudó a la mujer a incorporarse—. ¿Estáis bien? ¿Alguno de los dos está herido?

—¿Y Diego? ¿Dónde está? —Antía, con la mirada extraviada, buscó a su hijo, que todavía temblaba en el camino. Antes de que el chico pudiese hacer un solo movimiento le enterró entre sus brazos, con un abrazo protector.

Posesivo. Feroz.

—Me haces daño —gruñó el muchacho al cabo de un rato—. *Paraaaa.*

Antía dejó al chaval y dio un paso atrás, con la adrenalina todavía rugiendo en una percusión sorda dentro de su cabeza. Se volvió hacia su salvador y entonces se llevó las manos a la boca, atónita.

Roberto tenía un aspecto lamentable. Su ropa era poco más que una colección de harapos empapados y en su cara se dibujaba una constelación de cortes y hematomas. Uno de sus brazos colgaba inerte a un costado y se apoyaba en el madero, que había recogido de nuevo y que usaba como una improvisada muleta. En conjunto, daba la sensación de que le habían metido dentro de una centrifugadora llena de rocas afiladas y le habían puesto a rodar.

Y eso tampoco estaba tan lejos de la realidad.

El tiempo se detuvo. Antía era incapaz de pronunciar una sola palabra, atrapada en la mirada febril de Roberto. Por un instante, el tiroteo, la violencia, el dinero, todo el caos que se había desatado en la isla cesó a su alrededor.

—Antía, yo... —comenzó Roberto, atropellado—. Necesito decirte una cosa. No hay nada entre Helena y yo. Se trata de un malentendido. En realidad...

—Calla... —Se acercó un paso—. Ya lo sé. Helena me lo contó todo nada más irte.

—¿De verdad? No quería que creyeses que... O sea...

—Lo sé —repitió ella, antes de fundirse en un abrazo con él. Roberto soltó un gemido de dolor y Antía le soltó, preocupada—. Perdona —murmuró, avergonzada.

—No es nada. Creo que me he roto alguna costilla, nada más.

—No, no me refería a eso. —Ella le miró a los ojos—. Perdona por haber dudado de ti. He sido una estúpida.

—Antía. —Roberto la miró fijamente—. Tú, yo..., quiero decir...

Ella le sujetó una mano. Bastó con eso. La conexión de confianza, de complicidad volvía a latir entre ambos, como si nunca se hubiese

desvanecido. Juntos en el mismo barco, con sus respectivos sacos de penas a la espalda, luchando por restañar sus heridas. Peleando de nuevo en el mismo bando, en equipo.

—¿Sois novios? —La voz de Diego interrumpió el momento de intimidad, con la delicadeza de una motosierra.

—¡No! —dijeron los dos a la vez, atropellados. Un segundo demasiado rápido, quizá, para ser convincente del todo. Se miraron de reojo, ruborizados, pero no añadieron nada más.

—Estaba preocupado por ti —dijo el chico—. No sabía dónde estabas.

—Es una larga historia. —Roberto le guiñó un ojo, en un gesto cariñoso—. Así que sabías lo de la tumba de Erundina. Está claro que no hay manera de esconderte un secreto.

—Soy un superhéroe —se ufanó el chico—. Yo te cuido.

—Claro que sí. —Le miró con afecto—. Si no fuese por ti, a saber dónde estaríamos.

—¿Qué te ha pasado? —Antía le palpó el cuerpo, de forma apresurada, haciendo inventario de todas sus heridas—. ¿Quién te ha hecho esto?

—Ahora no es el momento. —Los ojos de Roberto brillaban de un modo extraño. La anfetamina le mantenía en pie, como a un caballo de carreras dopado, pero sus pupilas estaban dilatadas por la midriasis y le daban a su expresión un aspecto maníaco—. Tenemos que salir de aquí antes de que alguien nos encuentre.

—Pensaba que habías dicho que jamás le harías daño a nadie. —Antía señaló el cuerpo de Luis Docampo, que yacía desmadejado a sus pies—. Veo que has cambiado de opinión.

Roberto le dio la vuelta al cuerpo con la punta de su muleta y Docampo emitió un gemido quedo.

—Tan solo tiene un chichón, no le pasará nada. Además, con Luis he decidido hacer una excepción —se justificó, con una mueca—. Al fin y al cabo, él mató al pobre Pampín. Además, me dio un empujón.

—¿Un empujón?

—Es una historia muy larga —repitió antes de otear a ambos lados del camino. El ruido de disparos ya se había apagado y no quedaba nadie en las cercanías del cementerio—. Te prometo que cuando tenga tiempo, te la contaré.

—¿Qué vamos a hacer? —Antía entrelazó sus dedos, preocupada

—. ¡Han llegado unos sicarios a la isla! Son los dueños del dinero y están dispuestos a todo. En el cementerio casi...

La mujer se estremeció al recordarlo. Había estado muy cerca.

—Los he visto. —Levantó la muleta improvisada—. Os he seguido desde el Cucorno, pero ibais demasiado rápido para mí.

Lo que no añadió fue que no le gustaba nada lo que había visto. Se había cruzado demasiadas veces en su vida con tipos como aquellos. Profesionales. Gente pragmática e implacable, de la que no acostumbra a dejar tras de sí cabos sueltos.

Ni testigos.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —preguntó, señalando hacia el viejo cementerio.

Antía le explicó el enfrentamiento y cómo se habían salvado *in extremis* por la intervención de los fareros. Mientras la escuchaba, Roberto se puso lívido.

«Si no hubiese sido por ellos, habría llegado demasiado tarde».

—Lo importante es que estáis bien —dijo al fin, mientras se frotaba la cara para ocultar sus emociones.

«Dios, qué bien me vendría un buen afeitado».

—Así que Ibaibarriaga también quiere sacar tajada —continuó, ya más calmado—. Esto cambia un poco las cosas, pero aun así...

—¿No lo entiendes? —Se retorcía las manos—. ¡Va a ser una matanza! Mi familia, los Docampo...

—No necesariamente —replicó Roberto, con una sonrisa astuta en los labios—. Quizá todo acabe sin que se haga ni un disparo más.

—¿Cómo puede ser eso posible?

Quizá fuese por la mezcla de adrenalina y dexanfetamina que recorría su cuerpo, quizá porque, de una manera absoluta, estaba convencido de que lo que tenía en mente podía salir bien. Fuese cual fuese el motivo, jamás había estado tan seguro de algo. Y esa sensación, tras días de incertidumbre, era reconfortante.

—Muy sencillo. —La sonrisa de Roberto se amplió un poco más —. Porque tengo un plan. Y este sí que va a funcionar.

42

Roberto tiene un plan

El sol asomaba tímidamente sobre el horizonte cuando Roberto, Antía y Diego llegaron al pueblo. Por primera vez desde hacía casi una semana se veía un parche de color azul en el cielo, señal de que *Armand*, ya reducido a un simple frente tormentoso, se alejaba tierra adentro.

Bajo la vacilante luz de la mañana, la estampa de la calle principal era desoladora. Los destrozos en las fachadas parecían marcas de sarampión y no quedaba una sola ventana entera. Caminaban pisando cristales rotos por el centro de la avenida, mientras miraban a todos lados con una mezcla de asombro y preocupación. No había nadie a la vista y no podían evitar la sensación de estar atravesando una ciudad fantasma. Por fin, se detuvieron a los pies de las puertas reventadas de la iglesia para que Roberto pudiese descansar un minuto.

—¿Estás bien? —le preguntó Antía—. Podemos esperar un rato más, hasta que recuperes las fuerzas.

Él se dejó caer sobre los escalones de piedra. Rodeado de los tablones arrancados de la puerta, le asaltaron todos los momentos vividos desde el día en el que, en aquel mismo lugar, había abierto un fardo misterioso que la deriva había llevado hasta Ons, rodeado de una muchedumbre excitada.

De alguna forma, le parecían los recuerdos de otra persona.

—No, estoy perfectamente. —Se apoyó en ella, para levantarse con dificultad—. No tenemos tiempo para descansar. Aún tenemos muchas cosas que hacer.

«Y cada minuto cuenta».

De camino hacia allí le había contado, de forma apresurada, todo lo que le había sucedido desde que había dejado a Helena en la puerta del Cucorno. Lo hizo procurando que Diego no oyese ni una palabra,

porque temía la reacción del muchacho al escuchar la historia de Varatorta y su tenebrosa guarida. Diego era impredecible, y cuanto menos supiese, mucho mejor.

Al llegar a la parte en la que el farero le había explicado sus planes, Antía se había llevado las manos a la cara, horrorizada.

—No me lo puedo creer —musitó, demudada—. Jamás me lo habría podido imaginar de Varatorta. Lleva unos cuantos años viviendo con nosotros y no tenía ni la menor idea de que era... así.

—Ese tipo de personas suele ser precavido. —Roberto meneó la cabeza—. Parte de su estrategia de supervivencia consiste en que nadie descubra su auténtica naturaleza. Además, en todo el tiempo que ha pasado en la isla ha sido capaz de mantener sus instintos a raya y solo ha hecho sus... cosas con animales. Ha sido muy listo.

—Aun así, deberíamos haber notado algo —dijo ella, con voz amarga—. Ver las señales.

—Diego lo hizo, ¿recuerdas? —comentó él—. Insistía en que había un monstruo suelto en la isla, pero no sabía cómo explicarlo.

—Mi pobre niño. —Ella le dedicó una mirada tierna al muchacho, que en aquel momento amontonaba pedazos de vidrio sobre una piedra con expresión concentrada—. Yo pensaba que solo eran imaginaciones suyas. Otra de sus fantasías.

—Todo el mundo le hace de menos a causa de su condición, pero precisamente por eso ve y oye más cosas que nadie, porque la gente actúa como si no estuviese delante.

—¿Solo por eso? —A Antía se le escapó una media sonrisa.

—Y porque además es un metomentodo, claro —sonrió—. Aun así, quizá deberíamos prestar más atención a lo que dice.

—¿Dónde está Varatorta ahora? ¿Tienes alguna idea?

—No lo sé. Puede estar en cualquier parte de la isla. ¿Pudiste ver si estaba con Ibaibarriaga y Pazos, mientras disparaban a los colombianos?

—No. —Ella negó, tras pensarlo un rato—. Fue todo muy rápido, juraría que solo estaban Álvaro y ese ayudante jovencito que tiene, Borja Pazos, pero no estoy segura.

—Bueno, eso es un problema. —Roberto frunció el ceño—. Ahora mismo, Varatorta es impredecible. Me da la sensación de que ha derribado todos sus diques mentales y que no le importan las consecuencias. Pero, por otro lado, hemos atajado lo más importante.

—¿A qué te refieres?

—A la guerra abierta entre tu familia y los Docampo —dijo él—. Se ha acabado, al menos por el momento.

—En eso tienes razón —convino ella—. Ahora mismo se habrán refugiado en alguna parte, para lamerse las heridas.

—Sospecho que con el susto que se han llevado hoy, sus ansias de sangre habrán quedado apaciguadas por una buena temporada... pero tú los conoces mejor que yo.

—Eso es cierto —respondió Antía, tras pensarlo un rato—. Las cosas se les fueron de las manos por culpa de ese maldito dinero. Ahora que los colombianos se han ido con él, espero que vuelva a imperar la cordura.

—Me temo que no es tan fácil. —Habló muy serio, escogiendo con cuidado sus palabras—. Los hombres del cártel no tienen el dinero, Antía.

—Eso no es verdad —negó ella, entornando los ojos—. Lo sacaron del escondrijo de la tumba. Yo misma lo vi.

—Tuvieron que abandonar el cementerio sin las bolsas..., pero se llevaron a Helena y a Tristán con ellos, en medio del caos del tiroteo. Pude ver cómo se iban hacia la playa.

—¿Se llevaron a mi hermana? —Antía se estremeció—. ¿Por qué? ¿Adónde se los llevaron?

—No tengo ni idea. —Roberto se mordió el labio inferior—. Pero estoy seguro de que no se rendirán tan fácilmente. Su trabajo era volver con el dinero y en su profesión no se admiten los fracasos. En cuanto se hayan reorganizado y tengan un plan, volverán a la carga. El que los dirige, ese tipo de los ojos azules que no pestañea, sabe lo que hace. No me extrañaría que ya estuviesen moviéndose ahora mismo.

—¿Moviéndose hacia dónde?

—Hacia el dinero, claro. —Roberto echó a andar de nuevo por la calle destrozada, arrastrando la pierna herida.

—¿El dinero? ¿Sabes dónde está? —Antía corrió detrás de él—. ¿Qué estás haciendo?

—Ya te dije que tengo un plan. Tuve tiempo para darle vueltas mientras la corriente me arrastraba hacia la isla. Mi plan estaba pensado para los colombianos, pero ahora supongo que tendrá que servir para Ibaibarriaga.

—No veo cómo vamos a hacer nada. —Antía parecía desalentada —. No tenemos armas, solo estamos nosotros dos, tres si contamos a Diego, y tú pareces a punto de desmayarte.

—No necesitamos armas. —Roberto se detuvo para mirarla de frente—. Mientras la gente del cártel os desarmaba ante el Cucorno pude preparar un par de cosas.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—Ya lo verás —se limitó a decir Roberto, de forma enigmática—, pero antes... antes tenemos que hacer algo.

—¿Qué?

—Avisar a tierra de lo que está sucediendo aquí.

—¿Crees que es buena idea? Ese Salazar es impredecible y tiene a Tristán y Helena en su poder.

—Si conseguimos que vengan las autoridades, los sicarios tendrán que empezar a actuar bajo presión, a contrarreloj —insistió Roberto—. Y entonces será más fácil que las cosas salgan como tengo pensado.

—¿Quieres dejarte de tantos misterios, por favor?

—¡No tenemos tiempo! —La sujetó por los brazos—. Piensa, Antía, ¿cómo podemos alertar a tierra?

—Los teléfonos no funcionan —dijo ella, tras meditar un momento—. La tormenta destruyó el poste de telefonía móvil.

—Y la radio de los fareros está fuera de servicio —añadió él—. ¿Sabes si hay alguna otra radio en la isla que podamos usar? ¿Alguna que tenga tu familia o los Docampo?

—No —negó con la cabeza—. Tenemos emisoras, pero son de corto alcance, para comunicación dentro de la isla.

—Pues entonces, solo nos queda una solución. —Roberto miró de nuevo a su alrededor—. Si no podemos conseguir que nos oigan, tendremos que hacer que nos vean.

—¿Que nos vean? No te entiendo.

—Necesitamos una hoguera —dijo él, con una sonrisa extraña—. El fuego más grande que jamás se haya encendido en Ons, algo que no puedan pasar por alto desde el continente.

—¿En qué estás pensando?

—Muy sencillo. —Su sonrisa se ensanchó, casi radiante—. Le vamos a prender fuego a este condenado pueblo.

43

El incendio

—¿Quemar el pueblo? ¿*Nuestro* pueblo? ¿Te has vuelto loco?

—Nada de eso —le explicó él—. En cuanto vean la columna de humo desde tierra firme, se activarán todas las alarmas. Estamos en un parque nacional y hay protocolos para esos casos. Cuando traten de ponerse en contacto con la isla y no les responda nadie, no les quedará más remedio que mandar a alguien hasta aquí para descubrir qué está sucediendo. La tormenta ya casi ha cesado, Antía. Ya no estamos incomunicados.

—La ría está todavía en muy malas condiciones —apuntó ella, dubitativa—. Después de una tormenta aún hay mar de fondo durante unos días. Es casi tan peligroso como durante el temporal, si no se sabe navegar bien. Atracar en el muelle de Ons resulta imposible en esas condiciones. Ningún barco podrá llegar hasta aquí.

—Eso es verdad. —Miró hacia el muelle, barrido por las olas—. Pero el viento casi ha cesado de soplar. Nada impide que manden un helicóptero.

—¡El helipuerto que está al lado del faro! —Abrió mucho los ojos —. ¡Pues claro!

—Dime —Roberto esbozó una sonrisa irónica—, si fueses una pirómana, ¿por dónde iniciarías un incendio?

Antía sacó un mechero de su bolsillo y se lo quedó mirando, pensativa, unos segundos. Después paseó la vista por las casas destrozadas del pueblo hasta que se detuvo en una.

—Ahí. —Señaló hacia el edificio que se levantaba casi junto a la rampa que llevaba al muelle—. El restaurante de los Docampo. Tiene botellas de propano para sus cocinas y un generador propio, para evitar los cortes de luz, conectado a un depósito de combustible. Además, está lleno de sillas, mesas de madera y todas esas cosas.

—El restaurante de los Docampo. —Roberto le dedicó una sonrisa

irónica—. Pensaba que habíamos dicho que la guerra entre los dos clanes había terminado.

—El restaurante es de Luis Docampo. —Se encogió de hombros, con una carcajada—. Digamos que yo también quiero hacer una excepción con él. Y no me mires así. En el fondo no dejo de ser una Freire.

Roberto se apoyó en un muro, mientras veía cómo Diego y Antía entraban en el restaurante a través de una ventana reventada. Los oyó trastear por dentro durante un rato, hasta que ambos salieron gateando a toda prisa del interior. Detrás de ellos, en la penumbra del comedor, un resplandor anaranjado indicaba que el fuego cogía fuerza. Un tenue olor a quemado llegó a sus fosas nasales en el mismo instante en que las primeras volutas de humo gris salían enroscándose por los huecos abiertos de la fachada.

—Será mejor que nos alejemos de aquí —dijo Antía, con un brillo excitado en los ojos—. Cuando el fuego llegue a las botellas de gas, todo esto va a volar por los aires.

—¡Va a ser un bum-bum enorme! —añadió Diego, entusiasmado.

Para él, aquello se había transformado, una vez más, en una aventura emocionante. Roberto envidió la capacidad del muchacho para olvidar los momentos traumáticos. Con Diego, todo se reducía al presente inmediato.

—Bueno, ya tienes tu señal. —Antía hizo un gesto hacia el restaurante, por cuyas ventanas ya empezaban a asomar las primeras llamas—. Y ahora ¿qué?

—Ahora vamos a buscar el dinero, por supuesto —respondió Roberto, con naturalidad.

—¿Para qué quieres ese dichoso dinero? —La mujer arrugó el ceño—. Solo ha traído problemas. Además, no sabemos dónde está.

—Es necesario para la siguiente parte de mi plan. —En aquel preciso instante, un par de ventanas del piso superior del restaurante explotaron lanzando una lluvia de cristales—. Y creo saber quién lo tiene ahora mismo. Vayámonos de aquí.

No se habían alejado ni quinientos metros cuando a su espalda retumbó una explosión colosal. Se giraron a tiempo de ver una inmensa bola de fuego que se expandía sobre el lugar que un rato antes había ocupado el negocio de Luis Docampo. Una lluvia de cascotes, tejas y ladrillos destrozados volaron en todas direcciones, por

suerte lejos de ellos. La mayoría cayeron en el mar, levantando pequeñas columnas de espuma, antes de que las olas los engullesen.

—¡Qué barbaridad! ¡Se tiene que haber oído al otro lado de la ría!

—Ya lo creo. Pero hemos dado aviso a toda la isla de que el reloj está corriendo. —Roberto miró el suyo, arrugó el ceño, lo sacudió y finalmente se volvió hacia Antía—. Con tanto trajín, el mío se ha estropeado. ¿Sabes qué hora es?

—Casi las nueve y media —respondió ella.

—No creo que tengamos mucho más de una hora o dos antes de que llegue la caballería. Venga, ya queda poco.

—¿Me quieres decir de una vez adónde vamos?

—Ya casi hemos llegado. —De repente se detuvo en medio del camino, alerta y con la cabeza ladeada—. ¡Rápido, detrás de esos árboles!

No cabía la menor duda.

Se oían los pasos de alguien que se acercaba.

44

Hagamos un trato

Se escondieron a toda prisa detrás de un macizo de achaparrados magnolios, cuyas ramas bajas se arrastraban por el suelo. Allí agazapados, esperaron un rato, en silencio, casi sin atreverse a respirar.

—¿Estás seguro de que viene alguien? —susurró Antía—. Yo no oigo nada...

—¡Chist, ahí llegan! —la interrumpió Roberto, en un bisbiseo.

Por el camino aparecieron dos figuras conocidas.

Álvaro Ibaibarriaga iba delante, con su escopeta de caza terciada en un hombro y sujetando las dos pesadas bolsas de lona con el dinero en sus manos. A su lado avanzaba Borja Pazos, dando tumbos. El muchacho se sujetaba el estómago con las manos y a cada zancada emitía un gemido de dolor. Estaba muy pálido y sobre su ropa se extendía una mancha de sangre que no paraba de crecer. Sin duda, una de las balas de los sicarios había alcanzado al joven farero.

—¡Venga, Borjita, que ya queda poco! —le urgió el hombre—. ¡Aguanta, joder!

—No..., no podré llegar hasta el faro —replicó el muchacho con voz fatigada, al borde del desmayo—. Me mareo. Necesito descansar.

—Ahora no podemos parar —le azuzó Ibaibarriaga, expeditivo como siempre—. Esos pistoleros pueden volver en cualquier momento. En cuanto lleguemos al faro, a salvo, te tiras a descansar. ¡Nadie nos podrá sacar de allí!

—Y Varatorta, ¿dónde se ha metido? —Pazos se mordió los labios —. ¿Por qué no está aquí, con nosotros?

—Eso me gustaría saber a mí —masculló furioso—. Ese cabrón nos ha dejado en la estacada cuando más le necesitábamos. En cuanto le tenga delante, se va a enterar.

Pero Pazos ya no le escuchaba. Se había quedado paralizado, en

medio del camino, con la mirada perdida sobre el hombro de su jefe.

—Álvaro, ahí delante —murmuró el muchacho, con apenas un hilo de voz—. Mira.

El farero, con una agilidad sorprendente para alguien de su tamaño, soltó las bolsas a la velocidad del rayo y empuñó la escopeta, dispuesto a abrir fuego. Pero, al ver lo que le indicaba su ayudante, se detuvo y una sonrisa de satisfacción inundó su rostro.

No era para menos. No se trataba de una amenaza, sino de la baqueteada furgoneta todoterreno del Servicio de Parques Nacionales —la misma que habían usado los Docampo para perseguir a Roberto —, que estaba aparcada en una cuneta, sin nadie en su interior.

—¡Por fin empiezan a salir las cosas bien, coño! —resopló—. ¿Ves? Nos ahorramos la caminata hasta el faro. Con esto llegaremos en un santiamén.

Los dos fareros caminaron hasta la *pick-up*. Desde su escondrijo, Roberto vio que Pazos iba dejando un reguero de gotas de sangre a su paso y que estaba muy pálido. Sin duda, la herida era más seria de lo que se había imaginado.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Antía, impotente, a su lado—. ¡Tienen el dinero! Si se van en la furgoneta, no podremos seguirlos. ¡Cuando lleguemos al faro ya se habrán atrincherado en su interior y será tarde para tu plan!

—No se irán a ningún lado, no te preocupes. —Roberto no apartaba la mirada de los fareros, que en aquel preciso instante estaban dejando las bolsas de lona con el dinero en la caja abierta trasera de la furgoneta.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso?

—Porque yo encontré la furgoneta antes que ellos, cuando iba hacia el cementerio —replicó al tiempo que sacaba de su bolsillo un fajo de llaves—. Y sin esto, no pueden hacer nada.

Mientras tanto, Pazos se había desplomado en el suelo, al límite de sus fuerzas. Apoyado contra una de las ruedas traseras de la furgoneta, el muchacho temblaba ligeramente, a punto de entrar en shock hipovolémico. Ibaibarriaga, que en ese momento daba la vuelta al vehículo, le vio y frunció el ceño.

—Venga, chaval —había una nota de preocupación en su voz—, que ya no queda nada. Déjame que te ayude, anda.

El farero se agachó y levantó a su ayudante en volandas con

facilidad, para introducirlo con delicadeza en el asiento del acompañante. Pazos lanzó un grito quedo de dolor cuando Ibaibarriaga se apoyó sobre él para abrochar su cinturón, y entonces perdió el conocimiento.

—Escúchame bien, Diego. —Roberto se volvió hacia el muchacho, que miraba aquel pequeño drama fascinado—. Necesito que hagas algo por mí. Algo muy importante, pero tienes que ser muy pero que muy valiente. ¿Puedo contar contigo?

—¿Es un trabajo de superhéroe? —preguntó muy serio.

—Claro que sí. —Roberto le apretó el hombro—. No se lo encargaría a ningún otro. ¿Estás preparado?

El chico vaciló un segundo, tragó saliva y por fin asintió, con un brillo de excitación en los ojos. Roberto se inclinó hacia él y le susurró unas cuantas instrucciones en el oído.

—¿Lo has entendido?

—¡Sí, claro que sí!

—Ve y ten cuidado de que no te descubran.

Pero Diego no le escuchaba. En un suspiro ya estaba deslizándose a través de la maleza con una facilidad pasmosa. Al cabo de dos segundos no había el menor rastro del muchacho, salvo un leve movimiento casi imperceptible de las hierbas altas. Si no se estaba mirando en aquella precisa dirección, era imposible saber que alguien estaba allí.

—Pero ¿qué haces? —Antía le miró, escandalizada—. ¿Cómo mandas a Diego? ¿Te has vuelto loco? ¡Es un chiquillo!

—Nadie sabe moverse mejor que él por esta isla sin ser visto —la tranquilizó Roberto—. No le pasará nada.

—¿Qué va a hacer?

—Nada peligroso, descuida —replicó él, mientras se ponía de pie —. Eso corre de mi cuenta.

—¡Agáchate! ¡Que te van a ver!

«Esa es la idea».

Salió al camino. Ibaibarriaga, que batallaba furioso en el puesto de conductor mientras buscaba en vano las llaves de la furgoneta, no advirtió su presencia.

Roberto dio unos pasos tranquilos, como si fuese un visitante estival de la isla disfrutando de las primeras luces de la mañana. Cuando estuvo a unos cinco metros de la furgoneta, el farero jefe

levantó la mirada y sus ojos se abrieron por la sorpresa.

—¡Tú! —exclamó—. ¿Qué coño haces aquí?

—¿Estabas buscando esto, Álvaro? —Roberto le mostró las llaves, sujetas entre los dedos de su mano buena—. Yo creo que sí.

El farero contempló el manojo de llaves con expresión confundida, que rápidamente mudó en otra de fría determinación. Álvaro Ibaibarriaga bajó con lentitud del vehículo y desde la cintura apuntó su escopeta hacia Roberto.

—Pues mira, resulta que tienes razón —dijo, con voz amenazadora—. Y más te vale que me las des ahora mismo o te pego un tiro y te dejo seco ahí mismo.

—¡Ah, ah! —Roberto negó con la cabeza y dio un paso a un lado —. Eso no sería una buena idea.

—Ya me dirás tú por qué no —musitó el hombre, con una media sonrisa—. Estás del lado malo de esta escopeta, por si no te has dado cuenta.

—Porque si me disparas, soltaré las llaves. —Roberto apuntó con la cabeza a la trampilla abierta de una fosa séptica que había justo a su lado—. Y a no ser que quieras pasarte las próximas horas buceando entre excrementos, no veo la forma de que puedas recuperarlas.

Los ojos del farero chispearon de furia y sus nudillos se tornaron blancos en torno al cañón del arma. Roberto se agachó y sujetó las llaves entre dos dedos justo sobre la boca de la alcantarilla. Él mismo la había dejado abierta horas antes, precisamente para aquel momento.

—A lo mejor no me da tiempo a soltar las llaves antes de que me mates —dijo, con más calma de la que sentía—, pero yo no me la jugaría. O al menos, no lo haría antes de escuchar lo que tengo que decir.

—Pues venga, habla —gruñó el farero—. Que no tengo todo el día.

—Primero deja de apuntarme con eso, que me da repelús — contestó Roberto—. Y ponla de nuevo en tu espalda.

—Y una mierda.

—Tú verás. —Roberto acercó las llaves todavía más a la fosa séptica.

—¡Vale, vale, espera! —bufó el hombre—. Tú ganas.

Con un resoplido, Ibaibarriaga bajó el arma y se la terció en el

hombro. Roberto esperó hasta tener la certeza de que el farero ya no era una amenaza inmediata.

—Antía, ven hasta aquí, por favor —dijo sin apartar la mirada de Ibaibarriaga.

Ella salió de la espesura y se acercó hasta ponerse a su lado. La mirada del farero saltaba del uno al otro, intentando establecer una conexión entre ambos.

—¿Y ella qué hace aquí?

—Viene conmigo. Con nosotros.

—¿Nosotros? ¿De qué hablas?

—Es muy sencillo —le explicó Roberto, con voz pausada—: Hay un montón de colombianos cabreados por esta isla, buscando el dinero que tienes cargado en la parte de atrás de esa furgoneta. Harán lo que sea para recuperarlo. Matar, si es necesario.

—Dime algo que no sepa.

—Las autoridades están a punto de llegar. —Señaló con las llaves la columna de humo negro que ya se alzaba a decenas de metros de altura, contra el cielo azul—. Y no creo que tarden demasiado, pero mientras tanto necesitamos un refugio seguro para evitar encuentros inesperados. Y no se me ocurre mejor lugar que vuestro faro.

Ibaibarriaga entornó los ojos, receloso.

—A ver si te he entendido bien. ¿Me ofreces las llaves de la furgoneta a cambio de que os deje entrar en el faro?

—Eso es.

—¿Y por qué iba a hacer yo algo así?

—Porque si no lo haces, os atraparán a medio camino. —Roberto se encogió de hombros—. No te dará tiempo a llegar al faro. Vas cargado con el dinero y tu compañero está inconsciente. Ellos son más, mejor entrenados, y ahora que no tenéis el factor sorpresa no sois rivales para unos sicarios profesionales. Por eso.

Ibaibarriaga se retorció, furioso. Se podía ver que el hombre estaba valorando en su cabeza todo lo que acababa de oír. Roberto no le quitaba ojo, intentando no delatar lo que realmente estaba observando con un nudo en el estómago.

«Por lo que más quieras, no te gires. Mírame a mí, habla conmigo, pero no te gires».

Con el rabillo del ojo podía ver cómo Diego había salido de entre la maleza y estaba justo detrás de la furgoneta, silencioso como una

serpiente.

Todo dependía de él.

Sus instrucciones habían sido bastante precisas, pero con aquel condenado crío nunca se sabía lo que podía pasar. No obstante, Diego parecía haberlo comprendido a la perfección, porque lo estaba llevando a cabo de forma impecable. El muchacho sudaba por el esfuerzo, sin hacer el más mínimo ruido, mientras se entregaba de forma laboriosa a su faena.

«Necesita más tiempo. Hazle hablar».

—Me mentiste en el faro —dijo Roberto—. Me encerraste en aquella habitación.

—Tú también me mentiste —contestó Ibaibarriaga—. Hay más de tres millones en esas bolsas.

—Supongo que estamos empatados, entonces.

—No voy a pedirte perdón, si es eso lo que estás esperando.

—No se trata de eso. Han sucedido muchas cosas desde entonces.

—Ya me imagino. —Ibaibarriaga arqueó una ceja—. Estás hecho una mierda, Lobeira. ¿Qué te ha pasado?

—Me caí por un acantilado.

Ibaibarriaga rio, con una risa queda.

—¿Qué, seguimos con las mentiras? Si te hubieras llegado a caer, ahora serías comida de peces.

—Puede que no les guste mi sabor. —Roberto vio cómo Diego le daba los últimos retoques a su tarea—. Entonces... ¿qué me dices?

—El dinero es mío —dijo al fin Ibaibarriaga—. Todo. No pienso repartirlo.

—No queremos ni un céntimo de ese dinero, no te preocupes —le contestó Roberto, con aplomo—. Lo único que buscamos es seguridad.

—Tú y la Freire. —El farero jefe les lanzó una mirada penetrante —. ¿Estáis encamados o qué?

—Otro que tal baila —replicó Roberto, cortante—. ¿Tenemos trato o no?

Ibaibarriaga meditó durante el lapso de tres latidos, antes de regalarles una sonrisa llena de dientes blancos.

—Claro que sí. Pero sin rencores, ¿vale? Sé que tú y yo no nos hemos llevado precisamente bien.

—Sin rencores —asintió Roberto—. Todo olvidado. Lo único que queremos es salir de aquí antes de que lleguen esos sicarios.

—Pues entonces, vámonos. —Ibaibarriaga señaló la furgoneta por encima de su hombro—. Tú conduces y yo voy detrás con la señorita y con el dinero. No quiero cosas raras.

—Él también viene. —Roberto señaló a Diego, que acababa de aparecer a su espalda, con gesto tímido, como si hubiese estado escondido allí todo el rato.

—¿Otro más? —resopló Ibaibarriaga—. Pero ¿a cuánta gente quieres meter en mi faro?

—Solo nosotros tres. ¿Nos vamos o qué?

El farero, por fin, asintió con la cabeza y se volvió hacia la furgoneta. Roberto se incorporó, con las llaves firmemente sujetas en el puño e intentando que no se notase el temblor que le sacudía las piernas.

Tres minutos más tarde, al volante de la *pick-up*, Roberto conducía a toda velocidad por la carretera que llevaba al faro, con Borja Pazos inconsciente a su lado e Ibaibarriaga en la caja trasera, sentado sobre las bolsas repletas de dinero, sin apartar la mirada de Diego y Antía Freire.

Se permitió una sonrisa. El plan iba, nunca mejor dicho, sobre ruedas.

Pero todavía faltaba la parte más difícil.

Y si salía mal, las consecuencias serían desastrosas.

45

Siempre hay otra salida

Cuando llegaron a la explanada que se abría frente al faro, la columna de humo ya se alzaba a más de cien metros de altura, trazando una gruesa línea oscura contra el cielo claro de la mañana. El reflector en lo alto de la torre reflejaba la luz del sol con un destello cegador y en el aire flotaba una sensación de quietud absoluta, que quedó rota cuando el todoterreno se detuvo en un costado del edificio con un chirrido de frenos.

—¡Meted a Borja dentro! —Ibaibarriaga saltó de la caja trasera de la furgoneta casi antes de que esta estuviese detenida—. ¡Yo abriré la puerta!

El farero se alejó corriendo con las dos bolsas del dinero bien sujetas en las manos. No las había perdido de vista ni por un segundo en todo el trayecto y no pensaba hacerlo una vez que estuviesen a salvo.

—Están claras cuáles son sus prioridades —le susurró Antía a Roberto mientras se esforzaban por extraer el cuerpo exánime de Borja Pazos.

—Vive obsesionado con ese dinero. —Roberto pasó un brazo del muchacho sobre su hombro sano—. Como todo el mundo en esta isla. Pero eso es bueno.

—¿Por qué?

—Porque le hace perder perspectiva. No ver el escenario completo. Es importante que siga así.

—Tú y tu plan —suspiró ella, mientras se echaban a andar hacia la puerta con el chico colgado entre ellos.

—De momento está funcionando, ¿no?

Roberto se mordió un carrillo, tratando de aguantar el dolor. Cargar con un adulto inconsciente de tamaño medio es algo parecido a llevar un saco de cemento. Hacerlo con una rodilla destrozada y varias

costillas rotas, toda una tortura, como estaba descubriendo por cuenta propia.

Cuando por fin entraron en el vestíbulo recubierto de azulejos, Ibaibarriaga los condujo hasta una de las habitaciones de la planta baja. Era un cuarto pequeño, con pósteres de grupos musicales en las paredes y un viejo tocadiscos de aspecto anticuado en una esquina, al lado de un ordenador amarillento.

—Colocadle encima de su cama —indicó—. Eso tiene mala pinta.

—Yo me encargaré de él —dijo Antía—. ¿Tenéis un botiquín?

—Tenemos un kit de emergencias en el salón. Voy a por él. Tú, Diego, ven conmigo.

Ibaibarriaga se fue en busca del botiquín, acompañado del muchacho. Antía y Roberto, por fin a solas, se miraron y ambos exhalaron un suspiro de alivio. Estaban caminando por un alambre muy fino.

—Estás como una cabra, ¿lo sabías? —dijo ella, por fin—. Esa manera de salir al descubierto, frente a Ibaibarriaga...

—Bueno, en las últimas cuarenta y ocho horas me han pegado una paliza, casi me caigo de un faro, me han disparado, tirado dentro de una *furna*, un psicópata me ha atado a una mesa —enumeró él, como quien recita la alineación de su equipo favorito—. He tenido que cruzar un canal de noche y en medio de una tormenta...

—Vale, vale, ya lo pillo —rio ella—. Es otro día rutinario en Ons para ti.

—Más o menos. —Fue su turno de reírse, pero se interrumpió atravesado por una punzada dolorosa en las costillas—. Podrías haberme avisado de todo esto cuando llegué. Hubiese sido todo un detalle.

—Eh, te dije que no te acercases a los acantilados de noche. —Antía se encogió de hombros—. No es culpa mía que no me hagas caso.

—*Touché* —reconoció él, inclinando la cabeza.

Guardaron silencio, disfrutando de aquel pequeño instante de paz. De la extraña sensación de calma que brotaba entre los dos.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—En un rato los colombianos estarán aquí —contestó Roberto, con un nuevo gesto de dolor—. Y tendremos que jugar la última mano de la partida.

—¿Cómo sabes que vendrán?

—Vieron cómo Ibaibarriaga se llevaba las bolsas consigo. Y a estas alturas, ese tipo de ojos claros...

—Salazar —le interrumpió Antía, con un escalofrío—. Se llama Osvaldo Salazar.

—Pues ese Salazar ya les debe de haber sonsacado a Tristán y a tu hermana la identidad de quienes les dispararon —acabó su explicación—. Como no hay otro faro en toda la isla, es lógico que los tengamos aquí en pocos minutos.

—Pareces muy tranquilo —le dijo ella, con una sonrisa cansada —. Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Desde que llegué a este sitio he ido todo el rato por detrás de los acontecimientos. —Roberto se encogió de hombros—. Ir por delante de ellos es bueno, para variar.

—Y Varatorta, ¿dónde está?

—Esa es una gran pregunta —admitió él—. Es el único cabo suelto que tengo ahora mismo. Por cierto, ¿dónde estará su habitación?

—No puede estar lejos. Echemos un vistazo.

Salieron al pasillo y solo tuvieron que caminar un par de metros antes de encontrar el cuarto del último farero. A diferencia de los de Pazos e Ibaibarriaga, era un lugar aséptico, casi por completo carente de decoración. Una mesa con una silla, una cama con una colcha de un apagado color gris y un armario que tan solo contenía mudas de ropa. No había allí nada que indicase los gustos de su propietario o sus aficiones. Resultaba tan espartano como la celda de un monje.

—Este sitio da escalofríos —murmuró Antía—. Es como asomarse a... nada.

—Su auténtico cuarto de juegos estaba en otra parte. —Roberto apretó los puños al recordar la espantosa cueva en la que se había despertado atado a una mesa—. Esto es lo único que quería que viesen los demás.

Oyeron unos pasos que se acercaban por el pasillo y salieron a toda prisa de la habitación. Casi se dan de bruces con Diego, que cargaba con un pesado botiquín con el rótulo de Puertos del Estado estarcido en su tapa de cuero.

—Gracias, Diego. —Antía cogió el kit médico—. Veré qué puedo hacer.

—¿Podrás ayudar al chico con eso? —Roberto lo dudaba mucho.

—En la isla no hay médico. —Antía negó con la cabeza—. Tengo unos cuantos cursos de primeros auxilios, para salir del paso, pero eso es todo. Tiene una bala en el estómago.

No añadió nada más. No hacía falta.

«Si no se le llevan a tierra pronto, va a morir. Los dos lo sabemos».

—¿Dónde está Ibaibarriaga? —le preguntó Roberto a Diego.

—Está colocando planchas de madera en todas las ventanas de la planta baja —contestó el muchacho, haciendo aspavientos—. Son unas planchas enoooormes. No sé cómo puede con ellas.

—Quédate con Antía. Voy a echarle una mano.

Roberto cojeó por el pasillo de altos techos de teca, siguiendo el ruido, hasta llegar a la cocina. Allí se encontró a Ibaibarriaga, levantando unos tablones de madera maciza que se encajaban en unos pernos situados en las esquinas de las ventanas.

Diego tenía razón. Cada una de aquellas planchas debía de pesar una barbaridad, pero el farero las alzaba con relativa facilidad. Sus brazos peludos se tensaron con el esfuerzo y se cubrieron de venas hinchadas cuando por fin consiguió colocar una en su sitio con un chasquido.

—Esto ya está —dijo con satisfacción, mientras se secaba el sudor de la calva—. Son protecciones contra huracanes. A ver si hay cojones a echarlas abajo.

—¿Has cubierto todas las ventanas?

—Hasta la última de ellas —replicó el farero, con su colorido acento—. Y la puerta es de madera maciza. Esa no la tumba ni Dios.

—¿No te preocupa que nos quedemos encerrados? —Roberto miró con desconfianza la pesada lámina de madera—. ¿Qué pasa si tenemos que abandonar el faro?

—A ver, ¿tanta hostia para buscar refugio y ahora piensas en cómo salir? —Ibaibarriaga le miró desconcertado, antes de añadir, enigmático—: Además, por eso no te preocupes. Siempre hay otra salida.

—¿Sabes dónde puede estar Varatorta? —Intentó que no se notase la ansiedad en su voz.

—No tengo ni idea —gruñó el hombretón—. Es un tipo muy peculiar, que siempre va a su aire. Entra y sale del faro como un gato.

¿Por qué?

—Nos vendría bien aquí, eso es todo —mintió.

—Se va a enterar cuando aparezca. No sabe lo que le espera.

«Ni te lo imaginas».

—Habría que subir a lo alto del faro, para vigilar. —Roberto, mareado, se tuvo que apoyar en la mesa para no caer redondo. Todos los indicadores de su cuerpo estaban en rojo, pidiendo socorro—. Los colombianos tienen que estar a punto de llegar.

—Esa es una buena idea —asintió el farero—. Vente conmigo.

—¿No puedes ir solo? Preferiría no tener que subir todas esas escaleras.

—Ni hablar. Quiero a uno de vosotros tres conmigo en todo momento.

Roberto soltó un reniego, pero se levantó con esfuerzo.

«Solo tienes que aguantar un poco más. Ya no queda nada».

Subir la estrecha escalera de caracol hasta llegar al nivel intermedio en el que estaba el telescopio de vigilancia les llevó más de cinco minutos de agonía. Cada escalón era una cima por conquistar, cada movimiento de su rodilla destrozada provocaba un espectáculo de fuegos pirotécnicos de dolor. Finalmente Ibaibarriaga se apiadó de él y le pasó un brazo alrededor de la cintura para ayudarle a superar el último tramo.

Cuando pasaron al lado del estrecho ventanuco por el que se había colado Diego en su rescate, Roberto sintió un escalofrío al recordar el descenso suicida por la fachada del edificio.

—Me tienes que contar cómo hiciste para salir de aquí —dijo Ibaibarriaga, como si le hubiese leído la mente—. Le llevo dando vueltas desde el otro día.

—Tú... tú mismo lo has dicho —jadeó Roberto—. Siempre hay... hay otra salida, ¿no es cierto?

El farero soltó un resoplido de frustración, pero no añadió nada más. Los duelos dialécticos no eran lo suyo.

Cuando alcanzaron el rellano bajo la inmensa linterna del faro, Roberto estaba empapado en sudor. Sobre sus cabezas se oía el rumor monocorde del foco girando sin cesar sobre sus rodamientos empapados de mercurio líquido. Ibaibarriaga abrió la puerta y tiró de ella. A diferencia de la última vez, solo se coló una suave brisa de aire frío y cargado de humedad.

Roberto se adelantó al farero y apoyó un ojo en el telescopio.

—¿Qué? —preguntó este, impaciente—. ¿Ves algo?

—Aún no —contestó Roberto, ocupado en enfocar las ópticas—. Espera un segundo... ¡ah! ¡Ahí están!

A través del aparato podía ver al grupo de los cuatro sicarios encabezados por Salazar, que subían por el camino de cemento a buen paso, hacia el faro. Uno de ellos, herido en un hombro, renqueaba un poco y cerraba el grupo, escoltando a Helena Freire y a Tristán Docampo, que tenían un aire abatido. Observó que otro de los sicarios, el tipo achaparrado con brazos como jamones, llevaba en sus manos el MP-40 que había visto la última vez en casa de los Freire.

Esa no era una buena noticia.

—A ver, déjame a mí. —Ibaibarriaga le apartó de un empujón y pegó el ojo a la mira telescópica antes de soltar un reniego.

—En quince minutos los tendremos aquí —observó Roberto.

—Ellos tampoco tienen mucho tiempo, gracias a ese incendio del pueblo. —Le miró con los ojos entrecerrados—. ¿Tienes algo que ver con eso, por cierto?

—Yo no he sido, te lo juro —replicó Roberto con aire inocente, diciendo una verdad a medias—. Quizá fue fortuito.

—Fortuito mis cojones.

—¿Nos ponemos a debatir sobre incendios o atendemos a las cosas más urgentes?

—No hay urgencia alguna, dejaremos que se estrellen contra los muros del faro hasta que se aburran o les entre la prisa por irse —concluyó Ibaibarriaga, con una sonrisa satisfecha, mientras cerraba de nuevo a conciencia el portón metálico de la torre—. No podrán entrar. Este sitio es como una fortaleza.

Bajaron las escaleras, de vuelta a la cocina. Allí los esperaban Antía y Diego, sentados a la mesa mientras devoraban unas latas de conserva, salidas de las surtidas despensas del faro.

Roberto sintió que le rugían las tripas. Llevaba horas sin comer nada, como la última vez que había estado allí. Con unos modales que habrían espantado a su madre, cogió una de aquellas latas de sardinas en aceite y empezó a engullirlas a toda velocidad. Diego bostezó y se acurrucó en uno de los bancos, como un cachorro agotado. No tardó ni un minuto en empezar a roncar suavemente.

—Comed lo que os apetezca, estáis invitados —dijo Ibaibarriaga

de mal humor.

Roberto estaba a punto de replicarle con otra agudeza, cuando de repente oyeron un golpe seguido de un sonido rasposo. Para su asombro, uno de los aparadores de la cocina, lleno de vajilla, empezó a temblar y, como por arte de magia, se deslizó a un costado.

Detrás del mueble quedó a la vista un estrecho hueco, de donde arrancaban unas escaleras de piedra que descendían hasta perderse en la oscuridad.

Y desde el vano de la puerta oculta y recién abierta, con la ropa revuelta y una mochila a la espalda, Varatorta los miraba con una expresión indescifrable en la cara.

46

Una verdad difícil de digerir

La mirada de Varatorta saltó de Ibaibarriaga a Antía, de ahí a Diego y por último, a Roberto. Un fugaz momento de sorpresa y desconcierto agrietó su fachada durante el lapso de un parpadeo cuando vio al escritor sentado a la mesa de la cocina, pero casi de inmediato asomó a sus labios una sonrisa de satisfacción.

De emoción contenida.

—Pero *mecagüendiós*, Varatorta —explotó Ibaibarriaga nada más verle—. ¿Se puede saber dónde te habías metido?

El aludido tardó en responder, con la mirada fija en Roberto. Por algún motivo, parecía encantado con la presencia de este en el faro, en vez de estar preocupado por que le delatase. Varatorta le dedicó una sonrisa radiante, y, muy despacio, le guiñó un ojo, en un gesto de íntima complicidad.

—Vengo de la playa, como me dijiste —contestó por fin, con su voz suave.

—¿Y esa puerta? —Antía no pudo contenerse—. ¿Tenéis un pasadizo secreto? ¿Adónde lleva?

—Va a dar a la vieja leñera, fuera del faro. —La voz de Ibaibarriaga era un rumor sordo.

—¿Qué hacías en la playa? —interrumpió Roberto, conteniendo el temblor de su voz.

—Tenía que comprobar la retaguardia de los colombianos y el punto de atraque de la planeadora antes de volver con nosotros —le aclaró el farero jefe—. Lo que no entiendo es por qué tardaste tanto. ¿Te encontraste a alguien?

—No, allí no había nadie, Álvaro. —Varatorta se quitó su impermeable y se sentó a la mesa, con toda la calma—. Tan solo una planeadora desierta varada en la orilla, nada más.

—Y entonces ¿por qué leches no estabas con nosotros para

ayudarnos en el cementerio? —gruñó Ibaibarriaga, enfadado—. ¡Le han disparado a Borja! Si hubieses estado allí, las cosas podrían haber sido distintas.

—Cuando empezó todo, todavía estaba en la playa. —Varatorta se encogió de hombros—. Y luego tuve que dar un rodeo para llegar hasta la puerta secreta de la leñera. No podía subir por el camino, con toda esa gente armada viniendo hacia aquí.

—Ya hablaremos más tarde —resopló Ibaibarriaga, todavía molesto—. Ahora, prepárate. Están a punto de llegar.

—Me encantan las visitas. —Varatorta estiró sus cuidadas manos sobre la mesa, justo enfrente de Roberto—. Sobre todo cuando son inesperadas.

—Te juro por Dios que hay veces que no te entiendo —se exasperó el vasco—. Voy a subir a la torre para comprobar dónde están. Tú no les quites un ojo de encima a nuestros invitados. Volveré en un minuto.

Ibaibarriaga salió de la cocina, dejándolos en silencio. La chimenea de la esquina crepitaba, lanzando ondas de calor, y un decorado reloj de péndulo emitía un tictac pausado, como si estuviese conteniendo la respiración.

—Ha sido una sorpresa encontrarle a usted aquí —musitó Varatorta, arrellanándose en la silla—. Pensaba que aún estaría esperándome en... el mismo lugar de nuestro último encuentro.

—En tu cueva secreta, quieres decir. —Tuvo la satisfacción de ver un brillo de temor en la mirada de Varatorta y añadió—: Puedes hablar con total franqueza. Ella lo sabe todo.

—¿Todo... *todo*?

—Me he guardado algunos detalles. No quiero arruinarle la sorpresa.

Varatorta emitió un ruido de emoción, como si acabase de abrir un regalo de Navidad que llevaba esperando mucho tiempo.

—¿Lo dice en serio?

—Por completo.

Varatorta miró a Antía, que le observaba con expresión demudada. El hombre le dedicó otra de aquellas muecas que hacía pasar por sonrisas.

—Es todo un detalle por su parte haberla traído hasta aquí. —Señaló con la cabeza hacia el cuerpo dormido de Diego—. Y a él

también. En el fondo sabía que al final comprendería.

—¿De qué está hablando, Roberto? —Antía le apretó una mano, asustada—. ¿De qué habla?

Roberto no le contestó, con toda su atención puesta en el hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa, evaluándolo.

«Cuidado. Mucho cuidado».

—¿De artista a artista? —preguntó, por fin, masticando con cautela las palabras.

—De artista a artista —replicó el otro, con expresión soñadora—. ¡Oh, lo sabía! ¡Sabía que debería haber hablado con usted mucho antes, cuando todavía nos sobraba tiempo! ¡Quién puede imaginar la calidad del trabajo que podríamos haber llegado a hacer! Pero ahora...

—Ahora está a punto de bajar el telón. —Roberto miró su reloj parado, suspiró y le volvió a clavar la mirada—. No debemos de tener mucho más de media hora antes de que lleguen las autoridades.

—Lo sé.

Entonces Varatorta exhibió una sonrisa triste, se metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de dientes de oro, todavía manchados de sangre, que dejó rodar sobre la mesa. Roberto cogió uno, con una mezcla de asco y pavor.

—Lo cierto es que me retrasé porque encontré a alguien en la playa, al lado de la planeadora —dijo, compartiendo un secreto—. Tenía la boca llena de estas cosas. No me gustaba cómo le quedaban, así que cuando le corté la cabeza, se las quité.

Roberto reprimió un escalofrío y se obligó a esbozar una sonrisa. Nunca le había dolido tanto hacer un gesto.

—Muy oportuno.

Fue todo lo que alcanzó a decir. Apretó el diente de oro en la palma de su mano hasta hacerse daño, mientras Varatorta recogía el resto y se los volvía a meter en el bolsillo. El farero desprendía, en medio de su locura, una calma serena, como el kamikaze que está a punto de emprender su vuelo final.

—Tengo algo más —añadió Varatorta, como si tal cosa—. Un pequeño detalle para usted, señor Lobeira. Como muestra de mi admiración y amistad.

Roberto le miró desconcertado, hasta que se fijó en que el hombre hacía un gesto hacia la mochila que reposaba a sus pies, al lado de la mesa. El farero empujó hacia él la bolsa con la puntera de

su bota, que se deslizó lentamente con un siseo sordo.

—¿Qué es esto? —preguntó, desconfiado.

—Si la abre, lo sabrá.

Ambos se miraron sobre la mesa, sin parpadear, durante un rato prolongado, como dos luchadores calibrando a su oponente. El silencio en la cocina era tan denso que el aire parecía haber adquirido una consistencia espesa y enrarecida. En los ojos de Varatorta chispeaba la anticipación y algo que solo podía ser alborozo, con la misma expresión ansiosa de quien acaba de entregar el mejor regalo de cumpleaños del mundo y está a punto de ver cómo lo abren. Roberto, por su parte, luchaba por mantener en su rostro una expresión pétrea que no trasluciese la pesada agonía que le inundaba.

No tenía la menor idea de qué había en el interior de aquella bolsa, pero de algo estaba totalmente seguro.

Fuera lo que fuese, no le iba a gustar.

Parpadeó un par de veces y respiró hondo hasta notar el pinchazo de las costillas rotas. El dolor, más que otra cosa, le sirvió para despejar la mente. Entonces se inclinó con esfuerzo, sujetó las trabillas de la mochila y, sin pensárselo demasiado, la abrió.

Tal y como había imaginado, aquel presente estaba a la altura de su interlocutor y tuvo que reprimir una arcada. Antía se asomó sobre su hombro y se le escapó un grito de horror.

Desde el interior de la bolsa, la cabeza de Luis Docampo le miraba con ojos sin vida, con la boca entreabierta y la lengua inflamada y de color azulado asomando entre sus dientes manchados de nicotina.

—Si le soy sincero, señor Lobeira, ni siquiera había pensado en él para mi obra —se explicó Varatorta, con una risita—. Un tipo demasiado basto y sin brillo, ya me entiende. Pero cuando venía hacia aquí me lo tropecé en el camino, dando tumbos.

«Porque le acababa de sacudir en la cabeza con todas mis fuerzas, por eso».

—Entonces recordé que fue él quien le arrojó al interior de esa *furna*. —Varatorta negó con la cabeza, con el aspecto de un maestro contrariado—. Eso no estuvo bien, no, señor. Por eso pensé que...

—Que me gustaría que te encargases de él —terminó Roberto la frase—. Otro regalo, como la cabeza de conejo.

—¡Eso es! —El farero palmeó la mesa, entusiasmado—. ¿Ve cómo

nos entendemos? Me di cuenta de que atarle en mi refugio quizá fue algo excesivo y le habría resultado molesto, así que...

Roberto no contestó y se limitó a cerrar la mochila, pensativo. Varatorta seguía intentando congraciarse con él y, en su visión deformada de la realidad, aquel regalo era la mejor ofrenda de paz posible. El farero no sabía que había acabado con la otra única persona de la isla que tenía las manos manchadas de sangre: con el asesino de Víctor Pampín.

El percebeiro furtivo había sido vengado, pero de qué manera.

—¿Y su cuerpo? —Le tembló la voz—. ¿También está...?

—Qué va. —Varatorta hizo un gesto displicente con la mano—. Es comida para los peces, como el tipo de la playa. Eran productos de poca categoría, material de segunda, nada que ver con lo que viene ahora.

—¿Ahora?

—¡Por supuesto! Voy a saludar a mi viejo compañero Borja Pazos. —Se levantó y le guiñó de nuevo el ojo, justo antes de dedicar una larga mirada evaluativa a Antía que a ella le puso los pelos de punta—. Y más tarde hablaremos de cómo emplearemos el tiempo que nos queda.

—Pues claro. —La sonrisa de Roberto era cada vez más tensa.

—Ah, por cierto, al final de ese túnel hay una puerta que comunica con el exterior. —Señaló hacia el lugar por el que había entrado—. Pero está hecha de acero de diez centímetros de grosor y solo yo tengo la llave. Lo comento por si nuestra amiga siente deseos de abandonar antes de tiempo nuestra compañía.

Para asegurarse, Varatorta insertó la llave en una junta de la encimera y le dio un golpe seco a la parte que sobresalía. La barrita de metal se partió por la mitad y el farero recogió los pedazos con una sonrisa.

—Nadie abrirá esa puerta. Sea como sea, esto acaba aquí.

Tras decir esto, salió de la cocina, rumbo al dormitorio de Borja Pazos. En cuanto sus pasos se perdieron por el pasillo, Roberto soltó un gemido y se apoyó en la mesa, temblando.

—¿Me quieres explicar de qué iba todo esto? —le espetó Antía, angustiada—. ¿Forma parte de tu plan?

—No —negó con la cabeza—. Para nada. Simplemente estoy ganando tiempo.

—¿Y por eso le sigues la corriente a un psicópata? ¡Ha acabado con dos personas más y estaba hablando de matarme, como si tal cosa!

—No tenemos demasiadas alternativas —replicó Roberto, secándose el sudor—. Estamos encerrados en un fortín, sin ningún tipo de salida, con un farero de ciento veinte kilos obsesionado por hacerse rico y con un asesino en serie convencido de que apenas le queda tiempo para acabar su obra.

—¿Y qué vamos a hacer?

La respuesta de Roberto la dejó helada.

—Sinceramente, no tengo ni idea. —Suspiró—. Con Varatorta aquí, todo mi plan cambia por completo. A no ser que...

—¿Qué?

Pero Roberto no respondió. Su mirada estaba anclada en la pared, con la mente bullendo de forma febril. En ese momento se oyeron los pesados pasos de Ibaibarriaga acercándose por el pasillo. El farero entró en la cocina en tromba.

—Ya casi están aquí —dijo, con la calva brillante de sudor. Luego arrugó el ceño—. ¿Dónde está Varatorta?

—Ha ido a ver a Borja —le dijo Roberto, recuperando la calma—. Álvaro, tenemos que hablar. Varatorta nos ha mentido.

47

«No es lo que parece»

—Pero ¿qué hostias dices?

—Que nos ha mentido —repitió Roberto, paciente—. Varatorta tiene un secreto.

—Todos tenemos secretos —rezongó Ibaibarriaga—. ¿A qué viene eso ahora?

—A que este secreto puede costarnos a todos la vida.

—Explícate.

—Su retraso en llegar hasta aquí no tiene nada que ver con lo que nos ha contado. Me he dado cuenta en cuanto ha dicho que no había nadie más en la playa.

—Eso es una gilipollez —negó con la cabeza, pero unas arrugas aparecieron en su frente—. Es de los míos. Jamás me mentiría.

—Piénsalo bien —insistió Roberto—. ¿Crees que esos colombianos podrían haber llegado hasta la isla en una planeadora por su cuenta, sin la ayuda de nadie? ¿En medio de esta tormenta? Las aguas que rodean a la isla son peligrosas sin un patrón que las conozca a fondo, sobre todo con estas condiciones de mar. ¿En serio crees que han venido solos?

Las arrugas de la frente de Ibaibarriaga se hicieron aún más profundas.

—Es verdad —murmuró, más para sí que para Roberto—. Pero... ¿por qué me iba a mentir?

—¿Es que no es evidente? Creo que tiene un plan. —Roberto apretó un poco más—. Sospecho que en cuanto vio llegar a esos colombianos se apresuró a alcanzar un acuerdo con ellos para repartirse el dinero. *Tu* dinero. En cuanto lleguen aquí, les abrirá las puertas del faro y entonces estaremos jodidos. Nos matarán a todos. Esa gente no deja testigos.

—Pero no puede ser. —El farero meneó la cabeza, todavía

incrédulo—. Es uno de los míos. Llevo tres años viviendo con él, bajo este mismo techo. Le conozco...

—¿En serio? —remachó Roberto—. ¿Cuánto le conoces de verdad? ¿Sabes algo de él, además de lo que hace todos los días en el faro? ¿Sus aficiones, sus gustos, su pasado? No tienes ni idea de a qué se dedica, ni cuáles son sus ambiciones. No sabes qué es lo que pasa por su cabeza, ni ahora ni nunca. Lo cierto es que no sabes casi nada de Varatorta, aparte de lo que haya querido enseñarte...

La sombra de la duda, una duda horrible y atenazante, se aferró en el corazón de Ibaibarriaga. Su rostro pasó de la duda a la confusión y de ahí, en rápida sucesión, a la ira.

—Por lo que yo sé, podría estar abriendo la puerta del faro ahora mismo —deslizó Roberto, casi en un susurro—. Tal y como sospecho que ha acordado con los colombianos. ¿Por qué crees que ha tardado tanto en volver al faro? Varatorta no es lo que parece. Tienes que hacer algo, Álvaro, o tu dinero se esfumará. Para siempre.

Se hizo un silencio espeso como la jalea. Un tronco explotó con un chasquido en la chimenea, puntuando la tensión.

El farero jefe descargó un puñetazo sobre la mesa que hizo temblar todos los platos repartidos sobre ella. Poseído de una furia homicida, se levantó de un salto y salió a la carrera de la cocina, en pos de Varatorta.

—Vamos a aclarar este asunto de una vez por todas —rugió, iracundo—. Y como sea otra mentira de las tuyas, os pongo de patitas en la calle para que se lo expliquéis a los colombianos.

—¡Deprisa! —urgió Roberto a Antía—. ¡Detrás de él!

Ibaibarriaga recorrió toda la extensión del pasillo a una velocidad sorprendente para un hombre de su tamaño. Cuando llegó a la puerta de la habitación donde reposaba Pazos se detuvo en seco en el umbral, sacudido por la sorpresa.

Sentado a los pies de la cama, al lado del cuerpo inconsciente de Borja Pazos, Varatorta había desenrollado un paquete repleto de afiladísimos cuchillos de distinto tamaño, una pequeña sierra y un puñado de largos clavos de bronce. El hombre levantó la mirada, sorprendido, al verse interrumpido en medio de lo que estaba haciendo. La mirada de Ibaibarriaga saltó del escalofriante instrumental de Varatorta a su rostro, teñido de contrariedad.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ibaibarriaga, confundido—.

¿Qué es todo eso?

Por toda respuesta, Varatorta le dedicó otra de aquellas extrañas sonrisas y bajó la mirada hacia los cuchillos que tenía repartidos sobre el colchón. Entonces, con la rapidez de un rayo, cogió uno de ellos y se abalanzó de un salto hacia Ibaibarriaga.

Si hubiese sido cualquier otro, aquel ataque feroz habría sido letal, pero el vasco era demasiado grande y demasiado fuerte como para caer a las primeras de cambio. Cuando Varatorta chocó contra él, le envolvió entre sus enormes brazos y ambos giraron como una peonza dentro del escaso espacio de la habitación. Chocaron contra la mesa de la esquina, y el tocadiscos y el ordenador salieron volando por los aires, mientras los dos hombres soltaban gruñidos y puñetazos ciegos, enzarzados en una lucha a muerte.

Varatorta le dio un codazo en la nariz a Ibaibarriaga, que lanzó un aullido de dolor, cuando, con el tabique partido, empezó a manar sangre de ella. Con un rugido, le devolvió la gentileza con un cabezazo brutal que acertó justo en medio de la frente de su rival. Sonó un crujido acuoso y Varatorta se tambaleó hacia atrás, con la mirada perdida. Ibaibarriaga aprovechó aquel momento para hacer presa con ambas manos en el cuello del asesino y comenzó a apretar con todas sus fuerzas. Ambos cayeron al suelo, pataleando, pero el farero no aflojó la presión de sus manos.

Desde el suelo, Varatorta lanzaba zarpazos cada vez más débiles a medida que se iba quedando sin aire. Sus ojos desorbitados giraban sin cesar y, por un segundo, se quedaron enfocados en las figuras de Roberto y Antía, que contemplaban la lucha desde el umbral de la puerta. Estiró una de sus manos hacia ellos, en un postrero gesto de petición de ayuda.

Antía hizo amago de entrar en la habitación, pero Roberto la retuvo.

—No —musitó—. Es el final que se merece.

—Pero...

—Déjale.

En la mirada de Varatorta, cada vez más turbia, brilló un último destello de comprensión y rabia, antes de apagarse por completo cuando Ibaibarriaga redobló su presión y sonó un chasquido apagado en su garganta. Sus piernas patalearon un par de segundos y, por fin, se quedó inmóvil para siempre.

Por un instante se hizo un silencio absoluto en la habitación, un segundo congelado en el tiempo.

—Maldito... maldito cabrón. —Ibaibarriaga resoplaba como una locomotora, apoyándose en la cama para ponerse en pie—. Ha... ha querido matarme. ¡Lo habéis visto! ¡Ay, joder!

El hombretón se dobló sobre sí mismo, atravesado por el dolor. Su mirada se detuvo en el mango del cuchillo de Varatorta, que asomaba clavado en su ingle. Una mancha de sangre, de color rojo brillante, se iba haciendo cada vez más grande a su alrededor.

—Mierda —murmuró con voz pastosa—. Ahora sí que estoy jodido.

Y justo en ese momento, dos disparos resonaron en el exterior, en la explanada que rodeaba el faro.

Era una señal.

Una amenaza.

Osvaldo Salazar y sus hombres habían llegado, buscando venganza.

48

Justo a tiempo

Hay personas que pierden los papeles cuando se enfadan.

Esas personas permiten que la furia se apodere de ellas, que la ira tome las decisiones en vez de usar la cabeza. Eso los hace peligrosos, violentos, pero al mismo tiempo fáciles de manipular y predecibles.

Osvaldo Salazar no era de ese tipo de personas.

Cuando se enfadaba, cosa que sucedía raras veces, una gélida calma, parecida a la de la superficie de un lago helado, se aposentaba en su pecho y dotaba a su cabeza de una extraordinaria claridad. Por supuesto, eso le volvía todavía más peligroso y letal que de costumbre.

Y Osvaldo Salazar, en aquel preciso instante, estaba muy enfadado.

Cuando todo parecía controlado y tan solo les faltaban unos minutos para salir de aquella condenada isla, todo se había ido al traste. Había tenido que abandonar el dinero, volver a la playa con el rabo entre las piernas, con uno de sus hombres herido y el orgullo machacado. Y lo que era peor, había sido un movimiento prudente pero innecesario.

Aquellos dos adolescentes asustados que temblaban de miedo a su espalda le habían revelado la verdad. Dos hombres, como mucho tres, eran los que le habían puesto en fuga. Un puñado de fareros armados con escopetas de caza habían hecho huir a Osvaldo Salazar, al mismísimo Escorpión de Cali. Si alguien se llegaba a enterar de aquello, la mancha en su honor sería irreparable. La furia y la vergüenza le inundaban desde dos direcciones distintas, pero conseguía mantenerlas a raya debajo de la capa de hielo.

Para acabar de empeorar las cosas, Chuco Barreiros, el piloto de la planeadora que los había llevado hasta allí, se había esfumado sin dejar el menor rastro, junto con las llaves de la planeadora. Al lado de la embarcación solo encontraron un montón de colillas pisoteadas y

un botellín de cerveza medio vacío, pero ni una pista sobre el paradero del piloto. Era como si la isla se le hubiese tragado.

Por todo eso, los sicarios que estaban tras él guardaban un prudente silencio mientras contemplaban el faro en lo alto de la cima de Ons. Sabían que no era buena idea cruzarse en su camino en aquel preciso instante.

Salazar levantó su pistola e hizo dos disparos al aire. El eco de las detonaciones reverberó contra la fachada del faro y se transformó en una cacofonía de sonidos que se fue dispersando lentamente.

—¡Los del faro! —gritó—. ¡Asomen la cabeza!

Por supuesto, nadie respondió a sus palabras. Tampoco lo esperaba. Pero eso era lo de menos.

Lo importante era hacerles saber que ya estaban allí.

Lo siguiente que iban a descubrir era que estaban dispuestos a entrar.

—Pitón. —Salazar se volvió hacia su lugarteniente—. ¿Está listo el paquete?

—Casi, patrón. —El colombiano dejó caer la pesada mochila que había subido a su espalda hasta lo alto del camino—. Deme solo un momentico, que ya estoy.

Una de las claves que habían mantenido con vida a Salazar hasta aquel día era su enorme capacidad de adaptación y su inteligencia. Por eso, cuando de camino al faro habían pasado junto a uno de los campos de cultivo de los isleños, la idea se le había aparecido con total clarividencia.

A un costado de los cultivos, en un pequeño galpón cubierto de láminas de uralita, alguien había dejado un par de sacos de nitrato de amonio, listos para esparcir sobre el terreno recién roturado. Lo interesante del nitrato de amonio es que no solo es un maravilloso fertilizante, sino que, combinado con algunas cosas más, se puede convertir de manera sencilla en un poderoso explosivo llamado NAFO.

Terroristas de todo el mundo llevaban décadas usando el nitrato de amonio como precursor para sus bombas. El propio Salazar había hecho explotar un par de coches cargados hasta arriba de aquella sustancia en los años de fuego y plomo de finales de los noventa en Colombia.

Por eso, mientras veía cómo Pitón empapaba de forma metódica el fertilizante con una buena dosis de gasolina de la planeadora, se

permitió un segundo de autocomplacencia. Las cosas aún podían salir bien.

Cuando el sicario terminó de realizar la mezcla, insertó un extremo del detonador improvisado, hecho con un largo cable de cobre unido a unas resistencias, y lo enterró con cuidado en la parte de arriba de la mochila. Al otro extremo del cable colocó una pila de petaca, conectada solo por uno de sus polos. En cuanto se cerrase el circuito, la bomba haría explosión con una fuerza devastadora.

—Ya está, patrón.

—Ahora solo falta colocarla. —Le indicó la puerta—. Vaya hasta allá.

—¿Yo?

—Esa vaina debe de pesar como cincuenta kilos, parce. No es un juguete, es cosa seria. Usted es el más fuerte. ¡Vamos, póngale las bolas y dele duro!

Pitón suspiró con resignación, pero no protestó. Tendría que cruzar toda la explanada al descubierto, con cincuenta kilos de explosivo a las espaldas, pero eran gajes del oficio. Podría ir algo justo de escrúpulos y moral, pero lo que no le faltaba era valor. Sin pensarlo demasiado, se echó la mochila al hombro y se lanzó hacia su objetivo a la carrera.

Para su alivio, llegó junto a la pesada puerta de madera sin novedad. Apoyó la mochila explosiva contra las hojas de teca y volvió resoplando a la zanja en la que se habían refugiado, desenrollando el largo cable eléctrico a su paso.

—Muy bien. —Salazar le palmeó el hombro, satisfecho, en cuanto el sicario le entregó el extremo del cable con la pila de petaca—. Demos el último aviso antes de llamar a la puerta.

Se levantó y caminó hasta el centro de la explanada, sintiéndose totalmente expuesto y por ello, a la vez, extrañamente alerta y tranquilo.

—¡A ver, los de dentro! —gritó—. ¡Acabamos de dejar en la puerta suficiente explosivo como para mandar la mitad del faro al otro extremo de la isla! Tienen dos minutos para salir con el dinero antes de que entremos por la fuerza.

De nuevo, el silencio más absoluto fue la única respuesta.

—Aún podemos arreglar esto por las buenas —añadió, conciliador. Nadie podría decir que no lo había intentado—. Denme el

dinero y conserven sus vidas. Una vez que entremos, no habrá piedad.

El sonido de sus palabras se coló amortiguado a través de las pesadas planchas de madera que cubrían las ventanas. En la habitación de Pazos, Roberto y Antía se miraron entre sí, con aprensión.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella, con urgencia.

—Aceptar sus condiciones. —Roberto meneó la cabeza—. No nos queda otra opción.

—Y una mierda —jadeó Ibaibarriaga, cada vez más pálido—. Aquí dentro estamos seguros. No podrán entrar.

—¿No has oído lo que ha dicho ese tipo? —Roberto se volvió hacia él—. Van a volar la puerta. Una vez que estén dentro, si no nos mata antes la explosión, acabarán con nosotros en un santiamén. ¡Hay que darles las bolsas!

—Además, te estás desangrando —añadió Antía, mirando con ojo crítico la puñalada en la ingle del hombre—. Necesitas atención médica urgente o morirás.

—Tú puedes curarme —dijo Ibaibarriaga, bañado en sudor, pero con un brillo de duda en sus ojos—. Como a Borja.

—Borja está muerto —replicó Antía, con voz queda—. Acaba de expirar hace un momento.

—¿Muerto?

—¡No soy médico ni tengo el material necesario! —explotó ella, enfadada—. Y si no quieres acabar como él, tenemos que resolver este asunto ya.

Ibaibarriaga lanzó una mirada incrédula al cuerpo sin vida de Borja Pazos, que yacía sobre la cama. Un gemido gutural de pena surgió de lo más profundo de su garganta.

—Yo no quería... —balbuceó—. Yo no pretendía...

—¿Dónde están las bolsas con el dinero? —le urgió Roberto.

—En mi cuarto, bajo la cama —contestó Ibaibarriaga con un hilo de voz. Se estaba apagando a ojos vista.

—Voy a por ellas. Yo se las daré.

—¡Roberto, espera! —Antía le sujetó por un brazo—. Salazar no es de fiar. Aunque le des el dinero, te matará de todas formas. ¡Nos matará a todos!

—Tranquila. —Roberto le acarició una mejilla—. Recuerda que tengo un...

Un pitido estridente interrumpió sus palabras. Ambos miraron a Ibaibarriaga, que luchaba por abrir una de las cremalleras de su chaqueta.

—¿Qué es eso?

—Es el chivato de las cámaras de seguridad de la verja —explicó el hombre, entre jadeos—. Han detectado movimiento. Alguien llega.

Le tendió a Roberto un dispositivo algo más grande que un móvil, con una pantalla en una de sus caras. En la imagen en blanco y negro se podía ver a un grupo numeroso de gente que cruzaba las verjas en aquel preciso instante, con determinación.

—Menos mal —suspiró Roberto—. Llegan justo a tiempo.

—¿Quiénes son? —Antía miró por encima de su hombro y se le escapó una exclamación de sorpresa—. ¡No puede ser!

—Pues ahí los tienes. —Roberto exhibió una sonrisa de alivio—. Docampos y Freires juntos, por primera vez en mucho tiempo. Salazar no contaba con esto.

—Vienen a por Helena y Tristán —adivinó ella—. Unidos.

—Se pueden llevar mal entre ellos, pero solo hay algo que les provoca más rechazo —añadió Roberto—: un extraño que se convierta en un rival común. En el fondo son una comunidad cerrada y muy tribal. Además, parecen muy enfadados.

—¡Tú sabías que esto iba a pasar! —Antía se maravilló—. ¡Esto es parte de tu plan!

—No era tan difícil de adivinar. —Roberto se encogió modestamente de hombros—. Casi todas las sociedades rurales funcionan de la misma manera: tienen sus diferencias y problemas, pero presentan un frente unido cuando las cosas vienen mal dadas. Es algo que no me he cansado de oír desde que llegué a esta isla: «Haremos lo que sea necesario para sobrevivir». Ons no es distinto de otras partes del mundo, Antía.

—¿Y ahora, qué?

—Quédate con Ibaibarriaga —le dijo él, mientras se iba renqueando hacia la puerta principal—. Y cuando yo te avise, dile a Diego que me traiga las bolsas con el dinero.

—Y tú, ¿qué vas a hacer?

Roberto se dio la vuelta y le sonrió, pensando que quizá aquella fuese la última vez que la veía, pero se guardó el pensamiento para sí.

—Voy a hablar de películas con Salazar —dijo, enigmático—.

Espero que le guste el cine.

Y sin añadir una palabra más, se alejó por el pasillo, dejando a Antía completamente desconcertada.

49

El valor de las cosas

Osvaldo Salazar sintió una punzada de satisfacción cuando los cerrojos de la puerta principal del faro chirriaron, avisando de que alguien iba a salir. Apretó con fuerza la pila de petaca en su puño, con una leve sensación de pena. Le habría gustado *tanto* hacer volar aquel condenado faro por los aires... Se dijo a sí mismo que quizá lo hiciese, de todos modos, cuando aquello terminase.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando Pitón se acercó a él, corriendo y con el rostro desencajado.

—Ahora no, Pitón —musitó con la mirada fija en la puerta que se abría lentamente.

—Patrón, tiene que ver esto —le urgió el sicario—. Los paisanos han vuelto y se nos acercan por la espalda. Y vienen armados.

«¿Qué?».

Salazar se giró, con los ojos llameantes de furia. Incrédulo, comprobó que lo que le decía era cierto. Por la última curva del camino asomaban ya las primeras líneas del grupo compacto de Freires y Docampos, que avanzaban decididos hacia ellos.

—¡Manténganlos a raya! —ordenó—. ¡Y que Carlitos no aparte el cañón de su arma de los *pelaos* enamorados! ¡Que los mate si alguien se arrima a nosotros!

—Como diga. —Pitón palmeó el MP-40 que llevaba colgado del cuello—. Con esto los puedo frenar yo solo, descuide.

Pero la aparente seguridad del sicario no podía ocultar el evidente nerviosismo de su voz. Hasta él se daba cuenta de lo complicado de la situación. En aquel momento estaban atrapados entre el faro y los vecinos furiosos, sin ninguna ruta de salida.

Salazar se frotó las sienes. Los isleños los habían visto y rápidamente habían tomado posiciones a cubierto, a ambos lados del camino. Dos de ellos, el viejo Ramón Docampo y Rosalía Freire, con

un pañuelo blanco en la mano, avanzaban de forma cautelosa por el camino, dispuestos a parlamentar.

—¡Ahí es suficiente! —les gritó cuando estuvieron a tres metros de distancia—. ¿Qué quieren?

—¡A nuestros chicos! —replicó Docampo, con su voz tronante—. A Helena y a Tristán.

—Cuando tenga mi dinero. —Salazar hizo un gesto con la cabeza hacia el faro—. Ni un minuto antes, ni un minuto después. Entonces los soltaré.

—Eso ya lo hemos oído —replicó Rosalía, con voz amarga—. No nos fiamos de ti, Salazar. Haz lo que te pedimos o moriréis. Es así de sencillo.

Salazar les mostró una fila de dientes blanquísimos y regulares. La dentadura de un depredador sobre una mirada fría y desapasionada.

—Aaaaay, pues miren que yo creo que no les queda otra. —Carlitos apareció sobre la zanja, empujando a Helena y a Tristán a punta de pistola—. Porque si yo caigo, ellos caen conmigo.

Hubo un momento de tensión absoluta, en el que nadie quería dar su brazo a torcer. Las manos sudorosas apretaban las armas, a uno y otro lado, expectantes, intuyendo el vendaval de violencia que estaba a punto de desatarse. Todo pendía de un mal gesto, de una respuesta inapropiada.

Y en ese instante, Roberto salió por la puerta.

Bizqueó al sentir los rayos del sol en la cara, hizo visera con la mano y entonces vio al pequeño grupo de pie, en medio de la explanada. Arrastrando su pierna herida, se acercó a ellos con lentitud.

Nunca en toda su vida, ni siquiera cuando había estado en alguno de los escenarios de guerra más feroces de los últimos años, se había sentido así de expuesto. Podía imaginarse a todos los tiradores, de uno y otro bando, observándole con el dedo en el gatillo, quizá preguntándose de parte de quién estaba.

Y aun así, se las arregló para exhibir su mejor sonrisa.

50

El bueno, el feo y el malo

—Bueno, pues por fin estamos todos aquí —dijo, con el mismo tono despreocupado que usaría si fuesen un grupo de amigos que ha quedado para tomar el vermut—. Me temo que no nos han presentado. Usted debe de ser Osvaldo Salazar. Soy Roberto Lobeira.

—He oído hablar mucho de usted —siseó el colombiano—. ¿Tiene mi dinero?

—Sin prisas, Salazar. —Roberto le miró, intrigado—. ¿Le gusta el cine?

Osvaldo Salazar se quedó estupefacto, algo que no ocurría muy a menudo.

—*Hiueputa*, ¿de qué chimba está hablando?

—El cine, ya sabe.

—No tengo tiempo para pendejadas.

—*El bueno, el feo y el malo*. —Roberto le ignoró y continuó hablando—: Ya sabe, esa película de 1966. Clint Eastwood, Lee Van Cleef y Eli Wallach. Seguro que la conoce, hombre. Es un clásico.

Salazar emitió un gruñido que podía significar cualquier cosa, pero le permitió continuar. Por su parte, Rosalía Freire y Ramón Docampo le miraban desconcertados, como si se hubiese vuelto loco.

—El final de esa película me encanta. —Roberto hizo un gesto con las manos, sujetando una pistola imaginaria—. Los tres protagonistas están en un cementerio, disputándose el tesoro, pero ninguno se atreve a disparar, sabiendo que solo puede atacar a un oponente a la vez y que, si lo hace, el tercero aprovechará la situación para acabar con el superviviente.

—Unas tablas mexicanas —gruñó Salazar, aunque esta vez había una nota de comprensión en su voz.

—Unas tablas mexicanas —asintió Roberto—. Siempre me he preguntado de dónde habrá salido esa expresión. Bueno, sea como sea,

me temo que ahora mismo estamos en una situación parecida a la de la película. Usted y los suyos por un lado, los isleños por el otro y ahí detrás, en el faro, Ibaibarriaga con su escopeta, sentado sobre un montón de explosivos. Un triángulo perfecto.

Guardó silencio por un segundo, dejando que la idea que había expuesto calase en la mente de todos los presentes. Lo había dicho lo bastante alto como para que también le oyesen los que estaban un poco más lejos. Tuvo la satisfacción de oír algunos murmullos apagados al fondo.

—Nadie puede ganar en esta situación —continuó—. El que dispare primero quedará indefenso frente al tercero. Eso es lo endemoniado del asunto. Y lo brillante, si me lo permiten.

Salazar sonrió de medio lado y le miró con renovado respeto.

—Esto es cosa suya —musitó—. Lo ha estado preparando.

—Digamos que he tenido tiempo para pensar. —Agachó la cabeza, con modestia—. Y creo que he encontrado una solución ideal que hará que nadie tenga que salir malparado y que todo esto termine sin violencia.

—Ahora tiene toda mi atención. —Salazar clavó en Roberto su mirada de reptil—. Continúe.

Rosalía Freire y Ramón Docampo se miraron entre ellos, también intrigados.

—A ver qué les parece —dijo Roberto—. Salazar libera de inmediato a Helena y a Tristán y deja que vuelvan con sus familias. A cambio, los isleños le garantizan paso franco hasta la planeadora, para que se pueda ir de la isla.

—No voy a irme sin mi dinero. —Osvaldo Salazar negó con la cabeza.

—Yo le entregaré las bolsas con el dinero y las llaves de su planeadora a cambio de que me dé ese detonador que tiene en las manos. —Señaló la petaca que agarraba el colombiano—. Podrá irse con su dinero, y todos tan amigos.

—A ver si lo entiendo —resumió Salazar—. En este intercambio, yo me llevo el dinero y ellos a sus muchachos, ¿voy bien?

—Por supuesto.

—¿Y el farero? —Señaló hacia la mole del faro—. Él ¿qué gana?

—Ibaibarriaga conserva la vida, que no es poco —le explicó Roberto—. Los tres extremos de las tablas mexicanas se llevan lo que

es más preciado para ellos ahora mismo. Creo que es un buen acuerdo.

Salazar guardó silencio durante unos instantes, meditando la oferta. Roberto mantuvo la sonrisa, aunque una diminuta gota de sudor le resbalaba por la frente. Todo dependía de lo que respondiese el sicario.

—Solo hay una cosa que se me escapa —dijo este, al fin—. Todo el mundo consigue algo... menos usted. ¿Qué se lleva Roberto Lobeira de este acuerdo?

—Me llevo una historia maravillosa que contar —dijo, con aplomo—. No olvide que soy escritor.

Salazar le miró un rato, calculador. Finalmente, en un gesto que pocas personas habían visto, soltó una carcajada.

—Está bien, parcero. Me parece un buen acuerdo. Pero nada de nombres reales en esa historia.

—Tiene mi palabra —replicó Roberto, muy serio, levantando una mano.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —preguntó Docampo, inquieto—. No nos fiamos de él ni un pelo.

—Tendrán que fiarse de mí —dijo Roberto—. Primero, el detonador.

Salazar le escrutó intensamente, buscando la trampa, pero no vio nada que le hiciese desconfiar. Muy despacio, le tendió la petaca a Roberto, que de inmediato soltó los cables que la unían a la bomba.

—Ahora me toca a mí. —Roberto se giró hacia el faro y gritó—: ¡Antía, salid con el dinero!

Por la puerta del faro asomaron Antía y Diego, cargando cada uno con una de las bolsas de lona. Roberto se agachó y descorrió las cremalleras, dejando ver los fajos de billetes que se amontonaban en su interior.

—Supongo que le gustaría contarlo, pero creo que no tiene tiempo. Está todo.

—No tengo la menor duda. —Salazar sacó un fajo de billetes y a la luz brillante de la mañana lo repasó con el pulgar, satisfecho. Lo arrojó de nuevo dentro, cerró las cremalleras e hizo un gesto a Pitón, que se acercó y recogió las bolsas.

—Suelten a los muchachos —ordenó.

Helena y Tristán echaron a correr hacia la línea de isleños en cuanto el sicario les permitió marchar. Pronto estuvieron rodeados de

una nube de abrazos y expresiones de alivio.

—Dígame, Lobeira. —Salazar le volvió a escrutar con aquellos ojos fríos—. ¿Qué me impide matarlos a todos ahora?

—Que no está seguro de si podrá hacerlo, porque quedaría atrapado entre dos fuegos. Las tablas mexicanas, ya sabe. —Roberto se encogió de hombros—. Y además, sospecho que es un hombre práctico. Ya tiene lo que había venido a buscar y el tiempo se agota. En diez minutos las autoridades estarán aquí. Sé que todos somos capaces de apreciar el valor de las cosas, Salazar.

El colombiano se quedó pensativo un buen rato, meditando sus palabras. Finalmente le regaló otra de sus raras sonrisas.

—Es un hombre muy listo, Lobeira —dijo con voz gélida, mientras agitaba un dedo a pocos centímetros de la cara de Roberto—. Espero que nos volvamos a ver en algún momento. Sería un auténtico placer para mí.

—No se lo tome a mal, pero confío en que eso no suceda jamás. —Le entregó las llaves de la planeadora y el colombiano tuvo que hacer un esfuerzo para disimular su sorpresa—. Que tenga buen viaje de vuelta a su país.

—¿Y Barreiros, el piloto? ¿También está metido en esto?

—No sé de quién me habla. —Roberto puso un gesto inocente—. Estaban en el contacto de la lancha, en la playa, y me pareció prudente tener un as guardado en la manga por si acaso.

Osvaldo Salazar le miró fijamente y, por fin, pestañeó.

—¡Parceros, nos vamos! —Salazar soltó un silbido y señaló la furgoneta que estaba aparcada en el mismo lugar donde Roberto la había detenido un rato antes—. ¡Ligeros, señores!

Los sicarios subieron en el vehículo, que arrancó con un bramido de motor. Salazar les dedicó una última mirada, antes de que el todoterreno se alejase entre una nube de polvo, camino de la playa.

Cuando el rugido de los escapes se perdió en la distancia, Roberto soltó todo el aire de sus pulmones y se dobló sobre sí mismo, mareado.

—No me lo puedo creer —musitó—. Ha funcionado.

—¡Lo has conseguido! —Antía aún no se lo acababa de creer—. ¡La pesadilla se ha terminado!

—Solo acabará cuando los sicarios salgan de la isla —replicó Roberto, con la mirada puesta en los líderes de sus clanes—. Y cuando

ellos dos estén dispuesto a dar todo por zanjado.

Rosalía Freire y Ramón Docampo se miraron avergonzados. A la luz del día, bajo el radiante sol de invierno, todo parecía distinto.

Sin duda, por sus cabezas pasaban todas las decisiones erróneas que habían tomado. Lo que habían hecho. Lo que casi estuvo a punto de pasar. Sin la nefasta presencia del dinero entre ellos, era como si una nube negra se hubiese disipado, dejando a la vista lo que realmente eran.

Docampo miraba a su alrededor, sin duda buscando a su hijo Luis. Antía y Roberto cruzaron una mirada apesadumbrada. Aunque fuese un asesino, Luis Docampo también era hijo, esposo y padre. Aún quedaba mucho dolor por gestionar.

Pero no era el momento de decir nada. Eso vendría más tarde.

—Creo... —Ramón Docampo se aclaró la garganta—. Creo que te debo una disculpa, Rosalía. Por todo. Todos nosotros.

—Nosotros también, Ramón. —La mujer infló los carrillos, teñidos de vergüenza—. No me puedo creer que hayamos dejado que las cosas hayan llegado a este punto.

Dubitativa, le tendió una mano, que el hombre se apresuró a coger entre las suyas. Si estuviesen en una película, en aquel instante todos los presentes habrían estallado en vítores de alegría, pero solo hubo un silencio de incredulidad y alivio. De vergüenza.

Se había acabado. Por fin.

—Tu hija y mi Tristán. —Ramón Docampo meneó la cabeza—. Quién lo habría imaginado.

—Oh, venga, Ramón. —La mujer le dio una palmada en la espalda—. Los Freire y los Docampo llevamos cruzándonos tantas generaciones que ya hemos perdido la cuenta. No son los primeros.

—Si al menos nos lo hubiesen contado...

—Son jóvenes e idiotas —concluyó la mujer—. Ambas cosas se curan con el tiempo. Como nuestras diferencias, Ramón.

Docampo miró a Rosalía con una sonrisa a medias.

—Sin duda —asintió—. Pero esto no arregla las cosas entre nosotros.

—¡De ninguna manera!

Ambos se enzarzaron en una discusión acalorada y llena de aspavientos. Roberto se volvió hacia Antía, incrédulo.

—Hay cosas que nunca cambiarán, ¿verdad? —le susurró a la

mujer, cogiéndola de la mano.

Lo hizo sin pensar, de forma instintiva. Ella no la retiró, sino que la apretó con más fuerza, como si temiera que se pudiese desvanecer.

—Son tal para cual —sonrió—. Si no tuviesen algo por lo que discutir, ambos se morirían. Se necesitan así.

—Mientras solo discutan, todo irá bien. —Roberto suspiró y se enderezó con un gesto de dolor. Entonces se acordó de algo—: ¿E Ibaibarriaga? ¿Dónde está?

Antía negó con la cabeza, apenada.

—Ha muerto. Había perdido demasiada sangre.

—Pobre hombre —murmuró entre dientes—. Pese a todo lo que hizo, no creo que fuese un mal tipo. Ese dinero le nubló el juicio, como a todo el mundo.

—Creo que se sentía culpable de la muerte de Pazos —añadió ella —. Estaba destrozado. Tendrías que haberle visto en sus momentos finales.

—Espero que por lo menos ahora encuentre la paz —suspiró—. Ha pagado un precio demasiado alto.

—Como Víctor Pampín, Ricardo y Luis Docampo y Elvira Couto. —Antía desgranó los nombres—. Todos han pagado un precio excesivo.

Roberto se dejó caer sobre el murete de piedra, exhausto. Se le estaba pasando el efecto de las anfetaminas y los párpados le pesaban como piedras, pero todavía no podía dejarse ir. Todavía no.

Se palpó los bolsillos, buscando su paquete de cigarrillos, hasta que recordó que debía de estar en algún lugar en el fondo del Burato do Inferno. Suspiró y se limitó a echar la cabeza hacia atrás, disfrutando durante un instante de la cálida caricia de los rayos de sol. De la sensación de estar vivo.

—No creo que tardemos en tener visita —musitó Antía, sentada a su lado—. Llegará gente de tierra firme dentro de poco.

—Mmmmm.

—¿Qué les vamos a contar?

«Venga, un último esfuerzo».

—Avisa a tu madre y a Ramón Docampo. —Se estiró a duras penas—. Tenemos que hablar.

Durante los siguientes diez minutos, se dedicó a repasar con los isleños la historia que iban a contar, una y otra vez, hasta que todos lo

tuvieron claro. Como todas las buenas coartadas, era sencilla, pero resultaba vital que nadie se desviase ni un milímetro.

«Por suerte, esta gente está acostumbrada a guardar secretos. Y sacar algo en limpio de un gallego que no quiere hablar es toda una proeza».

—Entonces —dijo, por fin—. ¿Todo el mundo lo ha entendido bien? ¿Alguien necesita que...?

—¡Mirad allí! —Diego Freire, saltando como poseído, le interrumpió—. ¡Entre las olas, cerca del cabo!

Todos miraron en la dirección que les indicaba el muchacho. Alejándose de la playa, la planeadora, con los colombianos a bordo, empezaba a cabecear entre las olas. El revuelto mar de fondo sacudía la embarcación, que avanzaba de una manera tan torpe que habría avergonzado al difunto Chuco Barreiros.

Desde allí no podían distinguir quién iba a los mandos, pero estaba claro que no sabía lo que hacía. En vez de cabalgar las ondas, intentaba atravesarlas como una flecha y enormes muros de agua rompían sobre ella, cubriéndola de espuma.

—No deberían ir por ahí —musitó Antía, con el ceño fruncido—. Se están alejando del canal de navegación. Esa zona está llena de bajíos peligrosos.

En ese momento, la planeadora pegó un acelerón, con los cuatro motores fueraborda revolucionados, para remontar una ola especialmente alta. Al llegar a la cima, el inexperto piloto no cortó gas, sino que dejó que la lancha bajase la pendiente de agua a toda velocidad, clavando el morro en la siguiente onda.

Incluso desde allí arriba, en una fracción de segundo, adivinaron lo que iba a suceder.

La lancha se detuvo con una sacudida seca cuando su quilla impactó contra una roca oscura oculta bajo el agua. Trozos de fibra de vidrio saltaron por los aires y una diminuta silueta humana salió despedida por la borda, en una violenta voltereta. Frenada en seco, la lancha giró sobre sí misma y dejó su costado de estribor expuesto a la siguiente ola que llegaba rugiendo. El mar de fondo golpeó el lateral indefenso de la embarcación con la potencia de un tráiler y las cuadernas colapsaron bajo la presión combinada de la torsión y varias toneladas de agua.

La planeadora volcó a cámara lenta, envuelta en un torbellino de

oleaje y espuma gris. Durante un segundo, su quilla despanzurrada flotó boca arriba sobre las aguas, brillando como un cachalote herido, hasta que la siguiente ola la sepultó por completo.

En menos de quince segundos solo quedaron trozos de plástico, restos de fibra de vidrio y una mancha de aceite flotando en el lugar que había ocupado un rato antes.

Como si nunca hubiese existido.

«Ahí termina la carrera de Salazar. Mucho mejor así».

Roberto apartó la mirada de las olas. A lo lejos ya se oía el sonido sincopado de los rotores de un helicóptero pintado con los colores de la Guardia Civil, que se acercaba volando a toda velocidad.

Lo contempló con satisfacción. Con alivio.

Todo había acabado. Habían superado la tormenta.

Y entonces se desplomó.

51

Noche de tormenta

Un año después. Madrid

La cola de lectores salía por la puerta del centro comercial de la plaza de Callao y daba la vuelta hasta perderse de vista. A ambos lados de la entrada, un par de carteles de dos metros de altura con la cubierta del libro anunciaban que, en el interior de la librería, el famoso Roberto Lobeira estaba firmando ejemplares de su última novela.

La cola serpenteaba entre las estanterías hasta terminar en una esquina, en la cual, sentado tras una pequeña mesa, Roberto firmaba ejemplares con una sonrisa. *Noche de tormenta* se había transformado en un fenómeno editorial que hacía palidecer a *La mirada fugaz*. Todavía no había asimilado la vorágine en que se había convertido su vida desde el día en que el libro salió al mercado. La sucesión de reportajes y entrevistas era una cascada interminable, alimentando al monstruo insaciable de la curiosidad pública.

Roberto sospechaba que la vistosa faja de color rojo que envolvía los ejemplares, donde ponía en enormes letras «Basado en hechos reales», tenía mucho que ver con todo lo que estaba sucediendo. Era de esperar.

Le entregó su ejemplar firmado a una lectora, después de hacerse una foto con ella, y se recostó en la silla, frotándose la muñeca dolorida. Llevaba un par de horas garabateando dedicatorias y le daba la sensación de que todavía le quedaba otro tanto, porque la cola, en vez de disminuir, no paraba de crecer.

Apoyado en un lado de la mesa reposaba el bastón de empuñadura de marfil que se había convertido en su compañero inseparable desde hacía un año. Aunque se había sometido a varias operaciones, su rodilla destrozada estaba lejos de una recuperación total. La mayoría de los médicos que le habían visto dudaban de que

alguna vez pudiese volver a ser plenamente funcional. Esa cojera era el recuerdo permanente de la noche en la que se había precipitado por el Agujero del Infierno, el precio que había pagado por salir con vida de la isla.

Y cada vez que miraba el bastón, Roberto musitaba una plegaria, agradecido por que aquel hubiese sido su único peaje.

—¿Estás bien? —Antía se inclinó sobre él y le apoyó una mano en la espalda—. ¿Necesitas un descanso?

—Me encuentro perfectamente —protestó él—. Los médicos dicen que debo estar sentado y estoy sentado, ¿verdad? Les estoy haciendo caso.

—Sería la primera vez —se burló ella, cruzando su mirada con la suya.

Y ambos se sonrieron, en una conversación secreta que no tenía principio ni final.

Porque esas son las mejores.

Ninguno de los dos era capaz de ponerle nombre a lo que fuera que había entre ambos. Era algo tímido y frágil, que pugnaba por crecer en dos almas que todavía estaban sanando. Querían querer, pero el miedo al dolor los hacía actuar con la cautela de un animal que se ha pasado la vida enjaulado y de repente puede correr.

Aún no se creían que pudiesen ser felices juntos. Cada día que pasaba, ese miedo se hacía más pequeño, pero ambos intuían que no debían tener prisa. Aún no sabían adónde los llevaría aquel camino, pero mientras lo averiguaban habían decidido pasar la mayor parte del tiempo haciéndose compañía.

Y Roberto tenía que reconocer que le encantaba la idea.

—¿Queda mucha gente fuera? —preguntó, mientras firmaba el siguiente libro.

—Me temo que bastante. —Antía negó con la cabeza—. Le encargué a Diego que repartiese *tickets* en la cola, pero ya sabes cómo es. Creo que se ha emocionado y ha entregado por lo menos dos tacos de más.

—Condenado crío —gruñó Roberto—. Siempre me mete en problemas.

Era un enfado fingido, por supuesto. Lo cierto es que Roberto Lobeira no había sido así de feliz en toda su vida.

Porque, para empezar, estaban vivos. Su plan, desesperado, lleno

de parches y con enormes dosis de azar, había funcionado. Y seguía maravillado por ello.

Una vez que las autoridades llegaron a la isla, la tragedia de Ons tardó apenas unas horas en llenar todos los informativos. Conexiones en directo, tertulias de radio, páginas y páginas de periódicos, nada era suficiente para colmar la curiosidad del público. El escenario perfecto para que alguien metiese la pata, para que se escapase una mínima indiscreción que los condenase a todos.

Pero si algo sabían hacer los habitantes de Ons era ser herméticos y misteriosos cuando tocaba. Nadie había visto nada, nadie sabía nada.

Todo el mundo se ciñó a la misma versión: en medio de la tormenta, una planeadora llena de sicarios colombianos había llegado a la isla en busca de un fardo repleto de droga. Los del narco sabían que los fareros tenían la mercancía, pero estos se habían negado a devolvérsela. A lo largo de una noche de tiroteos, mientras los isleños permanecían aterrorizados y encerrados en sus casas, fareros y colombianos se habían enfrentado por toda la isla, dejando un reguero de destrucción. Finalmente, los sicarios habían acabado con sus rivales, pero la tormenta los había hecho naufragar en su huida y se habían ahogado.

En definitiva, un ajuste de cuentas entre dos bandas que había terminado rematadamente mal. Nada del otro mundo.

Era una historia con unos cuantos agujeros, sin duda, pero las evidencias físicas jugaban a su favor: los únicos muertos que la policía pudo encontrar en la isla eran los tres fareros. Mientras los isleños prestaban declaración a la Guardia Civil, un grupo de Freires y Docampos había recogido los cuerpos de Elvira Couto, Ricardo Docampo y Víctor Pampín y los habían ocultado en la vieja y profunda tumba de Erundina.

Por lo que él sabía, todavía estaban allí, durmiendo el sueño eterno.

Además, unos días después, las olas habían devuelto a la orilla los cadáveres de los sicarios colombianos..., excepto el de Osvaldo Salazar. Nadie sabía dónde estaba. Aquel era un misterio que, de vez en cuando, le robaba el sueño por las noches.

Aquello había servido para dar carpetazo definitivo a la investigación. Nadie se imaginaba lo cerca que había estado todo del

desastre, excepto sus protagonistas.

Durante meses de actividad febril, mientras se recuperaba en el hospital, Roberto había tecleado como un poseso, escribiendo la versión novelada de aquella historia. Y el público la había devorado, fascinado por aquel episodio de violencia y caos a pocos kilómetros de la civilización, ajeno a todas las miradas.

Por supuesto, en su libro no salía nada del enfrentamiento entre Freires y Docampos, ni de la tenebrosa actividad de Varatorta en la isla. Eso quedaba para otro manuscrito que solo él leería. Había cosas que era mejor que permaneciesen en las sombras.

Nadie ganaría nada sabiendo la verdad.

Entre firma y firma, Roberto levantó la cabeza y vio cómo Diego entraba en la librería con un taco agotado de *tickets* en la mano. El cambio que había sufrido el chico desde que vivían en tierra firme era increíble. Con la ayuda de profesores especiales y, sobre todo, en un entorno lleno de estímulos, su mente flexible no había dejado de absorber información, como una esponja. Siempre sería un chico especial, por supuesto, pero cada vez era más autónomo y, lo más importante, más feliz.

Roberto le miró con ternura, sin saber que en el corazón del chico ya estaba ocupando el espacio del padre que nunca había conocido.

Diego.

Diego, que siempre había sabido que su madre era Antía, pese a que todos daban por sentado que el muchacho no se enteraría nunca. Visto en retrospectiva, deberían haber sospechado que una naturaleza tan curiosa como la suya acabaría descubriendo algo de ese calibre. Pero Diego había incorporado en silencio aquel secreto en su vida, como tantas otras cosas. Y no era el único.

Porque Diego, junto a su madre, era el depositario del mayor de los secretos.

Solo ellos dos sabían toda la verdad.

Aquella lejana noche de enero, las olas le habían arrastrado con el bidón desde el islote de Onza hasta la playa en la que estaba embarrancada la planeadora. Para entonces ya hacía un buen rato que el piloto había desaparecido a manos de Varatorta, así que no había sido difícil hacerse con las llaves de la lancha. Con ellas en el bolsillo había llegado al pueblo destrozado y allí había tomado una decisión.

Había entrado en la destrozada tienda de los Docampo para coger

dos mochilas idénticas a las que contenían el dinero, justo del mismo montón del que habían salido las dos primeras. Con ellas a cuestas, cruzó la calle hasta la caseta de recepción de visitantes y las rellenó con cientos de folletos turísticos y mapas de la isla.

Cargar con las pesadas mochilas llenas de papeles inservibles para ocultarlas en la zanja que estaba junto a la furgoneta había sido la parte más complicada. A partir de allí, todo iba a depender de Diego.

Mientras él se enfrentaba a Ibaibarriaga al lado de la furgoneta, el muchacho había hecho algo increíble, que requería grandes dosis de valor. Durante el rato en que Roberto había mantenido ocupado al farero con su cháchara, el chico se había deslizado entre los matorrales hasta llegar a la zanja. Entonces había cogido las dos bolsas de lona ocultas en la cuneta y las había cambiado por las que tenían los fajos de billetes, no sin antes dejar una buena capa de dinero sobre los folletos, para que diese la sensación de que todo el interior estaba ocupado con el botín.

Salazar se había ido al fondo del mar con un montón de panfletos viejos y unos pocos millones.

Y ese secreto solo lo sabían Antía, Diego y él.

Dos días después de que le hubiesen evacuado en helicóptero de la isla, con la pierna entablillada y un collarín, Antía y Diego se habían subido sin hacer ruido en un barco amarrado al muelle. Entre sus cosas llevaban dos bolsas de lona en las que aún había más de setenta millones de euros en varias divisas.

Aquel dinero maldito estaba ahora a buen recaudo en una caja de seguridad.

Era suyo. De los tres.

O casi.

Habían invertido una parte en ayudar a los isleños a reconstruir sus casas, mediante donativos que les habían llegado de forma anónima. Antía incluso había insistido en pagar la reconstrucción del restaurante de Luis Docampo para ayudar a su viuda, Amaia, que seguiría adelante con el negocio. Las cuentas de los Freire y los Docampo estaban saneadas para varias generaciones y confiaban en que eso apagase sus ansias de enfrentamiento para siempre.

Las familias de Ibaibarriaga y Pazos también habían recibido una buena cantidad a través de un viejo amigo de Roberto, que había

actuado de testaferro. Por más que había indagado, no había sido capaz de encontrar a ningún pariente de Víctor Pampín o de Elvira Couto con vida, lo cual fue, en cierto modo, una decepción.

Helena y Tristán vivían en una casa, en Bueu. Era una pareja joven, llena de sueños y esperanzas, y como todas las parejas así, no dejaban de discutir. Antía aseguraba que serían muy felices. Roberto estaba convencido de que no durarían ni seis meses más juntos.

Y, por fin, estaban ellos tres. Con cicatrices, dentro y fuera, golpeados, arañados y exhaustos, pero con vida. Y felices.

La cola avanzó y Roberto alzó la cabeza hacia el siguiente lector.

Y en ese momento su corazón casi se detuvo. Porque quien estaba delante de él, sonriente, con un ejemplar de *Noche de tormenta* entre las manos, era alguien a quien conocía a la perfección. Alguien a quien hubiese preferido no tener que volver a ver en la vida.

De pie, delante de la mesa y vestido con un carísimo traje de sastre, Osvaldo Salazar le observaba con sus fríos ojos de reptil.

—Buenas tardes. —El suave acento colombiano adquiría un tono amenazador en sus labios—. Qué bueno volver a verle, señor Lobeira.

52

Los finales felices solo suceden en el cine

Se miraron unos segundos sin decir palabra, expectantes. Como dos jugadores de ajedrez frente a una partida complicada.

—Pensaba que estaba muerto —consiguió articular, por fin.

—Mucha gente ha cometido ese error antes. —La sonrisa fría del colombiano se ensanchó un poco más—. Casi todos lo han acabado pagando.

«Antía. Diego. Tengo que sacarlos de aquí cuanto antes».

—Ah, ah. —El pistolero adivinó sus pensamientos—. Si busca a la mamacita y al *pelao*, están fuera. Alguien les ha pedido que vayan a recoger un regalo para usted. Una sorpresa.

—A ver si lo adivino. —Roberto tragó saliva—. No hay regalo.

—Pero sí sorpresa, ¿no es cierto? —Salazar arqueó una ceja—. Están bien acompañados, no se preocupe.

—¿Qué quiere?

Salazar le miró con fingida sorpresa.

—Pues ¿qué va a ser? —Le tendió el ejemplar—. Que me firme el libro. Y charlar un ratico, claro.

Roberto cogió el libro sintiéndose atrapado en una pesadilla. Nadie en la cola se había percatado de que aquella conversación no era como las demás y esperaban pacientes a que les llegase el turno, charlando entre ellos. Carmen Gavín, que le acompañaba en la firma, estaba en una esquina, enfrascada en una conversación telefónica que parecía larga. Giró la cabeza, desesperado, pero no había ni un solo empleado de la librería cerca. Era un sábado por la tarde y estaban hasta arriba de trabajo.

Sin embargo, sí que había tres tipos que desentonaban. Altos, musculosos, fingiendo repasar títulos de las estanterías, pero con un ojo puesto en ellos dos.

—No haga tonterías —le advirtió Salazar—. O las cosas se pueden poner feas.

—Puedo gritar. Pedir ayuda.

—¿Y qué va a decir? ¿Que le he amenazado? ¿Que soy uno de los protagonistas de su libro? —Salazar se atusó las sienes—. Nadie me conoce, yo no tengo antecedentes en su país ni ninguno de esos *panas* que vienen conmigo. Además...

—¿Sí? —Tenía la boca seca.

—Además, querrá volver a ver a su *jeva* y al muchacho, ¿no? Le recuerdo que están fuera, bien acompañados.

Roberto agachó la cabeza, derrotado.

—¿Qué quiere que haga?

—Para empezar, firme el libro. —Salazar miró sobre su hombro —. Estamos empezando a llamar la atención.

Roberto garabateó su firma de forma mecánica sobre el ejemplar.

—El libro me ha gustado, es bien bacano —dijo Salazar, mientras contemplaba la firma—. Pero está lleno de mentiras.

—Quedamos en que nada de nombres reales.

—No me refiero a eso. —El tono del sicario bajó un tono—. Me refiero al dinero.

—No sé de qué me habla.

—Aaaaay, que sí que lo sabe, hombre. —Una nueva sonrisa gélida—. Antes de que la lancha volcase me dio tiempo a echar un vistazo. Debajo de los billetes de arriba solo había puritita basura. Ya se imagina el disgusto que me llevé, parcero.

Roberto se encogió de hombros. No servía de nada negar lo evidente.

—Me ha engañado, Roberto Lobeira. Y no me gusta que me engañen.

—Buf, a ver si ese apura, que llevamos aquí una hora —murmuró alguien, desde la cola, impaciente, pero en un tono lo suficientemente alto como para que le oyesen.

Salazar, molesto por la interrupción, se giró y le dedicó al impaciente una de aquellas miradas carentes de vida, sin pestañear. El hombre abrió la boca, la volvió a cerrar, se puso rojo y bajó la vista, acobardado.

—Me va a decir dónde está el dinero y me lo va a dar. —El narco se inclinó de nuevo sobre la mesa, con una sonrisa lobuna—. Los

setenta y cinco millones, hasta el último billete, incluyendo la parte que se fue al fondo del mar conmigo. No me importa de dónde lo saque.

Roberto apretó el rotulador que tenía en la mano y fantaseó por un segundo con la idea de clavárselo en uno de los ojos a aquel tipo, pero se contuvo. No podía hacer nada mientras tuviesen a Antía y a Diego.

—Vamos a hacer una cosa.

Salazar sacó un móvil del bolsillo, rodeó la mesa y puso el teléfono ante ambos, con la pantalla mirando hacia ellos. Pasó un brazo sobre los hombros de Roberto y sonrió. Cualquiera que los estuviese mirando pensaría que se estaban sacando un selfi.

—Me dijo que le gustaban las películas —le susurró al oído—. Quiero enseñarle una.

Apretó el botón y una imagen sin volumen ocupó la pantalla. Era una habitación blanca, sin adornos, iluminada por un foco potente, que le daba un punto de sobresaturación algo irreal a la escena. En medio de la imagen se veía algo que a Roberto le cortó la respiración, una silla ocupada por un hombre desnudo, atado de pies y manos.

El cuerpo del hombre estaba lleno de verdugones y magulladuras, pero tenía la cabeza cubierta con un saco de tela de aspecto áspero e inclinada sobre el pecho, hasta que oyó algo que le hizo levantarla, alerta.

Temeroso.

Aquel pobre diablo se echó a temblar cuando una sombra cruzó por delante de la cámara y se colocó a su lado. Era Salazar, con un delantal de plástico blanco y unos alicates en las manos.

Salazar, que miraba hacia el objetivo y le dedicaba un sonrisa heladora, antes de empezar su tarea.

Roberto agradeció que el vídeo estuviese silenciado cuando, en la pantalla, el colombiano comenzó a amputar los dedos de la víctima atada en la silla, uno a uno, mientras esta se retorcía de dolor.

—Esto no es nada comparado con lo que les puede pasar a su *jeva* y al *pelao* si no me entrega el dinero en veinticuatro horas. —El colombiano guardó el terminal en su bolsillo y se incorporó—. Se habrá dado cuenta de que los finales felices solo suceden en el cine. Ahorita se va a disculpar con quien sea que haya venido con usted y me va a acompañar hasta la...

—No.

—¿Perdón? —Salazar puso cara de no haber oído bien.

—He dicho que no.

—Creo que no ha entendido cuál es la situación, Lobeira.

—Oh, qué va, lo he entendido a la perfección. —Roberto saludó con una sonrisa a Gavín, que le miraba, aún al teléfono, sin duda preguntándose por qué tardaba tanto tiempo con aquel hombre—. Me parece que quien no se da cuenta es usted.

El colombiano parpadeó muy despacio un par de veces. Flap, flap. El aleteo de una mariposa mortal.

—Solo tengo que hacer un gesto para que se lleven a su gente. Uno, *mero*.

—Ya me lo ha dicho. Pero yo también quiero enseñarle una película. —Roberto sacó su propio móvil del bolsillo—. Ya sabe que me encanta el cine.

Salazar le observó hierático, pero en el fondo de sus ojos se adivinaba la sorpresa. La desconfianza.

Roberto abrió una carpeta y un vídeo apareció en la pantalla. Era una imagen en blanco y negro, tomada desde un ángulo alto, con un código de tiempo en la esquina inferior izquierda.

—¿Reconoce el escenario? Es de las cámaras de seguridad del faro de la isla —explicó—. Es increíble la calidad que tiene la imagen, ¿no cree?

En la pantalla se veía el patio delantero del faro, bajo la luz de la mañana. En el centro estaban el propio Roberto y Salazar, hablando entre ellos. Un poco más lejos se adivinaban las siluetas de los Freire y los Docampo, expectantes.

—No sé qué pretende...

—Solo espere un poco —le interrumpió Roberto—. Un momento... ¡ahora!

En la imagen aparecieron Antía y Diego, cargados con las bolsas de lona. Las apoyaron delante de Salazar, que sacó un fajo de billetes, lo repasó con el dedo, satisfecho, y volvió a meterlo en la bolsa, antes de darse la vuelta. El vídeo terminaba ahí.

—¿Qué me quiere contar? —Salazar se encogió de hombros—. Ya sé lo que pasó. Yo estaba allí.

—Precisamente. —Roberto se recolocó en la silla—. Supongo que sabe que era periodista antes de convertirme en escritor, ¿verdad?

Salazar emitió un gruñido que podía significar cualquier cosa.

—Aún conservo un montón de contactos, sobre todo en México. —Miró al colombiano a los ojos, sin amedrentarse—. Gente que conoce a gente. Gente que sabe cosas, como por ejemplo quién es su jefe. El «Patrón». Y cómo hacerle llegar un correo electrónico.

Salazar inspiró de forma ruidosa. Aquello no le gustaba.

—Su jefe no es una persona conocida por su paciencia, ni por su comprensión —añadió—. Hay quien dice que incluso es algo paranoico, después de tantos años jugando al gato y el ratón con las autoridades. Seguro que se imagina lo que puede pensar si ve este vídeo, en el que sale usted recibiendo el dinero. El dinero de su jefe, señor Salazar. El dinero desaparecido.

—Este vídeo no significa nada. —El hombre hizo un gesto despectivo—. Le contaré al Patrón lo que pasó. Soy su hombre de confianza. Le diré quién...

—Aún no lo ha entendido, ¿verdad?

—¿Qué tengo que entender?

—Que yo no quiero ese dinero para nada. —Roberto apoyó cuidadosamente el móvil sobre la mesa—. Es dinero sucio, del narcotráfico. Está manchado de sangre.

Salazar se quedó mudo. Aquello sí que no se lo esperaba.

—Pero entonces...

—¿Quiere saber dónde está?

—Esa es la idea.

—Se lo diré: en una cuenta opaca de un banco de las islas Caimán cuyo nombre me reservo. —La sonrisa de Roberto se ensanchó —. Y ahora viene lo mejor. A ver si adivina a nombre de quién está la cuenta.

La expresión de Salazar pasó del desconcierto a la comprensión en una fracción de segundo. Y de ahí, al pánico.

—Al mío —dijo al fin, con un hilo de voz.

—Al suyo, eso es. Casi setenta millones a nombre de Osvaldo Salazar, el mismísimo Escorpión de Cali. Sí, también me ha dado tiempo a investigar un poco sobre usted. Lo único que no tiene es el código de acceso a la cuenta. Un montón de números y letras, la verdad.

Salazar tragó saliva. De repente, tenía calor, mucho calor. Pero eso no era nada comparado con el torbellino que bullía en su mente.

De las posibilidades.

De las ramificaciones.

Y todas acababan con él sentado en una silla parecida a la del hombre de su vídeo, en el mejor de los casos.

—Para que quede claro —continuó Roberto, inmisericorde—. No quiero ese dinero, pero es mi seguro de vida.

Salazar abrió la boca, aunque no supo qué decir. Tenía los ojos vidriosos y parecía noqueado.

—Si le vuelvo a ver alguna vez, aunque sea de lejos, enviaré la grabación y los datos de la cuenta bancaria a su jefe. Los datos de *su* cuenta bancaria, Salazar. —Roberto le clavó el índice en el pecho—. Si me pasa algo a mí o a alguno de los míos, el correo se enviará igual, de forma automática. Si vuelve a respirar a menos de cien metros de mí, el correo se envía. Si mastica de una forma que no me gusta, el correo se envía. Haga lo que haga, si me intenta joder, el correo se envía. ¿He sido lo suficientemente claro?

—Muy claro. —La voz de Salazar sonaba estrangulada.

No añadió más. No hacía falta. Ambos guardaron silencio durante unos segundos, sin pestañear. La partida había terminado y no quedaban piezas por mover sobre el tablero.

—Es hora de que se vaya. —Roberto suspiró y señaló a su espalda —. Hay un montón de gente esperando. Y dígales a Antía y a Diego que entren, si es tan amable.

Roberto hizo un gesto a la siguiente persona de la cola, que avanzó hacia la mesa, ignorando al perplejo sicario.

Osvaldo Salazar no era un cobarde, ni tampoco era un estúpido. Nadie llegaba a su edad en aquel negocio, de lo contrario. Por eso sabía reconocer cuándo le habían derrotado.

Con los hombros hundidos, se giró hacia la puerta e hizo una seña a sus hombres para que abandonasen la librería.

—¡Salazar! —Roberto le llamó de repente, y el narco se volvió hacia él.

—¿Qué quiere?

—Se olvida esto. —Roberto le tendió el ejemplar de la novela—. Para que tenga algo que leer de vuelta a casa.

Salazar recogió el libro con una mirada que podría haber fundido el acero, pero no dijo nada.

No había nada que decir.

Roberto contuvo la respiración hasta que los sicarios abandonaron la librería y se perdieron entre la muchedumbre que abarrotaba la plaza de Callao. Cuando Antía y Diego entraron de nuevo, con aspecto confundido, soltó todo el aire que retenía en los pulmones. Les sonrió para hacerles saber que no había ningún problema y pudo leer el alivio en sus rostros. Ya se lo explicaría todo más tarde.

Habían sobrevivido a la tormenta, sí.

Pero, lo que era más importante, también a sus consecuencias.

Y el sol, de momento, resplandecía.

Nota del autor

Dejadme comenzar por lo más importante: como os habréis dado cuenta, *Cuando la tormenta pase* es una historia llena de giros, sorpresas y secretos…, y por eso es fundamental que, cuando habléis de este libro, no hagáis *spoilers*. Que quien se embarque hacia Ons en el primer capítulo tenga la misma posibilidad de vivir la aventura, descubrir quién es el enigmático asesino y dónde acaba el dinero. Os pido ese favor, aunque eso suponga que tengáis que haceros los misteriosos. Es importante, de verdad.

La isla de Ons es un paraje que parece sacado de un cuento y que bien merece vuestra visita. He tratado de describir sus rincones con la mayor exactitud posible, pero todo lo que se diga palidece frente a su belleza salvaje cuando estás allí. Debéis ir, no me cansaré de repetirlo.

Tal y como se cuenta en este libro, en verano es uno de los destinos turísticos más visitados de las Rías Baixas, pero en invierno se convierte en un lugar remoto y aislado al que resulta difícil llegar y que muchas veces, durante las interminables tormentas invernales, queda incomunicado con tierra. Y no, no hay corriente eléctrica a todas horas, por increíble que parezca.

Tuve la oportunidad de pasar una temporada en Ons durante el último invierno, mientras escribía este libro. La lancha de servicio de Puertos del Estado me llevó hasta la isla un día de tormenta y, como Roberto Lobeira, me vi de pie, a solas, en el largo y vacío espigón del único muelle de Ons, cargado con una mochila. Al igual que él, vagabundeé durante días por parajes desiertos y llenos de belleza, mientras esta historia tomaba forma. Antes de que me preguntéis, no encontré ningún fardo. Y si lo hubiese hecho, no os lo contaría o, como estoy haciendo ahora, lo negaría, así que me temo que debéis quedaros con la duda.

Allí conocí a muchos de los apenas treinta habitantes que residen en la isla durante los largos meses de invierno. Por supuesto no tienen nada que ver con los Freire y los Docampo de esta historia. Los

auténticos habitantes de Ons son gente maravillosa, hospitalaria, honrada y generosa, que me acogieron con cariño, me alimentaron y cuidaron y me contaron numerosas historias, como la del *aire do morto*, que aparecen en este libro.

Es un mundo que, poco a poco, desaparece. Vivir en un lugar en el que no hay corriente eléctrica durante gran parte del día, atención sanitaria ni servicios básicos es realmente duro. Si a eso le sumamos el conflicto que mantienen los isleños por la titularidad de sus tierras (legalmente siguen siendo tan solo colonos, en una situación injusta que merece ser subsanada), se entiende que cada vez menos personas residan todo el año en la isla. Y eso la convertía en el lugar perfecto para contar esta historia.

Como todos los lugares remotos, Ons es un sitio plagado de leyendas, misterios y tradiciones. Si alguien tiene interés en saber algo más sobre ellos, le recomiendo *Mitología de Galicia* (Víctor Vaqueiro, Ed. Galaxia, 2011), de donde he sacado el ritual que la vieja Elvira Couto practica para limpiar el *meigallo*. Hay muchas más historias en esa isla deseando ser contadas.

La presencia de sumergibles alemanes en la boca de las rías de Vigo y Pontevedra es un hecho sobradamente documentado. Aunque Vigo no era una base oficial de la Kriegsmarine, sí que es cierto que numerosos submarinos frecuentaban la zona durante la guerra, en busca de un puerto seguro, suministros y descanso para sus tripulaciones. Los aliados lo sabían y por eso hay, al menos, tres *U-Boote* hundidos cerca de las islas. Encuentros fortuitos como el de Severino y Orlando fueron relativamente frecuentes en esa época, para susto de los pobres pescadores de la zona.

El Burato do Inferno es una enorme *furna* de casi cincuenta metros de profundidad y una de las visitas obligadas para cualquier viajero que llegue a Ons. El sonido de las olas rompiendo en su oscuro fondo resulta sobrecogedor. Las viejas tradiciones sostenían que allí dentro se podían oír los lamentos de los muertos ahogados en el mar. Los biólogos, por su parte, afirman que ese sonido tan solo es el graznido de los araos que anidan en los acantilados de su interior. Es una explicación más racional, sin duda, pero menos poética.

La génesis de las olas asesinas es algo muy enrevesado y que aún no está explicado del todo. Hay numerosos estudios sobre cómo se forman estos monstruos marinos, pero para quien tenga curiosidad le

recomiendo «Rogue Waves» (Ocean Prediction Center. National Weather Service, 2005) y el estudio publicado en el *Journal of Fluid Mechanics* por los doctores Phillips y Miles. Cualquier posible error en la descripción hecha en este libro es fruto de mi ineptitud a la hora de entender la compleja mecánica que da lugar a estos fenómenos. Por suerte para Roberto Lobeira, claro.

Hay docenas de vídeos en internet que muestran el procedimiento aquí descrito para librarse de unas bridas de plástico alrededor de las muñecas. Cuando lo hacen los autores de los vídeos (incluida una niña de poco más de diez años en uno de ellos) parece sorprendentemente fácil. Cuando yo lo intenté, fracasé de forma estrepitosa y tuve que pedir ayuda. Si vais a hacerlo en casa, aseguraos antes de que tenéis a alguien cerca. Hacedme caso en esto, por favor. Os ahorraréis un rato incómodo.

Nadie parece tener muy claro de dónde sale la expresión «tablas mexicanas». Si buscáis en la red, encontraréis al menos media docena de posibles orígenes diferentes, según quien lo cuente. Como buen fan de Sergio Leone, tenía claro que algún día quería usar ese recurso y esta era la oportunidad. Clint Eastwood ya está demasiado mayor para ser el protagonista de una hipotética adaptación de este libro a la gran pantalla, pero me encantaría saber a quién propondríais en su lugar.

Y después de las aclaraciones, los agradecimientos. Hay tanta gente que me ayuda, de manera consciente o inconsciente, en cada nuevo libro, que resulta casi imposible citarlos a todos. Por regla general, cuando llego a esta parte del manuscrito suelo estar casi tan exhausto como Roberto Lobeira al final de su aventura en Ons, así que es probable que se me quede algún nombre por el camino. A esos intentaré agradecérselo en persona. Vamos a ello.

Por supuesto, a los vecinos de Ons, por aceptar en pleno invierno a un visitante inesperado como yo y acogerme con tanta hospitalidad; en especial a Palmira, que se tomó como un reto personal que no pasase hambre mientras estuve en la isla.

A Gerardo Alonso, uno de los últimos fareros de Ons, por abrirme las puertas del faro y permitirme recorrer cada palmo de ese sitio tan maravilloso, además de contarme innumerables anécdotas.

A María Eyo, Miguel Ángel Navarro y José Benito Suárez, de Puertos del Estado, por hacer todas las gestiones para que pudiese visitar la isla fuera de temporada y que además pusieran una lancha a

mi disposición para llegar allí en un día de temporal.

A Álvaro Ibaibarriaga, por permitirme usar su nombre en esta historia, pero sobre todo por su inmensa generosidad y por su amistad. Aún estás medio asilvestrado, pero tienes un corazón de oro.

Y, por supuesto, a todo mi equipo, sin el cual yo no podría hacer lo que hago:

A Claudia Calva, mi agente, mi persona de confianza, y a todo el formidable personal de Kerrigan Literary Agency, por caminar a mi lado en esta aventura y en las que están por venir, por ayudarme a trazar la ruta y saber qué hacer en cada ocasión.

A todo el formidable equipo de Planeta. Se me acaban los adjetivos para referirme a vosotros. Gracias por acompañarme en estos años tan importantes para mi carrera.

A Maya, por ayudarme a encontrar el equivalente colombiano del «pito pito, gorgorito».

A los libreros, por supuesto, esos seres románticos y esforzados que suponen la última parada antes de que este libro llegue a vuestras manos. Cada librería, grande o pequeña, es un tesoro, y cada librero es un mercader de sueños, sin cuyo trabajo nada de esto tendría sentido. Gracias por cuidarme, por colocar mis libros de forma visible, por hacerme un hueco en vuestros escaparates y, sobre todo, por vuestra confianza a la hora de recomendarme a vuestros clientes con un «este te va a gustar» y una sonrisa.

A Sydney Borjas y a todo el increíble equipo de Scenic Rights. Gracias por encargaros de conseguir eso, tan difícil, de que un libro acabe siendo una serie o una película, por vuestra profesionalidad y por vuestra magia. Pero sobre todo, Sydney, gracias por tu amistad. Eres un personaje único, aunque se te escape un león famélico de vez en cuando. A ver qué hacemos con esta historia. Confío en ti.

Gracias a Juan Gómez Jurado y a Manuel Soutiño, por estar ahí, no importa lo que pase o cuánto tiempo transcurra. Sois ancla, pero sobre todo sois amigos. No me faltéis nunca.

A Katherine K., por las interminables horas de risas, conversación inteligente y buenos consejos.

A mis pintxomolas, cucharitas y gramolos, gracias por sostenerme, por aguantarme y por cuidar de mí, sobre todo cuando estoy escribiendo y me vuelvo más raro que de costumbre. Gracias por mantener mi cordura, por hacerme reír y por ser los mejores amigos

que nadie pueda soñar. Os quiero mucho más allá de lo que imagináis. Sin vosotros no soy nada.

A mi familia, una isla indomable más fuerte que Ons, que siempre me sirve de refugio. Os sigo necesitando, siempre.

A Lucía, mi amor y mi compañera de vida. Ser la pareja de un escritor es un trabajo en sí mismo que requiere de enormes dosis de paciencia y cariño, y ella me los da en cantidades infinitas. Gracias por ayudarme a soñar, *parrula*.

A Manel y a Roi, mis hijos, porque le dan luz a todo. Gracias por entender las horas robadas, las ausencias por viajes y todo lo demás, pero sobre todo, gracias por hacerme feliz. Os amo.

Por último, gracias a ti, que sostienes este libro entre las manos. Tú eres quien le da sentido a mi trabajo, en quien pienso cada vez que ataco un nuevo capítulo, una nueva historia. Sin ti, nada de esto merece la pena.

Gracias a todos, lectores. Gracias por leerme, por venir a mis firmas, por vuestras palabras de aliento y por toda la energía que me dais, pero sobre todo gracias por el boca a boca, por el «tienes que leer esta novela» a vuestra familia y amigos, por recomendar mis libros y por permitir que el misil prodigioso vuele cada vez más rápido y más alto.

Gracias por estar ahí.

Gracias, gracias, gracias. De corazón.

Nos vemos en la próxima.

MANEL

Cuando la tormenta pase
Manel Loureiro

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta, LookatCía
© de la fotografía de la portada, Magdalena Russocka / Arcangel y GaudiLab / Shutterstock

© Virtual Publishers, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

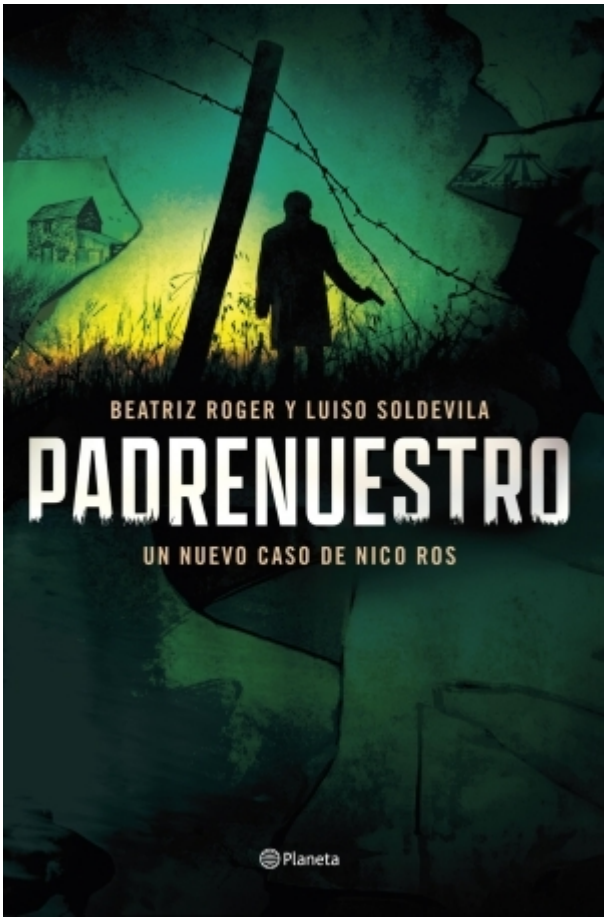
Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2024

ISBN: 978-84-08-29257-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!


BEATRIZ ROGER Y LUISO SOLDEVILA
PADRENUESTRO
UN NUEVO CASO DE NICO ROS
Planeta

Padrenuestro

Roger, Beatriz
9788408290759
600 Páginas

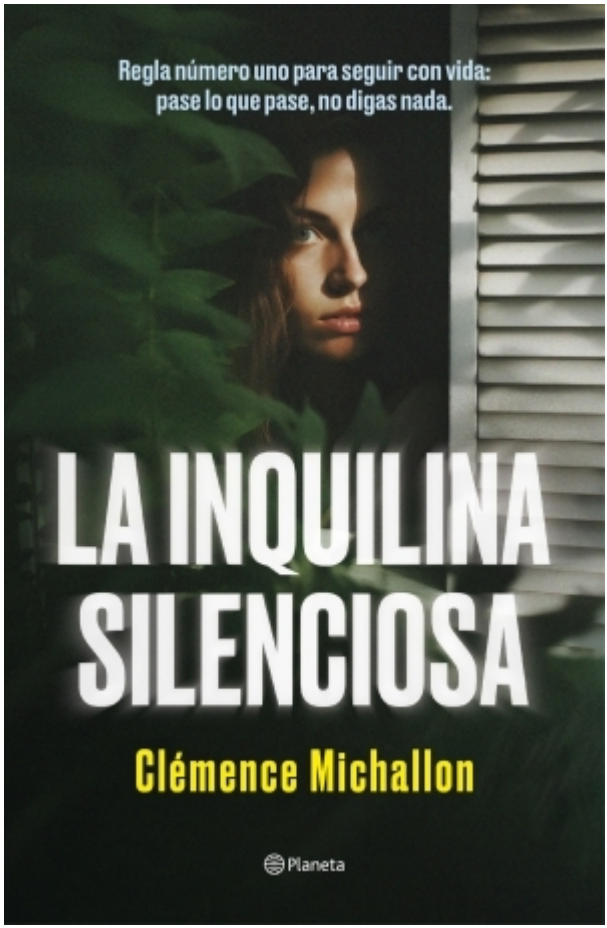
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Vuelve Nico Ros con un oscuro caso de secretos del pasado

Cuando el inspector Pàmies, a cargo de la investigación de un **macabro crimen** en un granero, desaparece sin dejar rastro, el detective **Nico Ros**, todavía convaleciente de las heridas causadas por el desenlace de ***Marismas***, se suma a la búsqueda sin tregua que emprenden las **fuerzas del orden** para dar con ese difícil pero muy querido miembro del equipo. Además, hay otra caza en marcha: la del **asesino** que está sembrando el terror y la muerte en la **comarca delEmpordà**.

Una granja lúgubre, una **ermitarecóndita**, silencios sospechosos, alianzas desconocidas, un circo que **esconde más de lo que enseña**, mensajes esotéricos, secretos enterrados… A esto y más se enfrentarán Nico y sus compañeros, mientras Pàmies sigue en **paradero desconocido** y el miedo se cierne sobre los habitantes de **Llafranc** y otros pueblos de la comarca ampurdanesa, inundándolos de oscuridad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Regla número uno para seguir con vida:
pase lo que pase, no digas nada.
LA INQUILINA SILENCIOSA
Clémence Michallon
Planeta

La inquilina silenciosa

Michallon, Clémence
9788408286363
464 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Inquietante. Oscura. Brillante. Descubre la nueva voz del suspense psicológico.

Regla número uno para seguir con vida: pase lo que pase, no digas nada.

Aidan Thomas es un hombre modélico, padre de familia, trabajador y muy querido en la pequeña comunidad donde vive. Pero detrás de esa fachada de aparente perfección oculta un oscuro secreto: tiene a una mujer secuestrada en su cobertizo.

Desde su cautiverio, Rachel lleva cinco años estudiando a Aidan para mantenerse con vida. Sabe que ha matado antes y que pronto hará lo mismo con ella; debe aprovechar la primera oportunidad que se le presente para escapar. Pero cuando Rachel descubra que su vida no es la única que está en juego, deberá decidir entre salvarse a sí misma o ayudar a las dos mujeres que corren el mismo peligro que ella: Cecilia, la hija de su captor, y Emily, la joven que ha empezado a enamorarse de él.

Un thriller de enorme tensión que ha sido elegido como una de las mejores novelas negras de los últimos tiempos por The New York Times, The Washington Post y The Guardian, y que ha coronado a su autora, Clémence Michallon, como la nueva voz del suspense psicológico.

«Un *thriller* psicológico con un clímax de infarto.» *The New York Times*

«Un suspense psicológico fascinante.» *The Washington Post*

«Una lectura explosiva y completamente apasionante.» *The Guardian*

«Brillantemente oscura y angustiosa…Imposible dejar de leer.» *Vogue*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

JODI ELLEN
MALPAS
ATRACCIÓN
SIN REGLAS
EL REGRESO
Volumen 3
Planeta

El regreso (Atracción sin reglas, 3)

Malpas, Jodi Ellen
9788408291541
162 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El amor es el motor. El odio, el combustible.

Desde el momento en que Danny Black conoció a Rose Cassidy, supo que ella sería su perdición. Su retorcido amor le dio un nuevo propósito más allá de dominar Miami con puño de hierro. Para Black, fingir su propia muerte y desaparecer en Santa Lucía fue la única forma de escapar del submundo que los había unido. Sin embargo, su reclusión se vio interrumpida cuando un famoso asesino le hizo una oferta que no pudo ignorar.

James Kelly solo tenía un objetivo en mente: vengar la muerte de su familia a toda costa. Pero cuando se cruza con Beau Hayley, una ex policía con el alma torturada, su misión toma un giro inesperado. En lugar de cumplir con su cometido y liquidarla, se enamora perdidamente de ella. Ahora se ve obligado a pedir la ayuda del infame Danny Black. Aunque el retorno del Británico desencadena una guerra aún más peligrosa.

Dos hombres letales con un objetivo común: sobrevivir a cualquier precio. Solo uno de ellos puede regresar con vida del otro lado.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

«Cualquiera que quiera hacerse rico debería tener una copia de este libro.» JAMES CLEAR, *autor de Hábitos atómicos*

MORGAN HOUSEL

LA PSICOLOGÍA DEL DINERO

CÓMO PIENSAN LOS RICOS

MÁS DE 2.000.000 DE EJEMPLARES VENDIDOS

18 CLAVES IMPERECEDERAS SOBRE RIQUEZA Y FELICIDAD

Planeta

La psicología del dinero

Housel, Morgan
9788408247265
312 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En cuestiones de dinero, lo que importa no es lo listo que seas sino cómo te comportas. Tendemos a pensar en la inversión o la gestión de las finanzas personales como una disciplina matemática, en la que los datos y las fórmulas nos dicen exactamente qué hacer. Sin embargo, el rasgo que define a las personas que logran enriquecerse no es su destreza con los números, ni su salario o su talento, sino su historia personal, sus motivaciones y su visión única del mundo.

Un genio que pierde el control de sus emociones puede ser un desastre financiero. Y lo mismo vale en caso contrario: gente de a pie sin formación en finanzas puede enriquecerse si cuenta con unos cuantos patrones de comportamiento. Esto, impensable en otras disciplinas como la arquitectura o la medicina, es fundamental en el campo de las finanzas.

Este libro, llamado a convertirse en un clásico de las finanzas personales, nos provee del conocimiento esencial para entender la psicología del dinero y nos invita a hacernos una pregunta fundamental que raramente nos hacemos, cuál es nuestra relación con el dinero y qué queremos realmente de él.

A partir de 18 claves imperecederas, Morgan Housel nos enseña cómo funciona la psicología del dinero y cuáles son los hábitos y conductas que nos ayudarán no solo a generar riqueza, sino, más importante aún, a conservarla.

«Un libro imprescindible para cualquiera que quiera tomar decisiones más inteligentes y vivir una vida más rica.» **Daniel Pink**, autor de *La sorprendente verdad sobre qué nos motiva*

«Ideas fascinantes y consejos prácticos. Cualquiera que quiera hacerse rico debería tener una copia de este libro.» **James Clear**, autor de *Hábitos atómicos*

«Uno de los mejores y más originales libros de finanzas de los últimos años.» **Jason Zweig,** *Wall Street Journal*

«Housel es de esos escritores capaces de hacer digeribles conceptos financieros de lo más complejos. Este es un libro que se devora de principio a fin y que no solo nos explica por qué tomamos malas decisiones con respecto al dinero, sino que nos ayudará a tomar mejores.» **Annie Duke,** autora de *Thinking in Bets*

La riqueza no es fruto de nuestra inteligencia, talento o trabajo.

Es fruto de nuestro comportamiento.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

JODI ELLEN
MALPAS
ATRACCIÓN
SIN REGLAS
EL BRITÁNICO
Volumen 1
Planeta

El Británico (Atracción sin reglas, 1)

Malpas, Jodi Ellen
9788408291527
162 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El placer nunca ha sido tan letal.

Se podría decir que Rose Cassidy no vive; simplemente existe. La indolencia es la única manera que tiene de sobrevivir en este mundo. Pero cuando Danny Black la toma como rehén en un mortal juego de poder, ella se encuentra confrontada no solo por el miedo, sino por un insospechado deseo que amenaza con consumirla. Ha oído hablar de Black, también conocido como el Británico. Es cruel. De sangre fría. Y de un magnetismo oscuro que despierta lo prohibido en Rose. A medida que él desentraña sus capas, ella se encuentra luchando contra una atracción retorcida que desafía su instinto de supervivencia.

Cuando Danny se ve obligado a hacer de Rose su peón en un juego mortal, jamás imaginó que la belleza de su cautiva lo llevaría al borde de la obsesión. Rose despierta en él una pasión feroz, pero él sabe que sucumbir a sus emociones es un riesgo mortal. Mientras el peligro acecha a cada paso, ambos se ven arrastrados hacia un juego más oscuro y adictivo que el propio peligro que enfrentan.

En este juego, ¿quién será el captor y quién la presa?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)